

José Aldazábal

Enseñame tus caminos 10

Domingos ciclo C



dossiers CPL 99

JOSÉ ALDAZÁBAL

ENSÉÑAME TUS CAMINOS

10

LOS DOMINGOS DEL CICLO C

Dossiers CPL, 99
Centre de Pastoral Litúrgica
Barcelona

No está permitida la reproducción pública total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento sin la autorización escrita de la editorial.

Primera edición: setiembre del 2003

Edita: Centre de Pastoral Litúrgica
ISBN: 84-7467-917-6
D.L.: B - 40.468 - 2003
Imprime: JNP

SUMARIO

Introducción	9
Lucas, el evangelista del año	11
ADVIENTO	13
Domingo 1 de Adviento	17
Domingo 2 de Adviento	23
La Inmaculada Concepción. 8 de diciembre.....	29
Domingo 3 de Adviento	34
Domingo 4 de Adviento	40
NAVIDAD	47
Misa vespertina de la Vigilia	53
La Natividad del Señor. 25 de diciembre	56
Misa de medianoche. Misa de la aurora. Misa del día	
La Sagrada Familia	67
Santa María Madre de Dios. 1 de enero	73
Domingo 2 de Navidad	78
Epifanía del Señor. 6 de enero	83
Bautismo del Señor	88

CUARESMA	95
Domingo 1 de Cuaresma	102
Domingo 2 de Cuaresma	108
Domingo 3 de Cuaresma	114
Domingo 4 de Cuaresma	119
Domingo 5 de Cuaresma	125
Domingo de Ramos en la Pasión del Señor	129
TRIDUO PASCUAL	135
Jueves Santo. Misa vespertina	140
Viernes Santo: celebración de la Pasión	147
Domingo de Pascua: la Vigilia Pascual	153
CINCUENTENA PASCUAL	163
Domingo 1 de Pascua	169
Domingo 2 de Pascua	177
Domingo 3 de Pascua	184
Domingo 4 de Pascua	190
Domingo 5 de Pascua	196
Domingo 6 de Pascua	201
Domingo 7 de Pascua: la Ascensión del Señor	208
Domingo de Pentecostés	214
TIEMPO ORDINARIO	221
Domingo 2 del Tiempo Ordinario	231
Domingo 3 del Tiempo Ordinario	236
Domingo 4 del Tiempo Ordinario	242
Domingo 5 del Tiempo Ordinario	247
Domingo 6 del Tiempo Ordinario	253
Domingo 7 del Tiempo Ordinario	259
Domingo 8 del Tiempo Ordinario	266
Domingo 9 del Tiempo Ordinario	271

Domingo 10 del Tiempo Ordinario	276
Domingo 11 del Tiempo Ordinario	281
Domingo 12 del Tiempo Ordinario	287
Domingo 13 del Tiempo Ordinario	292
Domingo 14 del Tiempo Ordinario	299
Domingo 15 del Tiempo Ordinario	305
Domingo 16 del Tiempo Ordinario	310
Domingo 17 del Tiempo Ordinario	316
Domingo 18 del Tiempo Ordinario	322
Domingo 19 del Tiempo Ordinario	327
Domingo 20 del Tiempo Ordinario	333
Domingo 21 del Tiempo Ordinario	339
Domingo 22 del Tiempo Ordinario	345
Domingo 23 del Tiempo Ordinario	351
Domingo 24 del Tiempo Ordinario	357
Domingo 25 del Tiempo Ordinario	364
Domingo 26 del Tiempo Ordinario	371
Domingo 27 del Tiempo Ordinario	376
Domingo 28 del Tiempo Ordinario	382
Domingo 29 del Tiempo Ordinario	388
Domingo 30 del Tiempo Ordinario	394
Domingo 31 del Tiempo Ordinario	400
Domingo 32 del Tiempo Ordinario	405
Domingo 33 del Tiempo Ordinario	410
Domingo 34: Jesucristo, Rey del Universo	415
Santísima Trinidad: domingo siguiente a Pentecostés	420
Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo: domingo siguiente a la Trinidad	426
La Asunción de Nuestra Señora. 15 de agosto	432
Festividad de Todos los Santos. 1 de noviembre	437

INTRODUCCIÓN

Entre los años 1995 y 1998 publiqué siete volúmenes con el título común de “Enseñame tus caminos”, con unas reflexiones a modo de meditación de la Palabra de Dios, sobre las lecturas bíblicas de cada día.

Seis de ellos están dedicados a los días feriales de todo el año, y el último a los Santos que tienen lecturas propias. Todos ellos han tenido ya varias ediciones.

Últimamente, bastantes personas me han sugerido y pedido que continúe la “serie” también para los domingos. Después de pensarlo mucho y de haberme asesorado con los responsables del Centro de Pastoral Litúrgica, finalmente he decidido añadir tres volúmenes a esta colección. Y dado que el próximo Adviento, del año 2003, empieza el Ciclo C, el que tiene a Lucas como evangelista del año, este volumen tendrá el número 10 de “Enseñame tus caminos”, dejando para años sucesivos el 8 y el 9, los ciclos A y B, centrados en los evangelios de Mateo y de Marcos.

Hay otra publicación, *Misa Dominical*, de este mismo Centro, que constituye una ayuda bastante más completa para la animación de las misas dominicales y también para la preparación de la homilía, con sus “Orientaciones para la celebración”, “Notas exegéticas” y “Proyecto de homilía”, junto con las moniciones y cantos que se proponen. Además, “Misa Dominical” ofrece a lo largo del año, en sus 16 envíos, en hojas amarillas, verdes y azules, abundante material de formación litúrgica y orientaciones pastorales, tanto para los pastores y equipos litúrgicos, como para los mismos fieles.

La intención de este volumen es bastante más modesta que la de *Misa Dominical*. Por ejemplo, no ofrece “orientaciones para la celebración” ni consejos pastorales, ni moniciones, ni sugerencias de cantos. Sólo pretende ofrecer reflexiones de tipo espiritual, a modo de meditación personal sobre los textos del día, como han sido los siete volúmenes anteriores para las Eucaristías feriales.

La Palabra de Dios nos interpela continuamente, ante todo a cada uno de nosotros, y luego, si tenemos que realizar el ministerio de la homilía, la reflexión que hayamos hecho nosotros mismos, enfrentados a la Palabra, puede ser que nos facilite también la ayuda a los demás.

Con esta intención ofrezco las siguientes páginas.

LUCAS, EL EVANGELISTA DEL AÑO

En el ciclo dominical C, la comunidad cristiana escucha básicamente, y en una lectura semi-continua, el evangelio de san Lucas.

Lucas no perteneció al grupo de los doce apóstoles. Nació fuera de Palestina, en Antioquía de Siria. Parece que era médico de profesión y fue compañero de viaje de Pablo en varias ocasiones. De sus escritos se nota, según los expertos, que poseía una buena cultura helénica. Y desde luego –eso lo vemos todos, aunque no seamos especialistas– es un buen “narrador”. Basta recordar cómo relata la parábola del hijo pródigo y el viaje de ida y vuelta de los dos discípulos de Emaús.

Lucas escribió dos libros: el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles. En la introducción al primero dice cuál ha sido su método. Al no haber conocido los hechos de primera mano, “como los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra”, se ha puesto a hacer obra de historiador: “he decidido, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribirlo por su orden...”.

Cada evangelista tiene su propio estilo y finalidad teológica. Lucas, aunque se ha servido de fuentes anteriores, sobre todo de Marcos, lo hace a su modo, con originalidad, y nos transmite bastantes páginas exclusivas, como los relatos de la infancia de Jesús, las parábolas del buen samaritano y del hijo pródigo, milagros como la curación del siervo del centurión o de los diez leprosos, apariciones pascuales como la de Emaús. De los 1149 versículos de su evangelio, 548, casi la mitad, son exclusivos de Lucas.

Los rasgos característicos de Lucas los podríamos resumir en estos puntos:

* Lucas ve la *historia de la salvación* en tres tiempos: el AT, hasta la llegada del Bautista; el tiempo de Jesús, el central; y el tiempo de la Iglesia, que continúa la misión de Jesús hasta el final de los siglos. Entre el evangelio y los Hechos de los Apóstoles, hay una dinámica unitaria: el evangelio es la “subida” desde Galilea a Jerusalén, donde Jesús termina su misión con la Pascua; mientras que los Hechos son el inicio de la misión de la Iglesia, la “bajada” de Jerusalén a todo el mundo, hasta Roma.

* En esta historia, el protagonista invisible, según Lucas, es el *Espíritu Santo*: él guía a Jesús desde su encarnación hasta su resurrección, pasando por el Bautismo en el Jordán. Llena de su gracia a la Virgen María y la hace Madre del Mesías. Inspira a Zacarías el himno del “Benedictus”, a Isabel sus alabanzas y a Simeón sus palabras proféticas. Él guía a la Iglesia, desde el día de Pentecostés, en su misión evangelizadora por todo el mundo.

* El de Lucas es el evangelio más *universalista*: “vendrán muchos de Oriente y de Occidente y se pondrán a la mesa en el Reino de Dios” (13,29). La salvación es para todos, también para los romanos y los samaritanos. El evangelio de Lucas termina con el mandato misionero (24,44-49) y los Hechos empiezan con el mismo mandato (1,8).

* El de Lucas es el *evangelio de la misericordia*: Dios perdona y se alegra de la vuelta del pecador; Jesús se acerca a los pobres y marginados y les acoge: el paralítico, la mujer pecadora, el hijo pródigo, Zaqueo, el buen ladrón. Las personas que en la sociedad de su tiempo eran más marginadas (niños, mujeres, enfermos, samaritanos, publicanos) son las que en este evangelio aparecen más atendidas por Jesús.

* La *vida cristiana*, para Lucas, es el seguimiento de Jesús con rasgos típicos como el camino, la vigilancia, la oración, el buen uso de las riquezas y la alegría.

* Y finalmente, Lucas es el que más nos habla de *la Virgen María*, la mejor discípula de Jesús, la que se puso a disposición de Dios (“hágase en mí según tu palabra”) y entonó llena de alegría el cántico del *Magnificat*. En Lucas aparece María en verdad como modelo para los seguidores de Cristo.

ADVIENTO

La introducción histórica y la ambientación espiritual para este tiempo del Adviento, puede ser la que contiene el Dossier de las ferias:

Enséñame tus caminos. 1. Adviento y Navidad día tras día. Comentarios al Leccionario ferial (=Dossiers CPL 67) CPL, Barcelona, 5ª edición 2000, en pp. 9-14.

Otros libros que pueden ayudar son:

* *Celebrar la venida del Señor* (=Dossiers CPL 44) CPL, Barcelona, 3ª ed. 1999, 110 págs.;

* *Adviento y Navidad. Sugerencias y materiales* (=Dossiers CPL 92) CPL, Barcelona 2001, 158 págs. (con disquete). Por ejemplo, en págs. 14-21, el comentario a los cuatro prefacios del Adviento.

* J. CASTELLANO, *El año litúrgico, Memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia* (= Biblioteca Litúrgica 1) CPL, Barcelona 1996, 2ª ed., pp. 63-120: “la celebración de la manifestación del Señor”.

En el Dossier 67 sólo se ofrecía el comentario a las lecturas de las *ferias* de este tiempo. En el presente, se completa con los cuatro *domingos* de Adviento y la solemnidad de la Inmaculada. Para la solemnidad de la Virgen de Guadalupe (12 de diciembre) cf. el Dossier 80: *Enséñame tus caminos. 7. Los Santos con lecturas propias*, 2ª edición 1999.

Jeremías 33, 14-16. *Suscitaré a David un vástago legítimo*

En este ciclo C de las lecturas dominicales sucede una cosa insólita en el Adviento: no leemos como primera lectura al profeta Isaías, sino a otros. Así completamos, con los otros ciclos, el panorama profético del anuncio del Señor.

El profeta Jeremías es una de las figuras más impresionantes del AT. En circunstancias trágicas para su pueblo, tuvo que anunciar de parte de Dios palabras de acusación y llamadas a la conversión, que resultaban incómodas a las autoridades y que le trajeron un sin fin de problemas.

Pero hoy leemos una página llena de confianza. Su palabra es un toque de esperanza en tiempos oscuros. Anuncia que del tronco de la casa de David, que parecía seco y estéril, Dios va a “suscitar un vástago legítimo, que hará justicia y derecho en la tierra”. Anuncia la salvación y la paz para todos. Jerusalén será llamada “Señor nuestra justicia”. Es clara, para nosotros, la profecía del Mesías y de la Iglesia, la sucesora de Israel y de Jerusalén.

El *salmo responsorial* nos invita a la esperanza: “a ti, Señor, levanto mi alma”. Pero, sobre todo, centra su atención en la metáfora del camino. Los creyentes deben seguir los caminos del Señor, y por eso el salmista pide: “enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas”, “el Señor enseña el camino a los pecadores, enseña sus caminos a los humildes”.

1 Tesalonicenses 3, 12-4,2. *Que el Señor os fortalezca internamente, para cuando Jesús vuelva*

La carta de Pablo a la comunidad de Tesalónica (hoy, Salónica), capital de Macedonia, en la actual Grecia, es seguramente el escrito más antiguo del NT: data del año 51.

Es una comunidad muy apreciada por Pablo y que le da muchas alegrías. En la página de hoy, el apóstol les pide que sigan adelante por ese camino: “proceded así y seguid adelante”; que el Señor les haga “rebosar de amor mutuo y de amor a todos”, que les “fortalezca interiormente”, para que cuando llegue el día último, se presenten “santos e irrepreensibles ante Dios”. Un programa valiente, que mira hacia delante, centrado en el amor.

Lucas 21, 25-28. 34-36. *Se acerca vuestra liberación*

La página está tomada del llamado “discurso escatológico” de Jesús, que nos habla del futuro del mundo. Con un género típico de la literatura “apocalíptica”, lleno de imágenes y símbolos, se nos anuncian los fenómenos cósmicos que precederán al fin del mundo. No importa la correspondencia de cada detalle, con los signos en los astros y el mar y el espanto de las gentes, sino el anuncio global con que termina el pasaje.

La intención de Jesús no es ciertamente catastrófica, sino, al contrario, de esperanza. Su venida gloriosa –“verán al Hijo del Hombre venir en una nube, con gran poder y gloria”– no debe producir espanto, sino alegría y confianza: “cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación”.

– II –

Mirar al futuro

El Adviento nos hace mirar hacia el futuro, hacia el fin del mundo. No esperamos, ciertamente, la venida de Jesús a Belén, que ya sucedió. Tampoco esperamos sólo su venida actual en la Navidad celebrada como sacramento. Miramos más allá, hacia el final de la historia.

Los cristianos tenemos buena memoria: recordamos el gran acontecimiento de hace dos mil años. Tenemos un compromiso con el presente, porque lo vivimos en intensidad, dispuestos a llevar a cabo la tarea de evangelización y liberación. Pero tenemos también instinto profético: miramos al futuro, hacia la venida gloriosa del Señor y la plenitud de su Reino, que vamos construyendo animados por su Espíritu. El que vino hace dos mil años, vendrá al final de los tiempos, y viene cada día y de un modo especial cada año en la Navidad, a comunicarnos su gracia y su salvación. Y así, Dios es siempre, ayer, hoy y mañana, el Dios-con-nosotros.

Vivimos en tensión entre la venida del pasado y la del futuro. No porque queramos huir del hoy, sino porque es de sabios tener en cuenta de dónde venimos y adónde vamos. Ni tampoco porque creamos que está cerca el final. Pero el período de historia que nos toca vivir a cada uno es decisivo para nosotros, y es también la preparación inmediata al encuentro personal con el Señor.

En la Eucaristía se concentran las tres direcciones, como dijo Pablo: “cada vez que coméis este pan y bebéis este vino (momento privilegiado del “hoy”), proclamáis la muerte del Señor (el “ayer” de la Pascua) hasta que venga” (el “mañana” de la manifestación gloriosa del Señor). Por eso aclamamos en el momento central de la Misa: “anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven, Señor Jesús”.

Nos hace bien a todos mirar hacia delante con valentía y seguir caminando. Como le conviene al estudiante pensar, ya desde el inicio del curso, en los exámenes finales. Como hace el viajero, que no se queda en las estaciones intermedias, sino que recuerda el destino último que consta en su billete. Como le sucede al sembrador, que trabaja pensando en una buena cosecha.

Lo que Cristo inició con su venida en Belén todavía está sin realizarse del todo. Es un programa dinámico, más que una historia: un programa que nos ha encomendado a nosotros, a su Iglesia.

En la bendición solemne del Adviento el presidente de la celebración nos desea: “que los que ahora os alegráis por el próximo nacimiento de nuestro Redentor, cuando venga de nuevo en la majestad de su gloria, recibáis el premio de la vida eterna”.

Seguid adelante. Estad despiertos. Manteneos en pie

Pablo, a los cristianos que ya vivían bien el evangelio, les insta a que sigan así, que crezcan en su fe: “proceded para agradecer a Dios: proceded así y seguid adelante”. Los cristianos de Tesalónica son recién convertidos: necesitan madurar. “Seguid adelante”: buena consigna para cada comunidad y para cada cristiano. Pablo concreta este programa de crecimiento en el amor: les invita a “rebosar de amor mutuo y de amor para con todos”. Por eso el salmo nos hacía pedir: “enséñame tus caminos... haz que camine con lealtad”.

En el evangelio escuchamos hoy la llamada de Jesús: “estad siempre despiertos... manteneos en pie ante el Hijo del Hombre”. A pesar de que somos cristianos, fácilmente podemos olvidar las cosas que son esenciales. “Estad siempre despiertos”.

Lo contrario de estar despiertos es que se “nos embote la mente con el vicio, la bebida y la preocupación del dinero”. Jesús pone unos ejemplos que eran válidos en su tiempo y que siguen siéndolo ahora: nos puede embotar la mente el vicio, la bebida, la preocupación por el dinero. Todos necesitamos un “despertador”, porque tendemos a dormirnos, a caer en la pereza, bloqueados por las mil preocupaciones de esta vida, y no tenemos siempre desplegada la antena hacia los valores del espíritu.

Estar de pie, ante Cristo, estar en vela, “en vigilante espera”, como dice el prefacio I de Adviento. No importa si la venida gloriosa de Jesús está próxima o no: para cada uno está siempre próxima. La consigna es: “manteneos en pie ante el Hijo del Hombre”. Lo cual no significa que vivamos angustiados, pero sí en una cierta tensión y vigilantes, sin dejarnos aletargar por cosas no importantes.

Con actitud de esperanza

La mirada hacia el futuro, incluidos los fenómenos cósmicos de que habla Jesús, no nos llena de tristeza o espanto, sino de esperanza: “alza la cabeza: se acerca vuestra liberación”. Lo que sucederá, con detalles que no entendemos, es que “veremos al Hijo del Hombre con gran poder y majestad”. Es motivo de esperanza, no de angustia.

Ni nuestra muerte, para cada uno, representa el final, sino el comienzo de una nueva manera de existir; ni el fin del mundo, para la humanidad y el cosmos, es la palabra última, sino la vuelta triunfal de Cristo, aunque no la sepamos explicar, y el inicio de unos cielos nuevos y una tierra nueva. No sabemos cuándo sucederá eso: lo que sí sabemos es que “mil años a los ojos de Dios son como un día”.

En el caso de que sintamos la tentación del cansancio o del desaliento ante una sociedad en crisis o ante una Iglesia que no acaba de mostrar una imagen viva y evangélica, o ante una historia personal que deja que desear, Dios

nos anuncia una palabra de cercanía y de salvación: el Dios que viene, en Cristo Jesús, a nuestras vidas, quiere comunicarnos su alegría y su vida en este tiempo de gracia que se llama Adviento y Navidad.

Como Jeremías aseguraba que del viejo tronco de Israel, que parecía ya seco e incapaz de dar frutos, iba a brotar un “vástago legítimo”, el futuro Mesías, nosotros nunca tenemos que perder la confianza en las personas y en la comunidad eclesial ni en la sociedad en que nos ha tocado vivir. Dios puede convertir en fértil el tronco que parece más seco. Él está siempre dispuesto a volver a emprender la gran aventura de la vida y de la tierra nueva.

El Adviento es una valiente invitación a la confianza, es una “escuela de esperanza”, a pesar de que las circunstancias históricas o personales no parezcan favorecer esta visión optimista. El medio que tenemos para mantener en tensión y a la vez en alegría nuestra espera es, como ha dicho Pablo, la oración: “pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir”.

DOMINGO 2 DE ADVIENTO

– I –

Cuando venga de nuevo en la majestad de su gloria

Iniciamos la segunda semana de Adviento –todavía en su “etapa escatológica”, de cara al futuro último– con la mirada puesta, de nuevo, no sólo en la Navidad de este año, sino en la venida gloriosa de Cristo al final de la historia. El segundo cirio que encendemos en la “corona de Adviento” nos ayuda a mirar con amable ilusión nuestra marcha hacia delante.

El prefacio I orienta nuestro camino, mirando a aquella segunda venida de Cristo, que “cuando venga de nuevo en la majestad de su gloria”, revelará “la plenitud de su obra”, que en la primera venida sólo había inaugurado. El prefacio III nos sitúa en la misma perspectiva: cuando “Cristo, Señor y Juez de la historia, aparezca, revestido de poder y de gloria”, aquel día “pasará la figura de este mundo y nacerán los cielos nuevos y la tierra nueva”.

Este domingo entra en escena un importante personaje, Juan el Bautista, con su mensaje de preparación inmediata de la venida del Mesías, que va a resonar durante dos domingos. Él, con María la Madre y con los profetas del AT, son los personajes más característicos del Adviento.

Recordemos también que uno de estos días celebramos la fiesta de María Inmaculada, dentro del clima del Adviento. Es una celebración que, junto a otras que se sumarán hacia el final del Adviento y en el tiempo de la Navidad, hacen de este doble tiempo litúrgico el más “mariano” de todos.

Baruc 5,1-9. *Dios mostrará tu esplendor*

Baruc, el que fuera secretario y hombre de confianza del profeta Jeremías, en la época del destierro en Babilonia, es a quien se atribuyen estas páginas en las que se anuncia la vuelta de los desterrados a Sión. A pesar del período desastroso que vive el pueblo, en lo social y en lo religioso, el profeta asegura la cercanía y la ayuda de Dios.

Pide al pueblo que se despojen de todo vestido de luto y se vistan sus mejores trajes de fiesta, incluida la diadema en la frente. Que se alegren, porque sus hijos vuelven gozosos a la patria, a Jerusalén, después del destierro. Es Dios mismo quien prepara el camino para esta vuelta: rebaja lo que está elevado, rellena los barrancos, allana el suelo para que todos caminen con seguridad y hace que los árboles les den sombra refrescante en la canícula del desierto. Todo será fiesta y alegría, y triunfará la justicia.

El *salmo* prolonga el mensaje de espera gozosa: “el Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres”. Los creyentes sienten cómo “el Señor cambió la suerte de Sión”, se llenan de alegría y le cantan alabanzas. Como el labrador que, con una buena cosecha, “al volver, vuelve cantando”.

Filipenses 1,4-6. 8-11. *Que lleguéis al día de Cristo limpios e irrepachables*

Pablo, desde la cárcel en Roma, escribe esta carta a la comunidad cristiana de Filipos, la capital de la provincia romana de Macedonia, al norte de la actual Grecia. Había sido la primera ciudad “europea” evangelizada por él, y de la que conservaba muy gratos recuerdos: entre otras cosas, le habían ayudado materialmente en sus momentos de necesidad.

Pablo expresa su alegría y su orgullo por lo bien que van las cosas en Filipos, y por el buen ejemplo que dan a las demás comunidades. Pero a la vez les invita a seguir adelante, a “crecer” y a “llevar adelante hasta el día de Cristo Jesús” lo que ya han comenzado. Sobre todo tienen que crecer en “penetración y en sensibilidad para apreciar los valores”: tienen que saber “ver”, reconocer la venida constante del Señor.

Lucas 3,1-6. *Todos verán la salvación de Dios*

Precedido de un solemne prólogo histórico, que lo sitúa en unas coordenadas muy concretas –Dios no actúa fuera de la historia–, aparece en el evangelio de Lucas la figura de Juan el Bautista, el precursor inmediato que señalará a Cristo Jesús como el Mesías: “Juan lo proclamó ya próximo y señaló después entre los hombres”.

Podemos decir que a Juan el Bautista lo “canonizó” el mismo Jesús, llamándole “profeta, y más que profeta”, “el mayor de entre los nacidos de mujer”. Recorre toda la comarca del Jordán “predicando un bautismo de conversión”, y lo hace citando al profeta Isaías, que invita a preparar los caminos del Señor, allanando, relleno, enderezando. Porque todos están destinados a ver la salvación de Dios.

– II –

“Y estamos alegres”

El profeta encarecía a los israelitas que estuvieran alegres, anunciándoles ya el retorno desde el destierro. Les pedía que se quitaran los vestidos de luto y se pusieran el mejor vestido de fiesta y los adornos más llamativos: “contempla a tus hijos, gozosos, porque Dios se acuerda de ti”, “Dios guiará a Israel entre fiestas”. Ahora es la nueva Israel, la Iglesia de Cristo, la que celebra la cercanía de Dios.

Hemos repetido en el salmo: “y estamos alegres”. A nosotros, los cristianos, que sabemos los planes del Dios salvador, que “ha cambiado la suerte de Sión”, con más razón que a ningún otro “la boca se nos llena de risas y la lengua de cantares”. ¿No podemos decir nosotros, con mayor motivo todavía que los salmistas, que “el Señor ha estado grande con nosotros” y que “nos guiará entre fiestas a la luz de su gloria, con su justicia y su misericordia”?

Además, tendríamos que alegrarnos, como Pablo se alegraba de lo que pasa en Filipos, de lo mucho bueno que hay en este mundo, de las buenas personas –familiares, religiosos, jóvenes, catequistas, miembros de movimientos– que colaboran en la tarea de la evangelización de esta sociedad. Es bueno saber agradecer a todas estas personas que con toda su buena voluntad y entrega hacen el bien a los demás.

Salimos animosos al encuentro de Cristo

La alegría del Adviento se tiene que traducir también en una actitud dinámica y concreta de camino hacia delante. En la oración colecta le pedimos a Dios que “cuando salimos animosos al encuentro de tu Hijo, no permitas que lo impidan los afanes de este mundo”. Ya el domingo pasado se nos pedía que estuviéramos despiertos, sin dejarnos distraer por las preocupaciones de aquí abajo.

El prefacio I describe nuestra actitud espiritual como de “vigilante espera”. Y el III concreta que la venida continuada de Cristo a nuestra vida se traduce en que “ahora viene a nuestro encuentro en cada persona y en cada acontecimiento”, y lo tenemos que recibir “en la fe y por el amor”, dando así “testimonio de la espera dichosa de su reino”.

Es bueno que recordemos que nuestro camino va adelante: que lo de aquí abajo, con ser importante y comprometedor, es marcha hacia lo definitivo. La Navidad va a ser gozo y a la vez exigencia.

El Bautista invita a corregir, a cambiar de rumbo. Si nos hemos equivocado de camino, hay que dar marcha atrás.

Que vuestra comunidad de amor siga creciendo

La salvación es don gratuito de Dios, no conquista nuestra. Pero a la vez exige una respuesta activa.

Pablo, a sus cristianos de Filipos, y por tanto a nosotros, nos urge a que no nos conformemos con la fe que ya profesamos en Cristo Jesús, y el amor que ya existe en la comunidad, sino que sigamos madurando: “que vuestra

comunidad de amor siga creciendo”. La fe a la que hemos llegado ya es buena –“él ha inaugurado entre vosotros una empresa buena”–, pero tenemos que ir creciendo hacia “el día de Cristo Jesús” y tenemos que caminar hacia él “limpios e irreprochables”, no con las manos vacías, sino “cargados de frutos de justicia”.

La consigna del Bautista es también concreta y actual: todos sabemos qué puede significar –dejando la metáfora y aplicada a nuestra vida de cada día–, esta invitación: “preparad el camino del Señor, allanad sus senderos, elévense los valles, descendan los montes y colinas, que lo torcido se enderece, lo escabroso se iguale”. En nuestra vida hay cosas que sobran e impiden la marcha. Hay lagunas y deficiencias que tenemos que rellenar. Hay desvíos que habremos de enderezar: en nuestra relación con Dios, en nuestro trato con los demás, en nuestro control de nosotros mismos.

El Adviento es una espera dinámica, no pasiva: es el camino del que sale al encuentro, no del que sólo espera que otro venga. El Adviento y la Navidad no nos pueden dejar igual. Algo tiene que cambiar en nuestra esfera personal y en la comunitaria. En algo se tiene que notar que estamos madurando y creciendo en valores humanos y cristianos. Pablo también a nosotros nos desea que crezcamos “en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores”.

Tenemos que abrirnos, sobre todo, a Dios. De modo que el Dios-con-nosotros se encuentre con nosotros-con-Dios, y se pueda cumplir que en esta Navidad, como decía el Bautista, “todos verán la salvación de Dios”.

fiesta no tienen que restar ritmo al Adviento y a la auténtica “novena”, que son los días del 17 al 24 de diciembre, en la preparación inmediata de la Natividad.

Génesis 3, 9-15. 20. *Establezco hostilidades entre tu estirpe y la de la mujer*

El primer libro de la Biblia cuenta de un modo poético y popular el origen del mundo y de la humanidad.

Hoy leemos las consecuencias del primer pecado de la humanidad, que ha quedado “herida” y ha perdido el equilibrio y armonía iniciales. Es expresivo el diálogo: Adán echa la culpa a Eva; Eva, a la serpiente; la serpiente recibe de Dios el “castigo” de tener que arrastrarse por tierra (interpretación “religiosa” de esa característica de los reptiles).

Pero Dios no cierra del todo la puerta: ya en el momento de la primera caída, anuncia la salvación: “establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya”. Una “mujer” en el horizonte de la salvación, la que va a ser en verdad “madre de los vivientes”, porque obedeció a Dios, no como Eva, que le desobedeció.

El *salmo* está lleno de júbilo: “cantad al Señor un cántico nuevo... aclamad al Señor, tierra entera, gritad, vitoread, tocad”.

Efesios 1, 3-6. 11-12. *Nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo*

Éfeso es una ciudad del Asia Menor, en la actual Turquía. Pablo dedicó mucho tiempo y cuidados a la comunidad cristiana que había fundado en esa ciudad. Hoy leemos el comienzo de la carta que les escribió desde la cárcel en Roma hacia el año 62.

Es un himno lleno de entusiasmo en donde se muestra la iniciativa de Dios y nuestra respuesta de alabanza. Bendecimos a Dios porque él nos ha bendecido con toda clase de bendiciones. Las dos direcciones, la descendente y la ascendente, se encuentran y recapitulan “en la persona de Cristo”. La

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

8 de diciembre

— I —

La fiesta del comienzo absoluto

La fiesta de la Inmaculada no desdice, ciertamente, del clima del Adviento. Estamos celebrando la Venida del Hijo de Dios. Él va a ser el protagonista de nuestra fe y de nuestra alabanza. Pero también recordamos que Dios puso junto a Cristo a su Madre, la que le esperó, la que le dio a luz, la que le mostró a los demás.

La fiesta de la Inmaculada surgió en el Oriente hacia los siglos VII-VIII, y se extendió rápidamente también por el Occidente. El año 1854 el papa Pío IX declaró dogma de fe que María, por singular privilegio, fue preservada de toda mancha de pecado ya desde el momento de su concepción.

No es un “paréntesis” en el Adviento. En la Madre empieza a realizarse el misterio de la encarnación del Hijo. Es la fiesta del comienzo absoluto, como la Asunción podría llamarse la fiesta del final, de la plenitud pascual cumplida también en la Madre del Salvador. En ambos casos, el comienzo y el final, María aparece como modelo y figura de lo que es el destino de toda la comunidad eclesial. Como dijo el papa Pablo VI en su *Marialis Cultus*, hoy es una fiesta “en que se celebran conjuntamente la Inmaculada Concepción de María, la preparación radical a la venida del Salvador y el feliz comienzo de la Iglesia, hermosa, sin mancha ni arruga”.

La fiesta principal no es esta, sino la Navidad. La novena o el triduo de esta

bendición que nos ha hecho Dios es que nos ha destinado a ser sus hijos, santos e irreprochables, herederos con Cristo Jesús.

Con este “himno” de Pablo da comienzo, en el Catecismo de la Iglesia, la segunda parte, la dedicada a la “celebración del Misterio de Cristo”, bajo la clave de la bendición que nos viene de Dios y la que nosotros le dedicamos en nuestro culto (cf. CCE 1077).

Lucas 1, 26-38. Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo

La escena de la anunciación a María, una de las más hermosas y significativas del evangelio, la leemos varias veces al año, pero siempre nos parece expresiva e interpelante para nosotros, como un símbolo del diálogo de Dios con la humanidad en la historia de la salvación.

La iniciativa es de Dios, pero encuentra la respuesta de una humilde joven-cita de Israel, que ha sido la elegida, la llena de gracia, y que sin saberlo ella, se convierte en la representante de todas las personas que tanto en el AT como en el NT han sabido responder “sí” a Dios: “hágase en mí según tu palabra”.

– II –

La primera salvada por la Pascua de Cristo

Dios la eligió antes de que naciera, antes de que ella pudiera presentar sus méritos. El Génesis nos ha dicho que desde el inicio del mundo ya pensó Dios en “la mujer” y en su “descendencia”, como promesa de salvación y de perdón del primer pecado. “Tras la caída, el hombre no fue abandonado por Dios. Al contrario, Dios lo llama y le anuncia de modo misterioso la victoria sobre el mal y el levantamiento de su caída. Este pasaje del Génesis ha sido llamado *Protoevangelio*, por ser el primer anuncio del Mesías redentor, anuncio de un combate entre la serpiente y la Mujer, y de la victoria final de un descendiente de esta” (CCE 410).

En verdad Dios “ha hecho grandes obras en ella”, como dice en el *Magnificat*. En previsión de la Pascua de su Hijo, Dios llenó de gracia a la Madre: “preparaste a tu Hijo una digna morada”, “en previsión de la muerte de tu Hijo la preservaste de todo pecado” (oración colecta), “la preservaste limpia de toda mancha” (ofrendas), el pecado “del que fue preservada de modo singular” la Inmaculada Virgen (poscomunión), “preservaste a la Virgen María de toda mancha de pecado original”, “purísima había de ser la Virgen que nos diera el Cordero inocente que quita el pecado del mundo” (prefacio).

María es el primer fruto de la Pascua de Jesús. Pablo no nombra a la Virgen María cuando en su himno describe la bendición que nos ha venido de Dios y la bendición que nosotros le elevamos como respuesta. Pero todos sabemos que, si Dios nos ha “bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en Cristo”, a ella le ha alcanzado antes que a nadie la alegría mesiánica que Dios ha preparado para la humanidad. Y también la primera que supo bendecirle, con el *Magnificat*, desde su fe gozosa.

La mujer que supo decir “sí” a Dios

Al “sí” absoluto y gratuito de Dios a María –“por pura iniciativa suya”, como ha dicho Pablo–, y en ella a la humanidad entera, respondió María con su “sí”, que también se puede decir que es el “sí” de todos nosotros.

Aquí se empieza a dibujar el retrato de esta humilde mujer que luego, a lo largo de su vida, en otras circunstancias más difíciles, seguirá contestando a Dios “sí”, “hágase en mí”: perfecto eco a la actitud de Cristo en su encarnación: “vengo a hacer tu voluntad”. El anuncio del ángel y el “amén” de María no evitaron que luego, en su vida, tuviera esta mujer creyente dificultades y oscuridades. Pero fue fiel. Hasta llegar a la escena cumbre de la Madre que se mantiene presente, recia, silenciosa, al pie de la Cruz donde está muriendo injustamente su Hijo.

Por eso se nos presenta como la mejor maestra de todos los que en la historia han dicho y siguen diciendo su “sí” a Dios: personas que probablemente no lo veían todo claro, que pasaban por dificultades, pero se fieron de Dios y dijeron con decisión, como María, “hágase en mí según tu palabra”.

Fiesta de la Iglesia entera

La fiesta de hoy se puede decir que es también la fiesta de todos nosotros. María aparece como la primicia de toda la comunidad. La primera salvada por la Pascua de Cristo. La primera discípula de Cristo. La primera cristiana. La figura y el resumen de todo lo que la Iglesia quiere ser. Dirigiéndole nuestro canto, podemos decirle una vez más: “tú eres la gloria de Jerusalén, tú el orgullo de nuestra raza”.

Incluso se puede decir que en ella encuentra motivo de alegría toda la humanidad: no somos tan malos, cuando uno de nosotros, de nuestra raza, ha sido objeto de la bendición gratuita de Dios y ha sabido responder con generosidad a su plan de salvación.

En el prefacio de hoy se alaba a Dios no sólo porque en María preparó una “digna Madre para su Hijo”, sino también porque quiso que ella fuera “comienzo e imagen de la Iglesia, esposa de Cristo, llena de juventud y de limpia hermosura”.

Como Adán llamó a su mujer “Eva”, que significa “madre de todos los vivientes”, así María es la nueva Eva, y la podemos mirar como modelo de fe, motivo de esperanza, madre de los vivientes, porque nos dio a Cristo y ella misma acogió con gozo la salvación que su Hijo traía a la humanidad. Hoy nos alegramos porque intuimos cuál es el plan de salvación de Dios para todos nosotros, que ha empezado a cumplir en la Virgen. En ella ha quedado beneficiada toda la humanidad. Todos estamos destinados a la misma salvación que le fue concedida a María.

También nosotros decimos nuestro “sí” a Dios

Hoy nos alegramos con razón de cómo Dios actuó con la Virgen María, llenándola de su gracia y preparándola para ser la Madre del Mesías. Que la eligiera a ella para hacerse Dios-con-nosotros y todos fuéramos bendecidos.

Pero también somos invitados a sacar una consecuencia personal de este misterio: se nos pide una vida santa, irreprochable, vida de hijos y here-

deros. Esta fiesta nos interpela para que también nosotros, desde nuestra vida, sepamos imitar la respuesta de María. Si es la fiesta del “sí” de Dios y del “sí” de María, debe ser también la fiesta y el compromiso de nuestro “sí”. Así como de la confluencia de las dos actitudes de Dios y de María, por obra del Espíritu, sucedió la encarnación salvadora de Jesús, de nuestro sí a Dios brotará, por obra del Espíritu, también nuestra colaboración en la salvación del mundo.

María, la nueva Eva, la que aceptó en sí el plan salvador de Dios, es nuestro mejor modelo para la vivencia del Adviento y de la Navidad.

Ya lleva dos mil años la comunidad cristiana colaborando en la salvación del mundo, sintiéndose impulsada a trabajar en la construcción del Reino de Dios y dispuesta a que se vuelva a encarnar en cada uno de nosotros el amor salvador de Dios.

Nosotros no aspiramos al privilegio de María desde su concepción. Pero sí pedimos participar en la lucha contra el mal, que sigue abierta a pesar de la victoria radical de Cristo. Pedimos a Dios “llegar a ti limpios de todas nuestras culpas” (oración colecta), “guárdanos también a nosotros, limpios de todo pecado” (ofrendas), y que la Eucaristía que celebramos “repere en nosotros los efectos del pecado” (poscomunión).

Es fácil decir “amén” en el momento de la comunión. Es bastante más difícil repetir ese “amén” en los diversos momentos, también los difíciles y oscuros, de nuestra vida.

DOMINGO 3 DE ADVIENTO

— I —

El domingo “Gaudete”

Este domingo ha sido llamado desde hace siglos domingo “Gaudete”, que es la primera palabra latina de la antífona de entrada (tomada, a su vez, de la carta de Pablo): “Gaudete in Domino semper... Estad siempre alegres, alegraos”.

La consigna de la alegría, característica del Adviento, ya apareció el domingo pasado. Hoy se repite insistentemente. En la oración colecta pedimos a Dios que, ya que “su pueblo espera con fe la fiesta del nacimiento de su Hijo”, nos conceda “llegar a la Navidad, fiesta de gozo y salvación, y poder celebrarla con alegría desbordante”.

En un mundo con tantos quebraderos de cabeza para la sociedad y para cada persona, no está mal que los cristianos escuchemos esta voz profética que nos invita a la esperanza y a la alegría, basadas en la buena noticia del Dios que ha querido entrar en nuestra historia para siempre.

También se caracteriza este domingo porque sus lecturas siguen hablando del precursor, Juan el Bautista, que ofrece a sus oyentes un programa concreto de preparación de la venida del Señor.

Sofonías 3,14-18. *El Señor se alegra con júbilo en ti*

Sofonías es un profeta que actuó en el siglo VII antes de Cristo, un poco antes que Jeremías. Es expresiva su entusiasta invitación al pueblo, a pesar de los tiempos calamitosos que vive: “regocíjate, hija de Sión, grita de júbilo, Israel, alégrate de todo corazón, Jerusalén”.

El motivo es que el Señor ha “cancelado” ya la deuda, que ha triunfado de los enemigos y quiere ser nuestro Rey. Nadie tiene por qué temer, ni han de desfallecer las manos de nadie. “El Señor, tu Dios, está en medio de ti”. Más aún, es el Señor el primero que se alegra: “él se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo como en día de fiesta”.

El *salmo responsorial* hace eco a esta alegría: “sacaréis agua con gozo de las fuentes de la salvación... dad gracias al Señor, contad a los pueblos sus hazañas”. El motivo es que Dios está con el pueblo: “¡qué grande es en medio de ti el Santo de Israel”.

Filipenses 4,4-7. *El Señor está cerca*

Es la misma carta de Pablo a la comunidad de Filipos, en el norte de Grecia, que leíamos el domingo pasado. La página de hoy parece continuar el mismo tono optimista de la de Sofonías.

“Estad siempre alegres: os lo repito, estad alegres”. Es un mensaje optimista de Pablo, muy apropiado para este domingo en la cercanía de la Navidad. ¡Y es un mensaje que Pablo escribe desde la cárcel! El motivo de esa alegría: “el Señor está cerca”.

Esta alegría por la cercanía del Señor tiene sus consecuencias en la vida de los cristianos, que tienen que distinguirse, según Pablo, por su mesura, por su oración y acción de gracias, y así se verá en ellos la paz y la serenidad de Dios.

Lucas 3, 10-18. *¿Qué hacemos nosotros?*

El Bautista, que ya el domingo pasado nos invitaba a preparar los caminos del Señor, presenta hoy un programa muy exigente en el campo de la actuación moral.

Anuncia la Buena Noticia de que detrás de él viene otro mucho más importante, que bautizará en fuego y Espíritu. Pero a la vez muestra la exigencia de que hay que preparar esa venida con gestos de caridad fraterna y de justicia muy claros: compartir lo que tenemos, no exigir más de lo establecido, no hacer violencia a nadie.

– II –

Estad alegres: el Señor está cerca

La que ahora debería alegrarse, con el mismo entusiasmo que en tiempos de Sofonías, es la Iglesia, la comunidad de Jesús. Pero ¿se puede invitar hoy a nuestra Iglesia, como el profeta lo hizo a su pueblo: “regocíjate, Iglesia de Cristo, grita de júbilo?”. ¿O es una utopía esta proclama de gozo y júbilo mesiánico? Sin embargo, lo que el profeta decía como promesa, nosotros lo hemos experimentado ya como realidad y debería producir en nosotros efectos de alegría mayores que a la Jerusalén de su tiempo.

Del mismo modo, la llamada de Pablo nos interpela también a nosotros: “estad alegres... os lo repito, estad alegres... El Señor está cerca”. Es un mensaje que vale la pena decir en medio de una comunidad cristiana y de una sociedad falta de esperanza. Hoy y aquí, a nosotros, Dios nos dirige una palabra de ánimo, invitándonos a no tener miedo, a que nuestro corazón esté en paz, porque él está siempre cerca de nosotros.

Se trata de la alegría que es fruto del Espíritu; de la alegría que Cristo tenía y que pedía al Padre, en su última cena, para los suyos; de la alegría que muestra María en su canto de alabanza: “proclama mi alma... se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador”.

El profeta Sofonías ha subrayado una perspectiva interesante. Es Dios quien primero se alegra: “él se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo como en día de fiesta”. Nuestra alegría es participación en la alegría de Dios. No es alegría superficial, basada en cosas materiales. Es alegría profunda, arraigada en la fe. Y va acompañada, como ha dicho Pablo, de “mesura” en la conducta, y de oración de alabanza y súplica.

Dar testimonio con nuestra alegría

Tal vez uno de los mejores testimonios que podemos dar los cristianos en este mundo –en nuestra familia y en nuestro círculo de amistad o de trabajo– es la alegría, la serenidad, la esperanza que sentimos en la proximidad de la Navidad.

Se tendría que notar en nosotros esta alegría mesiánica, basada en el amor que nos tiene Dios. Pablo decía a los suyos: “que nada os preocupe... y la paz de Dios custodiará vuestros corazones”. ¿Que abundan noticias catastróficas? Pero nosotros los cristianos deberíamos ver más lo positivo, que también existe y que es más abundante que lo negativo, aunque no aparezca en los medios de comunicación.

La celebración de la próxima Navidad es un pregón de confianza. Nos asegura que Dios perdona, que ama, que no nos deja solos en nuestro camino, que es el Dios-con-nosotros. La situación puede ser preocupante, para cada uno y para la comunidad, como para el pueblo de Israel en el destierro, o para las comunidades de Pablo, que no sólo conocían momentos de alegría. Y sin embargo, a ellos y a nosotros nos ha sido proclamada una palabra de alegría. El ángel que anunció a los pastores el nacimiento del Mesías les dijo que esa noticia iba a llenar a todos de alegría.

Tendremos que seguir luchando contra el mal, el que hay en nosotros y el que hay fuera de nosotros. Pero sin perder la paz interior y la alegría de los que se saben en manos de Dios. Nuestra fe no tiene por qué ser triste. Si los demás nos ven alegres, podrán al menos preguntarse si será verdad que Dios ha venido. Tendremos que escuchar la insistente invitación de Pablo: “estad alegres”, y pedirle a Dios, con la oración de hoy: “concédenos llegar a la Navidad, fiesta de gozo y salvación, y poder celebrarla con alegría desbordante”.

Los cristianos, además de los motivos que todos tienen para esperar con alegría las fiestas de la Navidad, tenemos otros más profundos, porque tenemos el don de la fe. Dios está cerca.

La alegría es exigente: el programa del Bautista

A este pregón de alegría se une hoy también un recordatorio de la exigencia que tiene todo amor y todo don. Pablo decía a los suyos que, además de la alegría por la cercanía del Señor, debían distinguirse por “la medida” en sus vidas y por la oración a Dios, hecha de acción de gracias y de súplicas.

Pero es sobre todo el Bautista, que a orillas del Jordán también “anunciaba la Buena Noticia” al pueblo, llenándolo de alegría, quien les propuso a ellos, y nos propone a nosotros, un programa exigente y muy concreto para preparar la venida del Mesías: “el que tenga dos túnicas, que se las reparta con el que no tiene, y el que tenga comida, haga lo mismo... no exijáis más de lo establecido... no hagáis extorsión a nadie...”.

Cada uno piense en qué le afecta este programa del Bautista: cómo compartiremos nuestros bienes con el más necesitado, cómo seremos más amantes de la justicia y de la verdad, no de palabra, sino con hechos. No necesariamente pensando en el Tercer Mundo –aunque también, y con mayor motivo– sino empezando por nuestro círculo vital, la familia, el lugar de trabajo, las amistades, la labor social o eclesial que desarrollamos. Y no pensando sólo en lo económico: en efecto, hay personas que necesitarán también nuestra ayuda material, pero hay muchas otras que necesitan nuestra presencia y cercanía, nuestra palabra amiga, la comunicación de nuestra fe.

Nos tendremos que preguntar también nosotros, como los que acudían a Juan: ¿y nosotros, qué debemos hacer?, y respondernos con sinceridad examinando nuestra vida. La respuesta de Juan apunta sobre todo a la caridad fraterna, a la justicia y a la no violencia: evitar todo abuso de poder (él lo dijo a los militares: pero cada uno de nosotros abusa del pequeño o gran poder que tiene) y todo abuso del dinero (lo dijo a los publicanos, pero todos somos un poco publicanos e interesados por el dinero).

Lo que nos propone el Bautista no es algo extraordinario: huir al desierto, como él, o hacer milagros, o pasarnos el día rezando o haciendo penitencia. Sencillamente, nos dice que en la vida de cada día vivamos una actitud de caridad, justicia y no-violencia. Todos tenemos la tentación del egoísmo que nos encierra en nuestro propio bien, de la ambición que nos impulsa a

aprovecharnos de los demás con injusticia, o del talante dictatorial que nos hace abusar del poco o mucho poder que tenemos, aplastando de alguna manera a los demás.

Que se note la alegría en nuestra vida, y un mayor optimismo y paz interior. Pero que se note también que compartimos nuestros bienes con los que vemos más necesitados y que procuramos ser más justos en nuestro trato con todos.

El Catecismo de la Iglesia se basa en este evangelio para concretar cuál puede ser el programa de vida de un cristiano, basado sobre todo en las “obras de misericordia”:

“Las obras de misericordia son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales. Instruir, aconsejar, consolar, confortar, son obras de misericordia espiritual, como también lo son perdonar y sufrir con paciencia. Las obras de misericordia corporales consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos. Entre estas obras, la limosna hecha a los pobres es uno de los principales testimonios de la caridad fraterna: es también una práctica de justicia que agrada a Dios... El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene...” (CCE 2447; y sigue motivando y concretando esta caridad en CCE 2448-2449)

DOMINGO 4 DE ADVIENTO

– I –

¿Un domingo “mariano”?

El IV domingo de Adviento tiene cada año –aunque con lecturas distintas– un claro color mariano. Es como el preludio de la Natividad del Señor, que ya está cerca. En el ciclo A el evangelio es la anunciación a José; en el B, la anunciación a María; y este año, ciclo C, la visita de María a su prima Isabel.

El recuerdo de la Madre no interrumpe ciertamente el ritmo del Adviento ni la dinámica de la preparación a la Navidad. María fue la que mejor vivió el Adviento y la Navidad: ella, la que “le esperó con inefable amor de Madre” (prefacio II), ella, la nueva Eva, en la que “la maternidad se abre al don de una vida nueva” (prefacio IV). Ella puede ayudarnos a los cristianos a vivir la Navidad con mayor profundidad desde nuestra fe, superando las claves de la propaganda consumista de estos días.

Miqueas 5, 1-4a. *De ti saldrá el jefe de Israel*

El profeta Miqueas actuó en tiempos de Isaías, en el siglo VIII antes de Cristo. Hoy leemos el oráculo en el que anuncia que será de Belén, aldea cercana a Jerusalén, de donde saldrá el Mesías, al que él llama “jefe de Israel”, que “pastoreará con la fuerza del Señor”. También habla de una “madre que da a luz” y no será este un nacimiento cualquiera, porque el hijo “se mostrará grande hasta los confines de la tierra y será nuestra paz”.

Recordamos cómo luego Herodes, al consultar a los “sabios” dónde se esperaba que naciera el Mesías, recibió la respuesta, siguiendo a Miqueas, que era Belén el lugar al que debían dirigirse los magos de Oriente.

El *salmo* parece dar prisa a Dios para que la venida de su Hijo nos llene de alegría: “oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve... despierta tu poder y ven a salvarnos”.

Hebreos 10, 5-10. *Aquí estoy para hacer tu voluntad*

El salmo 39 le sirve al autor de la carta a los Hebreos –que tiene como finalidad mostrar la primacía de Cristo Jesús sobre todas las instituciones del AT, en este caso sobre los sacrificios– para describir la actitud del Hijo de Dios en el mismo momento de su encarnación: “aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad”. Dios no quiere sacrificios de animales, pero nos ha dado un cuerpo: es la oblación personal, total, de cada uno lo que agrada a Dios, y por eso Cristo repite “aquí estoy para hacer tu voluntad”.

Es uno de los salmos que mejor retratan a Cristo y su actitud a lo largo de su vida y su muerte. Por su entrega en la cruz, de una vez por todas, quedamos todos santificados, pero esta entrega sacrificial ya estaba presente en su encarnación. La de hoy es la ofrenda inicial, matinal. La de la Pascua será la ofrenda final, la vespertina.

Lucas 1, 39-45. *¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor?*

El evangelio de hoy nos recuerda cómo “la Santísima Virgen, llevando en su seno al Hijo, va a casa de su prima Isabel para ofrecerle la ayuda de su caridad y proclamar la misericordia de Dios Salvador”, como decía el papa Pablo VI en su *Marialis Cultus*.

El viaje de María tiene resonancias bíblicas: el traslado entre danzas y alegría del Arca de la Alianza en tiempos de David. El Arca de la Alianza es ahora la Madre del Mesías. El encuentro de las dos mujeres creyentes está lleno de simbolismo: María lleva en su seno al Mesías y también Isabel va a ser madre del Precursor. Las dos están llenas de alegría, las dos han aceptado el plan de Dios sobre sus vidas (“dichosa tú porque has creído”)

y le entonan sus alabanzas (Isabel, “a voz en grito”, María, proclamando el *Magnificat*).

El encuentro entre estas dos mujeres sencillas, representantes del Antiguo y del Nuevo Testamento, es también el encuentro entre el Mesías y su Precursor. Más aún, entre Dios y la humanidad.

– II –

Desde Navidad se ve ya la Pascua

La Navidad y la Pascua forman una unidad: el que nace como hombre, Cristo Jesús, es el que luego se entregará en la cruz para salvar a la humanidad y será resucitado por la fuerza del Espíritu. Nace para entregarse.

Navidad es ya inicio del Misterio Pascual. Lo decimos en el Credo: “por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo”. No nos quedamos sólo –aunque también– en la contemplación gozosa del Niño Dios recién nacido, sino que siempre celebramos al Señor que nació, vivió entre nosotros, murió y resucitó y está ahora, como Señor Glorioso, presente en nuestras vidas. En cada Eucaristía, también en la de la Navidad, de lo que hacemos memoria es de la pasión, muerte y resurrección de Cristo: de su Pascua.

En la *oración colecta* de hoy pedimos a Dios que los que vamos a celebrar “la encarnación del Hijo”, también “lleguemos por su pasión y su cruz a la gloria de la resurrección”: es toda la trayectoria de la salvación pascual. En la misa de la vigilia de la Navidad decimos que en el “santo misterio del nacimiento de su Hijo”, Dios ha “instaurado el principio de nuestra salvación” (oración sobre las ofrendas). Como versículo al aleluya del evangelio resuena el “hágase en mí según tu palabra”, que es un perfecto eco a esta postura de Cristo según Hebreos. María nos da ejemplo también en esto: en su solidaridad y sintonía con el Cristo de la cruz.

Ahora bien, la entrega de Cristo, al comienzo y al final de su vida, debe añadirse también la nuestra. Esa entrega personal –“vengo a hacer tu voluntad”– es la que Cristo nos ha enseñado: el sacrificio personal, existencial, de

nuestras vidas (ofrecernos a nosotros mismos), que es algo más profundo que el sacrificio ritual (ofrecer algo).

Cristo dice su “aquí estoy para hacer tu voluntad”. María dice su “hágase en mí según tu palabra”. ¿Y nosotros? En la celebración de la Eucaristía no sólo “ofrecemos” a Dios Padre, una y otra vez, el sacrificio de Cristo en la cruz, sino que también “nos ofrecemos” a nosotros mismos, y le pedimos que el Espíritu Santo, como fruto de cada Eucaristía, haga de nosotros “ofrenda permanente” o “víctima viva para alabanza de Dios”.

Es interesante constatar que en las tres Plegarias Eucarísticas para las misas con niños no falta esta idea: “acéptanos a nosotros juntamente con él”, “para que te lo ofrezcamos como sacrificio nuestro y junto con él nos ofrezcamos a ti”, “te pedimos que nos recibas a nosotros con tu Hijo querido”.

Jesús cumplió esta actitud durante toda su vida: “no se haga mi voluntad, sino la tuya”, y nos enseñó a nosotros a rezar y a actuar del mismo modo: “hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”.

María, evangelizadora

Un aspecto central de este domingo es la figura de María como evangelizadora, en la visita a su prima. Llena todavía de la buena noticia que le ha comunicado el ángel, María se pone en camino y va corriendo a casa de Isabel. Lleva en su seno al Mesías. Aparece como evangelizadora, portadora de Cristo: su sola presencia llena de alegría a Juan en el seno de su madre y provoca las alabanzas de Isabel.

Las dos mujeres, María e Isabel, prorrumpen en alabanzas a Dios. Es la ocasión en que Lucas pone en labios de María su *Magnificat*, aunque no lo leamos hoy.

Ahora es la comunidad eclesial la que ha recibido el encargo, que ya lleva cumpliendo dos mil años, de anunciar a Cristo y llevar la alegría de su salvación al mundo entero. Pero María pudo ser evangelizadora porque primero fue ella la “evangelizada”, la llena de la Buena Noticia: “dichosa tú porque has creído”. También ahora sólo pueden ser evangelizadores de los demás los que están llenos de la misma alegría de la salvación como ella.

¿Se podría decir de cada uno de nosotros que allá donde vamos transmitimos alegría, esperanza, anuncio de la Buena Noticia?

También nosotros debemos “visitar” a los demás

Hay otra lección que deberíamos aprender de María en el evangelio de hoy. Que María de Nazaret “visite” a Isabel significa que sale de sí misma y se pone en camino, yendo a casa de su prima, que seguramente agradecerá una mano amiga en las labores de casa. La “llena de gracia” corre a ayudar a los demás: el amor de Dios que se le acaba de comunicar se traduce en un gesto de solidaridad fraterna. A lo largo de su vida se mostrará igualmente solícita con los demás, por ejemplo en las bodas de Caná y en medio de la comunidad apostólica en la espera del Espíritu.

La alegría mesiánica, navideña, se tiene que convertir, como en el caso de María, en alabanzas a Dios, pero también en servicialidad y disponibilidad fraterna. Tendremos que “visitar” a los demás.

El primero que nos ha visitado es Dios, y su Hijo. Lo dice el Benedictus: “ha visitado y redimido a su pueblo”, “nos visitará el sol que nace de lo alto”. Y precisamente porque nos ha “visitado” Dios tenemos que aprender nosotros a “visitar” a los demás. Jesús nos dio un ejemplo perfecto de cómo se “visita”, de cómo se tiene tiempo para todos, de cómo se atiende a los que lo necesitan, de cómo se entrega uno por todos.

Hoy tenemos el ejemplo sencillo pero entrañable de la visita de María. María piensa en Isabel a la hora de ponerse en camino. Isabel piensa en María a la hora de mostrar su alegría. Las dos piensan en Dios y le alaban. Y María en su *Magnificat* piensa en su pueblo Israel, y se muestra solidaria con él. Eso significa “visitar”, salir de sí mismo, pensar en los demás.

¿Somos capaces de esta “visita”, de caminar al encuentro de los demás, de situarnos en su punto de vista, de compartir con ellos nuestro tiempo y ofrecerles nuestra ayuda? Eso es lo que deberíamos hacer en nuestra vida cristiana: en los momentos solemnes y en la vida de cada día. Sin salir de casa, tenemos mil ocasiones de echar una mano a otras personas, a los más cercanos, porque todos necesitamos de los demás, de su palabra, de su cara acogedora, de su ayuda.

Es la mejor manera de “evangelizar” y de ser “misioneros”. Es el lenguaje más creíble: cuando nuestra fe se convierte en caridad fraterna. María nos da un hermoso ejemplo de unión con Cristo, de gratitud y alabanza para con Dios, pero también de un espíritu misionero, comunicador, y de una solícita caridad para con los demás.

El Espíritu actuó sobre la Virgen y sobre nuestra Eucaristía

En la oración sobre las ofrendas pedimos a Dios que “el mismo Espíritu que cubrió con su sombra y fecundó con su poder las entrañas de María, la Virgen Madre, santifique estos dones que hemos colocado sobre tu altar”. El paralelismo con la encarnación del Verbo en el seno de la Virgen María se recuerda hoy con particular acierto, en vísperas de la Navidad.

En el ofertorio traemos los dones de pan y vino. Luego, en la comunión, los recibimos como *Alimento de vida, el Cuerpo y la Sangre del Señor*. En medio, hay no sólo las palabras de Cristo que el sacerdote pronuncia con énfasis: “esto es mi Cuerpo... esta es mi Sangre”, sino también una petición a Dios Padre, con las manos extendidas sobre esos dones: “envía, Señor, tu Espíritu, para que este pan y este vino sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Cristo”.

Es el Espíritu quien llena de vida a todos: es el “Señor y dador de vida”. Actuó en el seno de la Virgen María, y así su Hijo fue el Hijo de Dios, “por obra del Espíritu Santo”. Ahora actúa sobre nuestro altar, y por eso, ese pan y ese vino, signos sencillos tomados de nuestra vida, se convierten en el “Cuerpo y Sangre de Cristo” que se nos da como garantía y semilla de vida eterna.

Tendremos que aprender a acoger este inefable don de la Eucaristía con la misma fe con que María recibió el plan de Dios sobre su vida: “hágase en mí según tu palabra”.

NAVIDAD

Cf. la introducción histórica y la ambientación espiritual de la Navidad que se ofrece en el Dossier:

Enséñame tus caminos. 1. Adviento y Navidad día tras día. Comentarios al Leccionario ferial (=Dossiers CPL 67) CPL, Barcelona, 5ª edición 2000, en pp. 99-107.

Cf., además, sobre este tiempo de la Navidad:

* *Celebrar la venida del Señor* (=Dossiers CPL 44) CPL, Barcelona, 3ª ed. 1999, 110 págs.;

* *Adviento y Navidad. Sugerencias y materiales* (=Dossiers CPL 92) CPL, Barcelona 2001, 158 págs. (con un disquete);

* J. CASTELLANO, *El año litúrgico, Memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia* (= Biblioteca Litúrgica 1) CPL, Barcelona 1996, 2ª ed., pp. 63-120: “la celebración de la manifestación del Señor”.

En el Dossier 67 se comentan las lecturas de las ferias de todo el tiempo de Navidad y Epifanía. En el presente, comentamos las cuatro misas de Navidad (vigilia, medianoche, aurora y día) y los domingos y festivos de este tiempo, terminando con el Bautismo del Señor.

Navidad y Epifanía

En Roma, a principios del siglo IV, aparece ya la fiesta de la Natividad del Señor el 25 de diciembre. Así en el calendario del 354: “octavo Kalendas ianuarii, natalis solis invicti, natus Christus in Bethlem Iudae” (el octavo día antes de las calendas de enero, o sea, antes del 1 de enero, es el 25 de diciembre). Hasta entonces, en el calendario cristiano, sólo se celebraba la Pascua semanal (todos los domingos) y la anual.

Puede ser que esta fecha se decidiera para sustituir unas fiestas paganas que había en Roma por esas fechas, en honor del sol, invicto. Hacia el 25 de diciembre, pasado el solsticio de invierno (21 de diciembre), el sol, el día, empieza a predominar sobre la noche. Era fácil la transcripción al Sol verdadero, porque a Cristo le cantamos en el *Benedictus* como “el Sol que nace de lo alto”, y como “Luz para alumbrar a las naciones”.

Pero también podría que ser que, según cálculos que estuvieron muy en boga en el siglo IV (testigos Agustín, Jerónimo, Crisóstomo), creyeran que el 25 de diciembre era precisamente el día histórico del nacimiento de Cristo. Partían, para ello, de una convicción muy extendida de que el 25 de marzo era la fecha en que coincidían acontecimientos importantes: la creación del mundo, la Encarnación de Jesús y su muerte. Así afirma, por ejemplo el calendario de la liturgia mozárabe antigua y defienden autores actuales muy serios. Ahora bien, si la encarnación fue el 25 de marzo, el nacimiento coincidía más o menos con el 25 de diciembre.

En Oriente (empezando tal vez en Egipto), por las mismas fechas –comienzo del siglo IV– tenemos testimonios de que se había organizado una celebración cristológica el 6 de enero, sustituyendo también otras fiestas “de la luz”, que se celebraban por el mismo motivo de la “victoria” del sol sobre el invierno.

Pronto, ya a partir del mismo siglo IV, hubo un “intercambio” de estas dos fiestas: en Oriente se aceptó la Navidad, y en Occidente la Epifanía. Aunque para nosotros la Epifanía no es, como para los orientales, la fiesta del Bautismo (o incluso del nacimiento) de Jesús, sino su manifestación a los magos.

DOMINGOS Y FIESTAS DE NAVIDAD

Natividad del Señor: 24 diciembre: Misa vespertina de la vigilia

Is 62,1-5

El Señor te prefiere

Hch 13,16-17.22-25

Testimonio de Pablo sobre Cristo, Hijo de David

Mt 1,1-25

Genealogía de Jesucristo, Hijo de David

25 diciembre: Misa de medianoche

Is 9,1-3.5-6

Un hijo se nos ha dado

Tt 2,11-14

Ha aparecido la gracia de Dios a todos los hombres

Lc 2, 1-14

Hoy os ha nacido un Salvador

Misa de la aurora

Is 62, 11-12

Mira a tu Salvador que llega

Tt 3,4-7

Según su propia misericordia nos ha salvado

Lc 2, 15-20

Los pastores encontraron a María y a José y al Niño

Misa del día

Is 52, 7-10

Verán los confines de la tierra la victoria
de nuestro Dios

Hb 1,1-6

Dios nos ha hablado por su Hijo

Jn 1,1-18

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros

La Sagrada Familia

Si 3,2-6.12-14

El que teme al Señor honra a sus padres

(o bien) IS 1,20-22.24-28

Cedo Samuel al Señor de por vida,
para que sea suyo

Col 3,12-21

La vida de familia vivida en el Señor

(o bien) 1Jn 3,1-2.21-24

El Padre nos llama hijos de Dios, y lo somos

Lc 2, 41-52

Los padres de Jesús lo encuentran en medio
de los maestros

Santa María Madre de Dios

Nm 6,22-27	Invocarán mi nombre sobre los israelitas y yo los bendeciré
Ga 4,4-7	Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer
Lc 2, 16-21	Encontraron a María y a José y al Niño. A los ocho días, le pusieron por nombre Jesús

Domingo 2 de Navidad

Si 24,1-4.12-16	La sabiduría de Dios habitó en el pueblo elegido
Ef 1,3-6.15-18	Nos ha destinado en la persona de Cristo a ser sus hijos
Jn 1, 1-18	La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros

Epifanía del Señor

Is 60, 1-6	La gloria del Señor amanece sobre ti
Ef 3,2-3a. 5-6	Ahora ha sido revelado que también los gentiles <i>son coherederos de la promesa</i>
Mt 2,1-12	Venimos de Oriente para adorar al Rey

Bautismo del Señor

Is 42, 1-4. 6-7	Mirad a mi siervo, a quien prefiero
(o bien) Is 40, 1-5.9-11	Se revelará la gloria del Señor y la verán todos los hombres
Hch 10, 34-38	Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo
(o bien) Tt 2,11-14; 3,4-7	Nos ha salvado con el baño del segundo nacimiento y con la renovación por el Espíritu Santo
Lc 3,15-16.21-22	Después del bautismo de Jesús, el cielo se abrió

MISA VESPERTINA DE LA VIGILIA DE NAVIDAD

– I –

Mañana contemplaréis su gloria

El sentido de esta Misa del 24 de diciembre por la tarde lo define ya su antífona de entrada, tomada de Éxodo 16: “hoy vais a saber que el Señor vendrá y nos salvará y mañana contemplaréis su gloria”. Y también el estribillo del aleluya antes del evangelio: “mañana quedará borrada la maldad de la tierra y será nuestro rey el Salvador del mundo”.

Esta Misa apunta, pues, claramente a la inminente fiesta de mañana. Pero no deja de lanzar una mirada a la venida última del Señor: “así como ahora acogemos gozosos a tu Hijo como Redentor, lo recibamos también confiados cuando venga como Juez” (oración colecta).

Esta Misa de la vigilia ya inaugura la celebración de la Natividad. Si se ve que para muchos va a ser la única Misa de esta festividad, se podrían utilizar para ella los textos de cualquiera de las Misas de la Natividad. Para los que celebran diariamente, el día 24 tiene ya su misa matutina.

Isaías 62, 1-5. El Señor te prefiere

El profeta más leído en el Adviento nos anuncia ya la inminencia de la fiesta. Los últimos capítulos –que probablemente no son del “primer” Isaías, sino del segundo o del tercero– son claramente optimistas.

La de hoy es una lectura muy apropiada para la vigilia de la Navidad. El profeta no callará “hasta que rompa la aurora de su justicia”, y anima a su pueblo a confiar en Dios que es su Salvador. “Los pueblos verán tu justicia”. “Serás corona fúlgida en la mano del Señor... ya no te llamarán abandonada, sino mi favorita”.

La iniciativa la tiene Dios, que sigue amando a su pueblo: “el Señor te prefiere a ti... como un joven se casa con su novia, así te desposa el que te construyó”. La comparación entre Dios y su pueblo como esposo y esposa es muy repetida en los profetas, y en el NT se aplica a Cristo y a su Iglesia.

El *salmo* 88 expresa la alegría de los salvados: “cantaré eternamente las misericordias del Señor”. También aparece David, de cuya descendencia viene Jesús, según la promesa de Dios: “te fundaré un linaje perpetuo”.

Hechos de los Apóstoles 13, 16-17. 22-25. Testimonio de Pablo

sobre Cristo, Hijo de David

En el discurso que predicó en Antioquía de Pisidia, en la actual Turquía, precisamente en la sinagoga, a Pablo le interesa sobre todo resaltar que Jesús, el Mesías, proviene de la dinastía de David: “de su descendencia sacó Dios un Salvador para Israel, Jesús”.

También le interesa nombrar a Juan el Bautista, personaje muy apreciado por los judíos, que señaló a Jesús de Nazaret como el Mesías: “detrás de mí viene uno...”. Los dos personajes, David y el Bautista, apuntan claramente a Cristo Jesús como la respuesta de Dios a Israel y a la humanidad.

Mateo 1, 1-25. Genealogía de Jesucristo, Hijo de David

Leemos hoy el comienzo del evangelio de Mateo, con la genealogía de Jesús. Ciertamente ni él ni Lucas—que también presenta otra genealogía—pretenden seguir una estricta metodología histórica. Mateo organiza los antepasados de Jesús en tres grupos, encabezados por Abrahán, David y Jeconías: este por ser el primero después del destierro de Babilonia.

A continuación se describe el diálogo del ángel con José, resolviendo sus

dudas sobre si era digno de entrar en la esfera del misterio que estaba sucediendo en su prometida, María. José, como siempre, “hizo lo que le había mandado el ángel del Señor”: acogió a María como esposa y luego puso el nombre a Jesús, que significa “Dios salva”.

— II —

Cristo pertenece a nuestra familia humana

La lista genealógica de Mateo tiene una intención inmediata: demostrar que Jesús pertenecía a la casa de David, por parte de José.

Pero tiene también una intención más profunda que nos ayuda a entender el misterio del Dios-con-nosotros. El Mesías esperado, el Hijo de Dios, se ha encarnado plenamente en la historia humana y está arraigado en un pueblo concreto, el de Israel. No es un extraterrestre o un ángel sin raíces aquí abajo. Pertenece con pleno derecho a la familia humana.

Los nombres de esta genealogía, donde hay personas famosas y otras desconocidas, no son precisamente una letanía de santos: hay en ella hombres y mujeres que tienen una vida recomendable, y otros que no son nada modélicos. En el primer apartado de los patriarcas, la promesa mesiánica no arranca de Ismael, el hijo mayor de Abrahán, sino de Isaac. No del hijo mayor de Isaac, que era Esaú, sino del segundo, Jacob, que arrancó con trampas a su hermano su derecho de primogenitura. No del hijo preferido de Jacob, el justo José, sino de Judá, que había vendido a su hermano.

En la lista de los reyes, junto a David, que es una mezcla de santo y pecador, aparecen, antes del destierro, unos reyes claramente impresentables. Aparte, tal vez, de Ezequías y Josías, los demás son idólatras, asesinos y disolutos. Después del destierro, apenas hay nadie que se distinga por sus valores humanos y religiosos. Hasta llegar a los dos últimos nombres, José y María.

Aparecen en este árbol genealógico cinco mujeres. Las cuatro primeras no son como para estar orgullosos de ellas. Rut es buena y religiosa, pero es

extranjera, lo que para los israelitas es un inconveniente grave. Raab es una prostituta, aunque de buen corazón. Tamar, una tramposa que engaña a su suegro Judá para tener descendencia. Betsabé, una adúltera con David. La quinta sí: es María, la esposa de José, la madre de Jesús.

Entre los ascendientes de Jesús hay pecadores y santos. En verdad, los pensamientos de Dios no son como los nuestros. Él cuenta con todos y así va construyendo la historia. Jesús se ha hecho solidario de esta humanidad concreta, débil y pecadora, no de una ideal y angélica. Luego se pondrá en fila entre los que reciben el bautismo de Juan en el Jordán: él es santo, pero *no desdeña de mostrarse en compañía de los pecadores. Ha entrado en nuestra familia, no en la de los ángeles. No excluye a nadie de su Reino.*

Una Navidad con un corazón abierto a todos

Es una lección para que también nosotros miremos a las personas con ojos nuevos, sin menospreciar a nadie. Nadie es incapaz de salvación. La comunidad eclesial puede no gustarnos, porque la vemos débil y frágil en su testimonio. La sociedad nos puede parecer corrompida, y algunas personas indeseables, y las más cercanas, llenas de defectos. Pero Jesús viene precisamente a curar a los enfermos, no a felicitar a los sanos, a salvar a los pecadores, y no a canonizar a los buenos.

La salvación es para todos. Jesús no renegó de su árbol genealógico porque en él hubiera personas pecadoras. Nosotros no debemos renegar de la generación en que nos ha tocado vivir. En esta Navidad deberíamos crecer en visión más optimista de las personas y de los acontecimientos, y respecto a las capacidades de cada persona ante la gracia salvadora de Dios.

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

25 de diciembre

– I –

“Hoy” nos ha nacido el Salvador

En estas fiestas de Navidad oímos repetidas veces la palabra “hoy”: “yo te he engendrado hoy”, “hoy, desde el cielo, ha descendido la paz sobre nosotros”, “has iluminado esta noche santa con el nacimiento de Cristo”, “hoy nos ha nacido un Salvador”, “hoy brillará una luz sobre nosotros”, “hoy una gran luz ha llegado a la tierra”, “hoy nos ha nacido el Salvador”. Lo mismo pasará en la Epifanía: “hoy se nos ha manifestado”, “hoy la estrella condujo a los magos”.

Este “hoy” quiere significar que lo que celebramos en Navidad no es un aniversario, sino un “sacramento”, o sea, una actualización del hecho salvífico del nacimiento humano del Hijo de Dios. En esta fiesta Dios nos comunica la gracia de un “nuevo nacimiento” como hijos en la familia de Dios. La Navidad es la condensación del “ayer” de Belén y del “mañana” de la última venida del Señor en el “hoy” de la celebración de este año, que es un acontecimiento siempre nuevo, no sólo recordado afectivamente.

Las lecturas bíblicas de las tres misas de la Navidad (noche, aurora, día) son intercambiables entre sí. Más aún, también se pueden utilizar en la misa vigiliar del 24 las lecturas de las tres misas de la fiesta. Hay que tener en cuenta que la misa más importante, para muchos la única, es la del día.

MISA DE MEDIANOCHE

Isaías 9, 1-3. 5-6. *Un hijo se nos ha dado*

El profeta Isaías, clásico en el Adviento, nos anuncia también la Navidad. Proclama gozosamente que “el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande”. La metáfora de la luz es muy expresiva para significar el cambio que sucederá al pueblo elegido cuando termine su destierro.

La liberación producirá gran alegría: “acreciste la alegría, aumentaste el gozo: se gozan en tu presencia”. El profeta asegura que se acaba la tiranía de los opresores, de la “vara del opresor”. El motivo es que “un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado”.

Si el profeta hablaba, a corto plazo, de algún rey próximo –podría ser que el pasaje perteneciera al “ritual de entronización” de un nuevo rey en Israel–, nosotros, los cristianos, interpretamos hoy este “hijo que se nos ha dado” de Cristo Jesús, el verdadero “príncipe de la paz”, el que ocupa “el trono de David” y quiere consolidar nuestro mundo “con la justicia y el derecho”.

El *salmo* prolonga la alegría con un canto de victoria, al que la antífona da color cristiano: “hoy nos ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”.

Tito 2, 11-14. *Ha aparecido la gracia de Dios a todos los hombres*

En la carta a su discípulo Tito, a quien había encomendado la comunidad de Creta, Pablo le da unas consignas para la conducta de los cristianos.

Habla de dos “apariciones”: la que ya sucedió, al encarnarse Cristo Jesús en nuestra historia, y la que esperamos al final de los tiempos: “ha aparecido la gracia de Dios...”, “aguardando la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador, Jesucristo”.

En el tiempo intermedio, los cristianos, teniendo la garantía del triunfo final, debemos llevar “una vida sobria, honrada, religiosa”, renunciando “a la vida sin religión y a los deseos mundanos”.

Lucas 2, 1-14. *Hoy os ha nacido un Salvador*

Leemos en esta Misa (y también en otras, si lo preferimos) este evangelio de Lucas, que aparece como el más indicado para la fiesta. Nos narra el nacimiento de Jesús, en la mayor pobreza: “le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre”. Pero en ese nacimiento tan sencillo se cumplen las promesas: José pertenece a la familia de David (venida a menos socialmente, desde luego) y así el Mesías viene, como se había prometido, de la dinastía de David.

A continuación nos narra Lucas la aparición del ángel a los pastores anunciándoles la noticia que llena al mundo de alegría: “hoy os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”. Se puede completar la lectura con el evangelio de la “misa de la aurora”, que es su continuación: los pastores corren al pesebre y encuentran al Niño, y se convierten en los primeros apóstoles de la buena noticia.

MISA DE LA AURORA

Isaías 62, 11-12. *Mira a tu Salvador que llega*

En el breve pasaje de hoy, Isaías ve ya el retorno de los desterrados a Jerusalén y canta la alegría del “pueblo santo”, de los “redimidos del Señor”, de la que parecía olvidada de Dios pero que es la “ciudad no abandonada”. La victoria le acompaña.

El *salmo* es muy propio de la misa de una aurora: “amanece la luz para el justo y la alegría para los rectos de corazón”, con un estribillo muy navideño: “hoy brillará una luz sobre nosotros, porque nos ha nacido el Señor”.

Tito, 3, 4-7. *Según su propia misericordia nos ha salvado*

También es breve, pero jugoso, el pasaje de la carta que Pablo escribe a Tito, el responsable de la comunidad de Creta.

Le ofrece una serie de consignas para la vida de aquellos cristianos, moti-

vadas porque “ha aparecido la bondad de Dios y su amor al hombre”. Pablo se refiere al bautismo, a la iniciación cristiana que ya han celebrado esos cristianos, iniciación que es “segundo nacimiento” y “renovación por el Espíritu Santo”. La llegada del amor de Dios y la experiencia del bautismo para los cristianos les hace mirar hacia delante, porque “somos, en esperanza, herederos de la vida eterna”.

Lucas 2, 15-20. *Los pastores encontraron a María y a José y al Niño*

Sigue el evangelio de la noche: los pastores, después de oír el anuncio de los ángeles, corren a Belén, encuentran al Niño con sus padres y se convierten en pregoneros de su venida.

Es una escena muy sencilla y humana, pero admiramos la actitud de fe de aquellos pastores, que reconocen al Mesías en su pobreza y le adoran, y luego cuentan a todos su experiencia. Mientras la Madre, María, medita todo esto en su corazón.

MISA DEL DÍA

Isaías 52, 7-10. *Verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios*

El profeta nos invita a la esperanza porque Dios viene a Sión y “consuela a su pueblo y rescata a Jerusalén”. La promesa se refiere a los tiempos del destierro en Babilonia y a su próximo final. Pero nosotros leemos el pasaje desde la perspectiva de la Encarnación del Hijo de Dios.

Podemos leer con más alegría que los primeros oyentes de Isaías el anuncio de que “tu Dios es Rey”, o que “ven cara a cara al Señor”, o que “verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios”. En verdad, “¡qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz!”.

También el *salmo* nos hace cantar pensamientos de victoria: “cantad al Señor un cántico nuevo porque ha hecho maravillas”: “los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios”.

Hebreos 1, 1-6. *Dios nos ha hablado por su Hijo*

Escribiendo a cristianos que proceden del judaísmo, el autor puede argumentar a partir del AT, para hacer ver cómo en Cristo, en el NT, se cumplen las promesas.

Los versículos que hoy leemos son como un resumen de toda la carta y una cristología concentrada: Dios nos ha hablado por los profetas, y ahora lo hace por medio de su Hijo; Cristo es “reflejo de la gloria” de Dios y “sostiene el universo con su palabra poderosa”; es Hijo y Heredero; es superior a todos los ángeles; y ya desde la creación inicial, por medio de él Dios “ha ido realizando las edades del mundo”.

Juan 1, 1-18. *La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros*

El evangelio de hoy nos ayuda a profundizar en la celebración de la Navidad hasta un nivel muy profundo: es el prólogo del evangelio de Juan. Esta lectura, junto con las anteriores, da a la Misa de hoy un tono contemplativo y teológico en las fiestas del Nacimiento del Hijo de Dios.

Este evangelio nos habla de la pre-existencia del Verbo en el seno de Dios, como Palabra viviente, por la que es creado el universo. Pero en la plenitud del tiempo se hace hombre, se encarna y “acampa entre nosotros”, nos revela al Padre y nos hace partícipes de la plenitud de su gracia y de su vida.

Es verdad que muchos, a pesar de que “viene a su casa”, no le reciben. Pero los que le acogen reciben el mejor don: ser hijos de Dios.

— II —

La luz: la teología de la Navidad

La fiesta de Navidad, fiesta popular donde las haya, la tenemos que celebrar con un color claramente cristiano, asimilando las dimensiones más teológicas que nos presentan las lecturas y oraciones de las tres misas.

La escena del evangelio es muy sencilla: José y María van a Belén a inscribirse, porque así lo manda la ley. Allí María da a luz y, como no tienen lugar en la posada, cuando nace el Niño lo depositan en un pesebre.

Este acontecimiento, que nos produce una entrañable sensación de alegría y gratitud, tiene una dimensión profunda, teológica, que los textos de hoy, sobre todo los de la “misa del día”, nos ponen de relieve. Ese Niño ahora recién nacido es también el Maestro, el Profeta, el Hijo de Dios, el que luego se entregará a la muerte y nos salvará, reconciliando a la humanidad con Dios, y volverá glorioso al final de los tiempos como Juez universal. A la ternura se une la teología. La teología que también tenemos –y en esta fiesta con más razón– en el canto del “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz”.

En algún prefacio, el lenguaje se hace también muy teológico: “en el misterio santo que hoy celebramos, Cristo, el Señor... se hace presente entre nosotros de un modo nuevo: el que era invisible en su naturaleza, se hace visible al adoptar la nuestra; el eterno comparte nuestra vida temporal... para asumir en sí todo lo creado, para reconstruir lo que esta caído... para llamar de nuevo al reino de los cielos al hombre sumergido en el pecado” (prefacio II).

Una imagen que se repite hoy es la de la luz: “has iluminado esta noche santa con el nacimiento de Cristo, la luz verdadera”, “el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande”, “hoy brillará una luz sobre nosotros”, “los que vivimos inmersos en la luz de tu Palabra”, “amanece la luz para el justo”, “hoy una gran luz ha bajado a la tierra”, “la Palabra era la luz verdadera que alumbró a todo hombre”. Somos invitados a la fiesta de la luz.

Con razón damos gracias a Dios “porque la luz de tu gloria brilló ante nuestros ojos con nuevo resplandor” (prefacio I).

Los motivos de la alegría de la Navidad

Por muy preocupados que estemos por los problemas de la vida, y por negro que veamos el panorama social o eclesial, es bueno que nos dejemos contagiar de la alegría y la esperanza que ya anunciaba Isaías: “el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande... porque un hijo se nos ha

dado”. Lo que él anunciaba en el AT, nosotros tenemos mayor ocasión de creerlo como ya realizado en raíz.

Repetidamente se nos invita a la alegría: “alegrémonos todos en el Señor”, “acreciste la alegría y aumentaste el gozo: se gozan en tu presencia, como gozan al segar, como se alegran al repartirse el botín”, “alégrese el cielo, goce la tierra, delante del Señor que ya llega”, “os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo”, “celebramos rebosantes de gozo el misterio del nacimiento de Cristo”, “la tierra goza, se alegran las islas innumerables”, “hemos celebrado con cristiana alegría el nacimiento de tu Hijo”.

Para Isaías, lo que trae el futuro Mesías es la liberación de toda clase de esclavitud, del bastón que golpea, del yugo injusto que se impone a los demás. Dios nos quiere dar “una paz sin límites”, hecha de “justicia y derecho”. Cristo nos salva de las varias pequeñas o grandes esclavitudes: materialismo, egoísmo, pesimismo, intolerancia, rencor, pereza, sensualidad.

Cristo ha venido a comunicarnos vida, la salvación y la filiación divina.: “hoy nos ha nacido el Salvador para comunicarnos la vida divina”, “ha aparecido la gracia de Dios que trae la salvación para todos”, “así, justificados por su gracia, somos, en esperanza, herederos de la vida eterna”, “de su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia”, “a cuantos le recibieron les da poder para ser hijos de Dios”.

Alegría, paz, victoria, vida, liberación, justicia, filiación divina: vale la pena que los cristianos proclamemos, para nosotros mismos, y a todos los que nos quieran escuchar, un mensaje de alegría y de bendiciones que nos vienen de Dios a través de esta fiesta del nacimiento del Hijo.

La “noticia” del nacimiento del Hijo de Dios no saldrá precisamente en los telediaros. Pero los cristianos sí la sabemos y la celebramos.

El “maravilloso intercambio” que nos salva

Algunos textos de esta fiesta hablan de un admirable “intercambio” que sucede en la Navidad: “hoy resplandece ante el mundo el maravilloso intercambio que nos salva, pues al revestirse tu Hijo de nuestra frágil condición,

no sólo confiere dignidad eterna a la naturaleza humana, sino que por esta unión admirable nos hace a nosotros eternos” (prefacio III).

Lo dicen otras oraciones: “haznos participar de la divinidad de tu Hijo que, al asumir la naturaleza humana, nos ha unido a la tuya de modo admirable” (ofrendas de la noche), “compartir la vida divina de aquel que hoy se ha dignado compartir con el hombre la condición humana” (oración misa del día). Es la noticia de la “humanización” de Dios –Dios se ha hecho hombre– y de la “divinización” del hombre –el hombre ha sido elevado a la categoría de hijo en la casa de Dios.

Mirando también al futuro

En la Navidad, que parece sólo una celebración histórica, o en todo caso de actualización de la gracia que Dios nos comunica hoy y aquí, miramos también al futuro. Pablo, por ejemplo, además de decirnos en su carta a Tito que “ha aparecido la gracia de Dios”, y por eso es motivo de alegría, también nos invita a mirar hacia el final de los tiempos, “aguardando la dicha que esperamos: la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador Jesucristo”.

En las oraciones pedimos a Dios: “concédenos gozar en el cielo del esplendor de su gloria a los que hemos experimentado la claridad de su presencia en la tierra” (oración de la noche), “concédenos que, así como ahora acogemos, gozosos, a tu Hijo como redentor, lo recibamos también confiados cuando venga como Juez” (oración de la misa de la vigilia).

De nuevo estamos en la dinámica de la historia de la salvación, que ha estado presente durante el Adviento: la venida humilde de Jesús en Belén es el comienzo de nuestra salvación. Su venida última y gloriosa, que no sabemos cuándo ni cómo será, también nos llenará de alegría si hemos sabido vivir conforme a su programa de vida. En la oración que en la Misa sigue al Padrenuestro decimos cada día: “mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo”.

Los pastores, maestros de la acogida

Fueron unas personas sencillas las que primero supieron ver la llegada de los tiempos mesiánicos y acogieron al Enviado de Dios. Ante todo esa joven pareja de creyentes que se llaman José y María. Luego, los pastores, que hicieron caso a la invitación de los ángeles, corrieron a Belén, y reconocieron al Mesías a pesar de la extrema pobreza de su venida.

Otros, los importantes de Jerusalén, las autoridades políticas y religiosas, ni se enteraron, o no se quisieron enterar. Los pastores, sí. A veces son las personas humildes las que más abiertas están a la buena nueva y a la fe. Jesús, ya desde su nacimiento, pertenece a los pobres, que serán también sus predilectos en sus obras y en sus enseñanzas: basta recordar las bienaventuranzas.

Todos somos invitados a esta actitud de acogida. Dios se nos ha acercado, Dios es Dios-con-nosotros, y ha querido compartir nuestra vida para que nosotros, acogiéndole, compartamos la suya. Sea cual sea nuestro estado social, o nuestra edad, o nuestra cultura, todos somos importantes para Dios. Esta Navidad podemos decir, con mayor sentido que nunca, y desde el fondo de nuestro ser, la oración del Padrenuestro que nos enseñó Jesús: porque el Hijo de Dios se ha hecho Hermano nuestro, todos somos hijos en la familia de Dios.

Podemos espejarnos en esos pastores de Belén y acoger con fe y hasta con emoción a Dios en nuestras vidas. Y, además, ser apóstoles y evangelizadores para con los demás: “El que encomendó al ángel anunciar a los pastores la gran alegría del nacimiento del Salvador os llene de gozo y os haga también a vosotros mensajeros del Evangelio” (bendición solemne).

Consecuencia para la vida

Esto no sólo provoca nuestras alabanzas y cantos en la celebración litúrgica. Debe también producir un cambio en nuestras vidas. Sería una pena que también de nosotros se tuviera que decir: “vino a su casa y los suyos no le recibieron”. O lo que pasó a José y María, que andaban buscando una casa para dar a luz, y no había sitio en ninguna para ellos.

A veces estamos tan llenos de cosas y de preocupaciones intrascendentes, que no tenemos sitio para Dios en nuestra vida. Celebrar la Navidad debería significar hacer sitio al amor de Dios en nuestro programa de vida. Para muchos, la Navidad es sólo un período de vacación, de regalos y de encuentros familiares. Lo cual no está nada mal. Pero los cristianos tenemos un “plus” de motivos de alegría y de celebración. Y deberíamos, por tanto, evitar los peligros de una banalización consumista de esta fiesta y re-evangelizarla, llenándola del motivo fundamental de su celebración.

Pablo, en la carta a Tito (misa de la noche), nos señala un programa de vida consecuente con la alegría que celebramos: “renunciar a la vida sin religión y a los deseos mundanos” y llevar “una vida sobria, honrada y religiosa”, para que seamos “un pueblo purificado, dedicado a las buenas obras”.

Por eso pedimos a Dios “la gracia de vivir una vida santa” (poscomunión noche), “que resplandezca en nuestras obras la fe que haces brillar en nuestro espíritu” (oración aurora). Y en la bendición solemne de esta fiesta el sacerdote nos desea a todos: “Dios, que disipó las tinieblas del mundo con la Encarnación de su Hijo... e iluminó este día santo, aleje de vosotros la tiniebla del pecado y alumbre vuestros corazones con la luz de la gracia”.

LA SAGRADA FAMILIA

– I –

Un modelo para las familias cristianas

La de hoy es una fiesta reciente (tiene poco más de un siglo de existencia), y fue establecida por el papa León XIII para dar a las familias cristianas un modelo entrañable y evangélico.

Poco sabemos de la infancia de Jesús, pero sí sabemos que quiso nacer y vivir en una familia, y experimentar nuestra existencia humana, por añadidura en una familia pobre, trabajadora, que tendría muchos momentos de paz y serenidad, pero que también supo de estrecheces económicas, de emigración, de persecución y de muerte.

La oración colecta expresa muy bien esta finalidad: afirma que la Familia de Nazaret es un “maravilloso ejemplo a los ojos de tu pueblo”, para que imitando “sus virtudes domésticas y su unión en el amor”, podamos llegar a “gozar de los premios eternos en el hogar del cielo” (en latín dice, y mejor: “in laetitia domus tuae”, en la alegría de tu casa). En la oración sobre la ofrendas pedimos a Dios que “guarde nuestras familias en tu gracia y en tu paz verdadera”. Y en la poscomunión, que “después de las pruebas de esta vida, podamos gozar en el cielo de tu eterna compañía”.

Las lecturas primera y segunda, que ahora tienen lecturas diferentes para los tres ciclos, nos presentan ejemplos de virtudes domésticas. El evangelio, escenas de la infancia de Jesús, en torno a la familia de Nazaret.

Eclesiástico 3, 2-6. 12-14. *El que teme al Señor honra a sus padres*

El libro del Eclesiástico, uno de los últimos libros sapienciales del AT, se llama también Sirácida, porque lo escribió Jesús hijo de Sira, o Ben Sira, unos doscientos años antes de Cristo.

El pasaje que leemos hoy habla de las relaciones entre hijos y padres. El que honra a sus padres, dice el sabio, recibe una serie de beneficios: expía sus pecados, acumula tesoros, se llena de alegría y, cuando ora, es escuchado por Dios, que además le concede larga vida.

Añade un toque de realismo: un buen hijo no abandona a sus padres tampoco cuando se hacen viejos y “aunque flaquee su mente”.

El *salmo* también habla de ambiente familiar: con la mujer al frente de la casa, como “parra fecunda”, y los hijos en torno a la mesa, gozando todos de la bendición de Dios.

(o bien) **1 Samuel 1,20-22.24-28.** *Cedo Samuel al Señor de por vida, para que sea suyo*

Los libros de Samuel son libros históricos en que los protagonistas son Samuel, Saúl, David y Salomón. Hoy se nos presenta a un matrimonio muy sencillo, el de Ana y Elcaná, que sufre la tristeza de no tener descendencia. Sobre todo ella pide insistentemente a Dios que le conceda un hijo. Y al final lo consigue: es Samuel, que será nada menos que el primer Juez de Israel, personaje importante en la historia de su pueblo.

Como lo había pedido y obtenido de Dios, Ana decide “devolverlo” a Dios, dejándolo en el templo “por todos los días de su vida”.

Colosenses 3, 12-21. *La vida de familia vivida en el Señor*

En la carta que escribe Pablo a la comunidad de Colosas (en Frigia, actual Turquía), les presenta un programa ideal de vida comunitaria. Su “uniforme” –el vestido que les distingue de los demás– debe ser misericordia, bondad, humildad, dulzura, comprensión, amor, capacidad de perdón. Pablo desciende

también a una ejemplificación en el ámbito de la familia: las relaciones entre marido y mujer, y entre padres e hijos.

A la vez, los cristianos deben permanecer en la acción de gracias (¿alusión a la eucaristía?), dando primacía a la Palabra, y orando con cantos, salmos e himnos.

(o bien) **1 Juan 3,1-2.21-24.** *El Padre nos llama hijos de Dios, y lo somos*

Esta carta la leemos casi íntegra en las ferias de este tiempo. Contiene el mejor mensaje de Navidad: el Hijo se hace hermano nuestro, para hacernos a nosotros hijos en la familia de Dios.

La gracia de la Navidad es precisamente esta: que, como consecuencia del amor que nos tiene Dios, nos sintamos todos hijos: “nos llamamos hijos de Dios, y lo somos”. Juan saca la consecuencia, que es también el tema de toda la carta: tenemos que amarnos los unos a los otros, porque todos somos hermanos.

Lucas 2, 41-52. *Los padres de Jesús lo encuentran en medio de los maestros*

Lucas nos cuenta la primera visita de Jesús, con su familia, al Templo de Jerusalén, cuando tenía doce años, a ese Templo en el que años después será tantas veces protagonista. El niño se pierde voluntariamente entre los doctores, provocando la angustia de sus padres. En su diálogo con ellos, se ve que María y José no entienden el lenguaje que Jesús emplea para explicar su actuación. Como dice el Catecismo, Jesús en esta escena “deja entrever el misterio de su consagración total a una misión derivada de su filiación divina” (CCE 534).

También aparece en Lucas la apostilla de cómo Jesús “bajó con ellos a Nazaret e iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres”. No se olvida de indicar que “su madre conservaba todo esto en su corazón”, como en el caso de la visita de los pastores.

Programa de vida de familia

La familia de Nazaret –a la que siempre nos deberíamos acercar con un infinito respeto, porque está sumergida en el misterio de Dios– aparece como un modelo amable de muchas virtudes que deberían copiar las familias cristianas: la mutua acogida, la comunión perfecta, la fe en Dios, la fortaleza ante las dificultades, el cumplimiento de las leyes sociales y de la voluntad de Dios.

El programa que aparece en los textos de esta fiesta vale para las familias, para las comunidades religiosas, para las parroquias, para la humanidad entera. Nos irían bastante mejor las cosas si en verdad los hijos cuidaran de sus padres siguiendo los consejos del Sirácida, y si en nuestras relaciones con los demás vistiéramos ese “uniforme” del que habla Pablo: misericordia, bondad, humildad, dulzura, comprensión, amor, capacidad de perdón. Los consejos de Pablo parecen pensados para nosotros: “perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro... que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón... y, por encima de todo, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada”.

La fiesta de hoy no nos da soluciones técnicas y económica para la vida familiar o social, pero nos ofrece las claves más profundas, humanas y cristianas, de esta convivencia. Habrán cambiado las condiciones sociales y el modo de relacionarse padres e hijos en comparación con las que describía el libro del Sirácida o el mismo Pablo en su tiempo. Ahora, por ejemplo, se tienen mucho más en cuenta los derechos de cada persona y el diálogo. Pero los principios y los valores principales siguen ahí: el respeto mutuo, el amor, la solidaridad, la tolerancia, la ayuda mutua. De Jesús, cuando volvió a Nazaret, se dice explícitamente: “y les estaba sujeto”.

Cuando los padres se hacen viejos y hay que cuidarlos

También sigue actual para las familias y para las comunidades religiosas el detalle que el sabio del AT apuntaba respecto a los padres ancianos, a los que

“les flaquea la mente”. Él no sabía nada del mal de Alzheimer, pero parece describirlo, y nos invita a extremar nuestro amor a los mayores precisamente en esas circunstancias. Es fácil tratar bien a los padres cuando son ellos los que nos ayudan a nosotros, y difícil cuando ya no se valen por sí mismos y dependen de nuestra ayuda.

El Catecismo de la Iglesia, citando precisamente el pasaje del Sirácida que hoy leemos, concreta el “cuarto mandamiento” recordando a los hijos sus responsabilidades para con los padres: “Cuando se hacen mayores, los hijos deben seguir respetando a sus padres... La obediencia a los padres cesa con la emancipación de los hijos, pero no el respeto que les es debido, que permanece para siempre... En la medida en que ellos pueden, deben prestarles ayuda material y moral en los años de vejez y durante sus enfermedades, y en momentos de soledad o de abatimiento” (CCE 2217-2218).

También con fe y oración

Este programa de vida familiar y comunitaria no es nada fácil. No se puede basar sólo en la filantropía humana, o en motivos de interés o de mera convivencia civilizada, sino sobre todo en la ayuda de Dios, en la fe, en la oración, en la certeza de sabernos amados por Dios.

Para una vida familiar y comunitaria sólida necesitamos la fe, porque el motivo de este amor que se nos pide es el amor que Dios nos ha mostrado en su Hijo, y que estos días se nos ha presentado de un modo más explícito. Juan, en su carta, además de afirmar que somos de verdad hijos de Dios, a pesar de nuestras debilidades, saca la conclusión de que nos tenemos que amar unos a otros, como consecuencia de ese amor que Dios nos tiene a todos. Cuando Pablo invita a las mujeres y a los maridos y a los hijos a superar las dificultades que puedan encontrar y a vivir en paz y armonía, añade una pequeña pero significativa expresión: “en el Señor”.

Necesitamos la ayuda de Dios. Pablo, a los Colosenses –a nosotros– nos invita a no descuidar la acción de gracias (Eucaristía), a dar el debido lugar a la Palabra de Dios, a salpicar nuestra vida de oración y de canto de salmos e himnos. Una agrupación humana cualquiera, sea la familia o una comunidad religiosa, no puede superar las mil dificultades que encuentra para la

convivencia, si no es también con la ayuda de Dios. Si existe esta apertura hacia Dios, entonces sí se puede pensar que sea posible lo que Pablo recomienda a los Colosenses: que en la vida, “todo lo que realicéis de palabra o de obra, sea todo en nombre de Jesús”.

La familia de Nazaret nos es presentada hoy, precisamente, en su visita al Templo de Jerusalén para orar y rendir culto a Dios. Jesús habla en esta escena de su Padre por primera vez. También destaca, de nuevo, la afirmación de que María “conservaba estas cosas en su corazón”, en un corazón meditativo y abierto a Dios.

Es interesante que los tres miembros de esta familia se distinguen por su escucha de la Palabra: José, cuando despierta, cumple lo que le había dicho el ángel de parte de Dios; María contesta en su diálogo “hágase en mí según tu palabra”, y Jesús, en la escena de hoy, afirma que debe estar en las cosas de su Padre.

Una familia que cada domingo acude a celebrar la Eucaristía tiene un apoyo consistente, en la escucha de la Palabra y en la recepción de Cristo como nuestro alimento, para su camino de convivencia y de crecimiento humano y cristiano. Así es como crece más expresiva y testimonialmente como una “iglesia doméstica” (LG 11).

Además, como en el caso de Ana y Elcaná, los padres de Samuel, las familias cristianas tendrían que sentir el orgullo y la alegría de poder “dedicar a Dios” alguno de sus hijos para el trabajo por el Reino, en la vida sacerdotal o religiosa, “todos los días de su vida”.

SANTA MARÍA MADRE DE DIOS

1 de enero

— I —

El recuerdo de la Madre en la fiesta del Hijo

La fiesta del 1 de enero tiene varias direcciones: es el comienzo del año civil (la más popular), es la octava de la Navidad, el día en que Jesús fue circuncidado y le pusieron ese nombre, la jornada de oración por la paz (que podría motivar de modo especial el gesto de la paz antes de comulgar). Pero, sobre todo, es la solemnidad de Santa María Madre de Dios.

Aunque el protagonista de todo el tiempo de la Navidad es Cristo Jesús, el recuerdo de la Virgen –la de hoy es seguramente la fiesta mariana más antigua en la liturgia romana–, en la octava de la Natividad, no le quita al Hijo ninguna importancia y nos ayuda a todos a vivir mejor la Navidad. El título de “Santa María Madre de Dios” es el principal y fuente de todos los demás títulos que se pueden aplicar a la Virgen.

Números 6, 22-27. *Invocarán mi nombre sobre los israelitas
y yo los bendeciré*

Los sacerdotes del AT reciben el encargo de bendecir a los fieles que acuden al lugar del culto, transmitiéndoles así la bendición de Dios, acompañada de su paz, sobre todo con ocasión del año nuevo.

Tiene muy buen sentido este breve pasaje al comienzo del año: también

nosotros necesitamos esa bendición de Dios, que ahora está llena de mayor contenido, desde la venida del Hijo de Dios a nuestra familia.

El hermoso *salmo* que prolonga esta lectura pide para nosotros que “el Señor tenga piedad y nos bendiga”, y lo hace no sólo para nosotros, sino para todos los pueblos de la tierra, en un claro color universalista: “que te alaben todos los pueblos”.

Gálatas 4, 4-7. *Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer*

Pocas alusiones encontramos en Pablo a la Madre del Mesías. Hoy leemos cómo les dice a los cristianos de Galacia que Dios envió a su Hijo “nacido de una mujer y nacido bajo la ley” de Moisés.

La finalidad de esa venida es, según Pablo, “rescatar a los que estaban bajo la ley”, y sobre todo “que recibiéramos el ser hijos” y así poder decir, movidos por el Espíritu, “Abbá, Padre”. Y si hijos, “también herederos”.

Lucas 2, 16-21. *Encontraron a María y a José y al Niño.*

A los ocho días, le pusieron por nombre Jesús

De nuevo escuchamos, como el día de Navidad, cómo los pastores encontraron al Niño en Belén y marcharon luego contando a todos su experiencia. También cómo “María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”.

Aquí se añade además lo que sucedió “a los ocho días” del nacimiento de Jesús: su circuncisión y la imposición del nombre de Jesús, el nombre que ya había señalado el ángel a José. Los padres de Jesús obedecieron la ley de su pueblo, respecto a la circuncisión, y obedecieron también la indicación del ángel respecto al nombre que le habían de poner a su Hijo.

– II –

Empezamos bien el año

Toda la celebración rezuma “buena noticia”: estamos en la octava de la Navidad, celebrando todavía “el día santo en que la Virgen María dio a luz al Salvador del mundo” (embolismo propio en el Canon Romano). En medio de un mundo que no abunda precisamente en alegrías profundas, la fiesta de hoy nos “felicita” a todos el nuevo año proclamando la buena noticia del Dios-con-nosotros e implorando su bendición sobre nuestras vidas.

Si los sacerdotes del AT bendecían a sus fieles de parte de Dios y les deseaban la paz –“ilumine su rostro sobre ti... te conceda la paz”–, los cristianos sabemos que hemos sido bendecidos con mayor plenitud en el Hijo. Su venida ha sido la mejor garantía de bendición y de paz para nosotros. El ángel lo anunció a los pastores: “gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres”.

Vale la pena releer la “bendición solemne” que el Misal propone para hoy y que el presidente de la Eucaristía pronunciará con énfasis: “El Dios, fuente y origen de toda bendición, os conceda su gracia... y os proteja durante todo este año que hoy comenzamos... os mantenga íntegros en la fe, incommovibles en la esperanza y perseverantes en la caridad... Os conceda un feliz y próspero año nuevo, escuche vuestras súplicas y os lleve a la vida eterna”.

¿Podemos desear algo mejor? Lo vamos a necesitar los doce meses del año que empieza.

Le pusieron por nombre Jesús, que significa Dios-salva

Estamos todavía en Navidad. Lo que celebramos es que Dios se ha acercado a nosotros al encarnarse en nuestra historia.

El nombre que le pusieron al recién nacido, siguiendo la indicación del ángel, es “Jesús”, que en hebreo significa “Dios salva”. El nombre más significativo que se le podía poner al Mesías. Equivalente al de Dios-con-nosotros.

El efecto fundamental de la Navidad es que Dios se ha introducido definitivamente en nuestra historia, que se ha hecho uno de nosotros para salvarnos desde dentro, por medio de su Hijo. Esta salvación ya ha empezado, pero está destinada a llegar a su plenitud al final: “así como nos llena de gozo celebrar el comienzo de nuestra salvación, nos alegremos un día de alcanzar su plenitud” (oración sobre las ofrendas).

Somos hijos

En concreto, como dice Pablo en su carta de hoy, “envió Dios a su Hijo para que recibiéramos el ser hijos por adopción”.

Nuestra auténtica relación con Dios no es sólo de creaturas, y menos de esclavos. El Hijo de Dios se ha hecho hermano nuestro para que nosotros seamos hijos en la familia de Dios, “de manera que ya no eres esclavo, sino hijo, y si hijo, también heredero” junto con Cristo. Por eso, movidos desde dentro por el mismo Espíritu que movía a Jesús, podemos exclamar en verdad “Abbá, Padre”.

El prólogo del evangelio de Juan, que leemos en estas fiestas, nos dice claramente que “a cuantos lo recibieron les dio poder ser hijos de Dios”, afirmación que continúa en sus cartas: “mirad qué amor nos ha tenido el Padre: que somos llamados hijos de Dios, y lo somos”.

Nos hace bien que al principio del año se nos recuerde esta convicción que da un tono distinto a nuestra historia: somos hijos en la casa de Dios. Puede ser que no gocemos de mucha salud, y que nuestra situación social no sea envidiable, y que nuestras cualidades no sean muy brillantes. Pero lo que nadie nos quita es esto: que somos hijos en la familia de Dios, que Dios nos quiere como a sus hijos. Eso no es un mero consuelo psicológico, sino teología. Sea lo que sea lo que nos vaya a deparar el año nuevo, una cosa es importante: a lo largo de todos sus días, Dios seguirá siendo nuestro Padre y nos querrá como a hijos.

Aquí está también la motivación principal de esa paz que todos deseamos en casa propia y en todo el mundo: si todos nos sabemos hijos en la casa de Dios, también nos convenceremos que todos somos hermanos, y nos trataremos como tales.

Santa María, Madre

Todo el tiempo de Adviento y Navidad es claramente un “tiempo mariano”, por la presencia tan privilegiada de María en el misterio del nacimiento y manifestación de Jesús. No ciertamente porque lo hayamos decidido nosotros, sino que ha sido Dios mismo quien quiso que ella estuviera al lado de Jesús en este inicio de su vida, así como luego iba a estar al pie de la cruz, en la alegría de la Pascua y en la venida del Espíritu sobre la comunidad.

Pero la fiesta de hoy nos la recuerda de modo especial: nos invita a “celebrar la parte que tuvo María en el misterio de la salvación y a exaltar la singular dignidad de que goza la Madre Santa, por la que merecimos recibir al Autor de la vida” (Pablo VI, *Marialis Cultus*).

Afirmamos con gozo que “por la maternidad virginal de María entregaste a los hombres los bienes de la salvación”, y que por ella “hemos recibido a tu Hijo Jesucristo, el autor de la vida” (oración colecta).

En la poscomunió de este 1 de enero aparece por primera vez en los textos litúrgicos el título de “Madre de la Iglesia”, aplicado a María solemnemente por el papa Pablo VI y ahora asumido por el Misal: “proclamamos a María Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia”.

María es maestra de la espera, de la acogida y de la manifestación del Mesías al mundo. Es la persona que mejor vivió el Adviento y la Navidad, y la manifestación de la Epifanía. Por ello su recuerdo puede ayudarnos, junto al de Jesús, a celebrar mejor este tiempo y a empezar mejor el año.

DOMINGO 2 DE NAVIDAD

– I –

Profundizando en la Navidad

Este domingo es como un eco o una profundización de la fiesta de la Navidad, con el tono teológico y elevado que ya se había iniciado en la “misa del día” del 25 de diciembre con el prólogo del evangelio de Juan.

El aspecto que más se resalta en los textos de hoy es el de Cristo como la Palabra viviente de Dios, que nos comunica su luz y su salvación.

En los primeros días del nuevo año, seguimos meditando y celebrando el gran misterio de la Encarnación del Hijo de Dios en nuestra historia. Imitando, también en esto, la actitud de María, la Madre, que “conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”.

Eclesiástico 24, 1-4. 12-16. *La sabiduría de Dios habitó en el pueblo elegido*

El libro del Eclesiástico, llamado también del “Sirácida”, porque fue escrito por Jesús, Ben Sira (hijo de Sira), es uno de los últimos libros sapienciales del AT.

Hoy podríamos decir que “prepara” bien la lectura del prólogo de Juan, porque habla de la sabiduría de Dios. Ya en el AT se intuía que la sabiduría de Dios, personificada, que existía “desde el principio, antes de los siglos”,

iba a tener un puesto central: “se gloría en medio de su pueblo”, “en la congregación plena de los santos”; esa sabiduría de Dios “habita en Jacob, en Jerusalén”, “eché raíces en un pueblo glorioso”, mientras otros pueblos permanecían en la oscuridad y la ignorancia.

Para los que leemos ese libro dos mil años después de la venida de Cristo, esa promesa no puede tener otro sentido que el de Cristo como Palabra eterna de Dios, enviado como Profeta y Maestro auténtico.

El *salmo* sigue en la misma perspectiva de un Dios que “envía su mensaje a la tierra y su palabra corre veloz”, que “anuncia su palabra a Jacob”. La antífona que se intercala entre sus estrofas, “la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros”, hace que cantemos ese salmo desde la visión cristiana. Nosotros sí que podemos decir que “con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos”.

Efesios 1, 3-6. 15-18. *Nos ha destinado en la persona de Cristo a ser sus hijos*

Volvemos a leer el entusiasta comienzo de la carta de Pablo a la comunidad de Éfeso, que ya escuchábamos el día de la Inmaculada.

Es Dios quien actúa primero, “por pura iniciativa suya”, bendiciéndonos con toda clase de bendiciones, y eso provoca que nosotros le respondamos con nuestra bendición: “Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido...”. La bendición descendente de Dios y la ascendente de nuestra alabanza se encuentran “en la persona de Cristo”.

La bendición mejor que nos ha otorgado Dios es que “nos ha destinado a ser sus hijos”. Pablo pide a Dios que conceda a sus cristianos “espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo”, que les abra sus ojos para una inteligencia más viva del misterio de Dios.

Juan 1, 1-18. *La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros*

Como en la “misa del día” del 25 de diciembre, proclamamos hoy el prólogo del evangelio de Juan, el mejor resumen teológico, no sólo del misterio de la Navidad, sino de toda la historia de la salvación.

Cristo, desde la eternidad, estaba junto a Dios, era Dios y era la Palabra viviente de Dios. Cuando llegó la plenitud del tiempo, el que era la Palabra se hizo carne, se “encarnó”, acampó entre nosotros y con su luz ilumina a todos los hombres. Los que le acogieron reciben el don de nacer de Dios y ser sus hijos.

¿Se puede pensar en una teología más resumida y densa del misterio que estamos celebrando? Son los grandes conceptos propios de Juan: Palabra, Vida, Luz, Gracia, Hijos...

– II –

El Niño recién nacido es la Palabra viviente de Dios

Estamos todavía en la Navidad. Hemos celebrado el nacimiento del Hijo y la fiesta de su Madre. Pronto celebraremos su Epifanía también a las naciones. Pero las lecturas de hoy nos ayudan a entender más en profundidad lo que representa para nosotros el que el Hijo de Dios haya tomado nuestra naturaleza humana. No sólo le vemos como el Niño recién nacido, sino como el Salvador, el Mesías, el Maestro y Profeta que nos enseña la verdad de Dios.

Los textos de hoy se centran sobre todo en Jesús como la Palabra de Dios, como la Sabiduría encarnada. Nuestro Dios no es un Dios mudo: es un Dios que nos habla, que nos dirige su Palabra personal.

Ya el Sirácida, en la primera lectura, predecía que la Sabiduría de Dios iba a establecer su morada en Israel y que iba a “echar raíces en un pueblo glorioso”. Pero ha sido Juan el que nos ha anunciado el cumplimiento de las promesas: “la Palabra se hizo hombre y acampó entre nosotros”.

La alegría que experimentaba Israel porque la Sabiduría de Dios, hecha persona, habitaba en medio de ellos, la sentimos los cristianos con mayor razón, porque sabemos que Jesús no sólo nos ha venido a traer la Palabra de Dios, sino que él mismo ES la Palabra viviente de Dios. “En el principio era la Palabra y la Palabra era Dios”, y esa Palabra, hecha persona, es la que

ha venido al mundo y ha puesto su tienda en medio de nosotros. Lo que era profecía en el AT es ahora una realidad, misteriosa pero gozosa.

¿No es esto lo que celebramos en la Navidad y nos llena de alegría y da sentido a nuestra existencia? Nuestro Dios no es un Dios lejano: nos ha “dirigido su Palabra” y esta Palabra es Cristo Jesús. En la oración sobre las ofrendas afirmamos que Dios, por medio de su Hijo, “nos ha señalado el camino de la verdad”.

Necesitamos la sabiduría de Dios

Pero el evangelio de Juan nos ha planteado el dilema: unos reciben a esa Persona que es la Palabra viva de Dios, y otros no la reciben en sus vidas. Esa Palabra era la Luz, pero a veces pasa que “la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió”, “vino a su casa y los suyos no la recibieron”. Los que sí le acogen, reciben el gran don de ser hijos, de “nacer de Dios”.

Todos necesitamos la luz de esa Palabra. Todos necesitamos, para descubrir el sentido a nuestras vidas, esa Sabiduría de Dios, ver las cosas desde los ojos de Dios, que es “luz de los que en él creen” (oración colecta). Si no recibimos a ese Cristo como la Palabra definitiva de Dios, no nos extrañemos del desconcierto y de la confusión que reina en las ideologías de este mundo. Se puede seguir diciendo, como dijo Jesús de muchos de sus contemporáneos, que “andan como ovejas sin pastor”.

En su carta a los Efesios, Pablo pide para ellos que madure de su fe, que Dios les conceda “espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo”, y que les ilumine “para que comprendan cuál es la esperanza a la que nos llama y la riqueza de gloria que nos tiene preparada como herencia”. “Conocer”, “comprender”: el Maestro que es Cristo, la Palabra viviente que es él, es quien nos puede dar ese conocimiento profundo de la historia. Los creyentes ya caminamos en la luz, pero necesitamos profundizar más en el conocimiento del misterio de Cristo, que es también nuestro propio misterio, el sentido de la vida y de la historia y de la muerte.

En cada Eucaristía, a la escuela de la Palabra

Pronto terminaremos las fiestas de la Navidad. Pero queda, para todo el año, nuestro encuentro dominical (o diario) con Cristo, la Palabra viviente que nos dirige una y otra vez Dios Padre.

Esa es nuestra mejor catequesis, nuestra más profunda y eficaz “formación permanente”, la escuela que nos ayuda a crecer en nuestra fe y en nuestra vida cristiana. Si con el salmista pedimos a Dios “enséñame tus caminos”, su respuesta es precisamente esta: la proclamación de su Palabra en las celebraciones comunitarias, además de la lectura que podamos hacer personalmente o en los grupos de oración o de lectura bíblica.

En la primera parte de cada Eucaristía –la “primera mesa” a la que nos invita el Señor– vamos asimilando su sabiduría, o sea, su mentalidad, su manera de ver las personas, las cosas y los acontecimientos. Como la Virgen María contestó a Dios: “hágase en mí según tu Palabra”, nosotros deberíamos ajustar nuestro estilo de vida a la Palabra que Dios nos va dirigiendo. Así viviremos en la luz, creceremos en fe y esperanza, y nos sentiremos estimulados a vivir según Cristo.

EPIFANÍA DEL SEÑOR

6 de enero

– I –

La manifestación universal del Salvador

La fiesta de hoy, prolongación de la Navidad, tiene en nuestra liturgia romana como protagonistas a esos magos de tierras extrañas que vienen a adorar al Mesías (mientras que en el Oriente ha sido siempre la fiesta más bien del Bautismo y también del nacimiento del Señor).

Tendremos que saber pasar, a partir del aspecto más popular de la fiesta, que es una jornada entrañable de regalos para los niños, a la celebración de lo que es su objetivo fundamental: la “epifanía”, o sea, la “manifestación” del Mesías también a los pueblos paganos. El Ceremonial de Obispos la describe así: “en ella se celebran, en el Niño nacido de María, la manifestación de aquel que es el Hijo de Dios, el Mesías de los judíos y la luz de las naciones”.

Hoy, después de la lectura del evangelio, se suele proclamar el “calendario” de las fiestas principales del año, sobre todo de la Pascua. Una vez más, se enlaza el misterio del nacimiento del Señor con su Pascua. Al final de la Misa, como seguramente se habrá hecho en otras fiestas dentro de la Navidad, hoy tiene particular sentido dar a besar la imagen del Niño, imitando así a los magos que adoraron a Jesús.

Isaías 60, 1-6. *La gloria del Señor amanece sobre ti*

Con un lenguaje muy poético, el profeta Isaías, en uno de sus últimos capítulos, los más optimistas, anuncia la alegría de la salvación, una salvación universal centrada en Jerusalén: “levántate, Jerusalén, que llega tu luz”, por encima de las tinieblas de la tierra: “sobre ti amanecerá el Señor”.

El profeta, lleno de entusiasmo, anuncia cómo vendrán desde las regiones más lejanas a ofrecer sus regalos a Jerusalén, “incienso y oro”.

El *salmo responsorial* insiste: “se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra” y habla de los que vendrán desde lejos –Tarsis, Saba, Arabia– a ofrecer sus dones “al rey”, que nosotros vemos como figura del Mesías, que hoy recibe estos regalos de los magos que vienen de lejos.

Efesios 3, 2-3a. 5-6. *Ahora ha sido revelado que también los gentiles son coherederos de la promesa*

Para Pablo, la llamada a la fe no sólo de los judíos, sino también de los paganos, es uno de sus temas preferidos. Se siente orgulloso de “la gracia que se le ha dado”, poder revelar a todos el misterio que había estado escondido desde siempre: “que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo”. Ahora el punto de atracción no es Jerusalén, sino una Persona: Cristo Jesús.

Es una convicción por la que luchará continuamente, y logrará convencer a la Iglesia apostólica de que tenía que abrirse también a los paganos, no sólo al pueblo de Israel, el pueblo elegido que, ciertamente, sigue siendo el primer destinatario de la promesa de Dios.

Mateo 2, 1-12. *Venimos de Oriente para adorar al Rey*

Lucas no cuenta el episodio de los magos, y por eso proclamamos hoy la página en que lo hace Mateo.

¡Qué diferencia de actitud en las personas! Los magos que vienen desde lejos, obedientes a una intuición misteriosa, llegan hasta Jesús, le reconocen como el enviado de Dios y “cayendo de rodillas, lo adoran”. Mientras que

las autoridades de Jerusalén, se asustan de lo que pueda significar esa estrella y ese “rey” recién nacido, y no saben reconocerle.

– II –

Otra fiesta de la Luz

Tanto en Roma como en Egipto y Oriente, las fiestas del 25 de diciembre y del 6 de enero tenían mucho que ver con la luz: la luz cósmica que, por estas fechas, empieza en nuestras latitudes a “vencer” a la noche, después del solsticio de invierno que es el 21 de diciembre. De ahí es fácil el paso a la luz de Cristo, el verdadero Sol que ilumina nuestras vidas.

Ya Isaías anunciaba a Jerusalén todo el programa de salvación bajo el símbolo de la luz: “llega tu luz, la gloria del Señor amanece sobre ti”. Alrededor, “las tinieblas cubren la tierra”, pero “sobre ti amanecerá el Señor”. Además, el pueblo elegido debe ser como un faro evangelizador para los demás: “y caminarán los pueblos a tu luz”.

Eso se cumple en el evangelio. Los magos de Oriente, después de la fallida consulta a las autoridades de Israel, “se pusieron en camino y de pronto la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño”.

Nuestra actitud de acogida del misterio de la Navidad debería ser una actitud de apertura a la luz: “que tu luz nos disponga y nos guíe siempre para que contemplemos con fe pura y vivamos con amor sincero el misterio del que hemos participado”. En la bendición solemne que en esta fiesta traza el sacerdote sobre la comunidad, al final de la celebración, se afirma que “Dios os llamó de las tinieblas a su luz admirable”, que “Cristo se ha manifestado hoy al mundo como luz en la tiniebla” y que al final de la vida nuestro destino es que “lleguemos a encontraros con Cristo, luz de luz”.

Dios quiere la salvación de todos

Epifanía es también el mensaje gozoso de la universalidad de la salvación de Dios. ¿Para quién ha venido Cristo Jesús? Para todos los pueblos de la tierra. Esta es la respuesta de las lecturas de hoy. No sólo para Israel, también para los paganos. No sólo, ahora, para los católicos o los cristianos, también para los demás pueblos y religiones.

En la Epifanía celebramos la manifestación de Jesús a los pueblos de la tierra, representados en los magos. Lo anunciaba ya Isaías: “todos los pueblos caminarán a tu luz: todos se reúnen y vienen a ti”. El salmo nos ha hecho repetir que “se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra”.

Claro que lo que anunciaba Isaías, que iban a venir a ofrecer sus regalos, ahora no lo hacen a Jerusalén como capital geográfica, sino a Cristo, en quien se cumplen los anuncios: “caminarán los pueblos a tu luz... proclamando las alabanzas del Señor”. “En estos magos, representantes de religiones paganas de pueblos vecinos, el evangelio ve las primicias de la naciones que acogen, por la Encarnación, la Buena Nueva de la salvación” (CCE 528).

Todo eso, como dice Pablo, responde al plan de Dios: el “misterio” que estaba oculto durante siglos y que ahora se ha manifestado en Cristo: “que también los paganos son coherederos, copartícipes de la promesa en Jesucristo”. Como dice la oración colecta de hoy: “tú en este día revelaste a tu Hijo Unigénito a los pueblos gentiles”.

Estos días vemos una manifestación progresiva del Mesías: a sus padres, a los pastores, a Simeón y Ana en el Templo, a los magos de Oriente y, como celebraremos el domingo que viene, su proclamación mesiánica en el Bautismo del Jordán, antes de empezar su misión. Por eso la fiesta de hoy de alguna manera se puede decir que es la fiesta de la Iglesia misionera.

¿Es universal nuestro corazón?

Nos conviene esta fiesta de la Epifanía, para que aprendamos a ser universales en nuestra visión del mundo y en nuestra conducta con los demás.

Es verdad que los magos nos dan también otro ejemplo: son personas que se ponen en camino, buscan la luz y la verdad, y quieren responder a la llamada

que intuyen que les viene de Dios, venciendo con su fe las distancias y las dificultades y la acogida un tanto fría de las autoridades de Jerusalén. Todos necesitamos esta actitud de búsqueda y de disponibilidad, porque también nuestra fe es camino y búsqueda.

Pero, a la vez, la fiesta de hoy nos recuerda que hemos de ser universales. Dios es universal en su plan de salvación y quiere que también nosotros lo seamos. Ahora que se da también entre nosotros una mezcla de culturas y razas, por la creciente inmigración de otros pueblos, tal vez la lección más apremiante de la fiesta de hoy es que aprendamos de Dios a ser más abiertos de corazón: él quiere la salvación de todos los pueblos y razas, porque es el Padre de todos, y nos enseña a actuar así también a nosotros, con espíritu misionero, pero con corazón tolerante y solidario, comprensivo para todas las opiniones y culturas religiosas. Como Cristo, que a lo largo del evangelio, aparece como nuestro mejor maestro y modelo de acogida a todos.

Ser universales significa, en el nivel eclesial, que no nos encerremos en nuestro grupo o cofradía, sino que nos abramos a la cooperación con los demás y tengamos visión de la Iglesia.

En el nivel social, ser universales significa ser pluralistas, aceptar a las personas de otra raza y cultura, también religiosa, vencer todo brote de “racismo”, que no necesariamente se nota en nuestra relación con personas de otra raza, sino también de otra cultura, edad, opiniones políticas, etc.

Ser universales en el nivel familiar o comunitario quiere decir ser tolerantes, capaces de dialogar, abiertos a los demás, no cerrados en nuestros gustos y blandiendo sólo nuestros derechos.

Siempre que celebramos la Eucaristía, hacemos una profesión de universalidad, porque nos reunimos gentes de edad y gustos diferentes, movidos por la fe en Cristo. Participamos todos de la misma Palabra, rezamos y cantamos juntos y, sobre todo, compartimos el mismo Cuerpo y Sangre de Cristo, precisamente después de haber con los más cercanos el gesto de la paz, como símbolo comprometedor de que queremos progresar en los valores de la fraternidad y la mutua acogida.

BAUTISMO DEL SEÑOR

– I –

Termina Navidad, empieza la misión

Con la fiesta de hoy termina el ciclo de la Navidad. Esta tarde, al final de las vísperas, retiramos ya los símbolos del tiempo navideño y dejamos paso a las semanas de Tiempo Ordinario que precederán a la Cuaresma.

Terminamos la Navidad con la escena que da inicio a la misión pública de Jesús: su Bautismo en el Jordán, donde recibe la confirmación oficial de su mesianismo. Del Niño recién nacido pasamos al Profeta y Maestro que nos ha enviado Dios y que va a comenzar su misión. Seguimos en clima de Epifanía, de manifestación.

En rigor, hoy sería el domingo primero del Tiempo Ordinario: pero en él siempre se celebra esta fiesta del Bautismo. Mañana, lunes, sí es lunes de la 1ª semana.

De las dos lecturas de Isaías, tal vez sea preferible proclamar la 1ª, la del capítulo 42, que tiene un paralelo muy explícito con el evangelio.

Isaías 42, 1-4. 6-7. *Mirad a mi siervo, a quien prefiero*

El profeta Isaías incluyó en su predicación cuatro “cantos del Siervo de Yahvé”, de los que hoy leemos el primero.

Es un poema que prepara perfectamente lo que luego escuchamos en el evangelio, porque las palabras de Dios sobre el Siervo y luego sobre Jesús son muy parecidas. El canto del AT dice: “Mirad a mi Siervo, a quien sostengo, mi elegido, a quien prefiero”. La voz del cielo sobre Jesús sonó así: “tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto” (la palabra “hijo”, en griego “pais”, puede significar “hijo” o “siervo”, indistintamente). Sobre los dos baja el Espíritu: en el caso de Isaías, dice sobre el Siervo: “sobre él he puesto mi espíritu”. Lucas dice que sobre Jesús “bajó el Espíritu Santo en forma de paloma”.

Isaías describe también cuál va a ser el estilo de actuación de este Siervo: “no gritará... la caña cascada no la quebrará... promoverá el derecho... te he hecho alianza de un pueblo...”.

El salmo se fija más en “las aguas” –“la voz del Señor sobre las aguas torrenciales”– y en la glorificación del Señor: “el Dios de la gloria ha tronado... el Señor se sienta como rey eterno”. Es un salmo que parece preludiar ya la designación oficial de Jesús como el Mesías y el Rey. Un Rey que viene a traer la paz. De ahí el estribillo que repetimos: “el Señor bendice a su pueblo con la paz”.

(o bien) **Isaías 40, 1-5. 9-11.** *Se revelará la gloria del Señor
y la verán todos los hombres*

El profeta –probablemente el “segundo Isaías”– nos hace oír una consoladora página que parece propia del Adviento: “consolad, consolad a mi pueblo... preparad un camino al Señor”. El motivo de que hoy leamos esta profecía es que el Bautismo del Señor tiene un carácter de investidura mesiánica, que refleja lo que decía el profeta: “se revelará la gloria del Señor... Súbete a un monte, alza fuerte la voz y di: aquí está vuestro Dios”.

Si en el clima de Adviento y Navidad podíamos escuchar esas palabras como promesa, hoy tienen un tono de cumplimiento y de comienzo oficial de la misión que va a realizar el Enviado de Dios.

Esta vez *el salmo responsorial* nos hace elevar una bendición entusiasta a Dios: “bendice, alma mía, al Señor: Dios mío, qué grande eres”. El salmo ensalza la majestad y la gloria de Dios, y las obras que ha hecho para nosotros, sobre todo en la creación cósmica, “y todas las hiciste con sabiduría”.

Hechos de los Apóstoles 10, 34-38. *Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo*

La catequesis que Pedro hace de Jesús, en casa de Cornelio, empieza precisamente con el recuerdo del Bautismo de Jesús.

El resumen que hace de este episodio es denso: Jesús, aquel día, fue “ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo” y así pudo empezar su misión mesiánica. Además, en el cumplimiento de su misión, “pasó haciendo el bien” y haciendo cosas maravillosas, “porque Dios estaba con él”.

(o bien) **Tito 2, 11-14; 3,4-7.** *Nos ha salvado con el baño del segundo nacimiento y con la renovación por el Espíritu Santo*

En esta lectura escuchamos unidos en uno solo los dos fragmentos de la carta de Pablo a Tito que leíamos en la fiesta de la Navidad.

Al final de las festividades de Navidad podemos volver la cabeza atrás y decir con convicción: “ha aparecido la gracia de Dios que trae la salvación para todos”, “ha aparecido la bondad de Dios y su amor al hombre”, y mientras “aguardamos la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo”, nos disponemos, como recomendaba Pablo a los cristianos de Creta, de los que era responsable Tito, a llevar “una vida sobria, honrada y religiosa”, como “un pueblo purificado dedicado a las buenas obras”, porque “somos, en esperanza, herederos de la vida eterna”.

Pablo alude a nuestro bautismo: “nos ha salvado, con el baño del segundo nacimiento y con la renovación por el Espíritu Santo”.

Lucas 3, 15-16. 21-22. *Después del bautismo de Jesús, el cielo se abrió*

El Bautismo de Jesús por parte del Bautista, en el Jordán, es un acontecimiento al que los cuatro evangelistas dan mucha importancia: Jesús es manifestado como el predilecto de Dios, lleno del Espíritu, dispuesto a comenzar su misión mesiánica.

Lucas, ante todo, reproduce el testimonio de Juan sobre la importancia de uno que vendrá después de él y que “bautizará con Espíritu Santo y fuego”,

y no con agua, como él. Luego nos resume el episodio diciendo que Jesús quiso ser también bautizado en un bautismo general, poniéndose, por tanto, en fila con los demás, y que sucedió una especie de “teofanía trinitaria”, porque bajó el Espíritu sobre Jesús en forma de paloma, y el Padre hizo oír su voz desde el cielo: “Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto”.

Queda clara la intención del evangelista: demostrar, con palabras casi iguales, que el Siervo anunciado por Isaías ha llegado y es Jesús de Nazaret.

– II –

La teofanía trinitaria

Así nos lo ha narrado Lucas: “bajó el Espíritu Santo sobre él en forma de paloma, y vino una voz del cielo: Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto”. Quedaba así investido como Hijo predilecto, Enviado de Dios y el Ungido por el Espíritu. Un aspecto, teológico e importante, de los textos de hoy es esta “teofanía trinitaria” que sucede en la escena del Bautismo, que lleva consigo también la “investidura”, la proclamación oficial de Jesús de Nazaret como Mesías enviado de Dios.

La oración colecta del día ya empieza diciendo: “en el bautismo de Cristo quisiste revelar solemnemente que él era tu Hijo amado enviándole tu Espíritu Santo”. También la oración sobre las ofrendas habla del “día en que manifestaste a tu Hijo predilecto”. El prefacio explica cuál era la intención que se descubre en el Bautismo de Jesús: “hiciste descender tu voz desde el cielo, para que el mundo creyese que tu Palabra habitaba entre nosotros; y por medio del Espíritu ungiste a tu siervo Jesús para que los hombres reconociesen en él al Mesías, enviado a anunciar la salvación a los pobres”.

Decir que Jesús de Nazaret es el Ungido, manifiesta su misión divina: “Por otra parte eso es lo que significa su mismo nombre, porque en el nombre de Cristo está sobrentendido el que ha ungido, el que ha sido ungido y la unción misma con la que ha sido ungido. El que ha ungido es el Padre. El

que ha sido ungido es el Hijo, y lo ha sido en el Espíritu que es la Unción” (cita de san Ireneo) (CCE 438).

El estilo de actuación del Siervo y de Jesús

En el canto de Isaías 42 se nos describe cuál va a ser el estilo de actuación del Siervo: “no gritará... la caña quebrada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará... promoverá el derecho...”. Además, dice del Siervo, y nosotros lo vemos cumplido en Jesús de modo pleno: “te he hecho alianza de un pueblo y luz de las naciones... para que abras los ojos de los ciegos...”.

Los que conocemos el evangelio vemos cómo se ha cumplido este poema en Jesús de Nazaret: no apagó las llamas vacilantes ni acabó de quebrar lo que estaba roto, sino que hizo siempre lo posible para recuperar al que parecía perdido (el hijo pródigo, los pecadores, Pedro que le había negado). Su estilo era, en verdad, no el del grito ni la violencia, sobre todo con los pecadores y débiles, sino el de la misericordia.

Como resumió Pedro en su catequesis, Jesús “pasó haciendo el bien” y “curando a los oprimidos por el diablo”. Siempre tuvo tiempo para los pobres, los sencillos, los niños, los enfermos, los que sufrían. De él sí que podemos decir con verdad que fue constituido “alianza para un pueblo y luz para las naciones”, y que abrió los ojos del ciego e hizo caminar a los paralíticos e hizo oír a los sordos.

El que para su Bautismo se pusiera en la fila de los pecadores que acudían a Juan es una muestra de la solidaridad y cercanía que durante toda su vida iba a mostrar para los más débiles y pecadores, para los marginados de la sociedad. Es un aspecto que Lucas nos irá poniendo en relieve, en los domingos de este año, porque él es el “evangelista de la misericordia” de Jesús. Isaías 53 ya había anunciado que el Siervo de Yahvé iba a cargar sobre sus hombros los pecados de todos.

Nuestro seguimiento de Cristo a lo largo del año

El Bautismo de Jesús es también el prototipo de nuestro bautismo: “en el Bautismo de Cristo has realizado signos prodigiosos para manifestar el misterio del nuevo bautismo” (prefacio).

Empezamos nuestra vida cristiana siendo bautizados y renacidos por el agua y el Espíritu, o sea, introducidos en la esfera de Cristo y constituidos “hijos de Dios”. Desde entonces somos “hijos de adopción, renacidos del agua y del Espíritu Santo” (oración colecta). Por eso será bueno que las Eucaristías de hoy empiecen, en lugar del acto penitencial, con la aspersión bautismal, pidiendo a Dios que renueve en nosotros la gracia que nos concedió en aquel sacramento.

Pero el Bautismo, para nosotros, como para Cristo Jesús, es el comienzo de un camino y de una misión. Ser bautizados significa ser seguidores e imitadores de Cristo Jesús, que va a ser continuamente nuestro guía para toda la vida.

Termina la Navidad. Pero a partir de hoy iremos desarrollando la gracia de nuestro Bautismo y nuestra respuesta de fe, escuchando ante todo, en las lecturas de la Eucaristía dominical, cómo va Jesús por los caminos de su tierra curando enfermos, consolando a los atribulados, perdonando a los pecadores, resucitando a los muertos, enseñando los caminos de Dios, proclamando a todos la buena noticia de la salvación.

Termina la Navidad, pero queda Jesús Maestro y Profeta y Enviado de Dios, para todo el resto del año. Para que se pueda decir de nosotros que somos discípulos y seguidores suyos, que intentamos imitarle en nuestro estilo de vida, de modo que se pueda decir de nosotros, como de él, al final del año, o de nuestra vida: “pasó haciendo el bien, porque Dios estaba con él”.

En concreto, será bueno que reflexionemos hoy si imitamos ese estilo de actuación que Isaías anunciaba y que Jesús cumplió a la perfección: si también nosotros promovemos el derecho y la justicia, si somos personas de alianza y de unión, si no actuamos a gritos y con violencia, si cuando vemos una caña cascada no la terminamos de quebrar, sino que intentamos ajustarla, si cuando alguien a nuestro lado está a punto de apagarse, como un pábilo vacilante, no soplamos para que se acabe de apagar, sino que hacemos lo posible para que se recupere.

CUARESMA

Como lectura introductoria y ambientación espiritual de la Cuaresma, puede ser útil la del Dossier de misas feriales:

Enséñame tus caminos. 2. La Cuaresma día tras día (= Dossiers CPL 73) CPL, Barcelona, 4ª edición 2001, en págs. 7-12.

Cf., además:

- * *Celebrar la Cuaresma* (=Dossiers CPL 57) CPL, Barcelona 3ª ed. 1997, 160 págs: págs. 45-49, estudio de los prefacios de este tiempo.
- * *Cuaresma. Sugerencias y materiales* (=Dossiers CPL 96) CPL, Barcelona 2003, 142 págs. (con disquete).
- * J. CASTELLANO, *El año litúrgico, Memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia* (=Biblioteca Litúrgica 1) CPL, Barcelona 2ª edic. 1996: págs. 125-152, “La Cuaresma: camino de la Iglesia hacia la Pascua”.

En el Dossier 73 sólo se comentan las ferias de Cuaresma. Aquí lo completamos con los seis domingos (el sexto, el de Ramos).

Las fiestas importantes que pueden celebrarse en el tiempo de Cuaresma, como la de san José y la Anunciación del Señor, están comentadas en el Dossier 80, *Enséñame tus caminos. 7. Los Santos con lecturas propias*, 2ª edición 1999.

Un poco de historia

Después de organizarse la Pascua y su prolongación de siete semanas, se fue pensando poco a poco, en las diversas Iglesias, en su preparación, que empezó ya en el siglo II con los dos días del Viernes y Sábado Santos, que formaban con el Domingo el Triduo Pascual. Hasta llegar, en el siglo IV, a una Cuaresma parecida a la que tenemos ahora.

No les debió costar mucho decidirse por el número de “cuarenta días” (que es lo que significa Cuaresma, “quadregesima”). Bastaba seguir la tendencia de la Biblia, que repetidamente presenta la cuarentena (de días o de años) como período de preparación a un gran acontecimiento: los cuarenta días del diluvio universal, los cuarenta días de Moisés en el monte antes de la Alianza, los cuarenta años de Israel por el desierto hasta llegar a la tierra prometida, los cuarenta días de Elías en su huida, el plazo de cuarenta días que Jonás dio a Nínive, los cuarenta días de Cristo en el desierto, los cuarenta días entre la Resurrección y la Ascensión de Jesús...

La organización de las lecturas dominicales

Las lecturas dominicales del tiempo de Cuaresma muestran una organización muy pensada, apta para irnos conduciendo por el camino cuaresmal hacia la plenitud de la Pascua de Cristo.

Las primeras lecturas, del AT, tienen una dinámica interna original. Nos presentan los grandes momentos y acontecimientos de la historia de la salvación, según el plan histórico de Dios, desde el principio hasta la llegada de Jesús. En cada ciclo son diferentes estas páginas.

En el ciclo C, el de este año, esas etapas son vistas desde el prisma de la celebración litúrgica, el culto del pueblo de Israel: 1. la profesión de fe de los israelitas, como memorial litúrgico; 2. la alianza de Dios con Abrahán; 3. el éxodo realizado por el Dios liberador, por la mediación de Moisés; 4. la primera Pascua celebrada en la tierra prometida; 5. la vuelta del exilio: “realizo algo nuevo”; 6 (Ramos) la entrega total del Siervo. El *salmo*, como siempre, es como una prolongación, en tono contemplativo o sapiencial, de lo que ha dicho la 1ª lectura.

Las *segundas lecturas*, de Pablo, complementan a modo de aplicación espiritual el mensaje de la 1ª, o bien anticipan lo que nos va a decir la 3ª.

En el ciclo C, van alternando estas direcciones: 1. la confesión de fe, ahora cristiana (comentario a la 1ª); 2. nuestra vida, transformada como la de Cristo (anticipo del evangelio); 3. la vida cristiana como nuevo éxodo en Cristo (referido a la 1ª); 4. Cristo reconciliador, encarga la reconciliación

(anticipa la parábola del hijo pródigo del evangelio); 5. la vida cristiana, transformada pascualmente: “corro hacia la meta que es Cristo”; 6. Cristo en el misterio de su entrega pascual.

Los *evangelios* de estos domingos tienen una línea clásica: los dos primeros domingos son iguales en los tres ciclos, cada vez a partir de su evangelista: 1. las tentaciones de Jesús en el desierto; 2. su transfiguración en el monte. Los domingos 3 al 5, que en el ciclo A se caracterizan por sus temas bautismales (agua, Samaritana; luz, Ciego; vida, Lázaro), en el ciclo C tienen otro tono: el de la conversión y la misericordia de Dios: 3. Invitación de Cristo a la conversión; 4. La parábola del hijo pródigo; 5. La mujer adúltera. El domingo último, el de Ramos o Pasión, se proclama siempre la Pasión del Señor, este año según Lucas.

DOMINGOS DE CUARESMA

Domingo 1 de Cuaresma

Dt 26, 4-10 Profesión de fe del pueblo escogido
 Rm 10, 8-13 Profesión de fe del que cree en Jesucristo
 Lc 4,1-13 El Espíritu lo fue llevando por el desierto
 mientras era tentado

Domingo 2 de Cuaresma

Gn 15, 5-12.17-18 Dios hace alianza con Abrahán, el creyente
 Fil 3,17 – 4,1 Cristo nos transformará, según el modelo
 de su cuerpo glorioso
 Lc 9, 28b-36 Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió

Domingo 3 de Cuaresma

Ex 3, 1-8a.13-15 “Yo soy” me envía a vosotros
 1Co 10,1-6.10-12 La vida del pueblo con Moisés en el desierto
 fue escrita para escarmiento nuestro
 Lc 13,1-9 Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera

Domingo 4 de Cuaresma

Jos 5,9a.10-12 El pueblo de Dios celebra la Pascua, después de
 entrar en la tierra prometida
 2Co 5,17-21 Dios, por medio de Cristo, nos reconcilió consigo
 Lc 15, 1-3.11-32 Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido

Domingo 5 de Cuaresma

Is 43,16-21 Mirad que realizo algo nuevo y apagaré la sed de mi pueblo
 Fil 3,8-14 Por Cristo lo perdí todo, muriendo su misma muerte
 Jn 8, 1-11 El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra

Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

(procesión) Lc 19,28-40 Bendito el que viene en nombre del Señor
 (misa) Is 50, 4-7 No me tapé el rostro ante los ultrajes,
 sabiendo que no quedaría defraudado
 Fil 2,6-11 Se rebajó: por eso Dios lo levantó sobre todo
 Lc 22,14 – 23,56 Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

DOMINGO 1 DE CUARESMA

– I –

Iniciamos el camino cuaresmal hacia la Pascua

Muchos cristianos empiezan hoy la Cuaresma, aunque otros han vivido ya los días de introducción desde el miércoles de ceniza, con el gesto simbólico de la ceniza y los ricos programas de vida cuaresmal-pascual que nos proponen las misas de estas ferias.

Ayudados por los recursos pedagógicos de la Cuaresma –ambientación más austera, cantos apropiados, el silencio del aleluya y del Gloria– y sobre todo por los textos de oración y las lecturas bíblicas, nos disponemos a emprender, en compañía de Jesús, su “subida a la Cruz”, para pasar juntamente con él, un año más, con mayor decisión, a la vida nueva de la Pascua. Es lo que el Ceremonial de los Obispos llama “el tiempo de preparación por el que se asciende al monte santo de la Pascua” (n. 249).

Pascua es un acontecimiento nuevo cada año: no celebraremos el aniversario de la muerte y resurrección de Cristo “en una primavera como esta”. Él, que ahora está en su existencia de Resucitado, quiere comunicarnos en la Pascua de este año su gracia, su vida nueva, su energía.

Deuteronomio 26, 4-10. *Profesión de fe del pueblo escogido*

En la serie de pasajes de la historia de la salvación que recordamos este año en las primeras lecturas, leemos hoy la “profesión histórica de fe” que

propone Moisés a su pueblo cuando van a ofrecer las primicias ante el altar del Señor.

La profesión de fe no es una lista de “verdades a creer” o de “deberes a cumplir”, sino una “historia a recordar y por la que dar gracias”. La salvación de Dios se ha hecho historia: “mi padre fue un arameo errante que bajó a Egipto... el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte... y nos dio esta tierra”. Los israelitas ofrecen las primicias de los frutos del campo precisamente por esto: porque Dios les concedió esta tierra que ahora habitan y trabajan.

El *salmo* parece también como un resumen de la historia de Israel: “Acompáñame, Señor, en la tribulación”. El salmista llama a Dios “refugio mío, alcázar mío”, y pone en sus labios unas palabras que garantizan la seguridad de su pueblo: “se puso junto a mí: lo libraré... me invocará y lo escucharé”.

Romanos 10, 8-13. *Profesión de fe del que cree en Jesucristo*

El pasaje que escuchamos hoy de la carta de Pablo a los cristianos de Roma parece un eco a la “profesión de fe” del pueblo de Israel. Una profesión de fe que ahora tiene, como es natural, a Cristo como centro: “si tus labios profesan que Jesús es el Señor y tu corazón cree que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás”. El resumen de este “credo” es: “Jesús es el Señor”.

Pablo valora las dos cosas: los labios que profesan y el corazón que cree. Si se da eso, confesión de boca y fe de corazón, alcanza a todos la salvación de Dios. No importa que sean judíos o griegos: “todo el que invoca el nombre del Señor se salvará”.

Lucas 4, 1-13. *El Espíritu lo fue llevando por el desierto mientras era tentado*

Este año las tentaciones de Jesús en el desierto las escuchamos tal como nos las cuenta el evangelista del año, Lucas.

Después del Bautismo en el Jordán, Jesús se retira al desierto, “guiado por el Espíritu”, y allí está en ayunas cuarenta días. En ese momento le vienen

de parte del demonio las famosas tentaciones, que se pueden considerar el símbolo de toda una vida de Jesús dedicada a la lucha contra el mal, y también como un resumen de las tentaciones que el pueblo de Israel experimentó en su travesía del desierto, a lo largo de cuarenta años.

Son tentaciones que le quieren hacer interpretar en provecho propio su condición mesiánica y de filiación divina: “si eres Hijo de Dios...”. La primera: “dile a esta piedra que se convierta en pan”. La segunda; “todo esto te daré si te arrodillas ante mí”. La tercera, desde lo más alto del Templo: “tírate de aquí abajo y los ángeles cuidarán de ti”. De todas sale vencedor Jesús. Lucas dice que el diablo le dejó hasta otra ocasión.

– II –

Con la Cuaresma ya inauguramos la Pascua

La Cuaresma no es un tiempo aislado: está íntimamente unido a la Pascua, a la Cincuentena Pascual. Los 40 días de la preparación y los 50 de la celebración forman esos 90 días de “tiempo fuerte” en que acompañamos a Cristo en su camino a la Cruz, hacia la Vida Nueva y el envío de su Espíritu.

Los textos de estos días van repitiendo la idea de que ya iniciamos la Pascua. La Eucaristía de hoy “inaugura el camino hacia la Pascua” (oración sobre las ofrendas); si vencemos con Cristo las tentaciones y el pecado, “celebrando con sinceridad el misterio de esta Pascua, podremos pasar un día a la Pascua que no acaba” (prefacio); al celebrar la transfiguración del Señor, expresamos la convicción de “que la pasión es el camino de la resurrección” (prefacio domingo II); la Eucaristía “nos prepara a celebrar dignamente las fiestas pascuales” (oración sobre las ofrendas, domingo II); a medida que pasan los días de la Cuaresma, pedimos a Dios que “vaya creciendo en intensidad nuestra entrega para celebrar dignamente el misterio pascual” (oración colecta del jueves III). “Concedes, año tras año, con el gozo de habernos purificado, la solemnidad de la Pascua” (prefacio I), ahora que “en nuestro itinerario hacia la luz pascual, seguimos los pasos de Cristo” (prefacio V).

Pascua tiene un sentido dinámico: significa “paso, tránsito”. Para Israel, Pascua fue el “paso” desde la esclavitud a la libertad, a través del Mar Rojo y el desierto. Para Cristo, Pascua fue su “paso” a través de la muerte y la sepultura a la vida nueva de Resucitado. Para nosotros, Pascua es –debería ser, cada año– el “paso” de lo viejo a lo nuevo, del pecado a la gracia.

Cuaresma es algo más que un período de ascesis y penitencia. Es un “sacramento”. Es lo que los textos (latinos) de estos días llaman “sacramento de la Pascua”, o “venerable sacramento de la Cuaresma”. Lástima que, por ejemplo en la oración colecta de hoy, se traduzca sencillamente por “celebrar un año más la santa Cuaresma” lo que el latín afirma con mayor profundidad: “*annua quadragesimalis exercitia sacramenti*: el ejercicio anual del sacramento cuaresmal”. La oración sobre las ofrendas, en latín, no dice sólo que “inauguramos el camino hacia la Pascua”, sino que habla del inicio del sacramento venerable de la Cuaresma: “*venerabilis sacramenti exordium*”. Decir que la Cuaresma es “sacramento” es decir que son cuarenta días de gracia, no sólo cuarenta días de pedagogía espiritual.

El desierto: las tentaciones de Jesús y las nuestras

Jesús nos invita a ir con él al desierto: a entrar dentro de nosotros mismos, a luchar contra las tentaciones y a encontrarnos con Dios.

Para animarnos en este camino de desierto que es a veces nuestra vida, encontramos hoy esta página tan estimulante de las tentaciones de Jesús, que pueden reflejar bien las que encontramos nosotros en nuestro camino. Adán falló. Israel falló. Nosotros, por desgracia, también fallamos. Pero hoy se nos presenta a Jesús saliendo victorioso de la tentación.

Tal vez las que Lucas describe son como un resumen y eco de las tentaciones que Israel encontró en su marcha por el desierto. Como dice el Catecismo, “Satanás le tienta tres veces tratando de poner a prueba su actitud filial hacia Dios: Jesús rechaza estos ataques que recapitulan las tentaciones de Adán en el Paraíso y las de Israel en el desierto” (CCE 538).

La victoria de Cristo contra la tentación es lo que luego quedará plasmado en el Padrenuestro, que parece como la contrapartida de las tentaciones del desierto: danos el pan... Llegue tu Reino... santificado sea tu nombre...

A nosotros nos cuesta más vencer las nuestras. Pero esta es la condición para poder llegar también nosotros a la Pascua y su vida nueva. Desierto, tentaciones, lucha, victoria, vida plena.

Cristo nos enseña a vencer las tentaciones. La tentación de convertir las piedras en pan, como si lo material fuera lo principal. La tentación de adorar al diablo, o a los valores que no son los últimos, olvidando que Dios es el único absoluto. La tentación de lanzarse desde lo alto del Templo, pidiendo a Dios el milagro y poder así gloriarse ante los demás. Se puede resumir todo en la tentación de evitar el propio destino, la misión encomendada por Dios, la Cruz.

Aparte de lo que pueda significar cada una de las tentaciones experimentadas por Jesús, lo principal es que nos da ejemplo de fortaleza, apoyado en la palabra de Dios (siempre cita las Escrituras para contestar al diablo), en nuestra lucha contra el mal. En el prefacio de hoy damos gracias a Dios porque “Cristo, al rechazar las tentaciones del enemigo, nos enseñó a sofocar la fuerza del pecado”.

Nosotros experimentamos muchas tentaciones, que nos impulsan a buscar el camino fácil, egoísta, materialista, el de las cosas “a corto plazo”, sin abrirnos a las verdaderamente importantes. Son tentaciones como las que muchas veces no supo vencer Israel en su travesía del desierto, seducido por los dioses falsos de los pueblos vecinos y su estilo de vida menos exigente que la alianza que habían firmado con Yahvé. También nosotros caemos fácilmente en la idolatría, faltando al primer mandamiento, que sigue siendo el principal: “no tendrás otro dios más que a mí”. Nuestros “ídolos” no son ahora estatuillas de madera o piedra, sino otros dioses y dioscecillos que nos creamos nosotros mismos, los valores que absolutizamos: el dinero, el placer, el poder, el prestigio, el propio yo...

Todos estamos comprometidos en una continuada lucha entre el bien y el mal. El mal existe. También dentro de nosotros. Pero con la ayuda de Dios y el ejemplo estimulante de Cristo podemos y debemos vencerle.

En la Vigilia Pascual se nos preguntará si renunciamos al demonio y a sus obras. Contestaremos que sí. Pero antes habremos de demostrarlo en las “obras de la Cuaresma”, pasando del hombre viejo al nuevo.

Humilde confesión de fe ante Dios

Nuestro camino no es nada fácil. Como no lo fue el de Israel, que tuvo que luchar, durante la larga y penosa travesía por el desierto, contra un sin fin de contratiempos. Cristo experimentó también la dureza del desierto antes de emprender su misión mesiánica. Asimismo la comunidad eclesial sabe de desierto y de obstáculos internos y externos en su camino. Como seguramente cada uno de nosotros tiene experiencia de períodos de desierto en su vida, días o años de sequía espiritual, de dificultades de todo orden que a veces se acumulan hasta hacernos perder la ilusión y la esperanza.

Los textos de hoy nos dicen dónde está nuestra fuerza y cuál debería ser nuestra actitud en esta Cuaresma: la súplica humilde ante Dios, para que nos apoye en nuestra debilidad y nos ayude a seguir eficazmente el camino pascual de Jesús. En la oración colecta pedimos a Dios “avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud”.

Los israelitas recitaban a menudo la humilde y agradecida profesión de fe que hemos escuchado hoy: reconocían cómo Dios les había apoyado ya desde la elección de su “padre arameo”, que fue Abrahán, y en todo el largo proceso de esclavitud y marcha hacia la libertad. Nosotros, los cristianos, como dice Pablo, también profesamos nuestra fe en Dios y nuestra confianza en su ayuda, ahora con mayor motivo todavía que los del AT: nuestro credo es “Jesús es el Señor”.

El salmo de hoy nos invita a expresar esta confianza: “Dios está conmigo en la tribulación... refugio mío, Dios mío, confío en ti”. También el canto de entrada está tomado del mismo salmo, con unas palabras puestas en labios de Dios: “me invocará y lo escucharé”. No podemos recorrer un camino tan difícil sin invocar de corazón a Dios y sin confiar en su ayuda. Pero, como Pablo, estamos seguros de que “todo el que invoca el nombre del Señor se salvará”. Buena actitud para la Cuaresma.

DOMINGO 2 DE CUARESMA

– I –

Perspectivas de gloria para el camino cuaresmal

En este segundo domingo de Cuaresma escuchamos cada año la escena de la Transfiguración de Jesús antes sus discípulos, este año según Lucas.

Nada más dar inicio al camino de la cruz, hacia la pasión y muerte de Cristo, ya se nos propone el destino último de este camino: la gloria de Cristo y nuestra. Después de haber leído el domingo pasado la lucha contra las tentaciones y el mal, hoy se nos asegura que el proceso termina con la victoria y la glorificación de Cristo. Que también a nosotros la lucha contra el mal nos conduce a la vida.

En nuestro camino cuaresmal, no nos olvidamos de pedir a Dios que esta Eucaristía “nos prepare a celebrar dignamente las fiestas pascales”.

Además, la voz de Dios nos presenta a Jesús como su Hijo y nuestro Maestro. Visión que también presenta Pablo en su carta. Y se nos propone como modelo de nuestra marcha cuaresmal, la figura de Abrahán, el creyente.

Génesis 15, 5-12. 17-18. *Dios hace alianza con Abrahán, el creyente*

La etapa de la historia de la salvación que hoy recordamos es la figura de Abrahán, que acepta la alianza que Dios le propone.

Dios le hace a su siervo dos promesas increíbles. La primera es que Abrahán y Sara, en su ancianidad, tendrán un hijo, que a su vez dará origen a un pueblo numeroso. Según la visión nocturna de las estrellas, “así será tu descendencia”. La segunda, que Abrahán, que ahora mismo no tiene ni un palmo de tierra propio, recibirá “toda esta tierra en posesión”. La fe de este hombre es admirable: “Abrahán creyó al Señor y se le contó en su haber”.

La alianza entre Dios y Abrahán se sella, al estilo de su tiempo, con un gesto simbólico que nos puede parecer extraño: se descuartizaban animales, se colocaban sus miembros en dos filas y los dos contrayentes pasaban por en medio (Dios pasó en forma de antorcha de fuego). La intención es esta: si alguno de los dos no cumple su palabra, que le suceda como a estos animales.

El *salmo* nos dice dónde estaba la base de esta fe de Abrahán: “el Señor es mi luz y mi salvación”, “espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida... ten ánimo, espera en el Señor”. Aquí es donde aparece la hermosa idea de que todos deseamos ver el rostro de Dios: “tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro”.

Filipenses 3,17 – 4,1. *Cristo nos transformará, según el modelo de su cuerpo glorioso*

La segunda lectura de los domingos de Cuaresma, a veces “comenta” el mensaje de la primera; otras, como hoy, adelanta ya el del evangelio.

En su carta a los cristianos de Filipos, en Grecia (la primera ciudad europea evangelizada por él), Pablo se lamenta de la poca madurez de algunos, que rechazan la cruz en su programa de seguimiento de Jesús: ‘andan como enemigos de la cruz de Cristo’, buscando las cosas de aquí abajo, “sólo aspiran a cosas terrenas”.

Los verdaderos cristianos aceptan a Cristo en todo, en lo que les gusta y en lo que les resulta exigente. Le aceptan con su cruz y su resurrección, sabiendo que también ellos, como “ciudadanos del cielo”, esperan el mismo destino: “él transformará nuestra condición humilde según el modelo de su condición gloriosa”.

Parece como un anticipo de lo que el evangelio nos presentará con la transfi-

guración de Jesús ante sus discípulos. Para alcanzar la vida hay que aceptar la cruz, y así seremos también nosotros transfigurados en la Pascua.

Lucas 9, 28b-36. *Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió*

Lucas nos cuenta la transformación que sucedió en Jesús mientras oraba: “el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos”. Está acompañado por Moisés y Elías, los representantes de la “ley” y los “profetas” del AT, con los que habla “de su muerte (exactamente dice, de su éxodo, de su paso o tránsito), que iba a consumir en Jerusalén”. Los dos personajes han experimentado en sus vidas este número simbólico: cuarenta días en el monte, Moisés; cuarenta días de viaje hacia el monte Horeb, Elías.

La reacción de Pedro, Juan y Santiago, es de alegría inmensa, y luego de susto al verse envueltos en la nube y ver finalmente solo a Jesús. El comentario de Pedro sobre las tres chozas y su deseo de quedarse allí para siempre lo explica Lucas diciendo que “no sabía lo que decía”.

El momento culminante de la escena es lo que dice “una voz desde la nube: este es mi Hijo, el Escogido, escuchadle”. Es la afirmación de su Filiación divina. Lucas subraya que los discípulos “vieron su gloria”.

– II –

Un atisbo de gloria en el camino cuaresmal

El sentido que tiene la transfiguración de Jesús la expresa bien el prefacio de hoy: “él, después de anunciar su muerte a los discípulos, les mostró en el monte santo el esplendor de su gloria, para testimoniar, de acuerdo con la ley y los profetas, que la pasión es el camino de la resurrección”.

Jesús, con los dos representantes del AT –Moisés por la ley y Elías por los profetas–, está hablando “de su muerte, de su éxodo, que iba a consumir en Jerusalén”. Pero quiere animar a los suyos asegurándoles que la última palabra no será esa muerte, sino la glorificación plena del Hijo. Que la cruz

no es destino, sino camino para la gloria. Por eso, como un resumen de toda la escena, apostilla Lucas: “y vieron su gloria”.

La cruz ha sido siempre un escándalo para los hombres. La primera vez que Jesús anuncia a sus apóstoles que va a morir, reacciona Pedro diciendo que eso es imposible. Mientras que aquí, en el monte de la transfiguración, sí que está entusiasmado y quiere quedarse para siempre en él. Acepta la gloria, pero no el camino de la gloria, que es la cruz.

Tendrán que madurar bastante, Pedro y los demás, hasta que entiendan y acepten los planes de salvación que Dios tiene para la humanidad. A los dos discípulos de Emaús, y luego a los demás, tuvo que explicarles Jesús Resucitado que el Mesías tenía que morir para salvar a los hombres.

Por eso va también para nosotros la invitación de Pablo a que sigamos a Cristo incluso cuando eso suponga tener que cargar con la cruz. ¡Cuántas veces dio Pablo testimonio de su amor a Cristo sufriendo persecuciones, azotes y prisión, y finalmente el martirio! Ser fieles a Cristo puede exigirnos a veces superar con energía y decisión las tentaciones del camino. El ejemplo mejor lo tenemos ciertamente en Cristo mismo, con su fidelidad absoluta a la misión redentora que se le había encomendado.

La transfiguración supuso seguramente una inyección de ánimo para los tres discípulos en su seguimiento de Cristo. Pedro, años después, en su primera carta, se muestra orgulloso de poder decir que “estaba con él en la montaña” y que “había sido testigo ocular de su grandeza”, porque “recibió de Dios Padre honor y gloria, cuando la sublime Gloria le dirigió esta voz: este es mi Hijo muy amado en quien me complazco”.

También a nosotros nos conviene recordar que el desierto de la Cuaresma tiene como meta la alegría de la Pascua. Que la noche tiene siempre aurora. Que el túnel conduce a la salida. Que no van a ser en vano nuestros esfuerzos por vivir según Cristo, en medio de un mundo que no nos ayuda precisamente en esta dirección.

La atrevida convicción de Pablo también nos anima a nosotros: “transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa, con esa energía que posee para sometérselo todo”. Estamos destinados a compartir con Cristo Jesús su existencia pascual.

Abrahán, el que creyó contra toda esperanza

Abrahán se nos presenta como un buen modelo de nuestro camino cuaresmal, también cuando es cuesta arriba o contra corriente.

A él tampoco le debió resultar fácil cumplir la misión que Dios le encomendaba ya en su ancianidad. La promesa del hijo tardaba en cumplirse. Hoy leemos que, al sellar la alianza con Yahvé, tuvo momentos de miedo, “se puso el sol” y no veía claro, tuvo que espantar buitres que bajaban sobre los animales muertos, le invadió un sueño profundo “y un terror intenso y oscuro cayó sobre él”. Pero el anciano patriarca se fió de Dios y fue fiel a lo que se le pedía, y así se convirtió en el padre en la fe de numerosos pueblos.

¿Quién no ha experimentado en su vida momentos de duda y miedo, noches oscuras, cansancio? Aunque queramos ser buenas personas y buenos seguidores de Jesús, seguro que alguna vez “se nos ha puesto el sol y ha entrado la oscuridad” y nos ha invadido el desánimo. Haremos bien en mirarnos al espejo de Abrahán, confiar en Dios y seguir el camino, aunque el cielo esté oscuro. No vale lo de servir a Dios sólo cuando es fácil y todo nos va bien. Tenemos que creer en Dios, o creer a Dios, también cuando nos asalta la duda y nuestra fidelidad se ve tentada por voces y criterios de este mundo.

Nos deben animar en esta Cuaresma el camino recio y fiel de Abrahán y, sobre todo, el de Cristo hacia su Pascua: “el Señor es mi luz y mi salvación: ¿a quién temeré?”.

“Este es mi Hijo: escuchadle”

Los tres apóstoles que Jesús llevó consigo al monte tuvieron la fuerte experiencia de una teofanía, de una manifestación misteriosa de Dios, con la voz de Dios que resonó: “este es mi Hijo, el Escogido: escuchadlo”. Con el testimonio de todo el AT, Jesús aparece como el cumplimiento de las promesas, y la voz de Dios proclama a Jesús de Nazaret como Hijo suyo, y además, su Palabra y su Maestro: “escuchadle”.

Jesús es el Maestro auténtico que nos ha enviado Dios. Este es el Jesús en quien nosotros creemos, a quien escuchamos en cada Eucaristía y a quien

intentamos seguir en nuestra vida. Vamos por buen camino. Jesús es el Hijo de Dios y el Maestro y la Palabra definitiva que Dios dirige a la humanidad.

Hoy somos invitados a remotivar y refrescar nuestra condición de discípulos: tenemos que “escuchar” más a Jesús. En Cuaresma y a lo largo del año, domingo tras domingo –día tras día– acudimos a la escuela de este Maestro que Dios nos ha enviado, y él nos va enseñando, con su ejemplo y con su palabra, el camino de la salvación y de la vida.

En la oración del principio de la misa hemos pedido a Dios: “tú nos has mandado escuchar a tu Hijo: alimenta nuestro espíritu con tu Palabra”.

Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro

Ese es el camino que nos conducirá a la verdadera felicidad, a contemplar con gozo el “rostro de Dios”. El salmo expresaba un deseo hondo de todo creyente: “oigo en mi corazón: buscad mi rostro, tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro”.

La perspectiva final es la alegría de esos apóstoles que vieron la gloria del rostro de Jesús: “espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida”. Es lo que pedimos en las oraciones de hoy: “al darnos en este sacramento el cuerpo glorioso de tu hijo, nos haces partícipes, ya en este mundo, de los bienes eternos de tu reino”, “así, con mirada limpia, contemplaremos gozosos la gloria de tu rostro”.

Es lo que deseamos también para nuestros difuntos cuando los recordamos en la Misa: “acuérdate de nuestros hermanos que durmieron en la esperanza de la resurrección... admítelos a contemplar la luz de tu rostro” (Plegaria Eucarística II).

DOMINGO 3 DE CUARESMA

– I –

Dios nos quiere ayudar en nuestro camino de conversión

Las características de este domingo son dos: la figura de Moisés en la 1ª lectura y el episodio de la higuera, con la llamada a la conversión en el evangelio.

En el repaso de la historia de la salvación que hacemos en los domingos de Cuaresma con las primeras lecturas, después de recordar el domingo pasado a Abrahán, hoy se nos presenta a Moisés, el gran líder que sacó al pueblo israelita de Egipto y lo condujo a través del desierto hasta las puertas de la tierra prometida, en un momento decisivo de la historia de Israel.

En el evangelio de Lucas leeremos en los próximos domingos unas invitaciones de Jesús a la conversión, asegurándonos el amor misericordioso y el perdón de Dios. Se pueden proclamar también los evangelios del ciclo A, los “bautismales” (samaritana, ciego, Lázaro; agua, luz, vida). Pero nosotros, aquí, nos fijamos en los evangelios propios del ciclo C

Éxodo 3, 1-8a. 13-15. “Yo soy” me envía a vosotros

Moisés había tenido que escapar en su juventud de Egipto y se había instalado como pastor, fundando una familia en la tierra de Madián. Ahora tiene esta misteriosa experiencia de la zarza ardiente y escucha la voz de Dios que le envía a liberar a su pueblo. Es un episodio decisivo en su vida.

El protagonista es Dios, que “ha visto la opresión de su pueblo, ha oído sus quejas, se ha fijado en sus sufrimientos”, y quiere librarles de esa esclavitud y conducirles a la tierra que había prometido a Abrahán. Él es “el que es”, el “yo soy”, siempre lleno de cercanía y de amor misericordioso, el que guarda memoria de sus promesas: por eso sigue siendo el “Dios de vuestros padres, de Abrahán, de Isaac, de Jacob”. La misión de Moisés va unida, en este pasaje, a la revelación de la identidad de Dios como Dios cercano y liberador.

Por eso *el salmo* recalca esta característica de Dios: “el Señor es compasivo y misericordioso”, repitiendo una de las mejores definiciones de Dios que se dan en el AT y que escuchamos varias veces a lo largo del año: “el Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia”.

1 Corintios 10, 1-6. 10-12. *La vida del pueblo con Moisés en el desierto fue escrita para escarmiento nuestro*

La lectura de Pablo parece elegida para comentar la primera –aunque también preludia en cierto modo el evangelio–, nombrando a Moisés como guía de su pueblo por el desierto. La nube, el alimento del maná y el agua de la roca prefiguraban los dones que Cristo trajo a la humanidad, pero para la mayoría de aquel pueblo no sirvieron, porque no llevaban una vida de acuerdo con la alianza con Dios.

Este pasaje es uno de los clásicos casos de “lectura tipológica” del AT por parte del NT. Todas esas cosas “sucedieron en figura para nosotros” y como escarmiento. Se cumple el famoso dicho de san Agustín: “Novum in Vetere latet, et in Novo Vetus patet: el NT está escondido en el AT, y el AT se hace manifiesto en el NT”.

También a nosotros puede resultarnos inútil la salvación de Cristo si no le respondemos con nuestra vida: “el que se cree seguro, cuidado no caiga”.

Lucas 13, 1-9. *Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera*

En su ministerio de Maestro, Jesús saca con frecuencia lecciones de hechos que han sucedido recientemente. Esta vez, los que habían perecido al aplas-

tar las autoridades una revuelta de los galileos, y otros que habían muerto aplastados por un muro que se había caído. La enseñanza de Jesús es: “si no os convertís, todos pereceréis lo mismo”.

A raíz de estos hechos añade una parábola: la de la higuera que no da fruto y que el dueño del campo quiere cortar, para que no “ocupe terreno en balde”, aunque el labrador intercede por ella y consigue de momento una prórroga.

Jesús no confirma ni niega la opinión generalizada en su tiempo de que los males que le vienen a uno son castigo de sus pecados. Pero sí saca lección de todo. Los eliminados por la autoridad lo serían por su rebeldía. Los muertos del muro, por accidente. La higuera corre peligro de ser arrancada por su esterilidad.

– II –

Invitación a la conversión

Los evangelios de Lucas elegidos para este ciclo C se refieren sobre todo a la necesidad de la conversión, del cambio en el estilo de vida, como elemento fundamental de nuestro camino hacia la Pascua.

Jesús, interpretando los hechos de vida de su tiempo, nos invita a la conversión. Al hablar de los muertos que hubo cuando la autoridad civil decidió aplastar la revuelta de algunos galileos, o de las víctimas del accidente cuando se derrumbó un muro, termina igual: “si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera”.

La “conversión” no es sólo “hacer penitencia”, en el sentido de realizar unas obras de ayuno o de limosna. La palabra griega para “penitencia” es “metánoia”, que significa “cambio de mentalidad”. Lo que nos pide la Cuaresma es un cambio en un nivel bastante más profundo que el de las meras obras exteriores.

Una conversión, si es auténtica, “hace daño”, porque significa meter “el dedo

en la llaga” y corregir las raíces de nuestros males. Si hay que “operar”, tenemos que estar dispuestos a hacerlo, y no conformarnos con aplicar una pomada suave que no llega a las raíces de nuestro mal.

La oración de hoy habla de “nuestros pecados” y del “pueblo penitente” que acude a Dios, consciente de que las clásicas obras cuaresmales del “ayuno, la oración y la limosna” son “remedio de nuestros pecados”. En la oración de las ofrendas pedimos a Dios que “esta eucaristía perdone nuestras ofensas y nos ayude a perdonar a los que nos ofenden”.

Es bueno, ante todo, que nos sepamos reconocer pecadores, porque somos débiles y con frecuencia faltamos a la Alianza con Dios. Para que luego, con la ayuda de Dios, tomemos la decisión de cambiar de rumbo, de volvernos a él en nuestra vida, y de dar los frutos que él espera de nosotros. El prefacio II de Cuaresma dice que Dios “ha establecido este tiempo de gracia para renovar en santidad a sus hijos... libres de todo afecto desordenado”.

¿Somos higueras que dan fruto?

Nos lo dice Jesús con la parábola de la higuera, que si no da frutos es inútil que ocupe lugar. Es una parábola que nos interpela de lleno a cada uno y a la comunidad eclesial. No quiere meternos angustia en el cuerpo, pero sí estimularnos a dar frutos, y este año, sin esperar al que viene.

Pablo, a los cristianos de Corinto, les avisaba que no todos los que hicieron el camino con Moisés por el desierto agradaron a Dios. No fueron fieles a la Alianza, se dejaron llevar de las tentaciones de los pueblos vecinos, siguiendo su estilo de vida. Se buscaron otros dioses más permisivos. Por eso no entraron en la tierra prometida. Para Pablo eso debería servirnos de escarmiento a nosotros. No basta con pertenecer al pueblo de Dios, o con decir unas oraciones o llevar unas medallas. No basta ser unos árboles plantados en el jardín de Dios. Algo debe cambiar en nuestra vida, en nuestro estilo de pensar y de actuar.

¿Qué clase de árbol frutal somos cada uno de nosotros? ¿damos los frutos que el agricultor espera? En la Pascua de este año tendríamos que tomar la decisión de responder mejor a las expectativas que Dios tiene sobre cada uno de nosotros. No en palabras, sino en obras.

Comparándonos con la higuera, ya el año pasado seguramente tuvo que decir Dios: “déjala todavía este año, a ver si da fruto”. ¿Tendrá que repetir lo mismo en esta próxima Pascua?

Dios nos quiere liberar de toda esclavitud

El Dios del éxodo, el que envía a Moisés a una misión difícil, es también el Dios Padre de Jesús, que de nuevo quiere liberar a su pueblo, a toda la humanidad, ahora por medio de su Hijo.

Es el Dios que queda retratado ya en el libro del Éxodo, pero sobre todo en las parábolas y en la actuación de Jesús: el Dios que se apiada de los que pasan hambre, de los que están enfermos, o lloran la muerte de un ser querido, o son víctimas de injusticias. Un Dios que siempre está dispuesto al perdón. El Dios que se llamó “yo soy”, se llama ahora, por Cristo Jesús, “Dios-con-nosotros”, el Dios que vive, que es y que está cercano y se compadece y viene a liberar. Son interesantes las reflexiones del Catecismo sobre cómo “Dios revela su nombre”: CCE 203-213.

El que más se entristece del mal y del dolor que hay en el mundo, y de las injusticias y de los accidentes, es el mismo Dios. Es bueno que estos días miremos con confianza hacia ese Dios que es Padre. La teología de la liberación no la hemos inventado ahora nosotros: ya aparece formulada en esa cercanía del Dios al dolor de su pueblo y en su voluntad de liberarlo.

En la lucha entre el bien y el mal en la que estamos todos comprometidos, a veces tenemos nuestros problemas y somos víctimas de alguna esclavitud. Dios, en esta Cuaresma-Pascua, nos quiere liberar a cada uno de nosotros. Su misericordia es mucho mayor que nuestra debilidad. Con mayor razón que el salmista del AT podemos decir nosotros en esta Cuaresma que “el Señor es compasivo y misericordioso”, que “perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades y te colma de gracia y de ternura”. Hoy vale la pena leer –después de la comunión, o en otro momento de oración personal– todo el salmo 102, un magnífico himno a la misericordia de Dios, del que en el salmo responsorial cantamos sólo unas pocas estrofas.

DOMINGO 4 DE CUARESMA

– I –

El mejor retrato de Dios: la parábola del hijo pródigo

En las etapas de la historia de la salvación que seguimos en la 1ª lectura de los domingos, llegamos hoy a la primera Pascua que pudieron celebrar, gozosamente, los israelitas en su entrada a la tierra prometida, después de tantos años de peregrinación por el desierto.

Pero la característica principal del domingo 4º de Cuaresma, este año, es la parábola del hijo pródigo, en que Cristo retrata de un modo entrañable la figura de Dios y el camino de ida y vuelta de los pecadores para encontrarse, por fin, con la misericordia infinita del Padre. Vale la pena proclamar con énfasis, serenamente, esta página de Lucas a la que se ha llamado “el corazón del evangelio”.

Josué 5, 9a. 10-12. *El pueblo de Dios celebra la Pascua, después de entrar en la tierra prometida*

Josué es quien tomó el relevo de Moisés en la guía del pueblo en su entrada a la tierra prometida de Canaán, y el que por tanto presidió la primera Pascua que en aquella ocasión solemnemente celebró el pueblo.

Se terminó la época del desierto, o sea, de la peregrinación constante: aquel día “cesó el maná”, que era el alimento provisional, y pudieron ya comer

de la cosecha de la nueva tierra. Fue un momento muy significativo de la historia de este pueblo, como conclusión del éxodo que había comenzado en la salida de Egipto hacía cuarenta años.

Los sentimientos de alegría y alabanza del *salmo responsorial* son explicables, porque han experimentado la ayuda de Dios: “gustad y ved qué bueno es el Señor”. Una vez más se ha cumplido que “si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo salva de sus angustias”.

2 Corintios 5, 17-21. *Dios, por medio de Cristo, nos reconcilió consigo*

La página de Pablo es un canto entusiasta a la reconciliación que se ha dado, en todas las direcciones, por medio de Cristo Jesús: “Dios nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el servicio de reconciliar”. La reconciliación la realiza Dios y, además, encarga a la comunidad cristiana que predique y realice esa misma reconciliación.

Pablo está orgulloso de poder ser apóstol de la reconciliación de todos con Dios: “en nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios”.

Lucas 15, 1-3. 11-32. *Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido*

El capítulo 15 de Lucas nos transmite tres parábolas muy características de la misericordia de Dios, que forman una unidad. Hoy leemos la introducción y la parábola del hijo pródigo, omitiendo esta vez la del pastor que se carga sobre los hombros a la oveja descarriada y la de la mujer que reúne a sus vecinas para comunicarles su alegría por la moneda que había perdido y que acaba de encontrar. Así es la alegría de Dios “por un solo pecador que se convierta”.

La ocasión se la brindan a Jesús los fariseos y letrados que se escandalizan y murmuran porque él acogía a los publicanos y pecadores y comía con ellos. La lección, por tanto, va para esas personas que no tienen misericordia.

La parábola es una obra maestra, contada con exquisitos toques de psicología, el mejor retrato de cómo es Dios y cuál es el camino de vuelta del pecador, y de cómo a veces los “justos” son poco misericordiosos de corazón.

– II –

Antes de Pascua, necesitamos la reconciliación

Es una gran noticia la que nos da Pablo en este tiempo de Cuaresma, ya a las puertas de la Pascua: Dios nos concede siempre la oportunidad de la reconciliación. Todos necesitamos que Dios use esa misericordia con nosotros.

Será bueno que, en estas próximas semanas, aprovechemos el sacramento en que precisamente se nos concreta la gracia de esta reconciliación. Sigue teniendo sentido pleno lo de “confesar por Pascua”. Es la mejor manera para entrar en la Pascua, dejarse comunicar la victoria que Cristo, en la cruz, conquistó contra el pecado y dejarse “juzgar” y perdonar por su misericordia. La oración nos hace decir: “reconcilias a los hombres contigo por tu Palabra hecha carne”, para que así puedan “celebrar las próximas fiestas pascuales”.

Tendremos que imitar la actitud de conversión del hijo pródigo: “me pondré en camino adonde está mi padre y le diré: padre, he pecado contra el cielo y contra ti”. Por encima de nuestro pecado, está la misericordia de Dios. Cuando el Catecismo describe, en un hermoso número, la historia del hijo pródigo, afirma que “el centro es el padre misericordioso”: CCE 1439.

Para Pablo, el que se deja reconciliar por Cristo “es una criatura nueva: lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado”. Conversión y reconciliación significan, si es necesario, cambiar seriamente de dirección en nuestro estilo de vida. La Pascua quiere renovarnos en profundidad, asemejándonos más a Cristo, por ejemplo, en el programa de cambio que nos ofrece el prefacio III de Cuaresma: “tú nos enseñas a reconocer y agradecer tus dones, a dominar nuestra afán de suficiencia y a repartir nuestros bienes con los necesitados, imitando así tu generosidad”.

Como el pueblo de Israel, a las puertas de la tierra prometida, celebró la Pascua, nosotros deberíamos experimentar el paso del desierto a la morada estable, de la provisionalidad a la vida nueva y definitiva: “tú abres a la Iglesia el camino de un nuevo éxodo, a través del desierto cuaresmal, para

que, llegados a la montaña santa, con el corazón contrito y humillado, reavivemos nuestra vocación de pueblo de la alianza...” (prefacio V).

Nosotros también reconciliadores

Pero hay otro aspecto en este diálogo salvador entre Dios y el pecador. A la Iglesia, a la comunidad cristiana que somos todos nosotros, nos ha encargado Cristo este ministerio: proclamar y realizar esta reconciliación en todas sus direcciones, con Dios y entre nosotros. Siempre por medio de Cristo Jesús.

Deberíamos estar orgullosos, como Pablo, de poder transmitir a los demás, en nuestra familia o escuela o grupo, la buena nueva de la misericordia de Dios, de ser mediadores –eso es el sacerdocio bautismal– de reconciliación en este mundo. No sólo los obispos y sacerdotes son reconciliadores. Todos los cristianos lo podemos ser en nuestro ambiente familiar o social.

En el *Ritual de la Penitencia* se describe bien el papel que juega la comunidad cristiana en este proceso de la vuelta de cada hijo pródigo a la casa de Dios.

“Toda la Iglesia, como pueblo sacerdotal, actúa de diversas maneras al ejercer la tarea de reconciliación que le ha sido confiada por Dios: a) no sólo llama a la penitencia por la predicación de la Palabra de Dios, b) sino que también intercede por los pecadores, c) y ayuda al penitente con atención y solicitud maternal para que reconozca y confiese sus pecados y así alcance la misericordia de Dios, ya que sólo él puede perdonar los pecados; d) pero además, la Iglesia ha sido constituida instrumento de conversión y absolución del penitente por el ministerio entregado por Cristo a los apóstoles y a sus sucesores” (n.8).

La Iglesia lleva dos mil años repitiendo la llamada de Pablo: “en nombre de Cristo, os pedimos que os reconciliéis con Dios”. Los obispos españoles publicaron hace años (1989) una Instrucción pastoral sobre el sacramento de la Penitencia que se titula precisamente así: “Dejaos reconciliar con Dios”.

¿Tenemos corazón misericordioso?

Meditando en la parábola de hoy, cada uno de nosotros debería pensar con sinceridad en cuál de los tres personajes de la parábola se ve reflejado: en el hijo pródigo, en su hermano mayor o en el padre de ambos.

El padre aparece como una persona admirable, liberal, abierta. Accede a la petición del reparto de bienes. Concede a su hijo un margen de confianza, respeta su libertad y le deja salir de casa. Pero luego, tal vez porque le conoce bien, espera su vuelta, le ve de lejos, le sale al encuentro, le abraza y le prepara una gran fiesta. Es un buen retrato de Dios, el Padre que perdona. ¿Es así como nos portamos nosotros con los demás? ¿somos tolerantes, capaces de perdonar?

El hijo pequeño es un inexperto y se lanza a la aventura. Tal vez cree que todo será fácil, como lo tenía en su casa desde niño. Y pasa lo que tenía que pasar: lo malgasta todo y queda en la desesperación. En vez de la libertad que deseaba, se encuentra con una situación de pérdida de su dignidad humana. Menos mal que es capaz de reflexionar y de ponerse en camino de vuelta. Reconociéndose culpable, prepara un “acto de contrición”, que luego su padre no le dejará terminar. Tiene suerte de que su padre sea como es. Como nosotros, de tener un Dios rico en clemencia y en misericordia, que en esta Pascua nos espera también a nosotros, sobre todo en el sacramento de la reconciliación, para perdonarnos e invitarnos a su fiesta y darnos fuerza para la renovación de nuestra vida. También él nos ha respetado a nosotros la libertad y nos espera en nuestro camino de conversión y vuelta.

El hermano mayor –en el que Jesús retrata a los fariseos, tan seguros de sí mismos– no quiere participar en la fiesta en honor de su hermano. El padre tiene que volver a salir de casa, esta vez para invitar al hermano mayor a que entre y sepa perdonar. El hermano mayor se desentiende de su hermano: “ese hijo tuyo...”. Pero el padre le rebate: “ese hermano tuyo”. ¿Nos vemos tal vez retratados en este hermano mayor, tan “justo” y seguro de sí mismo? ¿tenemos un corazón tan mezquino como el suyo, que no quiere facilitar a su hermano la rehabilitación? ¿qué nos sale más espontáneo a nosotros: ser fiscales y acusadores de los demás, o perdonarles con facilidad, como hace el padre de la parábola y como hace Dios?

Aquí tenemos un buen programa para nuestra conversión pascual. Tendríamos que aprender a tener un corazón tan abierto y tolerante como el de Dios, como el que Jesús mostró continuamente; a saber reflexionar, reconocernos pecadores y ponernos en camino al encuentro de Dios, que nos espera; y también a saber acoger a los demás cuando han fallado y se arrepienten, sin echarles continuamente en cara lo que han hecho, y darles un margen de confianza como el que Jesús dio a Pedro después de su grave fallo.

Reconciliados nosotros mismos con Dios, tenemos que ser reconciliadores con los demás.

DOMINGO 5 DE CUARESMA

– I –

Seguimos los pasos de Cristo

Estamos a dos semanas de la Pascua. El domingo próximo ya será Domingo de Ramos, la puerta de la Semana Santa.

Las lecturas de hoy, la del profeta, la de Pablo y la de Cristo –con la escena del perdón a la mujer adúltera–, nos hablan de novedad, de renovación, de caminar hacia delante, cara ya a la Pascua. Estamos con los ojos fijos en Jesús, en su camino hacia la cruz y hacia la vida nueva. Como dice el prefacio V de Cuaresma, “en nuestro itinerario hacia la luz pascual, seguimos los pasos de Cristo, maestro y modelo de la humanidad reconciliada en el amor”.

Isaías 43, 16-21. *Mirad que realizo algo nuevo
y apagaré la sed de mi pueblo*

El profeta (el “segundo Isaías”) recuerda al pueblo las admirables cosas que Dios ha hecho a favor de ellos, ayudándoles en su lucha por la supervivencia en Egipto o en el desierto. Pero les invita también a “no pensar en lo antiguo”, porque lo que está por venir es todavía más admirable. El mismo Dios que les liberó de Egipto les va a hacer volver del destierro: “abriré un camino por el desierto, ofreceré agua en el desierto para apagar la sed de mi pueblo”.

La frase más programática expresa el plan totalmente innovador de Dios: “mirad que realizo algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis?”.

El *salmo* hace eco a esta convicción: “el Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres”. El pueblo agradece a Dios de “cuando el Señor cambió la suerte de Sión”, y ahora “los que sembraban con lágrimas, cosechan entre cantares”.

Filipenses 3, 8-14. *Por Cristo lo perdí todo, muriendo su misma muerte*

Las palabras de Pablo a los cristianos de Filipos, en Grecia, parecen comentar esta invitación de Isaías a la novedad y al futuro esperanzador. Les propone el ejemplo de su propia vida. Él lo dejó todo por Cristo, y no se arrepiente, porque es lo único que vale la pena: vivir por Cristo, unirse a él, incluso a sus padecimientos, con la esperanza de llegar con él a la resurrección.

Pero Pablo mira al futuro, no al pasado. El premio lo tenemos asegurado, pero hay que vivir como si no lo hubiéramos conquistado todavía: “olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para ganar el premio, al que Dios desde arriba llama en Cristo Jesús”.

Juan 8, 1-11. *El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra*

Por una vez dejamos de leer a Lucas para recurrir a Juan, pero en una página que los autores consideran como más propia de Lucas, el evangelista de la misericordia, que del mismo Juan: el perdón a la mujer adúltera.

La pregunta que los fariseos le hacen a Jesús es comprometedora: ¿hay que proceder a la lapidación de la mujer sorprendida en adulterio? Se ve que la ley que ahora nos escandaliza en casos muy recientes en los países musulmanes existía ya en tiempos de Jesús, también en el pueblo judío.

Jesús escapa de la trampa: “el que esté sin pecado, que le tire la primera piedra” y concede el perdón a la mujer con exquisita elegancia, invitándole a cambiar de vida: “anda y en adelante no peques más”.

– II –

“¡Mirad que realizo algo nuevo!”

Isaías anuncia poéticamente las intenciones de Dios: caminos abiertos por el mar y por el desierto, ríos de agua en parajes estériles y secos, agua que apaga la sed, alegría, libertad. Y pide a los israelitas una actitud de novedad y valentía: “no penséis en lo antiguo... mirad que realizo algo nuevo”.

La comunidad cristiana debería escuchar hoy con oídos nuevos la voz profética que nos invita a no tener miedo —el tema de tantas intervenciones del papa Juan Pablo II: “¡no tengáis miedo!”—, a mirar hacia delante, a ver en las circunstancias de la historia actual, que parecen condenadas a la esterilidad, también signos de vida y de renovación: “ya está brotando, ¿no lo notáis?”. Estamos en primavera, que ve brotar con nuevo brío la vegetación. Estamos a punto de entrar en la Pascua, que es vida nueva para Cristo y para nosotros. ¿No creemos en los “cielos nuevos y en la tierra nueva” que Cristo quiere realizar también este año?

También Pablo nos invita a una actitud de creatividad y esperanza. Para él, lo único que importa es Cristo: lo demás lo considera “basura”. Él ve nuestra historia como una carrera atlética: “lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta”. La vida es una marcha, sin mirar hacia atrás, sino siempre hacia delante, hacia el premio que Dios nos tiene preparado.

La Pascua de este año es una carrera en la que estamos todos inscritos. El prefacio V de Cuaresma ve así nuestro tiempo de preparación a la Pascua: “Tú abres a la Iglesia el camino de un nuevo éxodo a través del desierto cuaresmal, para que, llegados a la montaña santa, con el corazón contrito y humillado, reavivemos nuestra vocación de pueblo de la alianza”.

“Anda y en adelante no peques más”

Pero, en concreto, el evangelio es el que mejor nos orienta en nuestro camino hacia la Pascua: el perdón que Jesús concede a la mujer pecadora.

Jesús ha venido a perdonar a los pecadores, no a alabar a los justos. A salvar,

no a castigar. A curar a los enfermos, no a los sanos. Jesús, como el padre del pródigo del domingo pasado, perdona: “tampoco yo te condeno”.

Nosotros, ante todo, deberíamos aprovechar en vísperas de la Pascua esta misericordia de Jesús y alegrarnos, en el sacramento de la Penitencia, de poder participar de su victoria contra el pecado en la cruz, y de la bondad de su corazón: “anda, y en adelante no peques más”.

Pero, a la vez, deberíamos aprender de él su corazón misericordioso para con los “pecadores”, para con las personas a las que juzgamos como menos positivas, que no coinciden en nuestras opiniones y gustos, o que tal vez nos han fallado incluso gravemente. ¿Sabemos, como Jesús, tratar con amabilidad también a esas personas? ¿o nos parecemos más bien a los intransigentes “justos” que están dispuestos a arrojar piedras sin compasión?

Tal vez tendría que decirnos Jesús también a nosotros: “el que esté sin pecado, que eche la primera piedra”. Siendo sinceros, puede ser que no nos atreviéramos tan fácilmente a echar ninguna piedra.

¿Se va a notar algún cambio en nosotros?

¿Se va a notar en nuestra vida personal, o en la vida de la comunidad, algún cambio, algún “inicio nuevo” en la Pascua de este año? Tenemos dos semanas para tomar decisiones, para reconciliarnos con Dios, para purificar nuestros corazones. Para dejar a Dios realizar en nosotros eso “nuevo” que él dice que está ya brotando, aunque no lo notemos nosotros.

Cuando somos invitados a la comunión eucarística, el sacerdote nos dice que ese Cristo con el que vamos a entrar en comunión, es “el que quita el pecado del mundo”. Pascua no tiene que ser sólo alegría por la resurrección de Cristo. Debe ser alegría por nuestra resurrección. Este año, no el que viene. Pablo dijo una vez: “completo en mi cuerpo lo que le falta a la pasión de Cristo”. ¿Qué le falta a la pasión de Cristo, a la Pascua de Cristo? Una cosa: que también sea nuestra pasión y nuestra Pascua.

DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

— I —

Comienza la Semana Santa con gloria y pasión

Damos inicio hoy a la “Semana Santa” o “Semana Grande”, que es mitad Cuaresma (hasta la Eucaristía del Jueves) y mitad Triduo Pascual (desde esa Eucaristía hasta la Vigilia Pascual y luego todo el domingo).

La empezamos con este domingo que, como su nombre compuesto refleja —“domingo de Ramos en la Pasión”—, tiene dos dimensiones muy distintas: las alabanzas que la multitud dedicó a Jesús en su entrada a Jerusalén, con palmas y Hosannas, y luego la Eucaristía, más adusta, con la lectura de la Pasión del Señor.

Por eso, la Eucaristía de este domingo tiene estos dos elementos específicos: la entrada procesional y el evangelio de la Pasión. A veces, resulta difícil conjugar estas dos actitudes, sobre todo en comunidades en que abundan los niños, que tienen en esta fiesta un protagonismo evidente, como el que tuvieron en Jerusalén. Pero es una sucesión de aspectos que está bien pensada: la entrada de Jesús en la ciudad santa fue acompañada por un entusiasmo tal vez inesperado por parte de la gente sencilla, pero él iniciaba esta última semana de su vida dispuesto a cumplir su misión con su muerte en la Cruz. Las dos cosas se unen en la celebración de hoy, a pesar de su contraste.

Todavía estamos en Cuaresma, y hoy vamos a escuchar lecturas muy profundas que retratan el camino de Jesús hacia su Pascua, con el poema de Isaías y sobre todo con la pasión según Lucas. Ya desde la oración colecta de la Misa, nada más terminar la procesión, el discurso es diferente: “tú quisiste que nuestro Salvador se anonadase, muriendo en la cruz, para que todos nosotros sigamos su ejemplo”.

(Antes de la procesión) Lucas 19, 28-40. Bendito el que viene en nombre del Señor

La lectura evangélica antes de la procesión nos cuenta lo que sucedió aquel día, cuando, sabiendo que había llegado su hora, Jesús decide entrar en Jerusalén. Montado en un borrico, entra en la ciudad acompañado de las aclamaciones de los discípulos: “bendito el que viene como rey, en nombre del Señor”.

Esta procesión en honor a Cristo el domingo de Ramos tuvo su origen en Jerusalén, ya desde el siglo IV, y luego se difundió a toda la Iglesia. Las comunidades que pueden hacerlo organizan hoy una procesión partiendo de un lugar diferente, mientras van dedicando cantos de alabanza a Cristo como los que resonaron en Jerusalén: “hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor”.

Lo principal no son los ramos benditos, sino que la comunidad “acompaña a Cristo aclamándole con cantos”, agitando, eso sí, esos ramos que han sido “bendecidos” porque se les da un significado simbólico de fe.

Isaías 50, 4-7. No me tapé el rostro ante los ultrajes, sabiendo que no quedaría defraudado

En la memoria de los momentos importantes de la historia de la salvación, llegamos al tercer “cántico del Siervo del Señor”, del “segundo Isaías”. Un poema que nosotros vemos cumplido en Jesús de Nazaret. El cuarto, el más impresionante, lo proclamamos entero el Viernes Santo.

Se afirma de este Siervo que tiene “una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento”. Pero también se dice que antes, “cada

mañana, me espabila el oído para que escuche como los iniciados”. Escucha para luego poder comunicar las palabras de Dios. El Siervo es, además, consciente de que su misión va a ir acompañada de oposición: “ofrecí la espalda a los que me golpeaban”, siempre, eso sí, con la ayuda de Dios: “mi Señor me ayudaba, por eso no quedaba confundido”.

A esta lectura, que ya prelude la Pasión, le hace eco uno de los *salmos* más impresionantes: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado”, el salmo que los evangelistas ponen en labios de Jesús en la cruz. En verdad, la pasión de Jesús está narrada después como siguiendo la pauta de los versículos de este salmo: “se burlan de mí... acudió al Señor, que lo libre... me taladran las manos y los pies... echan a suertes mi túnica”. Incluida también la confianza en Dios: “tú, Señor, no te quedes lejos, ven a ayudarme”.

Filipenses 2, 6-11. *Se rebajó: por eso Dios lo levantó sobre todo*

En su carta a los cristianos de Filipos, Pablo incluye un himno cristológico que seguramente ya se cantaba en las primeras comunidades. Un himno que habla del proceso “pascual”, su “paso” o “tránsito”. Desde su condición divina se rebaja a la humana y a la humillación de la muerte, el anonadamiento total. Desde ahí la fuerza de Dios lo eleva como Señor de toda la creación.

Es un resumen poético y teológico de toda la Pascua de Cristo. No es de extrañar que en las vísperas de cada sábado recitemos este himno, cantando el misterio pascual de Cristo con su muerte (viernes), su estancia en la sepultura (sábado) y la resurrección en la madrugada del domingo.

Lucas 22, 14 – 23, 56. *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*

El relato de la Pasión empieza en Lucas en la última cena de Jesús con los suyos, con las palabras y gestos sobre el pan y el vino, el anuncio de la traición, la advertencia a Pedro sobre su negación, los consejos sobre cómo hay que entender la autoridad como servicio; para seguir con la oración y la agonía en el huerto, la traición de Judas y la detención por los enviados de las autoridades, el episodio de las negaciones de Pedro, el juicio ante las autoridades religiosas y luego ante las civiles, la condena a muerte por Pilato,

el camino hacia el Gólgota y la muerte en la cruz, con el perdón anunciado al buen ladrón y con las últimas palabras, gritadas a Dios: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”, para terminar con la sepultura del cuerpo de Jesús por parte de José de Arimatea.

El impresionante relato –que es muy conveniente leer por entero, y con los mejores recursos de una buena lectura y comunicación– es lo que más bien puede hacer a la comunidad cristiana, año tras año, poniéndonos ante la gran lección de solidaridad que Cristo nos dio al entregarse como reconciliación entre Dios y la humanidad. Aunque lo escuchemos cada año –y por duplicado, porque también se proclama el Viernes– nunca deja de impresionarnos.

– II –

Entrada de gloria y pasión a la Semana Santa

La procesión de hoy no es sólo la entrada a la Eucaristía: lo es para toda la Semana Santa. Cada Misa la empezamos con una “entrada”, pero la de hoy es especial, recordando la de Jesús cuando llegó a Jerusalén para su semana decisiva. Sus discípulos seguramente pensarían que este era el momento decisivo para proclamar rey a su Maestro. Pero Jesús sabe que, aunque parece entrar como Señor y Rey, en realidad, antes tiene que sufrir como el Siervo, y que en vez de un trono le espera la cruz.

Las dos dimensiones son importantes para hoy y van íntimamente unidas. Tal vez algunos de los que hoy vienen a “bendecir ramos”, no acudan después a las celebraciones del Triduo Pascual. Por eso es bueno que se unan en la celebración de hoy el recuerdo de la muerte, con la lectura de la Pasión, y también el adelanto de la resurrección, que aparece en varios textos, y se escenifica de alguna manera en la procesión.

La Pascua son las dos cosas: cruz y vida. El prefacio de hoy dice, por una parte, que “Cristo, siendo inocente, se entregó a la muerte por los pecadores,

y aceptó la injusticia de ser contado entre los criminales”, pero a la vez da gracias a Dios porque “de esta forma, al morir, destruyó nuestra culpa, y al resucitar, fuimos justificados”. En la oración colecta pedimos a Dios “que las enseñanzas de su pasión nos sirvan de testimonio y que un día participemos en su resurrección gloriosa”.

“Por eso Dios lo levantó sobre todo”

Es lo que expresan las tres lecturas: que Jesús camina decidido a su Pascua, a la Pascua completa, que es muerte y resurrección.

Para Isaías, la misión del Siervo es “decir una palabra de aliento a los abatidos”, pero él mismo tiene que asumir el dolor y el castigo de la humanidad: “ofrecí la espalda a los que me golpeaban”. Aspecto que ha subrayado fuertemente el salmo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Pero el poema del Siervo no sólo se puede considerar figura de la muerte de Cristo, sino también de su glorificación: “mi Señor me ayudaba... sé que no quedaré avergonzado”.

Lo mismo sucede con Pablo, que describe el “viaje pascual” de Cristo Jesús: “se despojó... se rebajó... y muerte de cruz... Dios lo levantó sobre todo”. Muerte y resurrección.

El relato de la Pasión nos ha presentado toda la seriedad del camino de Jesús, por solidaridad con los hombres, hacia la muerte en cruz. Aunque esta no va a ser la última palabra: en la Vigilia Pascual escucharemos el evangelio más importante de todo el año, el de la resurrección, que será la respuesta de Dios a la entrega de Jesús.

De momento, color rojo: rojo de sangre, rojo de cruz, rojo de fiestas de mártires, rojo de Viernes Santo. Para desembocar dentro de una semana en el blanco de la Vida y de la Pascua. Desde el “hosanna” de hoy hasta el “crucíficale” del Viernes y el “aleluya” de la noche pascual.

Cruz y gloria también en nuestra vida

La impresionante lectura de la Pasión nos afecta a todos. Iniciamos una semana de acompañamiento a Jesús en sus días cruciales. Y eso se refleja también en nuestra vida, a lo largo del año.

Nuestro seguimiento de Cristo comporta, a veces, imitarle también en cargar con la cruz. Seguramente no será tan dramático nuestro camino como el de él: abandonado de todos, incluso con silencio o ausencia aparente de Dios, azotado, escarnecido, clavado en la cruz, ejecutado injustamente. Pero sí tendremos días en que se acumulan los motivos de dolor y desánimo.

Por eso también nosotros necesitamos reafirmar hoy de alguna manera, con la procesión de ramos, la confianza en el triunfo de Cristo y nuestro. También nosotros estamos destinados, no a la cruz, sino a la vida. No al sufrimiento, sino a la alegría perfecta. Aunque el camino sea como el que nos ha señalado Jesús. No todo el año será Semana Santa. O si lo es, también irá acompañada de Pascua. Las celebraciones de esta Semana, sobre todo las del Triduo Pascual, son como el faro que da orientación a la vivencia de todo el año.

En la monición que el sacerdote dice, según el Misal, antes de la procesión, se expresa bien el sentido de este domingo: “recordando con fe y devoción la entrada triunfal (en latín, “salutiferi”, entrada salvífica) de Jesucristo en la ciudad santa, le acompañemos con nuestros cantos, para que, participando ahora de su cruz (“per gratiam consortes effecti crucis”, hechos por la gracia partícipes de la cruz), merezcamos un día tener parte en su resurrección (“resurrectionis et vitae”, de la resurrección y de la vida)”.

TRIDUO PASCUAL

De un modo más extenso he presentado la historia, teología, espiritualidad y pastoral de estos días en

J. ALDAZÁBAL, *El Triduo Pascual* (=Biblioteca Litúrgica 8) CPL, Barcelona 1998, 188 págs.

Cf., además,

Dossier CPL 61, *La celebración de la Semana Santa*, 3ª edición 1999.

J. CASTELLANO, *El Año Litúrgico* (=Biblioteca Litúrgica 1) CPL, Barcelona 1996, 2ª ed., pp. 153-208.

El “hoy” de la Pascua

La Pascua anual se empezó a celebrar muy pronto en la historia de la comunidad cristiana, no sólo con la Vigilia del Sábado al Domingo, sino con los días enteros del Viernes y el Sábado, unidos como en un único día con el Domingo: el que san Agustín llama “sacratísimo Triduo del Cristo crucificado, sepultado y resucitado”. Además, con el Viernes y el Sábado vividos en bastante riguroso ayuno.

Más tarde, al pasar la Vigilia a la mañana del Sábado Santo, se empezó a hablar del “Triduo Santo”, que entonces abarcaba al Jueves, Viernes y Sábado. Hasta que Pío XII, en la reforma que promovió entre el 1951 y el 1955, recuperó el “Triduo Pascual” como punto culminante de todo el Año Cristiano, con la Eucaristía vespertina del Jueves como introducción del mismo.

en el sagrario sea hoy particularmente significativa: se ha convertido con los siglos en un acto de fe y de amor por parte de la comunidad, que dedica unas horas a la adoración agradecida al Señor Jesús por su gesto de entrega continuada en la Eucaristía.

Éxodo 12, 1-8. 11-14. Prescripciones sobre la cena pascual

El texto del Éxodo describe cómo celebraban y siguen celebrando los judíos su cena pascual, empezando por aquella noche decisiva de su historia, cuando Moisés, con la ayuda de Dios, los sacó de Egipto y empezó el éxodo de su liberación. Esta cena histórica está descrita con los ritos que luego se harían usuales, en tiempos más pacíficos: la reunión familiar, el sacrificio del cordero y el pan ácimo, sin acabar de fermentar (símbolo de pan de mayor tristeza, pan precipitado).

Esta celebración es cada año para los judíos un memorial en honor del Señor, en recuerdo y actualización del amor de Dios que salva a su pueblo. Es también la que celebró Jesús con los suyos antes de dar a sus gestos y palabras un sentido nuevo: el memorial de su Pascua.

“Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles”, dice el *salmo* de hoy. Pero su amor y su poder logran lo que parecía imposible: liberar al pueblo de la esclavitud. La copa de la salvación, que para el salmista era acción de gracias “por todo el bien que me ha hecho”, es para nosotros la seguridad de que “el cáliz de la bendición es la comunión con la sangre de Cristo”.

1 Corintios 11, 23-26. Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor

Nosotros ahora celebramos ya la Pascua cristiana, la que Cristo nos dejó en testamento antes de iniciar su Pasión: la Eucaristía.

En Corinto dejaban mucho que desear las reuniones eucarísticas. Pablo les acusa duramente: “os resulta imposible comer la Cena del Señor”, eso que celebráis no es la Eucaristía que Cristo pensó. El pecado de los corintios era la falta de fraternidad. No esperaban a que llegaran los pobres, no les hacían partícipes de lo que sobraba a los ricos en la cena previa a la celebración:

JUEVES SANTO: MISA VESPERTINA

– I –

Con la Eucaristía damos inicio al Triduo Pascual

Con la Misa vespertina de hoy damos por concluida la Cuaresma e iniciamos el Triduo Pascual, que abarcará los tres días siguientes: Viernes, Sábado y Domingo.

Tradicionalmente en la mañana de este Jueves, en vísperas ya de Pascua, se celebraba la Misa de reconciliación de los que durante la Cuaresma habían hecho el camino de los “penitentes”. Y también la Misa Crismal, en la que se bendicen o consagran los óleos y el crisma que se utilizan, a partir de la nueva Pascua, en cuatro de los sacramentos: Bautismo, Confirmación, Unción de enfermos y Orden. Ambas celebraciones, la penitencial y la crismal, se suelen celebrar ahora uno de los días anteriores, siempre en la cercanía inminente de la Pascua.

Aunque la celebración principal de estos días, y por tanto de todo el año, es la Eucaristía de la Vigilia Pascual, la de hoy es también entrañable para el pueblo cristiano: recuerda la institución de la Eucaristía, el mandamiento del amor fraterno –con el gesto simbólico del lavatorio de los pies– y la institución del ministerio sacerdotal.

En esta celebración hay otra particularidad: consagramos más cantidad de pan, para poder comulgar mañana, Viernes, día en que no celebramos la Eucaristía, pero sí podemos comulgar. Esto hace que la “reserva” eucarística

“despreciáis a la comunidad y avergonzáis a los pobres”.

Lo que leemos hoy es el razonamiento que él emplea para desautorizar tales celebraciones. Lo que pensó Cristo con la Eucaristía es precisamente lo contrario: él ofrece a todos su Cuerpo y su Sangre y les encarga que hagan el “memorial” precisamente de esa entrega. Lo que hacen en Corinto no parece memorial, sino anti-memorial.

Esta situación de la comunidad de Corinto hace que Pablo describa por primera vez en todo el NT el relato de la Última Cena de Jesús, la institución de la Eucaristía, que todavía no han tenido ocasión de escribir los evangelistas. Es lógico que esta noche se proclame en todas las comunidades de la Iglesia este pasaje. Jesús ha dado a ese pan partido y a esa copa de vino un sentido trascendental: son su propio Cuerpo y Sangre.

Juan 13, 1-15. *Los amó hasta el extremo*

Juan, cuando inicia el relato de la Última Cena, no nos cuenta la institución de la Eucaristía, como hacen los demás evangelistas. Dice que Jesús, “sabiendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre”, o sea, de su éxodo personal, para manifestar a todos su amor “hasta el extremo”, antes de ir a su Pasión, realizó el gesto simbólico del lavatorio de los pies: “se quita el manto, toma una toalla, se la ciñe, echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos”.

Pedro, incapaz de comprender cómo el jefe y maestro del grupo pueda humillarse de esa manera, se niega a que le lave los pies, hasta que Jesús le “amenaza” con lo que Pedro no podía de ningún modo admitir: “si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo”.

El final de la escena es el “mandato” de que le imiten también ellos en su vida: “pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros”.

– II –

Inauguramos ya el Triduo Pascual

Cristo inició su “Triduo Pascual” con la Cena. Nosotros, también. Cristo, cuando iba a emprender su Pasión, quiso anticipar sacramentalmente, con los signos del pan y del vino, su entrega en la cruz. Así ahora su Iglesia, en miles y miles de comunidades en todo el mundo, celebra en esta Eucaristía el prólogo de la Pascua. En ese Pan partido y en ese Vino compartido quiso Cristo que participáramos cada vez de su muerte y su resurrección.

Esta celebración no tendríamos que considerarla “autónoma” (algo así como “el día de la caridad fraterna”, o “de la Eucaristía”, o “del sacerdocio”), sino todo eso en relación íntima con la Pascua, con la muerte y resurrección de Cristo: la Eucaristía la instituyó “la noche en que fue entregado”. Esta Eucaristía es la inauguración del Triduo Pascual. En una de las oraciones del Jueves en la liturgia hispánica se dice: “venimos, Señor, con la asamblea de todo el pueblo, para dar solemne inicio a la celebración de la Pascua”.

Desde hace siglos, el canto de entrada de hoy no apunta, como uno pudiera pensar, ni a la Eucaristía ni a la caridad fraterna, sino a la Pascua de la muerte y resurrección: “nosotros hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo: en él está nuestra salvación, vida y resurrección”. Como decimos en la oración del día, “celebramos aquella memorable cena en que tu Hijo, antes de entregarse a la muerte...”, y la Eucaristía la vemos como la celebración de la Alianza que Jesús selló en la cruz: “el banquete de su amor, el sacrificio nuevo de la Alianza eterna”.

La variante del Canon romano para este día también relaciona nuestra celebración con la cruz del Viernes: “el cual, hoy, la víspera de padecer por nuestra salvación y la de todos los hombres, tomó pan...”. También el gesto simbólico del lavatorio de los pies, que realizamos hoy después del evangelio y de la homilía, apunta claramente a la muerte del Siervo, que se entregó por todos en la cruz.

La Eucaristía es siempre, también el Jueves Santo, memorial y actualización de la muerte salvadora de Cristo: “el cual, al instituir el sacrificio de

la eterna alianza, se ofreció a sí mismo como víctima de salvación (en la cruz) y nos mandó perpetuar esta ofrenda en conmemoración suya (en la Eucaristía). Su carne, inmolada por nosotros, es alimento que nos fortalece; su sangre, derramada por nosotros, es bebida que nos purifica” (prefacio I de la Eucaristía).

En la oración sobre las ofrendas resumimos la teología de la celebración eucarística: “cada vez que celebramos este memorial de la muerte de tu Hijo, se realiza la obra de nuestra redención”.

Pascua para Israel, para Cristo, para nosotros

La celebración de esta tarde nos introduce en la Pascua.

Para Israel la Pascua fue una experiencia única, que recuerdan siempre con fe y gratitud: ante todo fue Yahvé el que “pasó” por las casas de Egipto, y luego el pueblo el que “pasó” a través del Mar Rojo y del desierto hasta la tierra prometida y la libertad. De ese acontecimiento histórico irrepetible celebran anualmente, en la cena pascual, un memorial lleno de alegría. La primera lectura de hoy nos introduce en esa perspectiva.

Esa Pascua primera se cumplió plenamente en el “paso” de Cristo a través de la muerte a la Vida: “antes de la fiesta de Pascua (la fiesta judía que celebró con los suyos, sea en el mismo día que los demás o en otro anterior), sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre...”.

En la Eucaristía participamos de la Pascua

La Pascua es también nuestra. De la Pascua de Cristo se nos hizo partícipes ya el día de nuestro Bautismo: “¿o es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos con él sepultados por el bautismo en su muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva” (Rm 6,3-4).

Pero además nos encargó que celebráramos, hasta su vuelta, un memorial de esa Pascua en forma de comida, participando de su Cuerpo entregado

y de su Sangre ofrecida por la humanidad. Es lo que nos presenta hoy san Pablo: “haced esto en memoria mía”. La última frase del apóstol define bien lo que es la Eucaristía en ese “tiempo intermedio” entre la Pascua primera de Jesús, hace dos mil años, y la última, al final de los tiempos: “cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que venga”. La Eucaristía es un “hoy” siempre en dinámica tensión entre el “ayer” de la muerte pascual de Cristo y el “mañana” de su vuelta gloriosa.

Tenemos motivos para alegrarnos de que Cristo instituyera un sacramento en el que participamos de su Cuerpo entregado y de su Sangre derramada. Los varios prefacios de la Eucaristía describen la finalidad de este sacramento. Ante todo, es alimento para nuestro camino: “en la última cena con los apóstoles, para perpetuar su pasión salvadora, se entregó a sí mismo como Cordero inmaculado y Eucaristía perfecta... con este sacramento alimentas y santificas a tus fieles” (prefacio II), “su carne, inmolada por nosotros, es alimento que nos fortalece; su sangre, derramada por nosotros, es bebida que nos purifica” (prefacio I).

Con ello Cristo nos quiere dar fuerza para que culminemos el camino de esta vida y lleguemos con él a la Pascua eterna: “nos reunimos en torno a la mesa de este sacramento admirable, para que la abundancia de tu gracia nos lleve a poseer la vida celestial” (prefacio II); “has querido que tu Hijo nos precediera en el camino del retorno a ti... y en la Eucaristía él se hace comida y bebida espiritual, para alimentarnos en nuestro viaje hacia la Pascua eterna” (prefacio III).

El mandato del amor fraterno

Pero hoy no podemos olvidar otra entrañable lección que nos dio Jesús, en el momento en que se disponía a iniciar su Pasión: una lección de caridad servicial y de amor fraterno, sobre todo para los que ejercen en la comunidad alguna clase de autoridad.

El lavatorio de los pies tiene una clara relación con la muerte del Siervo, que se entrega totalmente por los demás. En la cena se despoja del manto y lava los pies a sus discípulos. En la cruz se despoja incluso de su vida, para

dar vida a todos. Tanto en la cruz como en la Eucaristía, destaca su lección de amor fraterno universal. Lo que en la cruz sucedió dramáticamente, en la Eucaristía se celebra y participa cada vez de un modo sacramental: “mi Cuerpo por vosotros”.

Es un gesto simbólico que de forma plástica expresa la lección que nos quiere dejar como testamento. Tanto el relato que los evangelistas hacen de las palabras y gestos de Jesús con el pan y el vino como el lavatorio de los pies terminan con la misma recomendación: “haced esto como memorial mío... os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”.

Celebrar la Pascua del Señor debe tener un reflejo en nuestra existencia. Y el aspecto que más debería notarse, en nuestra “vida pascual”, es el de la caridad fraterna, servicial, si hace falta con sacrificio, como la de Cristo Jesús.

La caridad no es algo añadido a la Eucaristía (o a la Pascua): es algo que está muy dentro. Pablo reprende a los Corintios que puedan entender la celebración eucarística sin progreso en la fraternidad. Por eso preparamos nosotros cada vez la comunión con Cristo con la petición del Padrenuestro “perdónanos como nosotros perdonamos”, con el gesto de la paz, y con el gesto simbólico del Pan partido y compartido, lo mismo que el del Cáliz que también compartimos.

¿Somos, queremos ser, discípulos de Jesús? Él mismo nos ha indicado el camino: haced lo que yo he hecho, celebrad la Eucaristía en mi memoria, recibid mi Cuerpo y mi Sangre como alimento, y luego lavaos los pies los unos a los otros, amándoos como yo os he amado.

Esto nos compromete a todos, en la vida eclesial y en la familiar, a una actitud de servicialidad y entrega. Si celebramos bien la Eucaristía y crecemos en el amor fraterno, entonces sí que se podrá decir que hemos aprendido la lección de Cristo y estamos celebrando bien la Pascua.

VIERNES SANTO: CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN

– I –

La centralidad de la cruz de Cristo

Hoy empezamos en pleno el Triduo Pascual, ya inaugurado a modo de prólogo con la Eucaristía vespertina de ayer. Y lo hacemos dirigiendo nuestra mirada hacia la cruz de Cristo.

El Viernes y el Sábado no tienen Eucaristía: se celebran, junto con el Domingo, como un único día, y la Eucaristía central de los tres días es la de la Vigilia, en la que afirmaremos que “Cristo Nuestra Pascua, ha sido inmolado” (prefacio). El Viernes, y también a ser posible el Sábado, se vive austeramente, con el ayuno llamado “pascual”, porque no tiene color penitencial, sino de inicio y cúltilico de la Pascua.

El esquema de la celebración de hoy, que no es Eucaristía, sino una liturgia de la Palabra seguida de la adoración de la cruz y de la comunión, es:

- * después de una entrada austera, sin canto de entrada, y con una postración,
- * pasamos ya a escuchar las lecturas bíblicas, sobre todo la Pasión,
- * la Palabra termina, hoy con más solemnidad, con la Oración Universal, pidiendo a Dios, precisamente el día de la muerte de nuestro Sacerdote e Intercesor, que su salvación alcance a toda la humanidad;

* a continuación realizamos un gesto simbólico muy expresivo: después de mostrar solemnemente la cruz de Cristo, la adoramos con un gesto –la genuflexión, el beso– que signifique bien nuestra gratitud y admiración;

* y, aunque hoy no haya Eucaristía, desde 1955 sí podemos participar en la comunión del Cuerpo de Cristo que se consagró para hoy en la Eucaristía del Jueves. Al principio, nadie comulgaba en este Viernes, ya que no se celebra la Eucaristía; luego, durante siglos, comulgó sólo el sacerdote; Pío XII, en su reforma de la Semana Santa, introdujo la posibilidad de que la comunidad comulgara hoy.

Como dice J. Castellano en su presentación de este día, las etapas de esta celebración son la Pasión proclamada (en las lecturas), la Pasión invocada (en la oración universal), la Pasión venerada (en el gesto de la adoración de todos) y la Pasión comunicada (en la comunión eucarística).

Todo el día de hoy (y el de mañana) preside los lugares de culto la cruz del Salvador, centro de la atención de los fieles, como en la tarde-noche de ayer Jueves lo fue la Eucaristía.

Isaías 52,13 – 53,12. Él fue traspasado por nuestras rebeliones

Las lecturas apuntan claramente a la muerte salvadora de Cristo. Empezando por el cuarto cántico del Siervo (el domingo de Ramos leímos el 3º, y entre semana también los otros dos), el poema que directamente se centra en la actitud de entrega del Siervo hasta la muerte.

La descripción que hace el profeta del Siervo que carga con los males de la humanidad es en verdad dramática: “despreciado y desestimado... él soportó nuestros sufrimientos... leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones”.

El *salmo* parece como un eco del cántico de Isaías, expresando el dolor del justo: “soy la burla de mis enemigos”, y, a la vez, de su confianza: “pero yo confío en ti, Señor, haz brillar tu rostro sobre tu siervo”. Repetimos como antifona las palabras de Cristo en la cruz: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”.

Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9. Aprendió a obedecer

y se ha convertido en autor de salvación eterna

El autor de la Carta a los Hebreos anima a sus lectores a la perseverancia en su seguimiento de Cristo.

El argumento que les pone es que “no tenemos un Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas”, porque las ha experimentado él mismo en su vida. Describe la crisis de Jesús ante su muerte con palabras más expresivas todavía que las de los evangelistas (que hablaban de tristeza, miedo, pavor y tedio), cuando dice que “a gritos y con lágrimas presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte” y, “a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo a obedecer”. También dice que fue escuchado en su petición: no porque se le libró de la muerte antes, sino después de experimentarla.

Juan 18,1 – 19,42. Pasión de N. S. Jesucristo

El Viernes Santo leemos cada año la Pasión según Juan, mientras que el domingo de Ramos se van alternando los otros tres evangelistas. De nuevo, hoy, una lectura pausada, expresiva, de la Pasión es el momento culminante de la celebración de la Palabra. La comunidad cristiana queda siempre impresionada por este relato del camino de Cristo a la cruz.

La escena queda interrumpida en el punto más bajo del camino pascual de Cristo: la crucifixión, la muerte y la sepultura. El relato se completará en la noche de Pascua con el de la resurrección.

– II –

La gran lección de la cruz

Juan termina su relato con las palabras del profeta Zacarías: “mirarán al que traspasaron”. Nosotros estamos hoy mirando impresionados a ese Cristo clavado en la cruz, el mismo a quien Pilato ha presentado al pueblo diciendo:

“ahí tenéis al hombre” (“ecce homo”). Ahí está: perseguido como un criminal, calumniado, torturado física y moralmente, muerto. Las lecturas nos ayudan a entender toda la profundidad de este acontecimiento.

Hoy dedicamos particular atención a la muerte de Cristo, el primer acto del “tránsito” o del “paso” pascual. La celebración la hacemos con vestiduras rojas, el color de la sangre, por la muerte del Primer Mártir, Cristo Jesús. No estamos de luto, sino que, en una celebración sobria e intensa, contemplamos con fe y admiración la entrega generosa de Cristo en solidaridad con el género humano.

Las lecturas nos han presentado la teología del dolor de Cristo, como el Siervo que ha cargado sobre sus hombros el mal de toda la humanidad, como el que, enviado por Dios para salvarnos, aunque con gritos y lágrimas deseara ser librado de la muerte, obedeció hasta el final, experimentando en sí mismo todo el dolor que puede sufrir una persona. Dios nos salva asumiendo él con su propio dolor el desfase que se da entre su plan salvador y nuestra debilidad. Es el pensamiento que desarrolla con densidad teológica Juan Pablo II en su “*Salvifici doloris*” (“el sentido cristiano del dolor”) de 1984.

Las lecturas y textos del día de hoy apuntan también al dolor de toda la Humanidad. En la cruz de Cristo se puede decir que están representados todos los que han sufrido antes y después de él: los que son tratados injustamente, los enfermos y desvalidos, los que no han tenido suerte en la vida, los que sufren los horrores de la guerra o del hambre o de la soledad, los crucificados de mil maneras. También en nuestro caso el dolor, como en el de Cristo, tiene valor salvífico, aunque no acabemos de entender el sentido que pueda tener en el plan de Dios.

Dios no está ajeno a nuestra historia. No es un Dios inaccesible, impasible. Por medio de su Hijo ha querido experimentar lo que es sufrir, llorar y morir. Nos ha salvado desde dentro. Cristo no sólo ha sufrido por nosotros, sino con nosotros y como nosotros. No nos ha salvado desde la altura, sino que ha asumido nuestro dolor. Es un ejemplo, como quiere el autor de la carta a los Hebreos, para todos los que se sienten cansados en su camino de fe y tentados de dimitir: este Cristo que camina hacia la cruz es “capaz de compadecerse de nuestras debilidades, porque ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado”.

El salmo de hoy nos invitaba a los que experimentamos alguna vez el dolor y el desánimo: “sed fuertes y valientes de corazón, los que esperáis en el Señor”. Con el ejemplo de Cristo, tenemos más motivos todavía para aceptar en nuestras vidas el misterio del dolor y del mal.

“Jesús, aun siendo Hijo, con lo que padeció, experimentó la obediencia. ¡Con cuánta más razón la deberemos experimentar nosotros, criaturas y pecadores, que hemos llegado a ser hijos de adopción en él! Pedimos a nuestro Padre que una nuestra voluntad a la de su Hijo para cumplir su voluntad, su designio de salvación para la vida del mundo. Nosotros somos radicalmente impotentes para ello, pero unidos a Jesús y con el poder de su Espíritu Santo, podemos poner en sus manos nuestra voluntad y decidir escoger lo que su Hijo siempre ha escogido: hacer lo que agrada al Padre” (CCE 2825).

Pero con la esperanza de la Vida

Pero hoy no celebramos sólo la cruz. Celebramos la totalidad del Misterio Pascual. Aunque pongamos énfasis en la primera etapa del único movimiento pascual, la muerte en la cruz, los textos de hoy nos invitan a mirar hacia delante, hacia la resurrección. Ese Cristo muerto en la cruz resucitará por el poder de Dios, y el destino de gloria que le espera a él es también el que nos espera a nosotros.

Las oraciones de hoy hablan también de la resurrección: “Jesucristo tu Hijo, a favor nuestro instituyó por medio de su sangre el misterio pascual” (oración inicial); “nos has renovado con la gloriosa muerte y resurrección de Jesucristo” (poscomión). En la oración sobre el pueblo, se dice que esta comunidad “ha celebrado la muerte de tu Hijo con la esperanza de su santa resurrección”.

También las lecturas dejan la puerta de la esperanza abierta. La de Isaías, con el canto del Siervo, ya asegura que este Siervo que “tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores... que justifica a muchos cargando con los crímenes de ellos”, luego “verá su descendencia y prolongará sus años”.

Para la carta a los Hebreos, después del momento crítico de Jesús en su dolor, que terminó en la obediencia y en la entrega de la cruz, cambia el

panorama: “y llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que obedecen en autor de salvación eterna”.

La muerte de Jesús se celebra con seriedad, pero con aires de victoria. Durante el gesto de la adoración de la Cruz, se cantan antífonas como esta: “tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos. Por el madero ha venido la alegría al mundo”, o cantos como el “Victoria, tú reinarás”. Uno de los himnos clásicos del Viernes Santo es el “Vexilla Regis prodeunt”, “los estandartes del Rey avanzan”. Según el Misal Romano, en su tercera edición de 2002, también se puede cantar, durante esta adoración, el *Stabat Mater dolorosa*, porque la Madre del Salvador es la mejor maestra en nuestra sintonía con el dolor de Cristo Jesús.

Lo que celebramos hoy da sentido a toda nuestra vida, también a nuestros momentos de dolor y fracaso. No se nos ha asegurado que los que creamos en Jesús no vamos a tener dificultades, o no vamos a experimentar la enfermedad o la soledad o el fracaso o la muerte. Pero sí se nos ofrece luz y fuerza para que nuestra vivencia de todos esos momentos sea en sintonía con Cristo. Aunque no entendamos del todo el misterio del mal o de la muerte, no son en vano, sino que tienen una fuerza salvadora y pascual, hacia la nueva vida que Dios nos prepara.

Ese Cristo clavado en la cruz, que dedica palabras de perdón a sus vecinos condenados con él y ofrece su vida al Padre, es nuestro Modelo más vivo y convincente. Cuando hoy besamos la cruz, en signo de adoración a Cristo, le pedimos también que nos enseñe a vivir la nuestra, nuestra pequeña o gran cruz, con la misma entereza con que él la vivió. Cuando en la comunión participamos de su “cuerpo entregado por todos”, nos alegramos que la muerte salvadora de Cristo se nos comunique continuamente en este sacramento admirable de la Eucaristía.

DOMINGO DE PASCUA: LA VIGILIA PASCUAL

– I –

La madre de todas las vigiliass

Después de un día transcurrido en la oración y el silencio, el Sábado, en torno al sepulcro del Señor, la comunidad se reúne esta noche para la celebración principal de todo el año. Cambiamos de horario: iniciamos la Vigilia después de caída la noche, para “velar” con el Señor y celebrar con él el paso de la muerte y del sepulcro a la vida nueva.

Toda la Cuaresma, con su itinerario de conversión, nos ha preparado para esta noche. El proceso catecumenal de la iniciación cristiana tiene también su culminación en los sacramentos de esta noche, sobre todo con el Bautismo y la Eucaristía. A su vez, esta Vigilia es el punto de partida para la Cincuentena Pascual, siete semanas de prolongación festiva que nos llevarán a la solemnidad conclusiva, Pentecostés.

Los judíos tienen toda la razón en alegrarse en la celebración de esta noche, como memorial de su liberación. Nosotros, los cristianos, además, tenemos otro motivo fundamental: la resurrección de Cristo.

El esquema de la celebración de esta Vigilia tiene una hermosa coherencia interior, dinámica, progresiva, con varios momentos de énfasis que conducen “in crescendo” hasta la Eucaristía final:

* ante todo, desde fuera de la iglesia, con el fuego nuevo, iniciamos una procesión siguiendo al Cirio Pascual, símbolo de Cristo Luz del mundo, y progresivamente con cirios encendidos en manos de los fieles; y escuchamos el pregón inicial de la fiesta pascual; es el rito de entrada, hoy más solemne: lo que podríamos llamar *fiesta de la luz* o el “lucernario”;

* la proclamación de la Palabra tiene hoy más lecturas, sobre todo del AT, que nos van conduciendo desde la creación hasta la nueva creación o resurrección de Jesús; aquí se cumple lo que Jesús dijo a los de Emaús: “todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí, tenía que cumplirse”; es la *fiesta de la Palabra*;

* la parte sacramental de esta noche es más rica: ante todo celebramos el Bautismo, junto con la renovación de las promesas bautismales por parte de los ya bautizados; es la *fiesta del agua*;

* y entonces pasamos a la Eucaristía, la principal de todo el año, en la participamos del Cuerpo y de la Sangre del Resucitado; es la *fiesta del Pan y del Vino*;

* también es especial esta noche la conclusión de la Eucaristía, con los “aleluyas” de la despedida, el saludo cantado a la Virgen y la prolongación, si es posible, de un pequeño *ágape* de los participantes;

* antes de la Vigilia, con la concentración de los fieles en torno al fuego, debería “funcionar” ya la *fiesta de la comunidad*; y al terminar, con el *ágape* y la dispersión, debería comenzar la *fiesta de la vida* pascual, a la que nos envía esta celebración.

Génesis 1,1 – 2,2. Vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno

Empezamos la escucha de la Palabra con el relato de la creación del mundo y del género humano según el primer libro de la Biblia, el Génesis. Con un lenguaje poético y popular que se puede compaginar bien con las teorías más avanzadas de la evolución y del origen del cosmos, el Génesis, que tiene una finalidad religiosa y no científica, nos dice que todo es obra de la sabiduría y del amor de Dios. “Y vio que era bueno”, es la frase que se repite cada “día”, excepto cuando crea al hombre y la mujer: “vio que era muy bueno”.

En esta noche nos disponemos a celebrar el “nacimiento” a la vida resucitada del segundo Adán, Cristo, el primogénito de la nueva creación. La fuerza creadora de Dios se manifiesta poderosamente en la resurrección de Cristo, y su Espíritu, que aleteaba sobre las aguas primordiales llenándolas de vida, es el que hace renacer a Jesús de su sepulcro y a los cristianos de las aguas del Bautismo. Todo es nuevo en la Pascua. Todo es génesis. Y Cristo, el nuevo Adán.

El *salmo 103* nos ayuda a expresar nuestra admiración por la creación cósmica: “Bendice, alma mía, al Señor. Dios mío, ¡qué grande eres! ¡Cuántas son tus obras, y todas las hiciste con sabiduría!”. Nos sale espontáneo pedir a Dios: “envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra”, para que vayan surgiendo “los cielos nuevos y la tierra nueva”.

La *oración* que sigue conecta esa primera creación con la segunda: “que tus redimidos comprendan cómo la creación del mundo no fue obra de mayor grandeza que el sacrificio pascual de Cristo” o, como dice la otra oración alternativa: “con acción maravillosa creaste al hombre y con mayor maravilla lo redimiste”.

Génesis 22,1-18. El sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe

El sacrificio de Isaac es figura de la pasión de Cristo. Abrahán, nuestro padre en la fe, puesto a prueba, dio un magnífico ejemplo de fidelidad y de confianza en los planes de Dios. Finalmente pudo evitar el sacrificio del hijo, pero en el NT, Dios sí entregó hasta las últimas consecuencias a su Hijo en solidaridad con la salvación del mundo. Como dice el *Exsultet* de esta noche, “para rescatar al esclavo, entregó al Hijo”.

El *salmo 15* se aplica fácilmente a Cristo en su sepultura y en su resurrección, dando a su sacrificio un tono de esperanza confiada: “mi carne descansa serena, porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción”. Todos necesitamos repetir a Dios nuestra oración de súplica: “protégeme, Dios mío, que me refugio en ti”.

La *oración* con que el sacerdote concluye esta 2ª lectura pide que los cristianos sepamos imitar la disponibilidad de Abrahán: que nos conceda

responder a la llamada de Dios, o sea, a nuestra vocación de cristianos en medio del mundo, dando testimonio como el que dio Abrahán.

Éxodo 14, 15 – 15,1. *Los israelitas en medio del mar a pie enjuto*

La salida de Egipto y el paso del Mar Rojo, camino de la libertad, es el acontecimiento fundamental en la historia del pueblo israelita y el mejor símbolo para todos los procesos de liberación de un pueblo.

En el Éxodo esta liberación está contada con un tono épico, popular, con las aguas formando un muro a derecha e izquierda. De las dos versiones que escuchamos, seguramente la 1ª es más verosímil: un viento cálido que en algunas horas seca el cauce del mar de modo que se puede pasar sin demasiadas dificultades, circunstancia que los israelitas saben aprovechar.

En el pregón pascual de esta noche se cantan las tres perspectivas de este pasaje: a) la de los judíos: “esta es la noche en que sacaste de Egipto a los israelitas y les hiciste pasar a pie el Mar Rojo”; b) la de Cristo: “esta es la noche en que, rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo”; c) la nuestra: “esta es la noche en la que los que confiesan su fe en Cristo son arrancados de los vicios del mundo y de la oscuridad del pecado, son restituidos a la gracia y agregados a los santos”.

El *salmo* es esta vez un pasaje del mismo libro del Éxodo: “cantaré al Señor, sublime es su victoria”. Nosotros pensamos en la liberación de Israel, y también en la de Cristo, y deseamos que pueda ser también nuestra propia liberación, más profunda en esta Pascua que en las anteriores: “mi fuerza y mi poder es el Señor, es fue mi salvación”.

La 1ª *oración* compara la liberación “de un solo pueblo de la persecución del Faraón” con la que sucede ahora: “hoy aseguras la salvación de todas las naciones haciéndolas renacer por las aguas del bautismo”. La segunda se fija más en el simbolismo del paso por las aguas: “el Mar Rojo fue imagen de la fuente bautismal”. Hacemos bien en pedir a Dios “que todos se regeneren por la participación de tu Espíritu”.

Isaías 54,5-14. *Con misericordia eterna te quiere el Señor, tu redentor*

Terminadas las tres lecturas “históricas”, el primer pasaje de Isaías nos habla de la fidelidad con que Dios nos quiere. A pesar del pecado humano, continúa firme el amor de Dios, con símbolos muy expresivos: la mujer abandonada que es acogida por Dios –“con misericordia eterna te quiero”–, la ciudad en ruinas reedificada por Dios y los oprimidos que encuentran quien defienda su causa.

El *salmo 29* nos hace repetir que Dios es misericordioso y salvador: “te ensalzaré, Señor, porque me has librado... sacaste mi vida del abismo... cambiaste mi luto en danzas”.

La *oración* nos vuelve a asegurar que Dios es “fiel a su palabra” y está dispuesto a “aumentar con su adopción los hijos de la promesa”, para que “la Iglesia vea en qué medida se ha cumplido ya cuanto los patriarcas creyeron y esperaron”.

Isaías 55,1-11. *Venid a mí y viviréis; sellaré con vosotros alianza perpetua*

El segundo pasaje de Isaías nos hace ver cómo Dios nos promete una alianza renovada, que nos llevará a la vida. El profeta se sirve de la metáfora del agua que sacia la sed nunca satisfecha de la humanidad. La Pascua de Cristo es el cumplimiento de todas las promesas, y en el Bautismo somos hechos por primera vez partícipes de esa alianza que Dios nos ofrece. Esta noche renovaremos esa alianza, y además participaremos de ella en la Eucaristía comulgando con el mismo Cristo Jesús.

El *salmo*, que aquí es un cántico del mismo Isaías, nos centra en Dios, nuestro salvador, también con la imagen del agua viva: “sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación”. Con las palabras del profeta, también nosotros bendecimos a Dios por todo lo que ha hecho por nuestra salvación.

La *oración* pide a Dios que cumpla hoy plenamente “los misterios que había anunciado por la voz de los profetas” y que nos haga “progresar en la virtud” con la ayuda de su gracia.

Baruc 3, 9-15.32- 4,4. Camina a la claridad del resplandor del Señor

El profeta Baruc nos invita a caminar a la luz de Dios, porque esa es la sabiduría verdadera. El que abandona ese camino no encuentra paz, sino fracaso: “vuélvete... camina a la claridad de su resplandor”. Nosotros, que escuchamos al Maestro auténtico enviado por Dios, su Palabra viviente, Cristo Jesús, tenemos la suerte de conocer mejor los caminos de esa sabiduría.

Con más razón que el mismo salmista podemos decir con *el salmo 18*: “la ley del Señor es perfecta... alegra el corazón... y da luz a los ojos”. Y podemos ir repitiendo las palabras que dijo Pedro a Jesús: “Señor, tú tienes palabras de vida eterna”.

La *oración* se acuerda de los que en esta noche reciben el bautismo, y de todos nosotros, que ya estamos bautizados, y pide a Dios que a los que va agregando a la Iglesia como nuevos hijos, nos defienda con su constante protección a lo largo de la vida.

Ezequiel 36, 16-28. Derramaré sobre vosotros un agua pura y os daré un corazón nuevo

La última lectura del AT es del profeta Ezequiel, testigo, en el siglo VI antes de Cristo, del destierro del pueblo a Babilonia. De parte de Dios él anuncia el perdón a su pueblo, y le promete un agua pura y un corazón nuevo, una nueva creación y un nuevo espíritu. A pesar de los fallos del pueblo de entonces, y los nuestros ahora, Dios tiene planes de vida, perdón y restauración. Sus planes son siempre de renovación y de Alianza: “vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios”.

El *salmo 41* se alegra ya con la vuelta del destierro, “hacia la casa de Dios, entre cantos de júbilo y alabanza”, “al Dios de mi alegría”. Y nos hace repetir, como haciendo eco al tema del agua pura: “como busca la cierva corrientes de agua...”. O bien, si se prefiere, con el salmo 50, “Oh Dios, crea en mí un corazón puro”, que también hace eco a la página de Ezequiel.

La *oración*, que puede considerarse la mejor de toda la noche, pide que hoy se cumplan para nosotros todas estas promesas: “lleva a término la obra de la salvación humana: que todo el mundo experimente y vea cómo lo abatido

se levanta, lo viejo se renueva y vuelve a su integridad primera, por medio de Cristo, de quien todo procede”.

Romanos 6, 3-11. Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más

Ahora pasamos a las lecturas del NT, después del canto festivo del Gloria. En verdad, como dice la oración después del Gloria, Dios “ilumina esta noche santa con la gloria de la resurrección del Señor”, que ahora vamos a escuchar proclamada solemnemente.

De la carta a los Romanos leemos hoy el pasaje en que Pablo compara la experiencia del bautizo en agua con la Pascua del Señor: incorporados a la muerte, sepultados con él, resucitados con él “para que andemos en una vida nueva... ¡si hemos muerto con Cristo, también viviremos con él!”.

Lucas 24, 1-12. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?

Después del *aleluya*, solemnemente entonado hoy después del largo ayuno de la Cuaresma, y prolongado por algunos versículos del salmo pascual 117 –“dad gracias al Señor porque es bueno... la diestra del Señor es poderosa... no he de morir, viviré... la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular”–, se nos proclama el evangelio más importante de todo el año: la resurrección del Señor de entre los muertos.

Después de escuchar dos veces la Pasión, el domingo de Ramos y el Viernes Santo, se completa ahora el segundo acto de la Pascua con esta Buena Noticia de la Resurrección. Lucas subraya que sucedió “el primer día de la semana”. Empieza no sólo una nueva semana, sino una nueva época: desde ahora ese “primer día de la semana” va a ser “el día del Señor”, el “domingo”, que va a marcar el tiempo de todas las generaciones.

A las mujeres que van con aromas al sepulcro y que lo encuentran vacío, los misteriosos ángeles les hacen la pregunta más expresiva del misterio cristiano: “¿por qué buscáis entre los muertos al que vive?”, y la respuesta la dan ellos mismos: “no está aquí: ¡ha resucitado!”. Las mujeres, presurosas, van a anunciarlo a los apóstoles, que no las creen. Tampoco Pedro, que corre a ver el sepulcro, se explica el fenómeno.

¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?

En un mundo lleno de noticias preocupantes, que nos inclinan al desánimo; en medio de una sociedad indiferente, que estos días piensa tal vez más en las vacaciones que en la Pascua del Señor, nosotros nos hemos reunido y hemos escuchado la Buena Noticia de la resurrección de Cristo Jesús.

Las mujeres fueron a buscarle “entre los muertos”, al sepulcro. Pero el Espíritu de Dios lo había sacado de ahí definitivamente. Ahora, dos mil años después, sigue vivo, y sigue presente, aunque no le veamos, dando ánimos a su comunidad. Tal vez nosotros también merezcamos el aviso-reproche del ángel, si nos ve desanimados: ¿por qué buscáis entre los muertos al que vive?

Este es el acontecimiento que da sentido a nuestra fe. Si somos cristianos es por eso, porque Jesús no se quedó en el sepulcro, sino que la fuerza de Dios lo hizo pasar a su nueva existencia, en la que está para siempre, y desde la que se nos hace presente continuamente, por ejemplo en la Eucaristía. Es la noticia –un “credo” abreviado y rotundo– que los demás discípulos transmitieron a los dos discípulos que volvían de Emaús: “era verdad, ¡ha resucitado el Señor!”.

Vale la pena que nos dejemos conquistar por la alegría de esta noche y que entremos en el acontecimiento de la Pascua también nosotros, junto con Jesús. Ese “sepulcro vacío” es un símbolo elocuente de la victoria total de Cristo sobre la muerte. No seguimos a un muerto, por importante que hubiera sido en vida. Seguimos a uno que está vivo. El aviso de los ángeles es una consigna para todas las generaciones cristianas: ¡no busquéis entre los muertos al que vive!

Para una ambientación de estos días sería bueno leer lo que dice el Catecismo sobre la resurrección de Cristo: CCE 639-647.

La Palabra de Dios nos señala el camino de la Vida Nueva

Las diversas lecturas de hoy nos ayudan a orientarnos en la línea que Dios quiere, apuntando a la nueva vida del Resucitado:

- * la admiración agradecida por la creación cósmica y de la familia humana por parte de Dios, obra de su sabiduría, de su poder y de su amor, que ahora nos concede conocer y seguir al nuevo Adán, Cristo Jesús, cabeza de la nueva humanidad;
- * la fidelidad de un hombre creyente como Abrahán, que tendríamos que copiar nosotros incluso cuando nos parece que Dios nos pone a prueba y se nos acumulan las dificultades y los contratiempos;
- * el deseo de que también para nosotros suceda el “paso del Mar Rojo” y la liberación, porque nuestra vida es un continuo éxodo; con la ayuda de Dios, podemos ir renovando siempre más nuestra libertad interior, venciendo a todos los “faraones” que se nos puedan cruzar en nuestro camino de seguimiento de Cristo, el nuevo y definitivo Moisés, pasando en esa noche pascual de la esfera del pecado a la de la gracia;
- * la voz de los profetas, en sus cuatro lecturas, nos anima a confiar en la misericordia y el amor de Dios, que nos es siempre fiel a pesar de nuestros fallos; que nos ofrece su Alianza renovada ahora en Cristo Jesús; que nos lleva a corrientes de agua fresca para que saciemos nuestra sed de felicidad; que nos hace conocer la verdadera sabiduría, la que proviene de su Palabra; y que nos promete un corazón nuevo y un espíritu nuevo;
- * Pablo nos invita a refrescar la gracia que Dios nos hizo el día de nuestro bautismo, haciéndonos sus hijos; nosotros, esta noche, renovamos nuestras promesas bautismales, con la renuncia al mal y la profesión de fe en Dios;
- * pero, sobre todo, lo que más nos interpela es el evangelio de la resurrección de Cristo; si somos cristianos es porque Cristo ha resucitado y ha inaugurado un nuevo orden de cosas y nos anima continuamente con su gracia a seguir su camino. No seguimos a un libro, o a una doctrina, sino a una Persona Viviente, Jesús, Cabeza de la nueva humanidad, que ha sido resucitado por la fuerza del Espíritu.

El paso a los sacramentos y a la vida pascual

La alegría y la esperanza de esta noche deben recordarnos también el sentido que tienen los sacramentos pascuales.

El Bautismo es nuestra Pascua personal inicial: el sacramento que nos introduce, por el baño en agua y la acción del Espíritu, en el misterio de ese Cristo que atraviesa la muerte y pasa a la vida. Por eso renovamos esta noche las promesas bautismales y pedimos a Dios que nos renueve él la gracia que nos concedió el día de nuestro Bautismo: “aviva en nosotros el espíritu filial” (oración colecta antes de la lectura de Romanos).

Pero también tiene particular sentido esta noche la Eucaristía, el don de sí mismo que nos hace el Señor Viviente para que tengamos su fuerza en nuestro camino.

A la vez, esta noche pascual nos introduce en siete semanas de fiesta, la cincuentena, hasta el día de Pentecostés. Lo cual supone que nos estimula a una vida nueva, una vida pascual, una vida conforme al Señor Resucitado.

En esta Pascua se tiene que notar que algo ha cambiado, que hay en nosotros más energía, alegría, libertad interior, esperanza, dinamismo, entrega solidaria por los demás. Los dos discípulos de Emaús, que lo veían todo negro y estaban desencantados (“nosotros esperábamos...”) empezaron a cambiar de visión después de haber acogido al caminante amigo en su casa (la caridad nos predispone a la fe), y luego supieron reconocerle en la fracción del pan, en la palabra (¿no ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las Escrituras?) y en la comunidad a la que volvieron.

Toda la celebración ha podido ser contemplativa, admirando y alabando los planes de Dios, pero debe conducirnos a una traducción vivencial de lo que nos ha dicho la Palabra de Dios y lo que supone la celebración de la Nueva Vida del Resucitado.

CINCUENTENA PASCUAL

Como introducción espiritual y pastoral al Tiempo de Pascua, cf.

J. ALDAZÁBAL, *Enséñame tus caminos. 3. El tiempo pascual día tras día* (=Dossiers CPL 68) CPL, Barcelona 2001, 4ª edición 2001. En las págs. 7-18 hay una presentación de la Cincuentena, a partir de las lecturas bíblicas y de los prefacios.

Cf., además,

* *La Cincuentena Pascual* (=Dossiers CPL 4) CPL, Barcelona 6ª ed. 1997, 96 págs.

* *Pascua/Pentecostés* (=Dossiers CPL 52) CPL, Barcelona 2ª ed. 1995, 108 págs.

El Dossier 68 ofrece comentarios a las lecturas feriales de este tiempo. En el presente se comentan las de los ocho domingos de la Cincuentena.

Las fiestas de Santos que tienen lecturas propias y que puedan celebrarse en el tiempo de Pascua (Marcos, Isidoro, Felipe y Santiago, Matías, la Visitación) están comentadas en el Dossier 80, *Enséñame tus caminos. 7. Los Santos con lecturas propias*, 2ª edición 1999.

La Cincuentena pascual: siete semanas de fiesta

El Tiempo Pascual comprende cincuenta días (en griego, “pentecostes”) celebrados como uno solo: “Los cincuenta días que median entre el domingo de Resurrección hasta el domingo de Pentecostés se han de celebrar con alegría y júbilo, como si se trata de un solo y único día festivo, como un gran domingo” (*Normas Universales sobre el Calendario*, de 1969, n. 22).

En la reforma postconciliar se conservó mejor esta “cincuentena”, supri-

miendo la octava que seguía a Pentecostés. La fiesta de la Ascensión se celebra dentro de este tiempo, entre nosotros el domingo séptimo, y el Cirio pascual sigue encendido también después de la Ascensión, hasta la tarde del domingo de Pentecostés.

Unas lecturas que ayudan a entrar en el Misterio Pascual

En Pascua no leemos el AT, que es promesa y figura, y en Pascua estamos celebrando la plenitud de Cristo y de su Espíritu. Como *1ª lectura*, leemos los Hechos de los Apóstoles, cada ciclo dominical con una selección diferente. Este año C, los pasajes que hablan del testimonio dado por los Apóstoles, en especial Pedro y Pablo.

La *segunda lectura*, este año, se toma del libro del Apocalipsis, en que de un modo muy dinámico se describen las persecuciones sufridas por las primeras generaciones y la fuerza que les dio su fe en el triunfo de Cristo, representado por el “Cordero”.

Los *evangelios* de estos domingos pascuales no van a ser tanto de Lucas, el evangelista del año, sino de Juan. Con una doble excepción: la eucaristía vespertina del Domingo I, en que se puede leer Lc 24, el episodio de Emaús, y el día de la Ascensión. Los primeros domingos escuchamos las apariciones del Resucitado. El cuarto, el evangelio del Buen Pastor. El quinto y sexto, palabras de Cristo en su Cena de despedida sobre la vida futura de la Iglesia. Y los dos últimos domingos, los pasajes correspondientes de la Ascensión y de Pentecostés.

Las tres series de lecturas irán poniendo de relieve los grandes valores del Misterio Pascual que la comunidad cristiana vive a lo largo de los siglos: a) la fe en Cristo Resucitado, b) la actividad animadora de su Espíritu que llena de luz y de fuerza a su comunidad, c) la presencia de los apóstoles y ministros de la comunidad como testigos y predicadores incansables de la Buena Noticia, d) la comunidad de los creyentes que camina fielmente por los caminos del Señor, e) una comunidad universal que inicia su marcha en Jerusalén pero luego se extiende a todos los países conocidos y hasta Roma, y f) una comunidad que se reúne cada “primer día de la semana” para escuchar la Palabra y celebrar la Eucaristía.

CINCUENTENA PASCUAL

Domingo de Pascua

- Hch 10,34a.37-43 Hemos comido y bebido con él después de su resurrección
- Col 3,1-4 Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo
- (o bien) 1Co 5,6b-8 Quitad la levadura vieja para ser masa nueva
- Lc 24,1-12 ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?
- (o bien) Jn 20,1-9 Él había de resucitar de entre los muertos
- (o bien) Lc 24,13-35 Quédate con nosotros, porque atardece

Domingo 2 de Pascua

- Hch 5,12-16 Crecía el número de los creyentes, hombres y mujeres que se adherían al Señor
- Ap 1,9-11a.12-13.17-19 Estaba muerto y ya ves, vivo por los siglos de los siglos
- Jn 20,19-31 A los ocho días, llegó Jesús

Domingo 3 de Pascua

- Hch 5,27b-32.40b-41 Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo
- Ap 5,11-14 Digno es el Cordero degollado de recibir el poder y la riqueza
- Jn 21,1-19 Jesús se acerca, toma pan y se lo da; lo mismo el pescado

Domingo 4 de Pascua

- Hch 13,14.43-52 Sabed que nos dedicamos a los gentiles
- Ap 7,9.14b-17 El Cordero será su pastor, y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas
- Jn 10,27-30 Yo doy la vida eterna a mis ovejas

Domingo 5 de Pascua

Hch 14,21b-27 Contaron a la Iglesia lo que Dios había hecho
por medio de ellos

Ap 21,1-5a Dios enjugará las lágrimas de sus ojos

Jn 13,31-33a.34-35 Os doy un mandamiento nuevo:
que os améis unos a otros

Domingo 6 de Pascua

Hch 15,1-2.22-29 Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros,
no imponeros más cargas que las indispensables

Ap 21, 10-14.22-23 Me enseñó la ciudad santa, que bajaba del cielo

Jn 14,23-29 El Espíritu Santo os irá recordando todo lo que os he dicho

La Ascensión del Señor

Hch 1,1-11 Lo vieron levantarse

Ef 1,17-23 Lo sentó a su derecha en el cielo

(o bien) Hb 9,24-28 Cristo ha entrado en el mismo cielo

Lc 24,46-53 Mientras los bendecía, iba subiendo al cielo

Pentecostés

Hch 2,1-11 Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar

Rm 8,8-17 Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios,
esos son hijos de Dios

(o bien) 1Co 12,3b-7.12-13 Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu
para formar un solo cuerpo

Jn 20, 19-23 Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.
Recibid el Espíritu Santo.

(o bien) Jn 14,15-16.23b-26 El Espíritu Santo os lo enseñará todo

DOMINGO 1 DE PASCUA

— I —

Ocho días vividos como uno solo

Hoy es el “tercer día” del Triduo Pascual y a la vez inicio de la Cincuentena.

Hoy es el domingo más importante del año, el domingo del que reciben sentido todos los demás domingos del año.

Para bastantes fieles este es el día en que comienzan a celebrar la Buena Noticia de la Resurrección del Señor, porque no han acudido a la Vigilia Pascual. Vale la pena que la celebración de hoy sea particularmente festiva y expresiva. El Cirio Pascual, encendido por primera vez la noche anterior, va a acompañarnos a lo largo de siete semanas, y todos tendrían que captar su mensaje de alegría y estímulo.

La “octava” de Pascua, los ocho días que abarcan el domingo I y II y los días intermedios, se viven en la comunidad cristiana como un solo día. En el prefacio de todos estos días se dirá siempre “en este día en que Cristo, nuestra Pascua...”. Cada día recibiremos la bendición solemne al final de la celebración, como si fueran realmente “solemnidades” en la clasificación de los días litúrgicos. Esta semana no admite ninguna otra festividad de Santos. Si coinciden, se recuperarán en la semana siguiente.

Hechos 10,34a.37-43. *Hemos comido y bebido con él
después de su resurrección*

El libro de los Hechos de los Apóstoles es una óptima lectura para el tiempo pascual. Aquellos primeros cristianos fueron la “comunidad de Jesús Resucitado”, el Señor que sigue actuando, invisiblemente, por medio de su Espíritu, y visiblemente por medio de su comunidad.

No les faltaron dificultades, persecuciones y martirio. Pero en verdad, primero los apóstoles y luego otros discípulos, como los diáconos o Pablo y Bernabé, dieron testimonio valiente de Cristo Jesús y fueron construyendo comunidades llenas de fe y alegría. Es un libro que la comunidad cristiana puede tomar como espejo en estas semanas, para estimularnos a seguir su ejemplo de firmeza en la fe y en el testimonio.

El libro de los Hechos nos recuerda que la historia continúa. Se puede decir que no tiene último capítulo: nosotros mismos, a inicios del siglo XXI, seguimos escribiendo este libro. En el rito copto, que celebran los cristianos sobre todo de Egipto, cuando se proclama este libro en Misa, el lector dice al final, a modo de aclamación: “Y la Palabra de Dios sigue creciendo, en esta Iglesia y en todas las Iglesias”.

El primer pasaje que leemos es el testimonio de Pedro, en casa del pagano Cornelio, sobre la resurrección de Cristo. Lucas da mucha importancia a este episodio de la conversión de Cornelio: le dedica dos capítulos enteros de los Hechos, el 10 para narrar cómo sucedió, y el 11 para decir cómo Pedro dio cuenta a la comunidad de Jerusalén de lo acontecido. Es un hecho fundamental para explicar la apertura universalista de la comunidad cristiana también a los paganos.

El testimonio principal de Pedro, que repite en todas sus “catequesis” o discursos, delante del pueblo o de las autoridades, y aquí en casa de unos paganos, es: “lo mataron colgándolo de un madero, pero Dios lo resucitó al tercer día”, y “los que creen en él, reciben el perdón de los pecados”.

El *salmo* no podía ser otro que el 117, el más “pascual” del Salterio: “este es el día en que actuó el Señor... la diestra del Señor es poderosa... no he de morir, viviré... la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra

angular”. De las actuaciones poderosas de Dios en la historia de la salvación, para nosotros la principal es esta de la resurrección de Jesús. Podemos repetir con convicción: “sea nuestra alegría y nuestro gozo”.

Colosenses 3,1-4. *Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo*

El pasaje de Pablo en su carta a los de Colosas es el más apropiado para este domingo. Es breve pero denso y estimulante: “ya que habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de allá arriba”.

Celebrar la Pascua del Señor es asumir coherentemente lo que representa de novedad de vida en el Espíritu: “aspirad a los bienes de arriba”, porque caminamos hacia la misma meta que Cristo: “entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria”.

(o bien) **1 Corintios 5,6b-8.** *Quitad la levadura vieja
para ser masa nueva*

También se puede elegir como 2ª lectura este otro pasaje de Pablo a los cristianos de Corinto, que hace referencia a Cristo como “nuestra pascua”. La levadura o el fermento del pan lo compara Pablo con la malicia o la corrupción, y quiere que las comunidades cristianas estén libres de ese mala levadura. Un pan sin levadura es pan “ácimo”. Así debería ser la comunidad, un pan sin malicia.

Ya que “Cristo, nuestra Pascua (o nuestra víctima pascual) ha sido inmolado”, tenemos que evitar toda maldad y “celebrar la Pascua con los panes ázimos de la sinceridad y la verdad”.

Después de la 2ª lectura, como anticipo del evangelio, esta semana cantamos la *secuencia* que en latín tiene el nombre de “Victimae paschali laudes”, “a la víctima pascual alabanzas...”, probablemente del siglo XI. Es un simpático poema, que además de esa alabanza a Cristo como nuestra víctima pascual, “dialoga” poéticamente con María Magdalena sobre cómo se encontró en el camino con el Resucitado.

Lucas 24, 1-12. *¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?*

Hoy tenemos tres evangelios a elegir: a) el que ya hemos leído la noche pasada, de Lucas, con el anuncio de la resurrección (sobre todo si vemos que la mayoría de los que participan en la Misa del domingo no han acudido a la Vigilia); b) el de Jn 20, con la visita de María Magdalena y de Pedro y Juan al sepulcro vacío; y c) si la celebración es por la tarde, el evangelio de Lucas 24, con la escena de Emaús.

Si elegimos proclamar el mismo evangelio de Lucas que ya leímos anoche (que tal vez sea la mejor opción), cf. la reflexión que hacíamos en la Vigilia.

Juan 20, 1-9. *Él había de resucitar de entre los muertos*

Si optamos por el evangelio de Juan, nos encontramos con la experiencia de María Magdalena, testigo del sepulcro vacío, que corrió a anunciarlo a los apóstoles, convirtiéndose así en “apóstol de los apóstoles”, la primera evangelizadora de la Buena Noticia. También Pedro y Juan ven el sepulcro vacío. Ninguno de ellos se acaba de creer que Jesús haya resucitado: “no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos”.

(o bien) **Lucas 24,13-35.** *Quédate con nosotros, porque atardece*

En las misas vespertinas se puede leer el evangelio de Lucas con la escena de los discípulos de Emaús, muy propia para este día y hora.

Es magnífico el relato “catequético” que hace Lucas, en el último capítulo de su evangelio, del viaje “de ida y vuelta” de aquellos dos discípulos que van a Emaús y luego vuelven a Jerusalén. El viaje de ida es triste, en silencio, con sentimientos de desilusión (“nosotros esperábamos”). No reconocen al caminante que se les junta. El viaje de vuelta es lo contrario: corren presurosos, llenos de alegría, los ojos abiertos ahora a la inteligencia de las Escrituras, impacientes por anunciar todo a la comunidad.

En medio ha sucedido algo decisivo: el Señor Jesús les ha salido al encuentro, dialoga con ellos, les explica las Escrituras y finalmente le reconocen en “la fracción del pan”, aunque luego recuerdan que ya “ardía su corazón cuando les explicaba las Escrituras”.

Es una experiencia de encuentro con el Resucitado que los cristianos de las generaciones siguientes podemos repetir precisamente en la Eucaristía: le reconocemos en la comunidad reunida, en la Palabra y en la Fracción del Pan.

— II —

“Este es el día en que actuó el Señor”. ¡Aleluya!

Naturalmente, el mensaje de este día de Pascua es la resurrección de Cristo: la noticia mejor de todo el año para los cristianos. La que cambió la vida de los primeros discípulos. La que anunció Pedro, en su catequesis en casa de Cornelio: que a ese Jesús “a quien mataron colgándolo de un madero, Dios lo resucitó al tercer día y lo nombró Juez de vivos y muertos”.

Vale la pena que resuene, también en las misas de este domingo, el anuncio gozoso de los ángeles a las mujeres (según el evangelio de la noche): “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí: ha resucitado”. Es bueno detenernos en esta convicción —“Cristo es el que vive”—, porque nos hace falta para seguir con más ánimos nuestro camino cristiano. Lo mismo que, si leemos el evangelio de Emaús, la tarde del domingo, nos tenemos que dejar convencer también nosotros y llegar a “reconocer” al Resucitado en su Palabra, en su Eucaristía, en su comunidad.

El canto de entrada debería reflejar bien las antífonas que ofrece el Misal: “He resucitado y aún estoy contigo”, o bien “Era verdad, ha resucitado el Señor, aleluya”.

No puede ocultar su alegría la oración colecta: “en este día has abierto las puertas de la vida por medio de tu Hijo, vencedor de la muerte”, y pide que esta Pascua histórica que estamos celebrando nos oriente hacia la eterna: “que renovados por el Espíritu, vivamos en la esperanza de nuestra resurrección futura”. La alegría de la Pascua es evidente también en la oración sobre las ofrendas: “rebotantes de gozo pascual, celebramos estos sacramentos”.

El prefacio describe lapidaria y magistralmente el contenido de la fiesta de

hoy: “Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado: muriendo, destruyó nuestra muerte, resucitando, restauró la vida”. ¿Se puede expresar en menos palabras el misterio de la redención que Cristo ha obrado en su Pascua? Parece un “parte de guerra”, el telegrama de una victoria anunciada a la comunidad.

Dios ha dicho “sí” a su Hijo y a la humanidad. El grano de trigo, sepultado en la tierra, ha muerto, pero ha renacido y dará fruto abundante. Es también nuestra liberación y nuestra resurrección. Podemos manifestar con aleluyas solemnes y flores nuestra alegría de cristianos seguidores del Resucitado. Haciendo caso del salmo de hoy, que nos invita a que este día, “en que actuó el Señor”, también “sea nuestra alegría y nuestro gozo”.

Carácter bautismal de la Pascua

Pascua es la fiesta bautismal, porque en el Bautismo es cuando por primera vez nos sumergimos en la muerte y resurrección, en la nueva vida del Señor. La noche anterior, en la Vigilia, se han celebrado probablemente, si no se han dejado para las misas de este domingo, los bautizos, después de la preparación de la Cuaresma.

También ahora este día –todo el Tiempo Pascual– tiene carácter bautismal, En la oración sobre las ofrendas hablamos de “estos sacramentos en los que tan maravillosamente ha renacido y se alimenta tu Iglesia”, o sea, los sacramentos de la iniciación cristiana. La oración poscomunión insiste: “tu Iglesia, renovada por los sacramentos pascales”.

Por eso es lógico que, al comienzo de la Eucaristía de los ocho domingos del Tiempo Pascual, realicemos el gesto simbólico de la aspersion bautismal. En vez del acto penitencial y del “Señor ten piedad”, nos dejamos “mojar” en recuerdo del sacramento por el que fuimos “sumergidos” por primera vez en Cristo muerto y resucitado.

Por la tarde, como les ha parecido a bastantes comunidades, se puede recuperar la antigua costumbre de las “vísperas bautismales”, yendo en procesión, durante el *Magnificat*, a la fuente bautismal y santiguándose todos con su agua bendita.

Los apóstoles, testigos

Leyendo, desde hoy, el libro de los Hechos de los Apóstoles durante el Tiempo Pascual, se nos propone el ejemplo de aquella comunidad que dio testimonio de su fe en Cristo Jesús y se dejó guiar por su Espíritu en su expansión al mundo conocido.

Las primeras “evangelizadoras” fueron las mujeres. En el evangelio de la noche, ellas acudieron al sepulcro llevando los aromas y oyeron de labios de los ángeles la noticia: “no está aquí, ha resucitado”. En el evangelio de Juan es Magdalena la que va al sepulcro, lo ve vacío, y corre a anunciarlo a los apóstoles. Para los discípulos de Emaús fue aquel “viajero peregrino”, Cristo mismo, a quien de momento no supieron reconocer, quien les explicó las Escrituras y les aseguró la verdad de la resurrección.

Luego van a ser los apóstoles, los ministros de la comunidad, los que más oficialmente aparecen en el libro de los Hechos como anunciadores de Cristo. Pedro, en casa de Cornelio, es consciente de que les ha encomendado este anuncio: “nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a los testigos que él había designado, a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de la resurrección”. E insiste: “nosotros somos testigos... nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos”. En verdad los apóstoles dieron con valentía este testimonio.

Ahora somos nosotros los que en el siglo XXI corremos a anunciar a Cristo a este mundo, a nuestra familia, a nuestros amigos, a la sociedad. Los cristianos no sólo debemos ser buenas personas, sino además “testigos” de la resurrección de Cristo, con nuestra conducta y con nuestra palabra. En casa de Cornelio, un pagano, o en medio de una sociedad también paganizada, tenemos que dar testimonio de que Jesús es el Salvador: en nuestra familia, en el mundo de la educación, en el cuidado de los ancianos y enfermos, en la actividad profesional, en los medios de comunicación.

Vida pascual

La Pascua de Cristo debe contagiarnos también a nosotros y convertirse en Pascua nuestra, de modo que imitemos la vida nueva de Jesús.

Es lo que le preocupa a Pablo. En su carta a los Colosenses les invita a que, ya que en el orden del ser –ontológicamente–, han recibido ya la vida de Cristo en el Bautismo, ahora se trata de que en la práctica vivan pascualmente. Para Pablo eso significa vivir como resucitados, “buscar los bienes de allá arriba”, “aspirar a los bienes de arriba, no a los de la tierra”. Si celebramos bien la Pascua, también nosotros debemos morir a lo viejo y resucitar a lo nuevo, morir al pecado y vivir con Cristo en su novedad de vida. Al final seremos resucitados, pero ya ahora vivimos como resucitados, alimentados como estamos con la Eucaristía, que nos hace participar de la vida ya definitiva del Señor.

Vivimos en este mundo, y es serio nuestro compromiso con la tarea que aquí tenemos encomendada, pero los cristianos “buscamos los bienes de allá arriba”, porque estamos en camino y somos ciudadanos de otro mundo, el mundo en el que ya ha entrado Cristo Resucitado.

(En la otra carta alternativa, a los Corintios, también Pablo nos invita a que eliminemos de nuestras vidas toda levadura vieja, toda malicia y corrupción, y vivamos una vida nueva, en la sinceridad y la verdad).

Una instrucción que se publicó en 1964, *Inter Oecumenici*, para la recta aplicación de la reforma litúrgica, daba una feliz definición de lo que es una liturgia bien celebrada, sobre todo de la liturgia pascual: “ut *Mysterium Paschale* viviendo exprimatur”, que el misterio pascual lo expresemos con nuestra vida.

DOMINGO 2 DE PASCUA

– I –

Concluye la Octava de Pascua

Dentro de la Cincuentena Pascual, tiene una propia personalidad esta primera semana que hoy acaba, la “octava de Pascua”, que se celebra como un único día. Hoy, en el prefacio, todavía decimos: “en este día en que Cristo nuestra Pascua ha sido inmolado”.

La tercera edición oficial del Misal Romano le da a este domingo el nombre de “Domingo II de Pascua o de la divina misericordia”. Lo cual no significa ninguna fiesta nueva, ni ningún cambio en los textos del domingo. Es antigua tradición en diversas liturgias (como en la hispánica) distinguir los varios domingos con un título que alude a sus contenidos: “el domingo de Lázaro”, o “de la samaritana”, o “del Buen Pastor”. A este mismo domingo otros le llaman “domingo de Tomás”. Desde muy antiguo, se le ha llamado también “dominica in albis”, porque en Roma, durante toda esta octava, los neófitos conservaban el vestido blanco que habían recibido en el Bautismo de la Noche pascual, y el domingo de la octava se despojaban de él: por eso se llamaba “in albis”, o sea, “in albis deponendis”, “el domingo en que se despojan ya de los vestidos blancos”.

Hoy es un buen día para dirigir la atención de la comunidad hacia la realidad del domingo, como día en el que de modo privilegiado “se aparece” el Señor Resucitado a los suyos: el “primer día” de la semana, y luego “a los ocho días”, o sea, de nuevo el primer día, pero de la semana siguiente.

Hechos 5, 12-16. *Crecía el número de los creyentes,
hombres y mujeres que se adherían al Señor*

Los Hechos de los Apóstoles es un libro en el que podemos espejarnos en verdad las comunidades cristianas de todos los tiempos.

Hoy leemos un pasaje que se puede considerar como un resumen de lo que era la vida de aquella primera: prodigios por parte de los apóstoles (sobre todo de Pedro), reuniones de los creyentes, crecimiento misionero de la comunidad.

El *salmo responsorial* nos invita a alabar a Dios: “dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia”. En ningún tiempo como en el de Pascua tenemos razón para expresar esta alegría agradecida, porque sigue siendo “el día en que actuó el Señor, y tiene que ser nuestra alegría y nuestro gozo”.

Apocalipsis 1, 9-11a.12-13.17-19. *Estaba muerto y ya ves,
vivo por los siglos de los siglos*

A partir de hoy, como 2ª lectura, escuchamos durante cinco domingos pasajes del libro del Apocalipsis. El Apocalipsis –palabra griega que significa “revelación”– se puede decir que es el libro de la Iglesia en lucha y en camino, que a fines del siglo I, en la cruel persecución de Domiciano, tiene ya amplia experiencia de lo que son las dificultades, pero que vive en la esperanza y ve segura ya su participación en el triunfo definitivo del “Cordero”, Cristo.

Con un lenguaje lleno de imágenes y símbolos, oímos testimonios del Cristo pascual: “estuve muerto, pero ahora vivo”, aclamado por sus salvados: “digno es el Cordero degollado de recibir el poder...”. La comunidad eclesial de la tierra mira en este libro a la comunidad del cielo, los que “después de la gran tribulación” y de “pasar hambre y sed” están ya gozando de “las aguas de la vida” y viven en “un cielo nuevo y una tierra nueva”, en la “ciudad santa de Jerusalén”, construida sobre “doce piedras que llevan el nombre de los doce apóstoles”, rodeando al Cordero en su triunfo.

Lo primero que nos dice el autor del Apocalipsis es que esta visión la tuvo “el día del Señor”, el domingo. Es la primera vez que se designa así al día que hasta entonces se llamaba “primer día después del sábado”, “primer día de la semana” o, en el lenguaje romano, “día del sol”. Ahora es el “día del Kyrios, del Señor Resucitado”. En latín, el día del “Dominus”, del Señor: “dominica o dominicus dies”.

Las diversas visiones que va a tener el vidente se sitúan en una escenografía espectacular y llena de simbolismos. Hoy se nos presenta al protagonista de toda la historia, Cristo Resucitado: “Yo soy el primero y el último... estaba muerto y vivo por los siglos”.

Juan 20,19-31. *A los ocho días, llegó Jesús*

Juan nos cuenta en este evangelio –que es el mismo en los tres ciclos dominicales– dos apariciones del Resucitado a los apóstoles: el “primer día de la semana”, en ausencia de Tomás, y “a los ocho días”, ahora con la presencia del incrédulo, que tiene la ocasión de expresar ahora su fe con una confesión muy afortunada: “Señor mío y Dios mío”.

Las dos veces el saludo de Jesús es un saludo de paz que les llena de alegría. Pero el encuentro es también de misión, “así también os envío yo”, y de donación del Espíritu: “recibid el Espíritu Santo”. Esta misión y esta infusión del Espíritu tiene un contenido muy importante: “a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados”.

– II –

“Estaba muerto y, ya ves, vivo por los siglos”

La noticia pascual por excelencia –que Cristo vive y nos está presente–, sigue resonando hoy con fuerza para todas las comunidades cristianas del mundo. El Resucitado es el mismo que el Crucificado, y por eso enseña las llagas de sus manos y de su costado. Pero el Crucificado es ahora el Resucitado, que vive para siempre.

Es la perspectiva que nos ha presentado el Apocalipsis: “no temas, yo soy el que vive... estaba muerto y estoy vivo”. Esta es la raíz de nuestra fe, la que a la primera comunidad –y a nosotros, dos mil años después– la llenó de gozo: “y se llenaron de alegría al ver al Señor”. Son interesantes las consideraciones del Catecismo sobre la presencia “corporal” y a la vez “espiritual” del Resucitado a los suyos en estas apariciones: cf. CCE 645-646.

Continúa al carácter pascual de nuestra fe y de nuestra Eucaristía. Como también el carácter bautismal de nuestra comunidad, porque es todavía muy reciente la experiencia de los bautizos y seguramente han comenzado ya las Confirmaciones. La oración colecta, aludiendo claramente a los “sacramentos de iniciación”, que son también los sacramentos más pascuales, pide la gracia de que “comprendamos mejor que el bautismo nos ha purificado, que el Espíritu nos ha hecho renacer y que la sangre nos ha redimido”. En la oración sobre las ofrendas también afirmamos sentirnos “renovados por la fe y el bautismo”, camino de la eterna bienaventuranza.

Una comunidad “pascual”: ¿cuadro utópico?

El primer fruto de la Pascua de Cristo y de su envío del Espíritu fue su comunidad, transformada por el gran acontecimiento: “¡hemos visto al Señor!”. En los Hechos de los Apóstoles vemos cómo vive, cómo crece, cómo reacciona esta comunidad ante los signos de la historia.

Es una comunidad de creyentes: “hombres y mujeres que se adhieren al Señor” (Hechos), los que reconocen en él al que es “el primero y el último”, el Señor de la historia (Apocalipsis).

Es una comunidad misionera que crece. “Yo os envío”, dice Jesús a sus apóstoles, y en los Hechos nos enteramos de que la gente sabía apreciar el testimonio que daba aquel grupo de cristianos: “la gente se hacía lenguas de ellos” y por eso “crecía el número de los creyentes”. No es una comunidad cerrada, sino abierta y enviada a una misión.

Es una comunidad experta en dolor. Ahora ya se va formando de personas que “no han visto a Jesús” y que por eso a veces tienen la tentación de la duda. Una comunidad que ya desde el primer siglo se siente perseguida por

un mundo hostil o indiferente. El libro de los Hechos nos cuenta muchos de estos momentos difíciles, y el del Apocalipsis ha sido escrito todo él para animar a los que están “en la tribulación”.

Es una comunidad sacramental: en la Noche Pascual ha celebrado los sacramentos de la iniciación, se reúne cada domingo para la Eucaristía, y a la vez es una comunidad depositaria de otro signo sacramental, el de la Reconciliación: “a quienes les perdonéis los pecados, les quedarán perdonados”.

Es una comunidad carismática: ha recibido el Espíritu de Jesús y ahora prosigue las obras que él hacía: “mucha gente acudía a Jerusalén llevando a los enfermos y todos quedaban curados”. Son los signos de que ahora Dios está actuando a través de la comunidad del Resucitado, precisamente a favor de los enfermos y débiles.

Es un buen espejo para que nos examinemos nosotros hoy: nuestras comunidades cristianas, parroquiales o religiosas, ¿tienen estas cualidades que admiramos en la primera? Puede parecernos un poco utópico el cuadro “pascual” que nos presentan las lecturas y oraciones: pero es el programa de vida nueva al que Dios nos invita al unirnos al Resucitado y dejarnos guiar por su Espíritu.

Los domingos se nos “aparece” el Señor

Sobre todo, la comunidad cristiana, ya desde el principio, es una comunidad eucarística, que se reúne cada domingo para celebrar y participar en el memorial de la Pascua que Jesús les ha dejado en testamento. Para nosotros, cada semana es Pascua.

Hoy parece como si las lecturas nos quisieran transmitir una “catequesis del domingo cristiano”. El autor del Apocalipsis tiene su visión el “día del Señor”. La primera de las apariciones que nos cuenta Juan sucede “el día primero de la semana”, y la segunda “a los ocho días”, o sea, de nuevo el primer día: pero de la semana siguiente, lo cual apunta a nuestra marcha incesante, semana tras semana, hacia la plenitud de los tiempos.

Uno puede preguntarse si en los días intermedios no tuvieron aquellos discípulos la convicción de la presencia del Resucitado. Jesús se había despedido

diciendo: “estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Pero aquí Juan parece como si quisiera convencernos de que es en este día del domingo cuando de un modo privilegiado podemos experimentar la gracia que nos hace el Señor con su presencia.

La reunión dominical es un momento muy significativo en que nos reunimos en torno a Cristo, escuchamos sus palabras, participamos en el memorial de su sacrificio pascual y ensayamos la asamblea definitiva del cielo.

Vale también hoy lo que ha sido lema y consigna desde el principio de la Iglesia: la “comunidad del Señor” se reúne en “el día del Señor” para celebrar la “cena del Señor”.

Ser fieles a esta convocatoria eucarística del domingo es como una garantía de que los cristianos seguiremos creciendo en nuestra unión con Cristo, en nuestra pertenencia a su comunidad y en nuestra vida de fe.

Creer en tiempo de dudas

El que Tomás tuviera dudas puede resultar estimulante para nosotros: “si no meto la mano en su costado, no lo creo”. A todos nos viene la tentación de pedir a Dios un “seguro de felicidad” o poco menos, ver el rostro de Dios, o recibir pruebas o signos de que nuestro camino es el bueno.

Todos tenemos dudas y momentos de crisis en la fe: o porque Dios parece haber entrado en eclipse en nuestra vida, o porque se nos han acumulado las desgracias que nos hacen dudar de su amor, o porque las tentaciones nos han llevado por caminos no rectos o porque nos hemos ido enfriando en nuestro fervor inicial.

No es que sea buena la duda en sí, sobre todo si es sistemática y puede resultar casi patológica e impedirnos seguir el camino. Pero la duda tiene también aspectos positivos. Dudar puede significar que no ponemos nuestra confianza en cosas superficiales, que somos humildes en nuestros planteamientos, que seguimos siempre en búsqueda y apertura. Dudar puede significar que somos peregrinos, y que nuestra fe no se basa sólo en que nuestra familia o nuestro entorno nos la han transmitido, sino que, además de ser don de Dios, es también conquista nuestra, que pide nuestro “sí” personal, en medio de la

ventolera de ideas que hay a nuestro alrededor, que puede hacer tambalear nuestras seguridades en un momento determinado.

Podemos aprender de la duda de Tomás a despojarnos de falsos apoyos, a estar un poco menos seguros de nosotros mismos y aceptar la purificación que suponen los momentos de inseguridad, sabiendo creer en el testimonio de la Iglesia que, desde hace dos mil años, nos anuncia de palabra y obras la presencia del Resucitado, aunque no le veamos.

Nosotros pertenecemos a esas generaciones que tienen todavía más mérito que la primera al creer en Cristo, a quien no hemos oído ni visto ni tocado personalmente. Se nos aplica perfectamente lo que Jesús dijo al incrédulo Tomás: “porque me has visto, Tomás, has creído: dichosos los que crean sin haber visto”.

Tanto en los momentos en que brilla el sol en nuestra vida como cuando hay nubarrones que nos hacen tener miedo o dudas, debemos imitar a Tomás en la segunda de sus actitudes, en su fe, y decir también nosotros: “Señor mío y Dios mío”. Y vivir de acuerdo con esa fe.

DOMINGO 3 DE PASCUA

– I –

El Resucitado sigue siendo el protagonista

Jesús Resucitado llena toda la escena: es él a quien anuncian los apóstoles, a quien cantan y homenajan los ángeles y los bienaventurados en el cielo, quien se aparece a los suyos junto al lago y quien perdona a Pedro.

Nosotros, sobre todo los domingos, seguimos reuniéndonos en su nombre, escuchando su Palabra y celebrando su Eucaristía, para poder participar cada vez con mayor plenitud de su vida nueva.

Continúa la Pascua. Sigue el Cirio encendido, y las flores, y los cantos y los aleluyas. Y, sobre todo, el pueblo cristiano se siente “renovado y rejuvenecido en el espíritu”, con la “alegría de haber recobrado la adopción filial” (oración colecta), “renovado con estos sacramentos de vida eterna” (poscomunión), “exultante de gozo porque en la resurrección de tu Hijo nos diste motivo para tanta alegría” (oración sobre las ofrendas).

Hechos 5, 27b-32.40b-41. *Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo*

Es admirable el testimonio que dan de Jesús los apóstoles, capitaneados por Pedro. Incluso delante del Sanedrín, las autoridades que llevaron a Jesús a la muerte, se atreven a decir: “Dios resucitó a Jesús, a quien vosotros

matasteis colgándole de un madero”, y ahora ese Jesús a quien persiguen es nada menos que “el jefe y salvador” y es en su nombre como Dios concede el perdón de los pecados.

Por más que se lo prohibían, ellos hablaban de Jesús: “hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”. Más aún, estaban “contentos de haber merecido aquel ultraje por el nombre de Jesús”.

El *salmo* participa de esta actitud de testimonio y alabanza: “te ensalzaré, Señor, porque me has librado... cambiaste mi luto en danzas, Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre”.

Apocalipsis 5, 11-14. *Digno es el Cordero degollado de recibir el poder y la riqueza*

En la selección, necesariamente abreviada, que del libro del Apocalipsis hacemos los domingos de este año, leemos hoy una página que se podría decir que describe la “liturgia del cielo”.

La gran asamblea –que en el pasaje de hoy no se describe por entero– la forman Dios Padre sentado en su trono, el Hijo como el Cordero, degollado pero triunfador, el río de agua viva que procede de ambos, el Espíritu, y luego millones de ángeles y ancianos y santos que cantan alabanzas al Cordero y se postran rindiéndole homenaje.

Cuando el Catecismo de la Iglesia Católica, en sus números 1136-1139, se pregunta ¿quién celebra?, responde precisamente apelando a esta escena de los bienaventurados, en torno a Dios Trino y los ángeles, en la liturgia del cielo, “allí donde la celebración es enteramente comunión y fiesta”.

Es una visión que debe dar ánimos a la comunidad perseguida de su tiempo, y a la nuestra, que tampoco vive siempre momentos de euforia en su lucha contra el mal.

Juan 21,1-19. *Jesús se acerca, toma pan y se lo da; lo mismo el pescado*

Después de las experiencias de Jerusalén, que escuchábamos en los domingos pasados, nos describe Juan una aparición de Jesús a siete de

sus discípulos junto al lago de Tiberíades, en Galilea. Su evangelio parecía acabar en el capítulo 20, pero tiene en el 21 esta especie de apéndice.

Es un relato que hace ver la esterilidad de los esfuerzos sin Jesús, y la eficacia de la pesca cuando se hace en nombre del Resucitado. Jesús les prepara, además, un “desayuno pascual” con el pan y el pescado, símbolo este último, en la literatura judía, del Mesías que ha de venir.

También incluye Juan en la escena el diálogo en que Jesús rehabilita, con delicadeza, a Pedro en su misión, a pesar del grave fallo que acaba de tener negándole tres veces. Termina la escena con el anuncio del testimonio que más adelante habrá de dar Pedro en su muerte.

– II –

La pesca milagrosa en el nombre del Resucitado

Después de una noche en que no habían logrado pescar nada en el lago, a indicación de Jesús, Pedro y sus amigos tienen una pesca milagrosa. Ya antes de la muerte de Jesús habían conseguido otra también muy abundante, en la que también fue protagonista Pedro, que entonces se echó a los pies de Jesús y le reconoció como Mesías.

¡Cuántas noches de trabajo infructuoso recordamos en nuestra vida personal y apostólica! Aunque también, seguramente, “pescas milagrosas” que no se podían explicar por los meros recursos y méritos humanos, sino que se deben atribuir a la ayuda invisible de Cristo y de su Espíritu.

Fracasos y éxitos, alegrías y decepciones. Podemos aprender la lección del evangelio: cuando estaba Jesús, los discípulos lograban una pesca admirable; cuando no estaba, no conseguían nada. Igual nos pasa a nosotros. Es el Resucitado, que se nos “aparece” misteriosamente en su Palabra, en su Eucaristía, en la presencia continuada en nuestra existencia, quien hace eficaz nuestro trabajo. El aviso que dio a los suyos en la Última Cena vale también para nosotros: “Sin mí no podéis hacer nada”.

Eso nos invita a no contar sólo con nuestros métodos y estructuras, sino a trabajar en el nombre del Señor, con una actitud de humildad, y a la vez con la confianza en que nuestro trabajo no será en vano. Él dará eficacia a lo que hacemos nosotros.

Valentía para el testimonio

Los apóstoles nos dan admirable ejemplo de coherencia y valentía. No se dejan amordazar en su testimonio ni por las prohibiciones ni por el ambiente hostil ni por la cárcel. La Palabra de Dios no conoce obstáculos. No pueden dejar de predicar la Buena Noticia. Antes, en el momento de la cruz, han huido casi todos, acobardados. Pero ahora han tenido la experiencia de la Pascua, han escuchado las palabras de perdón y amistad que hoy leemos en el evangelio, se han visto inundados por la fuerza del Espíritu el día de Pentecostés, están llenos de ánimo y se atreven a decir ante las autoridades: “Dios resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis”.

A lo largo de los siglos, cuántos cristianos los han imitado dando testimonio, incluso con sus vidas, de su fe en el Resucitado. Jóvenes y mayores, religiosos y laicos, hombres y mujeres, desde el Papa hasta el último niño que ha hecho la primera comunión, siguen dando ejemplo de esta entereza, que se nos tendría que contagiar a todos. Porque sigue haciendo falta en medio de este mundo, que anda más bien distraído. Hacen falta cristianos y comunidades así, que se sienten y actúan como testigos de Cristo, movidos por el Espíritu: “testigos de eso somos nosotros y el Espíritu Santo”, como dice Pedro.

Son testigos creíbles de Cristo las comunidades y las familias que se aman y promueven la paz y la justicia, que se esfuerzan por ayudar a todos, en actitud de servicialidad, en medio de un mundo egoísta. Ya nos dijo él: “en esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros”.

Por grandes que sean las dificultades y por hostil o indiferente que nos parezca el ambiente social, si estamos llenos de la Pascua del Señor, convencidos de la fe en él, y movidos por su Espíritu, se nos notará en todo momento, en las palabras y en los hechos, cuál es nuestra motivación. Nos mantendremos firmes en nuestra fe, independientes de las modas o de las corrientes

ideológicas o de los intereses humanos, e incluso de las órdenes que nos puedan dar leyes meramente humanas o personas interesadas en hacernos callar. Tal vez tendremos que recordar también nosotros la consigna que dio Pedro: “hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”.

Hacer fácil la rehabilitación al que ha caído

La escena junto al lago de Tiberíades, además del encuentro con el Resucitado y del entrañable desayuno que este les preparó, y de la pesca inesperada cuando actuaron en su nombre, tiene también otra buena lección para Pedro y para nosotros.

Pedro, un poco presuntuoso, había afirmado en la Última Cena que, aunque todos abandonaran a Jesús, él no lo abandonaría, que le seguiría hasta la muerte. Pero luego le negó tres veces, jurando que ni le conocía. Eso lo recordaba él, y lo sabían también sus compañeros apóstoles. Podemos pensar cuál sería la actitud de duda o de temor con que se enfrentaría al Resucitado.

Pero Jesús nos da una lección magistral de tolerancia y perdón. Le pregunta, sencillamente: “¿Pedro, me amas más que estos?”, y Pedro contesta con humildad: “Señor, tú sabes que te quiero”. Se cuida mucho de no añadir que “más que los demás”. Pedro, el impulsivo, el que a pesar de sus defectos quería de veras a Jesús, tuvo aquí la ocasión de reparar su triple negación con una triple profesión de amor.

Jesús le rehabilita delante de todos con exquisita delicadeza: “apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas”. A partir de aquí, como vemos en el libro de los Hechos, Pedro dará testimonio de Jesús ante el pueblo y ante los tribunales, en la cárcel y finalmente con su martirio en Roma.

Cada uno de nosotros puede agradecer al Señor que nos perdone nuestras debilidades, aunque no le hayamos negado tan solemnemente como Pedro. En estos días de Pascua seguramente hemos renovado nuestra profesión de fe en Cristo y hemos celebrado con gozo su victoria.

Pero, a la vez, deberíamos aprender su lección de delicadeza y perdón: ¿hacemos fácil el camino de la rehabilitación a las personas que han cometido errores, o fallos más o menos graves? ¿qué cara les ponemos, qué palabras

les dirigimos? ¿tenemos capacidad de perdonar y olvidar? Jesús perdonó a Pedro y le restituyó su confianza. ¿Somos imitadores de Jesús también en esto? ¿o somos intransigentes, seguros de nosotros mismos y fiscales de los demás?

Celebramos en unión con los bienaventurados

En cada Eucaristía nos unimos a la “liturgia del cielo” que nos ha descrito el Apocalipsis, a esos cantos de alabanza y homenaje que millones de ángeles y de bienaventurados que gozan ya de Dios rinden al “Cordero”, a Cristo, el Vencedor de la muerte, el Resucitado.

Esa liturgia del cielo no es futura: ya está en marcha. Nos sentimos ya partícipes de ella cuando cantamos “con los ángeles y los santos” nuestro himno del “Santo” en la Plegaria Eucaristía. O cuando, en el “yo confieso”, pedimos a “la Virgen María, a los ángeles y a los santos” que intercedan por nosotros ante Dios en nuestro camino de reconciliación. O cuando, en las oraciones y cantos de las exequias, les invocamos para que acojan en el cielo a las personas que acaban de fallecer.

No celebramos solos. Ya estamos participando de la celebración del cielo. Y es esta Eucaristía que nos prepara cada vez Cristo –no sólo aquel “desayuno” junto al lago, con pan y pescado, sino nada menos que su Cuerpo y su Sangre, y nos dice: “tomad, comed”– la que enriquece nuestra fe y nos da fuerzas para ser cada vez más creíbles testigos del Resucitado en este mundo.

DOMINGO 4 DE PASCUA

– I –

El Domingo del Buen Pastor

De las varias imágenes que intentan describir quién es Jesús para nosotros (el Cordero, el Señor, el Rey, la Piedra angular, el Hijo del Hombre, la Luz, el Siervo, la Verdad, la Vida, la Puerta), en este domingo IV de Pascua, cada año, se nos presenta Jesús como el Buen Pastor, siguiendo el capítulo 10 del evangelio de Juan.

De este capítulo cada año se lee un pasaje distinto. En este ciclo C escuchamos su final, describiendo algunas de las relaciones principales que se crean entre el Pastor y sus ovejas.

Otros textos del día también inciden en el mismo tema: la oración colecta pide que “el débil rebaño de tu Hijo tenga parte en la admirable victoria de su Pastor”; la antifona de la comunión afirma que “ha resucitado el Buen Pastor que dio la vida por sus ovejas y se dignó morir por su grey”; la poscomunión llama Pastor a Dios Padre: “Pastor bueno... haz que el rebaño adquirido por la sangre de tu Hijo pueda gozar...”.

Hechos 13,14.43-52. Sabed que nos dedicamos a los gentiles

En el libro de los Hechos, esta vez los protagonistas son Pablo y Bernabé, cuando predicaron en Antioquía de Pisidia, en la actual Turquía, en el transcurso de su primer viaje apostólico.

La escena de hoy es como una muestra de lo que les sucede a estos intrépidos apóstoles en las varias poblaciones a donde van. Predican en la sinagoga a los judíos, pero también luego a los paganos, al parecer con bastante éxito. En esta ciudad, hay una doble reacción: los paganos que escucharon la Buena Nueva “se alegraron mucho y alababan la Palabra de Dios”. Pero algunos judíos, llenos de envidia y celos, promovieron una persecución contra Pablo y lograron su expulsión de la ciudad. No se acobardaron: marcharon a otras poblaciones, a proseguir su evangelización. Es interesante notar una especie de estribillo que Lucas repite al final de muchas escenas: “los discípulos quedaron llenos de alegría y de Espíritu Santo”.

El *salmo responsorial* tiene, por una parte, palabras de alabanza a Dios, por la universalidad de su salvación: “aclama al Señor, tierra entera... el Señor es bueno, su fidelidad por todas las edades”, y, por otra, anticipa ya el tema del “buen pastor” y por tanto de las “ovejas o del rebaño”, porque nos hace repetir como estribillo: “Somos su pueblo y ovejas de su rebaño”, tomadas del mismo salmo.

Apocalipsis 7, 9.14b-17. El Cordero será su pastor, y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas

La visión del autor del Apocalipsis es voluntariamente optimista: hace que las miradas de los cristianos de su época –y de la nuestra– se dirijan al cielo, donde ya está gozando de Dios “una muchedumbre inmensa, de toda nación y lengua”.

Estos bienaventurados participan de la victoria de Cristo, “vestidos de vestiduras blancas y con palmas en sus manos”, y están “de pie delante del trono de Dios y del Cordero”, cantando alabanzas y con acceso a las “fuentes del agua de la vida”. Ya para ellos todo es gloria y alegría: “y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos”.

Juan 10, 27-30. Yo doy la vida eterna a mis ovejas

En el evangelio de hoy oímos las palabras con que Jesús revela cada vez con mayor profundidad su propia identidad, en la fiesta de la Dedicación del Templo.

Por una parte, la persona de Jesús no se entiende sin su relación íntima con el Padre: “yo y el Padre somos uno”. Por otra, su relación con la humanidad la describe con la metáfora del pastor y el rebaño de ovejas: afirma sobre todo que “mis ovejas escuchan mi voz y yo las conozco”, “ellas me siguen y yo les doy la vida eterna”, y que es el mismo Dios quien le ha dado esas ovejas y “nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre”.

– II –

“Yo las conozco... yo les doy la vida eterna...”

Jesús se nos presenta como el Buen Pastor. En verdad puede hacerlo porque siempre, en su vida, ha actuado como tal: conoce a las personas, las defiende, no quiere que ninguna se pierda, les da la vida eterna y, finalmente, ofrece su propia vida por ellas. No ha rehuido ningún trabajo: se ha entregado generosamente por todos.

Por parte de él, las afirmaciones básicas de hoy son: “yo las conozco”, “yo les doy la vida eterna” y “nadie las arrebatará de mi mano”. Son palabras que hablan de cercanía y de entrega total. La vida que le comunica a él su Padre, Dios, la comunica él a su vez a todos nosotros.

La comparación queda todavía más profundamente aclarada cuando en el Apocalipsis se nos muestra como el “Cordero”. El Cristo que, como un Cordero, ha sido inmolado en la Cruz, voluntariamente, es el que mejor puede decir que es el Buen Pastor y que da la vida por sus ovejas. Precisamente porque se ha entregado, puede ir delante, guiar y dar la vida a sus ovejas: “el Cordero será su Pastor y los conducirá a las fuentes del agua de la vida”.

Somos “ovejas rescatadas con su Sangre” (poscomunión), nos conoce a cada uno, somos un “pequeño rebaño” (oración), pero contamos siempre con su ayuda y guía, su acompañamiento y su defensa. Podemos estar ciertamente orgullosos y agradecidos por pertenecer a su comunidad.

“Ellas me conocen y me siguen”

Pero esta entrega admirable por parte del Pastor nos pide a nosotros una actitud receptiva y acogedora: “mis ovejas escuchan mi voz... y ellas me siguen”. Es verdad que la imagen y la palabra misma del “rebaño” o de “las ovejas” no parecen entusiasmanos mucho hoy. No porque los rebaños ya no sean una experiencia muy repetida en nuestras ciudades, sino porque el mismo nombre de “rebaño” indica tal vez gregarismo, falta de personalidad. No es esa ciertamente la intención de Jesús al compararnos a un rebaño, porque resalta otras cualidades que podemos copiar de unas ovejas fieles a su pastor.

Si queremos ser seguidores de Jesús, no se trata sólo de estar bautizados, sino de creer en él, escuchar su voz, tratar de que nuestra mentalidad sea como la suya. Eso no sólo cuando el camino se nos hace fácil, sino también cuando estamos inmersos todavía “en la gran tribulación” de la que habla el Apocalipsis. Es entonces cuando más luz y fuerza nos querrá comunicar el Resucitado, a través de su comunidad y de los sacramentos.

En el “domingo del Buen Pastor” haremos bien en examinarnos si nosotros somos “buenas ovejas”, buenos discípulos de Cristo Jesús, si le conocemos, si le escuchamos, si le seguimos.

La salvación es para todos y con respeto para cada uno

Hay todavía otro aspecto que nos hace pensar. Como el Buen Pastor se ocupa de todas las ovejas y ha dado su vida por todas, así la Iglesia intenta ser universal y anunciar a todos los hombres la Buena Nueva, con la perspectiva ideal que ya nos presenta el Apocalipsis: una muchedumbre inmensa de toda raza y lengua, que ya gozan de Dios.

Esto nos estimula a “chequear” hoy nuestro corazón y ver si es tan misionero y universal como el del Buen Pastor, si en las relaciones entre jóvenes y mayores, entre sacerdotes y laicos, entre personas de distinta raza y lengua, entre nativos e inmigrantes, podemos decir que tenemos esa actitud parecida a la de Cristo o a la de Pablo y Bernabé.

Además, las lecturas de hoy nos invitan a pensar si nuestro método evangeli-

zador es como el de Cristo: conociendo a cada uno y respetando su situación y su cultura. Pablo y Bernabé predicaban a judíos y a paganos. Lo hacían con una pedagogía adecuada a cada caso. También de ellos se puede decir que “conocían a sus ovejas” y respetaban su situación cultural y religiosa. Si sus oyentes eran judíos, partían del AT y les intentaban convencer que en Jesús de Nazaret se cumplían las promesas. Si eran paganos, partían del Dios Creador, de la hermosura de este mundo, de los valores que entendían sus oyentes, y de ahí les llevaban a Cristo Jesús.

En la tarea misionera que la Iglesia ha ido desarrollando desde hace muchos siglos, es notorio el esfuerzo de inculturación de la teología y de la liturgia según las características culturales de cada pueblo. Últimamente, la Iglesia se ha decidido a adoptar las lenguas vivas de cada región para su celebración litúrgica: cosa que ya en el siglo IX intentaron realizar los hermanos Cirilo y Metodio en tierras eslavas, y otros misioneros en el siglo XVI por el lejano Oriente. Aunque no ha sido una opción seguida en otras ocasiones.

Para evangelizar a las personas y a los pueblos, además del paso que se ha dado del latín a las más de cuatrocientas lenguas en que ahora se celebra en la Iglesia, todavía queda mucho por hacer en la búsqueda de un lenguaje más accesible para el hombre de hoy. Es un esfuerzo continuado de encarnación, tanto en la labor evangelizadora como en la celebrativa. Como el Pastor, según dice Jesús, conoce a sus ovejas, y como Pablo y Bernabé se adaptaban a la situación cultural de fe de cada uno de sus auditorios, los cristianos de hoy –en particular los que tienen alguna clase de autoridad o encomienda catequética y evangelizadora– también tendremos que adaptarnos a la situación de fe de las personas: de los novios que vienen a pedir la boda por la Iglesia, o de las familias que piden el Bautismo o la Primera Comunión o el entierro eclesiástico para los suyos.

Deberíamos ser universales, cada uno en su ambiente. No sólo en el ministerio pastoral de los ordenados en la comunidad, sino también en nuestro servicio familiar de educación de los jóvenes o de atención a los ancianos o en la catequesis o en nuestro diálogo con los alejados o con personas de otra cultura y religión, deberíamos aprender el método del Buen Pastor, método de cercanía, de acompañamiento, de conocimiento de cada persona.

El Buen Pastor nos habla y nos alimenta en la Eucaristía

En la Eucaristía tal vez sea el momento privilegiado en que nosotros, seguidores de Jesús, “escuchamos su voz”, hacemos caso de lo que nos dice y nos alimentamos con su Cuerpo y Sangre, cuando él, como el auténtico Buen Pastor, “nos da la vida eterna”.

En la oración sobre las ofrendas de hoy expresamos una vez más una “definición” de lo que sucede cada vez que celebramos la Eucaristía, como memorial de la muerte salvadora de Cristo: “que la actualización repetida de nuestra redención sea para nosotros fuente de gozo incesante”.

Aunque también fuera de la celebración, a lo largo del día y de la semana, debemos luego seguir siendo discípulos que escuchan su voz y le siguen en su estilo de vida.

DOMINGO 5 DE PASCUA

— I —

La Pascua sigue creciendo

Hemos vivido ya cuatro semanas de Pascua y hemos inaugurado la quinta. Las lecturas bíblicas nos van ayudando a entrar cada vez con mayor conocimiento en lo que significa la vida nueva del Resucitado y las consecuencias que tiene para la comunidad cristiana. Por ejemplo, en las lecturas de hoy se subraya el papel que los “ministros” tienen en la comunidad eclesial, en su tarea misionera y evangelizadora.

Precisamente en este tiempo en que muchos reciben el Bautismo, y otros participan por primera vez plenamente de la mesa eucarística de la comunidad, y otros también reciben el Sacramento del don del Espíritu, la Confirmación, es bueno recordar que la comunidad del Señor se les debe presentar a ellos –a las generaciones jóvenes– como una Iglesia viva, llena de fe, animada por el Espíritu, que canta alabanzas a Dios y participa de los sacramentos, pero que también da testimonio de su fe en la vida.

En la vivencia gozosa de la Pascua, y ya en dirección a Pentecostés, a muchos les ayudará también el recuerdo de la Virgen María, en el mes de mayo: ella, que vivió muy de cerca la Pascua de su Hijo y se dejó llenar otra vez en plenitud por el Espíritu, junto con la primera comunidad.

Hechos 14,21b-27. Contaron a la Iglesia lo que Dios había hecho por medio de ellos

Terminado su primer viaje apostólico, Pablo y Bernabé vuelven a la comunidad que les había enviado oficialmente, la de Antioquía de Siria, y allí dan cuentas a sus hermanos de cómo Dios ha ido llamando a la fe no sólo a los judíos sino también a muchos paganos.

En el camino de vuelta, han ido pasando en orden inverso por las diversas ciudades en que a la ida habían evangelizado y fundado comunidades, reafirmando ahora en la fe a los hermanos, nombrando presbíteros y responsables locales, orando con ellos y sobre ellos, exhortándoles y encomendándolos al Señor. Sin ministros que los guíen y presidan, difícilmente pueden mantenerse unidas y vivas las comunidades.

El *salmo* es de alabanza y alegría, porque “el Señor es clemente y misericordioso” (de nuevo la “definición” de Dios que resuena en diversos pasajes del AT: Dios es “lento a la cólera, rico en piedad, bueno con todos...”). Parece como un eco de las explicaciones que los misioneros dieron a la comunidad: “explicando sus hazañas a los hombres, la gloria y majestad de tu reinado”.

Apocalipsis 21,1-5a. Dios enjugará las lágrimas de sus ojos

Hacia el final del libro del Apocalipsis, cuando ya ha descrito, con visiones llenas de enigmas y fantasía, las violentas luchas entre el bien y el mal, entre “el Cordero” y “el dragón”, con la derrota total de este, el vidente describe “los cielos nuevos y la tierra nueva”, la “nueva Jerusalén”, “arreglada como una novia para su esposo”.

Es la visión con la quiere infundir ánimos a los cristianos que en su tiempo –fines del siglo I, con la persecución de Domiciano– están tentados de desánimo. La perspectiva no puede ser más esperanzadora: “Dios estará con ellos, enjugará las lágrimas de sus ojos... el primer mundo ha pasado... todo lo hago nuevo”.

Juan 13,31-33a.34-35. *Os doy un mandamiento nuevo:
que os améis unos a otros*

Hoy y el próximo domingo escuchamos en el evangelio palabras de Jesús en su cena de despedida, dándoles a sus discípulos consignas para cuando él falte.

Ante todo habla de su “glorificación”, que es la palabra con que Juan designa la “hora” de Jesús, que incluye su muerte y su resurrección. Pero también nos da su gran consigna: “os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado”.

– II –

Todo lo hago nuevo

Una impresión primera que dan las lecturas de hoy es la de una utopía: este cuadro “pascual” parece inalcanzable. La comunidad del libro de los Hechos rebosa actividad y alegría, por el trabajo misionero entre los gentiles. Los discípulos reciben de Jesús el último encargo del amor fraterno. El Apocalipsis nos pone delante la perspectiva de un cielo nuevo y una tierra nueva, sin muerte ni luto ni dolor alguno.

Aunque nos parezca idealista, nos resulta útil que nos recuerden que nuestro destino es la Jerusalén nueva, el cielo, que el viaje no termina acá abajo, sino que tiene una meta más allá de esta vida, cuando, liberados ya de todo mal, podamos gozar con Dios y los bienaventurados para siempre. Nos conviene recordar que también para nosotros, “esta es la morada de Dios con los hombres... y ya no habrá muerte ni luto ni llanto ni dolor”.

El que estaba sentado en el trono, Dios, dijo: “todo lo hago nuevo”. Y se nos insiste que “el primer cielo y la primera tierra han pasado”, y ahora se trata de “un cielo nuevo y una tierra nueva”.

La Pascua nos propone un programa muy ambicioso y a la vez exigente.

Porque todos tenemos que colaborar para construir esos cielos nuevos y esa tierra nueva, y no quedarnos satisfechos, con un conformismo cobarde, con lo que ya más o menos funciona.

Para eso no contamos sólo con nuestras fuerzas: está el Resucitado, siempre presente, y su Espíritu, que inspira y señala caminos y da luz y fuerza y quiere siempre “renovar la faz de la tierra”.

En Pascua vale la pena ser optimistas y conceder un “voto de confianza” a las posibilidades de este mundo, de esta Iglesia nuestra, de cada comunidad y de cada persona. Pascua son siete semanas de “primavera espiritual”, siete semanas de profesión de fe en la Vida del Resucitado, a pesar de todas las dificultades. En la oración poscomunión pedimos a Dios que, ya que “nos ha iniciado en los misterios de tu Reino”, eso tenga como consecuencia que “abandonemos toda vida de pecado y vivamos la novedad de la vida eterna”.

Los ministros animan a las comunidades

Un factor que facilita el que las comunidades cristianas vivan su misión con más eficacia es, según las lecturas de hoy, la presencia en ellas de los ministros ordenados.

El primer viaje de Pablo y Bernabé termina con bastantes éxitos y también bastantes fracasos para contar. Lo cual ha pasado siempre a la Iglesia, a lo largo de sus dos mil años de existencia. Seguramente es también nuestra experiencia. Tal vez nosotros no recibimos palizas ni nos meten en la cárcel, como a los primeros discípulos y como a tantos y tantos mártires a lo largo de los siglos. Pero sí probablemente hemos sufrido reacciones hostiles y hemos sido víctimas de desánimos y cansancios interiores, que a veces son peores que las dificultades externas.

Aquellas primeras comunidades nos dan una lección precisamente de “comunitariedad”: se sienten corresponsables de la vida cristiana interna y del trabajo misionero externo. Envían a los misioneros y luego escuchan sus explicaciones: “reunieron a la comunidad y les contaron lo que Dios había hecho por medio de ellos”.

Nos dan también otra lección: la importancia que para una comunidad tienen sus ministros ordenados, que reciben en el sacramento del Orden fuerza especial del Espíritu, y así pueden predicar, fundar nuevas comunidades, animar a los fieles a perseverar, presidir la oración, designar a otros ministros en los diversos lugares. También ahora, con la ayuda interior del Espíritu y el ministerio visible de los diáconos, presbíteros y obispos –ayudados por tantos laicos y laicas que aportan su esfuerzo en bien de todos–, la comunidad cristiana, la parroquial y la diocesana, va creciendo y madurando en su fe, y dando testimonio de su fe ante el mundo.

El amor fraterno y la Eucaristía

Hay otro factor que explica que sea posible la utopía pascual que se nos presenta hoy: el que la comunidad tome en serio el testamento de Jesús sobre el amor fraterno, “os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros como yo os he amado”.

Nos ha dejado esa consigna casi como un termómetro o comprobante de si somos o no buenos cristianos: “la señal por la que conocerán que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros”.

Si somos serviciales y fraternos, los que están fuera de la comunidad verán creíble nuestro testimonio, y los que están dentro se sentirán animados a seguir adelante en su vida de seguimiento de Cristo. No hay nada que anime más a los de dentro que la fraternidad. No hay que nada que convenza más a los de fuera que el ser testigos de una fraternidad viva.

Todos estos aspectos que las lecturas de hoy nos proponen parecen como resumidos y fotografiados en nuestra celebración eucarística.

En ella es cuando mejor se experimenta que Dios está cerca y que el Resucitado sigue presente y siendo nuestro Maestro y Alimento. En ella se ve a la comunidad reunida, abierta a la Palabra, participando en la Mesa eucarística que le da fuerza para su vida de testimonio, y cumplidora del encargo del amor fraterno, que antes de participar de Cristo se da fraternalmente la paz. También se ve el papel de los ministros ordenados, miembros de esa misma comunidad, con el ministerio adicional de ayudar a los demás, de dirigir su oración y su vida, como signos visibles de Cristo Buen Pastor.

DOMINGO 6 DE PASCUA

– I –

Continuamos celebrando la Pascua

Después de cinco semanas de Pascua, y cuando quedan dos para Pentecostés, parece como si la oración de este domingo quisiera asegurarse de que no decaiga el tono y el ritmo de la fiesta, porque pide a Dios que nos conceda “continuar celebrando con fervor estos días de alegría en honor de Cristo resucitado”.

Siete semanas son un período que se puede hacer largo. Pero es tan importante la Pascua, el corazón de todo el año, que vale la pena que la vivamos en plenitud. Siempre hay aspectos “nuevos”: hoy, por ejemplo, el recuerdo de los enfermos, a los que recordamos siempre en este domingo VI de Pascua. También el recuerdo de la Virgen María, en mayo, la que fue maestra para la celebración del Adviento y la Navidad, pero que también lo es para la Pasión, la Pascua y Pentecostés.

En las lecturas de hoy destacan dos aspectos que nos ayudan a profundizar en lo que debe significar la Pascua para nosotros: primero, su carácter universalista, sobre todo por el acontecimiento que se nos narra del concilio de Jerusalén y la visión también “católica” y abierta de la Jerusalén del cielo, y además la promesa que hace Jesús del don de su Espíritu.

Como quiera que entre nosotros el domingo VII de Pascua, el próximo, se ha convertido en fiesta de la Ascensión, los textos de ese domingo se

podrían adelantar a este domingo VI: la segunda lectura de Ap 22 y el evangelio de Jn 17. Pero creemos que es mejor leer las que tocan a este mismo domingo VI.

Hechos 15, 1-2.22-29. *Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas que las indispensables*

El llamado “concilio de Jerusalén” fue un hecho muy importante de la Iglesia en sus comienzos. Se trataba de abrirse o no, con libertad de espíritu, a los paganos, sin hacerles pasar por la ley de Moisés, considerando que lo que salva es la fe en Cristo Jesús.

La “violenta discusión”, primero en Antioquía y luego en Jerusalén, llevó a un encuentro y un diálogo de los responsables de las comunidades. Hoy leemos el inicio del problema y la conclusión a que llegaron después de escuchar a todos los interesados. La decisión fue claramente aperturista, desautorizando a los que habían sembrado cizaña en la comunidad, y decidiendo “no imponer más cargas que las indispensables”. Para ello se sienten movidos por la luz de lo alto: “hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros...”.

Este documento final llenó de alegría a los convertidos del paganismo: la salvación viene de Jesús y no hará falta que pasen por la ley de Moisés los no judíos.

No es extraño que *el salmo* sea también aperturista y misionero: “Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben”. La salvación de Dios llega “hasta los confines del orbe”, de modo que “conozcan todos los pueblos tu salvación”.

Apocalipsis 21,10-14.22-23. *Me enseñó la ciudad santa, que bajaba del cielo*

Hoy leemos como último pasaje del Apocalipsis –los próximos domingos tienen lecturas especiales– la visión misteriosa y fantástica de “la ciudad santa, Jerusalén”, la nueva Iglesia, que baja del cielo brillante, con piedras preciosas, con una muralla rodeada de doce puertas y con doce cimientos –el número alude a las doce tribus de Israel y a los doce apóstoles: nuestra

Iglesia es “Iglesia apostólica”– toda ella iluminada por el Cordero, que es Cristo Jesús.

El Apocalipsis, y en particular estas visiones tan optimistas del futuro, quieren, en la intención del autor, dar ánimos a la comunidad eclesial que, a fines del siglo I, está sufriendo una persecución implacable por parte del imperio romano.

Juan 14, 23-29. *El Espíritu Santo os irá recordando todo lo que os he dicho*

El pasaje que leemos nos recuerda palabras muy entrañables de Jesús en su cena de despedida. Habla de su Palabra, que debemos “guardar” si queremos decir que le amamos. Si en verdad creemos en él, él nos amará y el Padre también nos amará. Cristo promete a sus discípulos su paz, su alegría, sin ninguna clase de temor.

Sobre todo les promete que el Padre les enviará al Espíritu Santo, el Paráclito o Defensor-Abogado, que va a ser el Maestro que les enseñará todo y servirá como de “memoria” de lo que Cristo les ha enseñado.

– II –

Creer en el Resucitado es guardar su Palabra

En la última cena, Jesús prepara a sus discípulos a su vivencia pospascual de la fe.

La marcha del Maestro podía causar tristeza y miedo en su grupo de discípulos. Pero Jesús quiere que sigan teniendo paz y ánimos, y que más bien se alegren de que él vuelva al Padre, porque de alguna manera eso hará que les esté más presente en su vida futura: “la paz os dejo, mi paz os doy... no tiemble vuestro corazón ni se acobarde... si me amarais os alegraríais de que vaya al Padre”.

También ahora necesitamos paz y ánimos y alegría. Porque puede haber tormentas o “eclipses” de la presencia de Dios en nuestra vida personal o comunitaria. Sólo desde la convicción de la presencia siempre viva de Cristo Resucitado podemos encontrar la clave de la serenidad interior para seguir caminando y trabajando. “No tiemble vuestro corazón ni se acobarde”.

Pero les pide también a los suyos que le amen. A veces Jesús pide la fe, que crean en él. Hoy pide que le amen, y amarle es guardar su Palabra: “el que me ama guardará mi Palabra”. Celebrar la Pascua es algo más que alegrarnos por la resurrección de Jesús. El Resucitado nos invita a una comunión vital: nuestra fe y nuestro amor a él nos introducen en un admirable intercambio. Dios mismo nos amará y hará su morada en nosotros, si nos unimos al Resucitado: “vendremos a él y haremos morada en él”.

La Pascua la estamos celebrando bien si se nota que vamos entrando en esa comunión de vida, de mentalidad, de estilo de actuación. Y eso, no sólo en la Eucaristía, que es el momento privilegiado de esta comunión con él, sino también en la vida.

La Pascua tiene que notarse en la vida. En la oración colecta de hoy le pedimos a Dios que “los misterios que estamos recordando transformen nuestra vida y se manifiesten en nuestras obras”. En la poscomunión, de nuevo, pedimos que, ya que “en la resurrección de Jesucristo nos has hecho renacer a la vida eterna”, Dios nos ayude a que se note en nuestra vida que estamos llenos de esa Pascua: “haz que los sacramentos pascuales den en nosotros fruto abundante y que el sacramento de salvación que acabamos de recibir fortalezca nuestras vidas”.

El Resucitado nos promete al Espíritu Santo

Pero hay otro protagonista que nos hace posible esta comunión con el Resucitado: el Espíritu Santo, que fue el mejor don que él hizo a su primera comunidad y nos hace también a nosotros.

A dos semanas de Pentecostés, Jesús promete en el evangelio que el Padre enviará su Espíritu sobre los creyentes. Este Espíritu, llamado Paráclito o Abogado (en griego, “para-kletos”, significa, igual que el latino “ad-voca-

tus”, defensor, abogado), ejercerá además, según Jesús, dos funciones: será Maestro –“él os enseñará todo”– y Memoria de la comunidad –“os irá recordando todo lo que os he dicho”.

Cuando el Catecismo de la Iglesia Católica habla del Espíritu Santo (por ejemplo en los números CCE 1091-1112), recuerda esta promesa de Jesús. El Espíritu es el pedagogo, que nos prepara para el encuentro con Cristo y con el Padre, el que suscita nuestra fe y nuestro amor, y el que “recuerda a la asamblea todo lo que Cristo ha hecho por nosotros: él despierta la memoria de la Iglesia”.

Así se ve cómo, según la voluntad de Cristo, el protagonista invisible del “tiempo de la Iglesia” va a ser el Espíritu, como se ve continuamente en el libro de los Hechos. Y el protagonista visible, la misma comunidad, sobre todo sus ministros. Ojalá se pudiera decir siempre que la sintonía entre los dos se cumple como en el encuentro de Jerusalén: “hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros...”.

La comunidad pascual es dialogante, abierta y universal

La primera comunidad, precisamente porque estaba llena de fe en Cristo y se sentía guiada por su Espíritu, nos da hoy una buena lección de diálogo y apertura en su trabajo misionero. La decisión que tomó fue fruto de un discernimiento detenido, que consistió en escuchar a todos: a los que se oponían a la apertura, y a Pedro, y a Pablo y Bernabé, y finalmente a Santiago.

Nos puede parecer ahora que el tema de que se trataba no era tan importante: admitir o no a los paganos sin hacerles pasar por la ley de Moisés (sábado, leyes sobre las comidas, circuncisión). Pero para ellos sí lo era. Era la tensión entre la ley y la libertad, entre Moisés y la novedad radical de Jesús. Basta recordar cómo la comunidad pidió cuentas a Pedro de haber entrado en casa del pagano Cornelio y haberle admitido en la fe.

La comunidad eclesial ha tenido, a lo largo de sus dos mil años de historia, otros muchos interrogantes más o menos vitales –a algunos la historia posterior los ha relativizado claramente– que han ocasionado disensiones fuertes, que no siempre se han resuelto con el mismo sistema dialogal y de fe de la primera comunidad.

Un modelo positivo lo tenemos en el Concilio Vaticano II, en donde ya hace cuarenta años la Iglesia tomó unas significativas decisiones de apertura a este mundo y de nuevos métodos de vida interna y de testimonio hacia fuera. Siguen válidas las directrices que nos dio ese Concilio, sobre todo en la “*Gaudium et Spes*”, de un diálogo abierto, respetuoso y cordial con el mundo, con los otros cristianos y otros creyentes no cristianos, acompañado por un atento discernimiento y por el valiente testimonio de la verdad.

Pero no siempre ha sido tan lúcida la actitud de la comunidad ni de sus autoridades. Los momentos de tensión –que siguen existiendo, porque tenemos opiniones diferentes sobre contenidos y métodos– tendríamos que intentar resolverlos siempre, ante todo, con el diálogo honrado y, además, desde la fe: siendo dóciles a lo que creemos sinceramente que es lo que nos está inspirando el Espíritu del Resucitado, para bien de la comunidad y de su trabajo misionero. La comunidad perfecta no es aquella en la que no hay momentos de tensión, sino la que sabe resolverlos sin perder la paz interior y exterior.

La comunidad eclesial, como la ciudad esplendorosa que nos describe el Apocalipsis, tiene que estar bien basada en los apóstoles, que son sus cimientos, pero a la vez misionera y universal, con puertas abiertas a las cuatro direcciones.

A veces, en la historia eclesial también reciente, y en otros niveles de convivencia familiar o comunitaria, nos empeñamos en mantener e imponer a otros opciones que no son necesarias, o una uniformidad a ultranza en cosas no centrales. ¿Durante cuántos siglos hemos impuesto el latín en nuestra liturgia? ¿y el ayuno eucarístico desde la medianoche? Tendríamos que ser más universales, capaces de dialogar, comprensivos de las opiniones de los demás, con una mirada hacia el futuro que nos haga intuir, a la luz de la voluntad de Dios, qué cosas son importantes y qué cosas no lo son y están destinadas a cambiar sin gran empobrecimiento de nadie: y eso en el ámbito familiar, o en el campo ecuménico, o en el trabajo comunitario religioso o parroquial.

Además, nuestras decisiones, en cada caso, además de ortodoxas, tendrían que ser alentadoras, creadoras de alegría, como la de Jerusalén, cuyo documento final llenó de alegría a las comunidades cristianas a las que iba dirigido.

La Eucaristía, retrato de una comunidad pascual

En nuestra Eucaristía se cumplen de un modo sintomático estas cualidades que debe tener una comunidad pascual.

Es una comunidad unida a Cristo. Él mismo nos prometió una “inter-permanencia” entre él y los que creen en él y participan en la Eucaristía: “quien come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en mí y yo en él... igual que yo vivo por el Padre, el que me coma vivirá por mí” (Jn 6,56-57).

Es una comunidad que de esa unión con Cristo recibe y da la paz. Por eso en cada misa, preparando el gesto de paz antes de la comunión, recordamos la palabra que ha dicho Jesús en el evangelio de hoy: “Señor Jesucristo, que dijiste a los apóstoles: la paz os dejo, mi paz os doy...”. Recibimos la paz por parte de ese Cristo que se nos dará en comunión, y también somos invitados a darla nosotros a los más cercanos, como símbolo de que queremos que crezca y se consolide la paz entre los pueblos, en las familias, en las comunidades.

Es una comunidad universal, abierta, fraternal. No un castillo cerrado, sino, como la ciudad que veía el vidente del Apocalipsis, con puertas abiertas y orientadas a los cuatro puntos cardinales.

Y es una comunidad que se siente vivificada por el Espíritu, que es a quien invoca para que transforme el pan y el vino en la Persona del Resucitado, y para que transforme también a la comunidad en el verdadero Cuerpo de Cristo.

DOMINGO 7 DE PASCUA: LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

– I –

La Ascensión, complemento y desarrollo de la Pascua

Entre nosotros, la Conferencia de los Obispos ha decidido que la solemnidad de la Ascensión se celebre en este domingo séptimo de Pascua, mientras que en otras regiones han preferido dejarla en el jueves anterior. Ambas opciones son buenas. No era lo principal el respetar el número “cuarenta” (cuarenta días después de la resurrección) para celebrar este misterio de la Ascensión, que forma una unidad con el de la resurrección del Señor. Tiene muy buen sentido que lo celebremos este domingo dentro de la Pascua, y precisamente el anterior al envío del Espíritu.

La Ascensión es como el desarrollo del acontecimiento de la Pascua, su plenitud, que todavía “madurará” más con el envío del Espíritu. Pascua, Ascensión y Pentecostés no son unos hechos aislados, sucesivos, que conmemoramos con la oportuna fiesta anual. Son un único y dinámico movimiento de salvación que ha sucedido en Cristo, nuestra Cabeza, y que se nos va comunicando en la celebración cada año. Se pueden leer con provecho los números que el Catecismo dedica a la Ascensión del Señor: CCE 659-667.

Hechos 1,1-11. *Lo vieron levantarse*

Este año, por ser el ciclo C “el año de Lucas”, escuchamos dos veces el relato de la Ascensión, porque él lo cuenta al final de su evangelio y al inicio del libro de los Hechos. Podríamos decir que “como punto de llegada” de la misión de Jesús y como “punto de partida” de la misión de la Iglesia.

En los Hechos dice Lucas que Jesús estuvo cuarenta días hablando con sus discípulos del Reino de Dios y prometiéndoles su Espíritu. Entonces “le vieron levantarse hasta que una nube se lo quitó de la vista”. Unos ángeles les aseguraron que el mismo Señor volvería al final de los tiempos.

El *salmo 46* no puede ser más adecuado para hoy: invita a los pueblos a batir palmas porque “Dios asciende entre aclamaciones, el Señor, al son de trompetas”. El salmista lo decía de Yahvé, con ocasión de alguna victoria. Nosotros, después de la Pascua del Señor, lo cantamos con entusiasmo confesando nuestra fe en la victoria de Cristo Jesús.

Efesios 1,17-23. *Lo sentó a su derecha en el cielo*

Pablo, en su carta a la comunidad de Éfeso (actual Turquía), les desea que sepan comprender en profundidad el misterio de Cristo y la “extraordinaria grandeza del poder” que desplegó Dios en Cristo, “resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo”. Ese Cristo es ahora Cabeza y plenitud de la Iglesia y del cosmos entero. El pasaje está ciertamente bien elegido para la solemnidad que celebramos.

(o bien) **Hebreos 9, 24-28; 10,19-23.** *Cristo ha entrado en el mismo cielo*

En el ciclo C, el de este año, en vez del pasaje de Efesios que, como queda dicho, es muy oportuno, se puede leer también este otro de Hebreos.

La intención del autor de esta Carta es mostrar cómo en Cristo se cumplen y quedan superadas todas las realidades del AT. Hoy afirma que Cristo “se ha ofrecido una sola vez para quitar los pecados de todos” y, como nuestro Sumo Sacerdote, “ha entrado en el santuario auténtico, el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros”. Junto con él, sus seguidores

tenemos ahora “entrada libre al santuario”, si sabemos seguir “el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado para nosotros”.

Lucas 24,46-53. Mientras los bendecía, iba subiendo al cielo

Al final de su evangelio, Lucas nos cuenta cómo Jesús adoctrino una vez más a sus discípulos sobre el camino que el Mesías había seguido para salvar al mundo, a través de la muerte y la resurrección. A continuación les nombra “testigos de esto”, como encomendándoles que continúen en el mundo su misma misión. Para esta misión les promete, de parte del Padre, “la fuerza de lo alto”, el Espíritu.

Mientras les bendice, se eleva al cielo y los apóstoles “vuelven a Jerusalén con gran alegría”, para dar comienzo a la misión que se les ha encomendado y cuyos inicios contará el mismo Lucas en el libro de los Hechos.

— II —

El triunfo de Jesús

La comunidad cristiana se alegra con el triunfo de su Señor y Cabeza. Jesús es glorificado. Ha cumplido su misión y ahora ha alcanzado la plenitud, también en cuanto Hombre, junto al Padre. El Catecismo describe así el misterio: la Ascensión significa que Jesús “participa en su humanidad en el poder y la autoridad del mismo Dios” (CCE 668) y que se ha convertido en Señor del cosmos y de la historia y de la Iglesia.

“Subir”, o “ascender”, supone una concepción no histórico-geográfica de la localización del cielo con respecto a la tierra, sino un símbolo de la glorificación plena del Señor Resucitado. También lo decimos en el Credo: “subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios”. Celebramos el triunfo pleno de Cristo Jesús, a la derecha del Padre, constituido Juez y Señor y Mediador universal.

Ahora podemos entender mejor, desde la Pascua cumplida, el misterio de Jesús. Podemos admirar, como quiere Pablo, “la fuerza poderosa que ha desplegado el Padre resucitando a Jesús” y constituyéndolo superior a todo.

Podemos hacer nuestras las expresiones de entusiasmo del prefacio, en el que damos gracias a Dios “porque Jesús el Señor, el rey de la gloria, vencedor del pecado y de la muerte, ha ascendido hoy ante el asombro de los ángeles a lo más alto del cielo, como mediador entre Dios y los hombres, como juez de vivos y muertos”.

Si hemos leído la carta a los Hebreos, también podemos alegrarnos de que ese Señor que ha ascendido al templo del cielo para interceder por nosotros, como nuestro Sumo Sacerdote y Mediador, nos permite estar seguros de que también para nosotros está abierto el acceso a la gloria, si seguimos su camino.

Nunca conoceremos del todo la profundidad del misterio de Cristo. Tenemos en esta Pascua, ahora completada por la Ascensión, y el domingo que viene por la venida del Espíritu, motivos abundantes de alegría y fiesta, y también para dar sentido y motivación a nuestra vida de seguimiento de ese Cristo Jesús que ha triunfado y que nos comunicará a su debido tiempo su mismo destino a nosotros: “ha querido precedernos como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su reino” (prefacio I).

Comienza la misión de la Iglesia

El triunfo de Jesús es también nuestro triunfo, y a la vez el inicio de la misión por parte de su comunidad, asistida por Cristo y su Espíritu. La comunidad no se queda “mirando al cielo”, sino que baja a la ciudad. Es el comienzo de su camino misionero desde Jerusalén hasta los confines del mundo. Jesús había “subido a Jerusalén”, allí había experimentado los intensos acontecimientos de su Pascua –muerte, resurrección, ascensión– y ahora, desde Jerusalén, su comunidad empieza su misión por todo el mundo.

El encargo no es nada fácil, como se sigue demostrando en la historia pasada y en la presente: ser testigos de Cristo en el mundo, predicar la Buena Noticia,

celebrar los sacramentos, construir un mundo mejor. En rigor, el libro de los Hechos no tiene último capítulo: lo tendrá al final de los tiempos, cuando concluya la misión de la comunidad del Señor.

Eso sí, hay una doble garantía para que una comunidad débil como la nuestra pueda realizar esa misión. Ante todo, la presencia y la ayuda del mismo Señor Resucitado, que prometió que estaría con nosotros “todos los días hasta el fin del mundo” (antífona de comunión, tomada del evangelio de Mateo) y que, como dice el prefacio I de la Ascensión, “no se ha ido para desentenderse de este mundo”. La Ascensión no es noticia de una “ausencia”, sino de una “presencia misteriosa e invisible”, más real incluso que la física o geográfica que tenía Jesús antes de su Pascua.

Además, hay otro protagonista, también invisible, que acompaña esta tarea de la Iglesia, el Espíritu, a quien Jesús ha prometido como “fuerza de lo alto”, y cuya venida sobre la Iglesia celebraremos de un modo especial el domingo que viene. Un prefacio de la Ascensión afirma que Jesús “ahora intercede por nosotros, como mediador que asegura la perenne efusión del Espíritu” (prefacio III).

Con alegría y esperanza

Lo importante es que cada uno de nosotros, miembros de la comunidad de Jesús y del Espíritu, realicemos esa misión, en medio de circunstancias favorables o desfavorables, en el ambiente familiar o en el profesional, con alegría y esperanza.

Con alegría, “porque la ascensión de Jesucristo es ya nuestra victoria” (oración), y porque el misterio del Cristo Resucitado ha dignificado nuestra naturaleza humana, dándole sus mejores valores: “fue elevado al cielo para hacernos compartir su divinidad” (prefacio II), y en Cristo “nuestra naturaleza humana ha sido tan extraordinariamente enaltecida que participa de tu misma gloria” (poscomunión).

Con esperanza, porque la fiesta de la Ascensión nos invita también a mirar hacia delante “y donde nos ha precedido él, que es nuestra Cabeza, esperamos llegar también nosotros como miembros de su cuerpo” (oración). No nos ha

abandonado, “sino que ha querido precedernos como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su reino” (prefacio). En la oración sobre las ofrendas pedimos a Dios “que la participación en este misterio eleve nuestro espíritu a los bienes del cielo”. Pablo, en su carta, quiere que los efesios, junto al misterio de Cristo, entiendan también “cuál es la esperanza a la que os llama”.

Lucas resume la actitud de los primeros cristianos con una expresión que puede parecer paradójica en un momento de despedida: “ellos regresaron a Jerusalén con una gran alegría”. Hoy es la fiesta de la esperanza. Es verdad que el compromiso de ser testigos de Cristo en el mundo es exigente y muchas veces comporta dificultades. Es más “cómodo” seguir las propuestas de este mundo. Pero debe prevalecer claramente la opción de la esperanza. Todos estamos incluidos en el triunfo de Cristo, aunque todavía nos queda camino por recorrer. La Virgen Madre sí, ya terminó su camino, y es la “asunta”, ascendida tras su muerte e incorporada al triunfo final de su Hijo. También en esto es ella la “primera cristiana”.

En medio, la Eucaristía

Esta comunidad que camina en tensión, entre la Ascensión y la Vuelta de Jesús, concentra su vivencia de fe en la Eucaristía: “cada vez que coméis... proclamáis la muerte del Señor hasta que vuelva” (1Co 11,26). En cada Eucaristía recordamos la Pascua primera de Cristo, hace dos mil años. Anticipamos ya la Pascua final, definitiva, al final de la historia. Y mientras tanto, nos alimentamos con la Palabra y el Cuerpo y Sangre del Señor.

Esta Eucaristía en la que alabamos a Dios Padre por el triunfo de su Hijo, es también la mesa en la que participamos del Cuerpo y Sangre de ese Cristo que ha vencido a la muerte y nos comunica cada vez su vida de Resucitado como garantía y prenda de nuestra futura resurrección y vida plena.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

– I –

A los cincuenta días, el Espíritu

“Pentecostés”, en griego, significa “día quincuagésimo”. El 50 es un número que ya los judíos tenían asimilado desde hace siglos como símbolo de plenitud: una semana de semanas, siete por siete más uno. Es cuando celebran la alianza que sellaron con Yahvé en el monte Sinaí, guiados por Moisés, a los cincuenta días de su salida de Egipto.

Los cristianos celebramos en esta cincuentena, después de la Pascua-Resurrección de Jesús, su donación del Espíritu a la comunidad apostólica precisamente a los cincuenta días.

Esta fiesta tiene textos propios para la Eucaristía que se celebra la tarde anterior. Eucaristía vespertina que se puede también prolongar a modo Vigilia, al modo de la Vigilia Pascual, reunida la comunidad en oración como lo estuvo la primera con la Virgen y los Apóstoles. Además, esta fiesta posee también una Secuencia, “Veni, Sancte Spiritus”, atribuida al arzobispo inglés Langton en el siglo XIII.

Una Vigilia rica en textos bíblicos

Las lecturas bíblicas de la Vigilia nos presentan una visión muy rica de la misión del Espíritu. *La primera* se puede elegir de entre las cuatro del AT

que ofrece el Leccionario, que preparan y completan, a veces por contraste, lo que nos van a decir las lecturas del NT y el evangelio:

* Gn 11, 1-9: Babel y la dispersión de las lenguas: mientras que el Espíritu, en Pentecostés, a partir de las muchas lenguas, obra la unidad,

* Ex 19,3-8a.16-20b: Dios se manifiesta a Moisés en el monte en medio de truenos, sonido de trompetas y fuego: lenguaje que Lucas emplea para describir la irrupción del Espíritu en la primera comunidad,

* Ez 37,1-4: la visión de Ezequiel sobre los huesos secos que reciben el Espíritu de Dios y reviven: al Espíritu le llamamos en el Credo “Señor y dador de vida”,

* Jl 3,1-6: Joel anuncia que el Espíritu será derramado y profetizarán mayores y jóvenes: esta es la explicación que da Pedro, en la mañana de Pentecostés, ante la evidencia de los carismas del Espíritu.

El *salmo* nos hace repetir la antífona: “Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra”.

Ya en el NT, *Pablo* (Rm 8,22-27) habla de “los dolores de parto” de la humanidad y el papel del Espíritu, quien intercede por nosotros con gemidos inefables. En el *evangelio* (Jn 7,37-39) Jesús promete a los suyos que les enviará su Espíritu con la expresiva comparación de los “torrentes de agua viva” que brotarán dentro del creyente.

Es interesante la perspectiva. Pero nosotros aquí nos vamos a limitar a la reflexión y comentario de la misa del día.

Hechos 2, 1-11. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar

La página de hoy es continuación de la que leíamos el domingo pasado, con el episodio de la Ascensión, y nos narra el gran acontecimiento que supuso para la primera comunidad la venida del Espíritu.

Lo describe Lucas con el lenguaje de la teofanía del Sinaí: estando todos reunidos, bajó sobre ellos el Espíritu, con viento recio y ruido y lenguas de fuego. El primer efecto del don del Espíritu es que empezaron a hablar en

lenguas y, además, cada uno de los oyentes, que en aquellos días eran muy numerosos en Jerusalén, les oía hablar en su propia lengua.

El *salmo* es de alabanza y entusiasmo: “bendice, alma mía, al Señor... Dios mío, qué grande eres... gloria a Dios para siempre”. Como antífona se nos hace repetir una frase con clara visión del NT: “envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra”. No es de extrañar que sea este el mismo salmo que en la Vigilia Pascual cantamos después de la lectura de la creación en el Génesis: el Espíritu, que ya aleteaba sobre las aguas primordiales, “renueva ahora la faz de la tierra” con la Pascua de Cristo.

1 Corintios 12,3b-7.12-13. *Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo*

Una lectura que se puede elegir hoy, como segunda, es la 1ª carta a los Corintios, en el capítulo en que describe los dones y carismas tan variados que hay en una comunidad, sobre todo en una comunidad de Grecia, famosa por su sabiduría. Pablo atribuye todos estos dones al único Espíritu, que es el que tiene que mantener unida a la comunidad. Todos formamos un solo cuerpo en Cristo, hemos sido bautizados en el mismo Espíritu y, por tanto, la diversidad de dones no tiene que romper la unidad.

(o bien) **Romanos 8, 8-17.** *Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios*

Hay otra segunda lectura posible para el ciclo C. Escribiendo esta vez a los cristianos de Roma, Pablo subraya, en una página muy densa de contenido, cuáles son las consecuencias de que un cristiano esté lleno de Espíritu: tiene que vivir conforme a ese Espíritu y no conforme a la carne, o sea, a los criterios humanos. A este capítulo 8 de la carta a los Romanos se le podría titular “la vida del cristiano en el Espíritu”.

El Espíritu es además el que nos hace decir desde el fondo de nuestro ser la palabra clave: “Abbá, Padre”, porque él es quien nos hizo hijos de Dios en nuestro bautismo. Hijos, herederos, coherederos y, por tanto, personas que viven conforme al Espíritu.

Juan 20, 19-23. *Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo.*

Antes del evangelio recitamos o cantamos la Secuencia de este día, “Veni, Sancte Spiritus”, una antigua composición poética que es una oración muy sentida dirigida al Espíritu Santo: “ven, Espíritu divino... don en tus dones espléndido... dulce huésped del alma... riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo... danos tu gozo eterno”.

El primer evangelio posible, el más adecuado para hoy, es el de la aparición de Jesús a sus discípulos la tarde del primer “domingo” cristiano, el mismo día de la resurrección del Señor. Para Juan, la donación del Espíritu no parece haber tenido lugar a los cincuenta días de la resurrección del Señor, sino el mismo día de la Pascua, poniendo de relieve, por tanto, la unidad de todo el misterio de la glorificación del Señor y el envío de su Espíritu.

Después del saludo, “paz a vosotros”, que llena de alegría al grupo de discípulos, Jesús les envía como él había sido enviado por el Padre, y para que puedan cumplir esta misión les da su mejor ayuda: “recibid el Espíritu Santo”. En concreto, esta misión va a ser ante todo la reconciliación: “a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados...”.

(o bien) **Juan 14, 15-16.23b-26.** *El Espíritu Santo os lo enseñará todo*

Para el ciclo C hay también la alternativa de este otro evangelio, tomado de las palabras de Jesús en la última cena y muy parecido al evangelio del domingo VI de Pascua.

Jesús les pide que le amen, y que demuestren ese amor guardando su Palabra, porque es Palabra que él ha escuchado antes al Padre. Les promete que el Padre enviará sobre ellos al Espíritu Santo, a quien llama “Defensor”, o sea, Abogado, en griego “Paráclito”. El Espíritu les enseñará todo y les recordará lo que él les ha dicho.

El don pascual del Resucitado: su Espíritu

El centro de los textos es, naturalmente, el acontecimiento de Pentecostés. La primera comunidad recibe de su Señor, como se lo había prometido, el mejor Don: su Espíritu Santo, plenitud y complemento de la Pascua. El mismo que resucitó a Jesús es el que ahora despierta, vivifica y resucita a la comunidad y la llena de insospechada valentía para la misión que tiene encomendada. El Espíritu obra así: llena por dentro y lanza hacia fuera: “se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar”.

Es entusiasta el lenguaje del prefacio de hoy agradeciendo a Dios Padre esta donación de su Espíritu. a) El Espíritu es la plenitud de la Pascua: “para llevar a plenitud el misterio pascual, enviaste hoy el Espíritu Santo sobre los que habías adoptado como hijos tuyos por su participación en Cristo”. b) El Espíritu es quien anima y da vida a la comunidad: “Aquel mismo Espíritu que, desde el comienzo, fue el alma de la Iglesia naciente”, o como dice la oración colecta: “por el misterio de Pentecostés santificas a tu Iglesia extendida por todas las naciones”. c) También es quien actúa, con una proyección misionera y universal, el proyecto de salvación: “el Espíritu que infundió el conocimiento de Dios a todos los pueblos, que congregó en la confesión de una misma fe a los que el pecado había dividido en diversidad de lenguas”.

El Espíritu sigue actuando hoy

En la oración colecta le pedimos a Dios: “no dejes de realizar hoy, en el corazón de tus fieles, aquellas mismas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación evangélica”. En efecto, lo que ha hecho el Espíritu en la historia (“in illo tempore”) lo sigue haciendo hoy (“hodie”) en el mundo, en la Iglesia y en cada uno de nosotros:

* él sigue siendo el alma de la Iglesia y llenándola de sus dones, más todavía que en la comunidad de Corinto: el Concilio, el Jubileo y tantos otros

acontecimientos eclesiales, universales o diocesanos, son en verdad señales del protagonismo del Espíritu en la animación de su comunidad;

* es él quien hace florecer tantas comunidades cristianas llenas de fuerza, y anima tantos movimientos y renueva a su Iglesia en tantos aspectos,

* el Espíritu de la verdad sigue influyendo para que se esté renovando en profundidad la teología, la comprensión del misterio de Cristo,

* él sigue inspirando nuestra oración y guiando a la Iglesia a renovar la celebración litúrgica, la oración personal y un conocimiento más espiritual y profundo de la Palabra de Dios,

* él, el Espíritu del amor, suscita y sostiene tantos ejemplos de amor, sacrificio y compromiso de los cristianos en el mundo, a veces hasta el martirio, en defensa de la justicia o de la vida o de la verdad,

* él, que en Pentecostés unió a los que “hablaban en lenguas diferentes”, es el que promueve también hoy iniciativas de unidad interna y ecuménica, en línea con la carta a los Corintios...

También hoy, a principios del siglo XXI, tenemos motivos cada vez más claros para renovar nuestra profesión de fe: “Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida”.

Dejarnos transformar por el Espíritu del Resucitado

Debemos alegrarnos de este Don de Dios, plenitud de la Pascua. En nuestra oración solemos pedir a Dios paz, justicia, salud, libertad, buenas cosechas del campo, éxito en nuestras empresas. Y Dios nos da... su Espíritu, que es lo mejor, el que nos da la verdadera paz y libertad y éxito.

El que ha sido lleno del Espíritu, ya desde el Bautismo, tiene que vivir, como ha dicho Pablo (lectura de Romanos), según el Espíritu y no según la carne. Pablo contrapone los criterios y la fuerza de Dios, por una parte –vivir en el Espíritu– y los criterios y los recursos meramente humanos, por otra –vivir según la carne–. Si vivimos conforme a la carne, vamos directos a la muerte. Si según el Espíritu, a la vida.

Para Pablo una de las consecuencias de vivir según el Espíritu es que somos

hijos y que nos sentimos libres, como miembros de la familia de Dios. Es el Espíritu quien nos hace decir –el texto dice que nos hace gritar– “Abbá, Padre”. Porque “los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios”.

Si tenemos dudas de que sea posible vivir conforme a la mentalidad divina en este mundo, Pablo se atreve a hacer una afirmación fundamental para los que hemos celebrado la Pascua de Cristo durante siete semanas: “el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos... vivificará también vuestros cuerpos mortales”. La misma mano poderosa de Dios que sacó a Jesús de entre los muertos puede hacer que también nuestra persona, o nuestra comunidad, a pesar de ser débil y pecadora, sea transformada en luz y gracia.

Ya sería un buen fruto de nuestras siete semanas de Pascua si de ellas saliéramos con esta convicción, de que somos hijos en la familia de Dios, y dijéramos en verdad, aunque sea una sola vez al día, movidos desde dentro por el Espíritu, “Abbá, Padre”. Se tendría que llenar de alegría todo nuestro ser y sentirnos estimulados a vivir un estilo de vida según el plan de Dios.

Una Eucaristía siempre “pentecostal”

El Espíritu es quien actúa cada vez en los Sacramentos, como ha hecho ver de modo más claro el Catecismo de la Iglesia Católica (cf. CCE 1091ss). En las lecturas de hoy se nombra explícitamente al Espíritu en relación con el Bautismo (carta a los Corintios) y a la Penitencia (evangelio de Jn 20).

De modo particular en la Eucaristía invocamos su venida dos veces: sobre los dones del pan y del vino, para que él los transforme en el Cuerpo y Sangre del Resucitado; y luego sobre la comunidad que va a participar de estos dones, para que también ella quede transformada en el Cuerpo único y sin división de Cristo Jesús. Esta segunda invocación es claramente “pentecostal”: lo que sucedió a aquella primera comunidad cuando bajó sobre ella la fuerza del Espíritu es lo que tendría que suceder a cada una de las nuestras cuando participa de la Eucaristía.

EL TIEMPO ORDINARIO

Como introducción breve sobre lo que significa el Tiempo Ordinario en el conjunto del Año Cristiano, cf. la que resumimos en

J. ALDAZÁBAL, *Enséñame tus caminos. 4. Semanas 1-9* (=Dossiers CPL 72) 3ª edic. 2002, 264 págs., págs. 7-10. (en los números 5 y 6 de la serie, se comentan las ferias de las restantes semanas).

Cf. además:

C. URTASUN, *Las oraciones del Misal. Escuela de espiritualidad de la Iglesia* (=Biblioteca Litúrgica 5) CPL, Barcelona 1995, 780 págs.

J. D. GAITÁN, *La celebración del tiempo ordinario* (=Biblioteca Litúrgica 2) CPL, Barcelona 1994, 102 págs.; en pp. 41-52 comenta el leccionario dominical.

La mayor parte del año

Los domingos del Tiempo ordinario, que son la mayoría del año (33 o 34 semanas), se celebran en una primera serie antes de la Cuaresma, y otra, más larga, después del Tiempo Pascual. La primera serie la celebramos entre la Navidad y la Cuaresma, en un número variable de domingos, que depende de si la Pascua coincide en los primeros o en los últimos días del margen astronómico que tiene (desde el 23 de marzo hasta el 25 de abril).

De estos domingos del Tiempo Ordinario, algunos han sido “ocupados” por fiestas del Señor, como el Bautismo del Señor, o la Trinidad o el Corpus, o el último, el que hace número 34, que es siempre la solemnidad de Cristo Rey del Universo.

Para las celebraciones que ocurren en el Tiempo Ordinario y que, o por ser “fiestas” del Señor o “solemnidades”, sustituyen a la celebración de un

domingo (Presentación del Señor, Juan Bautista, Pedro y Pablo, Santiago Apóstol, Fieles Difuntos...), cf. J. Aldazábal, *Enséñame tus caminos. 7. Los Santos con lecturas propias* (=Dossiers CPL 80) 2ª edic. 1999, 184 págs.

Aquí, después de toda la serie de domingos, ofrecemos el comentario de las cuatro solemnidades que no están en el Dossier 80 recién citado: la Trinidad, el Corpus, la Asunción y Todos los Santos.

El Leccionario dominical del Tiempo ordinario

Las lecturas bíblicas de estos domingos nos presentan, cada año según el propio evangelista, lo que llamamos la “vida pública” de Jesús. Su infancia la escuchamos en el Adviento y la Navidad, y su pasión, muerte y resurrección, en el tiempo de Cuaresma y Pascua.

Los *evangelios* son una lectura semi-continua, este año de Lucas, a partir del domingo 3, porque en el domingo 2 todavía se escucha un pasaje de Juan, como eco a la manifestación navideña.

Tienen mucha relación con estos evangelios las lecturas del *Antiguo Testamento*, que cumplen así el papel de preparación del pasaje evangélico del día. Así se pone de manifiesto que el AT ya contiene y anuncia lo que en Cristo Jesús es la plenitud de la revelación. No hacemos, pues, una lectura continua de los varios libros del AT, como sucede en el Leccionario ferial, sino una lectura “temática”, en correspondencia con el evangelio del domingo. Los “títulos” de ambas lecturas ponen de manifiesto la relación que guardan entre ellas.

Las *segundas lecturas* van por su cuenta, con una lectura semi-continua de algunos libros del NT, sobre todo cartas de Pablo. Como la primera Carta a los Corintios es muy larga, se ha repartido entre los tres ciclos. Lo mismo sucede con la carta a los Hebreos, que se lee a medias entre el ciclo B y el C.

DOMINGOS DEL TIEMPO ORDINARIO CICLO C

Domingo 2

Is 62, 1-5 La alegría que encuentra el esposo con su esposa,
la encontrará tu Dios contigo

1Co 12,4-11 El mismo y único Espíritu reparte a cada uno,
como a él le parece

Jn 2,1-11 En Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos

Domingo 3

Ne 8,2-4a.5-6.8-10 Leyerón el libro de la Ley, explicando su sentido
1Co 12,12-30 Vosotros sois el cuerpo de Cristo y cada uno
es un miembro

Lc 1,1-4; 4, 14-21 Hoy se cumple esta Escritura

Domingo 4

Jr 1,4-5.17-19 Te nombré profeta de los gentiles
1Co 12,31 – 13,13 Quedan la fe, la esperanza, el amor:
la más grande es el amor

Lc 4,21-30 Jesús, como Elías y Eliseo, no es enviado sólo a los judíos

Domingo 5

Is 6,1-2a.3-8 Aquí estoy, mándame
1Co 15, 1-11 Esto es lo que predicamos, esto es lo que habéis creído
Lc 5,1-11 Dejándolo todo, lo siguieron

Domingo 6

Jr 17,5-8 Maldito quien confía en el hombre; bendito quien
confía en el Señor

1Cor 15,12.16-20 Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido
Lc 6, 17. 20-26 Dichosos los pobres; ¡ay de vosotros, los ricos!

Domingo 7

1S 26, 2.7-9.12-13.22-23 El Señor te puso hoy en mis manos, pero yo
no quise atentar contra tí
1Co 15,45-49 Somos imagen del hombre terreno,
seremos también imagen del hombre celestial
Lc 6, 27-38 Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo

Domingo 8

Si 27,4-7 No alabes a nadie antes de que razone
1Co 15,54-58 Nos da la victoria por Jesucristo
Lc 6, 39-45 Lo que rebosa del corazón, lo habla la boca

Domingo 9

1R 8, 41-43 Cuando venga un extranjero, escúchalo
Ga 1,1-2.6-10 Si siguiera todavía agradando a los hombres,
no sería siervo de Cristo
Lc 7, 1-10 Ni en Israel he encontrado tanta fe

Domingo 10

1R 17,17-24 Mira, tu hijo está vivo
Ga 1,11-19 Reveló a su Hijo en mí, para que yo lo **anunciara a los gentiles**
Lc 7,11-17 ¡Muchacho, a tí te lo digo, levántate!

Domingo 11

2S 12,7-10.13 El Señor perdona ya tu pecado. No morirás
Ga 2,16.19-21 Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí
Lc 7,36 – 8,3 Sus muchos pecados están perdonados, porque tiene
mucho amor

Domingo 12

Za 12,10-11; 13,1 Mirarán al que atravesaron
Ga 3,26-29 Los que habéis sido bautizados os habéis revestido de Cristo
Lc 9, 18-24 Tú eres el Mesías de Dios. El Hijo del Hombre tiene
que padecer mucho

Domingo 13

1R 19, 16b.19-21 Eliseo se levantó y marchó tras Elías
Ga 5,1.13-18 Vuestra vocación es la libertad
Lc 9, 51-62 Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. **Te seguiré**
adonde vayas

Domingo 14

Is 66,10-14c Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz
Ga 6,14-18 Yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús
Lc 10,1-12.17-20 Descansará sobre ellos vuestra paz

Domingo 15

Dt 30,10-14 El mandamiento está muy cerca de tí: cumplo
Col 1,15-20 Todo fue creado por él y para él
Lc 10,25-37 ¿Quién es mi prójimo?

Domingo 16

Gn 18,1-10a Señor, no pases de largo junto a tu siervo
Col 1,24-28 El misterio escondido desde siglos,
revelado ahora a su pueblo santo
Lc 10,38-42 Marta lo recibió en su casa. **María ha escogido la parte mejor**

Domingo 17

Gn 18, 20-32 No se enfade mi Señor, si sigo hablando
Col 2, 12-14 Os dio vida en Cristo, perdonándoos todos los pecados
Lc 11,1-13 Pedid y se os dará

Domingo 18

Qo 1,2; 2,21-23 ¿Qué saca el hombre de todos los trabajos?
Col 3,1-5.9-11 Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo
Lc 12,13-21 Lo que has acumulado, ¿de quién será?

Domingo 19

Sb 18,6-9 Con una misma acción castigabas a los enemigos
y nos honrabas llamándonos a tí
Hb 11,1-2.8-19 Esperaba la ciudad cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios
Lc 12,32-48 Estad preparados

Domingo 20

Jr 38,4-6.8-10 Me engendraste hombre de pleitos para todo el país
Hb 12,1-4 Corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos
Lc 12, 49-53 No he venido a traer paz, sino división

Domingo 21

Is 66,18-21 De todos los países traerán a todos vuestros hermanos
Hb 12,4-7.11-13 El Señor reprende a los que ama
Lc 13,22-30 Vendrán de Oriente y Occidente y se sentarán
a la mesa en el Reino de Dios

<i>Domingo 22</i>	
Si 3,17-18.20.28-29	Hazte pequeño y alcanzarás el favor de Dios
Hb 12,18-19.22-24a	Os habéis acercado al monte Sión, ciudad del Dios vivo
Lc 14,1.7-14	Todo el que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido
<i>Domingo 23</i>	
Sb 9,13-18	¿Quién comprende lo que Dios quiere?
Fln 9b-10.12-17	Recíbelo no como esclavo, sino como hermano querido
Lc 14,25-33	El que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío
<i>Domingo 24</i>	
Ex 32,7-11.13-14	El Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado
1Tm 1,12-17	Cristo vino para salvar a los pecadores
Lc 15,1-32	Habría alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta
<i>Domingo 25</i>	
Am 8,4-7	Contra los que compran por dinero al pobre
1Tm 2,1-8	Que se hagan oraciones por todos los hombres a Dios, que quiere que todos se salven
Lc 16,1-13	No podéis servir a Dios y al dinero
<i>Domingo 26</i>	
Am 6,1a.4-7	Los disolutos encabezarán la cuerda de cautivos
1Tm 6,11-16	Guarda el mandamiento, hasta la manifestación del Señor
Lc 16,19-31	Recibiste bienes y Lázaro males; por eso él encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces
<i>Domingo 27</i>	
Ha 1,2-3; 2,2-4	El justo vivirá por su fe
2Tm 1, 6-8.13-14	No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor
Lc 17,5-10	¡Si tuvierais fe...!
<i>Domingo 28</i>	
2R 5,14-17	Volvió Naamán a Eliseo y alabó al Señor
2Tm 2,8-13	Si perseveramos, reinaremos con Cristo
Lc 17,11-19	¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?

<i>Domingo 29</i>	
Ex 17,8-13	Mientras Moisés tenía en alto la mano, vencía Israel
2Tm 3,14 – 4,2	El hombre de Dios estará perfectamente equipado para toda obra buena
Lc 18,1-8	Dios hará justicia a sus elegidos, que le gritan
<i>Domingo 30</i>	
Si 35, 15b-17.20-22a	Los gritos del pobre atraviesan las nubes
2Tm 4,6-8.16-18	Ahora me aguarda la corona merecida
Lc 18,9-14	El publicano bajó a su casa justificado; el fariseo, no
<i>Domingo 31</i>	
Sb 11,23 –12,2	Te compadeces, Señor, de todos, porque amas a todos los seres
2Ts 1,11 - 2,2	Que Jesús sea glorificado en vosotros y vosotros en él
Lc 19,1-10	El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido
<i>Domingo 32</i>	
2M 7, 1-2.9-14	El rey del universo nos resucitará para una vida eterna
2Ts 2,16 – 3,5	El Señor os dé fuerza para toda clase de palabras y de obras buenas
Lc 20,27-38	No es un Dios de muertos, sino de vivos
<i>Domingo 33</i>	
Ml 3, 19-20a	Os iluminará un sol de justicia
2Ts 3,7-12	El que no trabaja, que no coma
Lc 21,5-19	Con vuestra perseverancia, salvaréis vuestras almas
<i>Domingo 34: Jesucristo, Rey del Universo</i>	
2S 5,1-3	Ungieron a David como rey de Israel
Col 1,12-20	Nos ha trasladado al reino de su Hijo querido
Lc 23,35-43	Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino
<i>Santísima Trinidad</i>	
Pr 8, 22-31	Antes de comenzar la tierra, la sabiduría fue engendrada
Rm 5,1-5	A Dios, por medio de Cristo, en el amor derramado con el Espíritu
Jn 16, 12-15	Todo lo que tiene el Padre es mío. El Espíritu tomará de lo mío y os lo anunciará

Cuerpo y Sangre de Cristo

- Gn 14,18-20 Melquisedec ofreció pan y vino
 1Co 11,23-26 Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor
 Lc 9, 11b-17 Comieron todos y se saciaron

Asunción de Nuestra Señora (15 agosto)

- Ap 11,19a; 12,1-6a.10ab Una mujer vestida de sol, la luna por pedestal
 1Co 15,20-26 Primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo
 Lc 1,39-56 El Poderoso ha hecho obras grandes por mí; enaltece a los humildes

Festividad de Todos los Santos (1 de noviembre)

- Ap 7,2-4.9-14 Apareció en la visión una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua
 1Jn 3,1-3 Veremos a Dios tal cual es
 Mt 5,1-12a Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo

DOMINGO 2 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Un domingo de transición

Acabamos de salir de las fiestas navideñas y entramos en el Tiempo Ordinario, la vida “normal”, también en el ámbito eclesial.

El domingo primero coincide siempre con la solemnidad del Bautismo del Señor. Por eso entramos en la serie de domingos con el segundo, mientras que los días feriales anteriores sí son de la semana primera del Tiempo Ordinario.

Hoy todavía no iniciamos la lectura de Lucas, porque escuchamos la escena de las bodas de Caná tal como la cuenta Juan, que es una prolongación de las “manifestaciones” del tiempo de Navidad.

Isaías 62, 1-5. *La alegría que encuentra el esposo con su esposa, la encontrará tu Dios contigo*

El “tercer Isaías” anuncia palabras de gran consuelo. El pueblo, que está en el destierro, tiene cerca la salvación: va a “romper la aurora de su justicia y su salvación va a llamear como antorcha”.

El profeta asume una comparación muy utilizada por otros profetas: Yahvé es el esposo, y el pueblo de Israel, la esposa. Después de un período en que se la podía llamar en verdad “abandonada” y “devastada”, ahora se acerca

el día en que se la conocerá como la “favorita” y la “desposada”. Dios sigue siendo Esposo fiel: “Dios te prefiere a ti... como un joven se casa con su novia así se desposa el que te construyó”.

Esta lectura nos prepara para entender en perspectiva de historia de salvación la escena de las bodas de Caná.

El *salmo* hace eco a la primera lectura con sentimientos de alegría y alabanza: “contad las maravillas del Señor a todas las naciones”, “proclamad su victoria... decid a los pueblos: el Señor es rey y él gobierna a los pueblos rectamente”.

1 Corintios 12, 4-11. *El mismo y único Espíritu reparte a cada uno, como a él le parece*

Durante siete domingos leeremos como segunda lectura la última parte de la 1 Corintios: los capítulos anteriores se leen en los ciclos A y B.

Los de este año son los capítulos más “prácticos”: Pablo responde a consultas que le han hecho o da consignas por su cuenta a los Corintios. La comunidad de Corinto, ciudad muy viva de Grecia, con problemas sociales (ricos y pobres) y morales (la corrupción y el desenfreno reinantes), la había fundado Pablo en su larga estancia de los años 51-52. Les escribió esta carta pocos años después, tal vez el 56 o 57, desde Éfeso.

Uno de los problemas que se ve que agitaban un tanto la comunidad de Corinto era la diversidad de carismas y dones que se daban en ella: sabiduría e inteligencia, don de milagros y de profecías, don de lenguas y de interpretación. Toda la carta refleja una cierta ironía por parte de Pablo. Él es judío, mientras que los corintios son griegos, sabios, entendidos en todo.

Para Pablo lo principal es que esos dones tan ricos no destruyan la unidad: “un mismo Espíritu, un mismo Señor, un mismo Dios”. Todos los carismas deben ser “para el bien común”.

Juan 2, 1-11. *En Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos*

La milagrosa conversión del agua en vino, en las bodas de Caná, es el primer “signo” que hace Jesús, a instancias de su Madre. Es una escena que podría tener diversas interpretaciones, como por ejemplo la intercesión materna de María y la dignidad del matrimonio. Aquí, todavía en ambiente navideño, la intención fundamental no puede ser otra que la “cristológica”: “Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria y creció la fe de sus discípulos en él”.

Además, está el símbolo del vino bueno al final: después del AT, ahora ha llegado la plenitud del Nuevo, Jesús, que es el Vino bueno que Dios envía a la humanidad.

– II –

Los carismas son para bien de la comunidad

Pablo, durante varios domingos, nos va a ir dando también a nosotros consignas muy válidas y actuales para la vida de nuestras comunidades: para las diócesis y las parroquias, y también para la comunidades religiosas y para las familias cristianas, que son una Iglesia en pequeño.

La comunidad de Corinto era muy rica en valores, pero también presentaba problemas que en parte se explican por su carácter de recién convertidos del paganismo. Hoy, Pablo afronta el tema de los “carismas”, o sea, aquellos dones y cualidades que una persona ha recibido del Espíritu, no para beneficio propio, sino para edificación de la comunidad. Pablo quiere que todos miren al bien de la comunidad, no al suyo propio; y aporten su contribución a la marcha ordenada del conjunto.

Tal vez ahora no tengamos tantos carismas relativos al don de lenguas o profecías o de milagros, como él nombra. Pero la lección sigue siendo válida. En una comunidad cristiana hay diversos servicios y ministerios, que deben realizarse a favor de todos: unos pertenecen al campo de la autoridad, guía y animación, otros al servicio de la caridad y la fraternidad, o al cuidado de lo económico, o al ámbito de la evangelización y catequesis, o a la pastoral

sanitaria, o a los diversos ministerios para ayudar a la comunidad a celebrar mejor. El Espíritu sigue despertando también hoy carismas y cualidades para que la comunidad realice mejor su propia identidad y su misión cara afuera.

Todos podemos tener la tentación de aprovechar para nosotros mismos los dones que hemos recibido, de autoridad, inteligencia, cultura. Pero es a la comunidad a la que deben servir claramente. Pablo nos da esta consigna: esa riqueza y corresponsabilidad compartida por ministros y laicos, por mayores y jóvenes, por hombres y mujeres, debe tener un punto de referencia, la unidad que nos viene del Dios Trino: un solo Señor (Cristo), un solo Dios (Padre), un solo Espíritu.

La boda, el vino, la alegría

Es fácil de entender la metáfora que tantas veces aparece, tanto en el AT como en el NT, del amor sponsal y de las bodas para expresar el amor que Dios tiene a Israel o Cristo a su Iglesia y, a la vez, cómo tenemos que corresponder nosotros a ese amor. Dios no se cansa de amar. Cristo no se cansa de amar. A pesar de las infidelidades de Israel y las nuestras.

Nada más salir de la Navidad, donde la Encarnación del Hijo de Dios en nuestra naturaleza es lo más parecido al matrimonio entre Dios y la humanidad, tanto Isaías como la escena de Caná insisten en la perspectiva.

Isaías describe el amor de Dios a Israel como la del novio o del esposo que encuentra su alegría en su esposa predilecta. Es una convicción que da sentido a nuestra existencia: Dios nos ama con un amor comparable al del esposo para con su esposa.

En el evangelio se ve la profundidad y la alegría de esta noticia: Cristo bendice con su presencia la celebración de una boda, más aún, él mismo aparece simbólicamente como el Novio o el Esposo, el Vino bueno que Dios ha preparado para los últimos tiempos.

El simbolismo de toda la escena, sobre todo conociendo la intención que suele tener Juan en sus relatos, apunta a que ha llegado ya la hora mesiánica, la hora del Esposo que cumple las promesas del AT. El signo milagroso de Caná

expresa el “sí” de Cristo al amor, a la fiesta, a la alegría de aquellas familias sencillas de pueblo. Pero también quiere mostrar cómo el “vino bueno” ha llegado al final de los tiempos de espera, y que ya ha sonado la hora del Enviado de Dios. Vino, amor, alegría, fiesta: el Reino que Cristo ha venido a anunciar e inaugurar, es un Reino de valores positivos y de fiesta.

Ojalá todos los matrimonios cristianos, también los que puedan experimentar que se les está acabando el “vino” del amor o de la ilusión, reciban hoy un impulso animador por parte de ese Jesús que no sólo asiste a la fiesta de bodas, sino que sabe convertir el agua en buen vino, también para los matrimonios de ahora. Ojalá asimismo sepamos recurrir a la delicada intercesión de María, la Madre de Jesús y nuestra, que se preocupa de ayudarnos en los momentos en que falta vino.

Tenemos Vino bueno para todo el año

A lo largo del año, con su Palabra y su Eucaristía, Cristo Jesús va a ser nuestro alimento e irá convirtiendo en fiesta y vino bueno nuestra existencia. Cada domingo—bastantes cristianos, cada día—nos reunimos a escuchar la Palabra y a participar de ese Pan y ese Vino, que es el mismo Resucitado que se nos da como alimento. Para que no falte nunca alegría ni fiesta en nuestro camino, a pesar de las dificultades que nos puedan salir al paso.

Además, deberíamos asumir el compromiso de trabajar para que a nadie le falte el vino del amor y de la felicidad y de la amistad. Como María, siempre atenta y servicial, con exquisita femineidad y discreción, saca del apuro a los novios de Caná, nosotros deberíamos luchar para que a nuestro alrededor no falte el amor y la serenidad, como pide la poscomunión de hoy: “alimentados con el mismo pan del cielo, permanezcamos unidos en el mismo amor”, o la paz, que es lo que pide la oración colecta: “haz que los días de nuestra vida se fundamenten en tu paz”.

DOMINGO 3 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Un año con Lucas

Hoy empezamos a leer el evangelio de Lucas, que nos acompañará, como faro y guía de nuestro camino cristiano, hasta el fin del año. Tal vez valdrá la pena que leamos la página en la que, al comienzo de este mismo libro, presentábamos las características de este evangelista, para que tengamos una cierta clave para irle interpretando y sacar así más provecho de su lectura. O alguna presentación más detenida de este evangelio.

Nehemías 8, 2-4a.5-6.8-10. *Leyeron el libro de la Ley, explicando su sentido*

Nehemías fue un judío que llegó a ocupar el importante cargo de copero mayor en la corte de los reyes persas. Se quedó en Babilonia cuando empezaron a retornar a Jerusalén las primeras caravanas de repatriados. Pero pronto llegaron noticias no muy satisfactorias desde Jerusalén: la reconstrucción del pueblo no era tan eficaz como se había previsto. Entonces Nehemías pide permiso para volver y, juntamente con el sacerdote Esdras, emprenden la gran obra de la restauración social y religiosa.

Entre otras cosas, organizan una jornada memorable en Jerusalén –hoy leemos un resumen de la misma: en el libro de Nehemías ocupa tres capítulos–, con la lectura pública y solemne de la Palabra de Dios, que ya tenían casi olvidada, y la fiesta consiguiente, con alegría de todos.

El *salmo* está elegido para resaltar el valor que para los creyentes tiene la Palabra, haciendo eco a la gran asamblea de los repatriados y adelantando la lectura y explicación que Jesús va a hacer en su pueblo de la Palabra de Dios: “tus palabras, Señor, son espíritu y vida”, “los mandatos del Señor alegran el corazón”.

1 Corintios 12,12-30. *Vosotros sois el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro*

En su carta a los Corintios, que empezamos a leer el domingo pasado, Pablo, después de dar la consigna de la unidad en medio de tantos dones y carismas que parecen enriquecer a aquella comunidad, les presenta una argumentación para asegurar este criterio de unidad: la comparación con el cuerpo humano.

La riqueza de funciones diversas que hay en nuestro cuerpo se conjuga con su unidad orgánica interior: todos los miembros trabajan para bien del conjunto. Así, en la comunidad cristiana, formada por personas de toda lengua y nación, y con diversidad de carismas y ministerios, debemos sentirnos unidos a Cristo y bautizados en el mismo Espíritu, como un único Cuerpo, el Cuerpo de Cristo.

Lucas 1,1-4; 4, 14-21. *Hoy se cumple esta Escritura*

Empezamos la lectura de Lucas. Hoy leemos el prólogo de todo el libro, sus cuatro primeros versículos y, saltándonos tres capítulos que pertenecen a los evangelios de la infancia, pasamos ya al cuarto, donde Lucas empieza el relato del ministerio de Jesús en Galilea, que durará hasta el domingo 12, donde escucharemos la programática decisión de Jesús de “subir a Jerusalén”.

En el prólogo, nos describe Lucas el método que siguió para escribir este evangelio, a partir de los testigos y la tradición viva “de los hechos que se han verificado entre nosotros”. Su evangelio no es un mito: es historia. Aunque sea historia religiosa, con un mensaje concreto, pero se sitúa en la historia, y quiere ser creíble, por los testimonios y el orden del relato.

El ministerio de Jesús en Galilea empieza con una escena que podemos

llamar programática: su primera predicación en la sinagoga de su pueblo, Nazaret, en la que empieza a afirmar que “hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”. Lo que anunciaba Isaías se empieza a hacer realidad en ese Jesús de Nazaret que inicia su ministerio mesiánico.

De momento no leemos la reacción de sus paisanos. Sólo se dice que “toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él”. Lo que leeremos el domingo que viene ya es distinto.

– II –

Jesús, el Enviado de Dios, el Liberador

Desde la primera página que leemos de Lucas aparece Jesús como el Enviado de Dios, su Ungido, lleno del Espíritu. Aparece también como el que anuncia la salvación a los pobres, a los cautivos, a los ciegos, a los oprimidos.

Lucas va a ser para nosotros este año un buen guía para que sepamos ver y presentar a Jesús, también a nuestro mundo de hoy, como el salvador de los pobres. En él se cumplen a la perfección las palabras del profeta: “me ha ungido y me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres”.

En la Plegaria Eucarística IV del Misal damos gracias a Dios porque nos ha enviado a su Hijo, que “anunció la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo (o la alegría)”. Es un buen retrato de Jesús, que se irá desarrollando durante todos los domingos del año: atiende a los pobres, quiere la alegría para todos, ofrece la verdadera liberación a los que padecen alguna clase de esclavitud. En él se cumplen las promesas del AT y también los deseos e interrogantes más o menos explícitos de la Humanidad.

Haremos bien en alegrarnos nosotros mismos, porque también para nosotros es Cristo el anunciador de salvación y el liberador de nuestros males. Haremos bien en aprender de él, ya que queremos ser sus testigos en el mundo, la lección que nos da de preferencia por los pobres y de liberación de sus males a todos los que podamos.

El mensaje a favor de los pobres era ya de Yahvé en el AT. Ahora lo es de Cristo: cuando él promulgue sus “bienaventuranzas”, los primeros y preferidos serán precisamente los pobres y oprimidos de la sociedad. ¿Es esta también nuestra opción preferencial en el trato con los demás?

Los domingos, a la escuela de la Palabra

Es expresivo el paralelo entre el sacerdote Esdras, que proclama desde un estrado al pueblo la Palabra de Dios, y Jesús, que en la sinagoga de su pueblo toma en sus manos el rollo de las Escrituras, lo lee y lo comenta a sus paisanos.

La escena que nos cuenta el evangelio es un programa de lo que era la vida de Jesús y de lo que tiene que ser la nuestra. Son significativos los detalles que Lucas reúne en su relato:

- * la costumbre que tenía Jesús de ir a la sinagoga todos los sábados;
- * la invitación por parte del jefe de la sinagoga para que Jesús proclame la lectura profética; las lecturas de la ley las leían y explicaban los rabinos; las de los profetas las podían hacer los laicos si habían cumplido treinta años;
- * el pasaje que Jesús leyó aquel día es como el programa del Mesías: “el Espíritu del Señor está sobre mí... me ha enviado a dar la Buena Noticia a los pobres, la libertad a los oprimidos...”;
- * la homilía la hace el mismo Jesús, sentado (la lectura la había hecho de pie), con unas primeras palabras que son como la definición de lo que es una homilía: “hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”;
- * de momento, parece que la reacción de los presentes es de admiración.

También la primera lectura nos narra aquella gran reunión de la gente que, dividida en grupos, escucha con atención el libro de la Alianza que proclama Esdras y que los levitas van explicando. Todos se llenan de alegría, lloran de emoción y lo celebran después, por disposición del gobernador Nehemías, con comida y bebida y una gran fiesta. Es un claro caso de “nueva evangelización”, porque los que habían nacido en el destierro no tenían ninguna formación religiosa.

En ambos casos se trata de una comunidad que se reúne y escucha la Palabra de Dios, explicada en un caso por Jesús mismo, y en otro por los levitas o catequistas. Uno desearía que también ahora la comunidad cristiana se congregara con tanto entusiasmo para escuchar la Palabra, y que alguien se la explicara “de forma que todos comprendieran la lectura”.

No hace falta que cada domingo lloremos de emoción al escuchar las lecturas. Pero con la decisión (desde el año 1965) de proclamarlas en nuestra lengua, con la ayuda de los monitores, lectores y del predicador, y movidos interiormente por el Espíritu, tenemos que conseguir que la Palabra de Dios sea en verdad luz y alimento para nuestro camino.

Será poco todo lo que hagamos para que la proclamación de la Palabra sea eficaz y toque los corazones de los presentes. No leemos esos pasajes bíblicos para “enterarnos” de lo que pasó entonces, sino de lo que pasa aquí y ahora. Ese “hoy” del evangelio no se refiere sólo al día en que Jesús habló en su pueblo, sino a nuestro “hoy” de ahora: Cristo, vivo y presente, sigue salvando y liberando a los pobres y oprimidos de hoy. Lo que dice la Palabra “se cumple hoy” en nosotros.

Un Cuerpo orgánicamente unido y vivo

Es muy expresiva la comparación de una sociedad o una comunidad con el cuerpo humano. También podríamos hablar de una orquesta, o una coral, o un equipo deportivo, o una familia: en todas estas realidades hay diversidad de servicios y misiones y unidad en la finalidad común.

Pero la motivación que nos da Pablo no es sólo de eficacia social, sino teológica: si estamos unidos en la Iglesia no es por razones sociológicas o psicológicas ni por eficacia de empresa, sino porque hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, somos el Cuerpo de Cristo, y es Dios quien ha distribuido en la Iglesia los ministerios de apóstoles, profetas o maestros.

Actualmente, en nuestras comunidades, sean parroquiales o religiosas, hay un admirable reverdecir de diversos ministerios, de clérigos y de laicos, de hombres y mujeres, dentro del clima de corresponsabilidad y participación que ha impulsado el Vaticano II en los diversos campos de la vida eclesial: la doctrina, la celebración litúrgica, la caridad servicial y la dirección y autoridad.

Por eso va también para nosotros la consigna que Pablo nos da: la unidad. La diversidad, si está conjugada por Cristo y su Espíritu, no divide, sino que une y enriquece, y contribuye a la construcción de una comunidad que sea en verdad signo de Cristo en el mundo, unida y animada por el mismo Espíritu. No puede un miembro del cuerpo actuar por cuenta propia, en contra de la coordinación y del proyecto de todo el cuerpo.

Nehemías, laico, y Esdras, sacerdote, nos dan un buen ejemplo de cooperación entre todos los estamentos de una comunidad, en este caso para la “re-evangelización” del pueblo, con la explicación de la Palabra de Dios. Afortunadamente en los últimos decenios también hemos experimentado una creciente y muy provechosa participación de los laicos en las tareas comunes de la Iglesia.

DOMINGO 4 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Los profetas siempre son discutidos

Hoy seguimos leyendo en el evangelio la escena que empezamos el domingo pasado, con la primera “homilía” de Jesús en la sinagoga de su pueblo: ahora con unas reacciones no tan favorables al contenido de la misma. Por eso se prepara esa lectura con la de Jeremías en el AT, profeta discutido por demás y figura admirable de Cristo en su fidelidad, a pesar de la violenta persecución de que es objeto.

Los dos, Jeremías y Jesús, se caracterizan además por otro rasgo en común: anuncian la salvación también para los paganos.

En la carta a los Corintios llegamos a una de las páginas más bellas de Pablo: el himno a la caridad.

Jeremías 1,4-5. 17-19. *Te nombré profeta de los gentiles*

Jeremías fue un muchacho –no llegaba a veinte años cuando empezó su misión, hacia el año 627 antes de Cristo– a quien Dios sacó de la vida pacífica de su pueblo, Anatot, cerca de Jerusalén, para constituirlo en voz profética que clamara contra la corrupción de su tiempo, la pérdida de la fe y las alianzas políticas inútiles y contraproducentes que sus gobernantes buscaban, y que en definitiva les llevaron al destierro.

Hoy leemos su “vocación”: “antes de formarte en el vientre te escogí... te nombré profeta de los gentiles”. Ya le adelanta Dios que necesitará toda la ayuda divina: “no les tengas miedo... lucharán contra ti, pero no podrán, porque yo estoy contigo”.

El *salmo* subraya el tono de confianza del profeta, que no se fía de sus fuerzas, sino de la ayuda de Dios: “a ti, Señor, me acojo... sálvame... sé tú mi roca de refugio... tú, Dios mío, fuiste mi esperanza”. Gracias a eso el profeta no calla y cumple con admirable fidelidad su misión.

1 Corintios 12,31 –13,13. *Quedan la fe, la esperanza, el amor: la más grande es el amor*

Pablo había hablado –lo leíamos en los domingos anteriores– de la riqueza de dones y carismas que hay en la comunidad de Corinto. No puede ocultar, con una cierta ironía, el recelo que le provocan los dones de lenguas, de profecías y conocimientos profundos, dones de los que los griegos se sentían muy satisfechos.

Aquí es donde entona su magnífico “himno al amor”. Todo lo demás acabará, sobre todo el don de lenguas, el saber, incluso la fe. Pero el amor está destinado a durar también en la vida futura. Ahora tenemos “la fe, la esperanza el amor: estas tres. La más grande es el amor”.

No es extraño que en muchas bodas cristianas se elija este pasaje como lectura de la celebración. Se dice que en algunas bodas civiles, el juez o el edil correspondiente, si es cristiano, incluye, a modo de poema o himno “de un autor antiguo”, este panegírico sobre el amor.

Lucas 4,21-30. *Jesús, como Elías y Eliseo, no es enviado sólo a los judíos*

Después de leer el pasaje de Isaías, en la sinagoga de Nazaret, con la comunidad pendiente de sus labios, Jesús afirma –hoy lo volvemos a escuchar– que “hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”. Lo cual significa que el que Isaías anunciaba como el futuro profeta de la buena noticia y el liberador de todos los males, ha llegado ya, y es él.

Esto despierta curiosidad y hasta admiración, en un primer momento. Pero el panorama cambia por completo cuando los presentes le oyen decir por qué no puede hacer milagros en Nazaret: porque no tienen fe. “Ninguna profeta es bien mirado en su tierra”. No les debió gustar nada que aludiera a la viuda y al general extranjeros que recibieron los favores de Dios en tiempos de Elías o Eliseo, dejando en evidencia la poca fe de los judíos. La reacción es violenta: “se pusieron furiosos y lo empujaron fuera del pueblo con intención de despearlo”.

– II –

Un profeta siempre es signo de contradicción

Apenas Jesús, en su primera actuación pública en la sinagoga de Nazaret, formula su queja por la falta de fe de sus paisanos, con los dos refranes populares con los que explica por qué “no puede hacer milagros” en su pueblo –“médico, cúrate a ti mismo” y “ningún profeta es bien mirado en su tierra”–, suscita las iras de los presentes, que de la admiración y el aplauso pasan rápidamente al deseo de lincharlo. A sus paisanos les hubiera gustado más que Jesús hiciera milagros, que curara a los enfermos, y no que les pusiera en evidencia denunciando su falta de fe.

Es el primer fracaso de Jesús. Le seguirán otros a partir de ahora, antes de acabar en la Cruz. Ya el anciano Simeón, cuando María y José le presentaron en el Templo, les dijo que ese Niño estaba destinado a ser “como una bandera discutida”.

Esta es una constante que acompaña a los auténticos profetas, desde el AT hasta los tiempos presentes. Los falsos profetas, los que dicen lo que la gente quiere oír y, sobre todo, lo que halaga el oído de los poderosos, prosperan. Pero los profetas verdaderos resultan incómodos y provocan una reacción en contra cuando en su predicación tocan temas candentes, poniendo el dedo en la llaga de alguna injusticia o situación de infidelidad.

Ya Jeremías se nos presenta como el prototipo de un profeta que tiene que luchar contra corriente, en una sociedad que no le quiere hacer caso ni en

sus llamadas a la conversión religiosa ni en sus avisos respecto a la postura a tomar respecto a los ejércitos del Norte (de Nabucodonosor), pero que se mantiene fiel a la llamada de Dios y no deja de proclamar su mensaje. Profeta no es el que anuncia el futuro, sino el que “habla en nombre de Dios”, el que ayuda a los demás a interpretar la historia desde los ojos de Dios.

También a nosotros nos ha tocado ser cristianos en tiempos difíciles. Todo cristiano, sea el Papa o un obispo o un misionero o un simple fiel o una familia, que quieran dar testimonio claro de su fe y de su estilo evangélico de vida, que muchas veces va claramente en contra de los diversos idearios que se predicaban en este mundo, ya sabe cuál puede ser su destino. Encontrará oposición o persecución, más o menos explícita, a veces en forma de indiferencia o de desautorización irónica. Seguramente tampoco nosotros, a corto plazo, seremos “profetas en nuestra tierra”. Ya anunció Jesús a los suyos que les expulsarían de las sinagogas y que incluso alguien creería que hacía un acto de culto a Dios eliminándolos. Baste recordar las “bocas proféticas” a las que han hecho callar para siempre algunos poderosos contrariados por lo que predicaban Mons. Romero, y otros menos conocidos, pero que también han sido víctimas de la misma dinámica de oposición a los profetas.

No tendríamos que perder los ánimos en nuestra misión de ser testigos de los valores de Cristo en un mundo que tal vez ni nos quiere escuchar. También a nosotros nos dice el Señor, como a Jeremías: “no les tengas miedo... díles lo que yo te mando... yo estoy contigo”. Como Jeremías y Jesús no callaron, a pesar de la oposición, nosotros también tendremos que seguir con el compromiso de nuestra fe cristiana. Seguramente tendremos que recurrir a la oración que nos inspira el salmo de hoy: “a ti, Señor, me acojo... mi peña y mi alcázar eres tú”.

Tampoco Jesús se desanimó: en la escena de Nazaret, se abrió paso y siguió su camino. Va a continuar con valentía, hasta el final, su misión mesiánica.

Os voy a mostrar un camino mejor: si no tengo amor, no soy nada

Hoy nos tenemos que dejar interpelar también por la página de Pablo sobre la caridad, su gran consigna del amor. Saber hablar lenguas y predicar es bueno. Conocer a fondo y discernir sabiamente las cosas, admirable. Repartir

limosnas, meritorio. Pero todo eso, “si no tengo amor, de nada me sirve”, “soy como un metal que resuena o unos platillos que aturden”. Todo eso pasará. El amor, no.

Vale la pena que releamos despacio este himno de Pablo al amor verdadero: “el amor es paciente... no tiene envidia... no lleva cuentas del mal...”. ¡Qué bien conoce Pablo el interior de las comunidades y lo difícil que es que funcionen bien! Llega a enumerar ocho afirmaciones positivas y siete negativas sobre lo que es el amor en nuestra convivencia humana.

¿Es ese nuestro programa de vida? ¿somos tolerantes, de buen corazón, construimos unidad, sabemos “poner aceite” en las junturas de nuestras relaciones, sabemos cerrar un ojo o los dos ante los defectos de los demás, sabemos disculpar, aguantar sin límites?

Haremos bien hoy, en algún momento sereno, de leer todo el capítulo 13 de esta carta, en primera persona, aplicándolo a nuestra vida y anticipando así de algún modo el “juicio final” al que nos convocará Dios y que, según Jesús, será sobre si hemos dado de comer, si hemos visitado a los enfermos, si hemos tenido buen corazón. Como glosó san Juan de la Cruz, “en el atardecer de la vida seremos examinados de amor”. Vale la pena que esa “asignatura” la vayamos repasando con frecuencia, preparando el examen final.

En la oración colecta de hoy pedimos a Dios: “concédenos amarte con todo el corazón y que nuestro amor se extienda a todos los hombres”.

DOMINGO 5 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

La vocación viene de arriba

Continuamos leyendo en Lucas el ministerio de Jesús en Galilea, ahora con la vocación de sus primeros discípulos, junto al lago de Tiberíades y la pronta respuesta de dos parejas de hermanos.

Como preparación de esta escena leemos, en el AT, la vocación profética de Isaías. Lo que nos invitará a considerar también el sentido que sigue teniendo la vocación en la vida de un cristiano.

En la carta a los Corintios, después del tema de los carismas y la unidad en la Iglesia, saltamos al capítulo 15, donde nos quedaremos cuatro domingos: es un capítulo que Pablo dedica al tema de la resurrección de los muertos.

Isaías 6, 1-2a. 3-8. Aquí estoy, mándame

El profeta nos cuenta su propia vocación, en Judá, en los tiempos calamitosos en torno al destierro de Babilonia.

En una solemne visión del excelso trono de Dios, rodeado de ángeles y serafines que cantan alabanzas, Isaías, asustado, recibe la purificación por parte de un ángel, con un ascua de fuego, y oye la voz del Señor que le llama: “¿A quién mandaré? ¿quién irá por mí”, a lo que Isaías contesta: “Aquí estoy, mándame”.

El *salmó* recoge sobre todo la alabanza cantada por los ángeles. El salmista asume esta actitud de gratitud y glorificación de Dios: “te doy gracias, Señor... delante de los ángeles tañeré para ti... que te den gracias los reyes de la tierra... porque la gloria del Señor es grande”.

1 Corintios 15, 1-11. *Esto es lo que predicamos, esto es lo que habéis creído*

Una de las preguntas que los cristianos de Corinto habían hecho a Pablo se refería a cómo puede ser que resuciten los muertos. Se ve que a los griegos este tema les resultaba particularmente difícil de comprender. Creían en la inmortalidad del alma, pero no en la resurrección corporal. La suya era una filosofía “dualista”, al contrario del pensamiento judío, que era “unitario”. Ya en su predicación en el Areópago de Atenas, a Pablo le habían reaccionado entre burlas y dilaciones apenas habló de que a Jesús Dios le había resucitado. Ahora se trata, no de la resurrección de Cristo, sino de la nuestra.

En el pasaje de hoy, Pablo pone la gran premisa que justifica nuestra fe en la futura resurrección de los muertos: la de Cristo. Esto es lo que les había transmitido de viva voz cuando estuvo en Corinto: “lo primero que os transmití fue que Cristo murió, fue sepultado y que resucitó al tercer día”. Esta es como una profesión de fe breve y lapidaria. Pablo enumera algunas de las apariciones que dan credibilidad a esta convicción: a Pedro, a los doce, a más de 500 personas juntas, a Santiago. Y “por último, como a un aborto, se me apareció también a mí”.

Esta es para él una verdad básica de la fe cristiana. La resurrección de Cristo “es lo que predicamos y es lo que habéis creído”. Él ha recibido esa fe y la ha transmitido a los Corintios. En las próximas lecturas veremos cómo saca las consecuencias: si Cristo resucitó, también nosotros lo haremos.

Lucas 5, 1-11. *Dejándolo todo, lo siguieron*

La llamada de Jesús a los primeros apóstoles –Pedro, Santiago, Juan– sigue a la primera “pesca milagrosa” (la segunda será cuando en el mismo lago se les aparezca como Resucitado). A pesar de que Pedro, que sabe su oficio de pescador, desconfía de volver a faenar después de una noche sin resultados,

sin embargo, en el nombre de Jesús, echa las redes, con el resultado de que se llenan las dos barcas hasta casi hundirse.

La reacción de Pedro es de admiración y adoración. Jesús aprovecha para decirle a él y a los demás que desde ahora van a ser “pescadores de hombres”. Cosa que no debieron entender de momento, pero que se les quedó grabada, y que cumplieron, después de Pascua y Pentecostés, con un ministerio generoso, hasta el testimonio supremo de la muerte.

– II –

Dios llama: busca colaboradores

La vocación cristiana –sea al ministerio ordenado, a la vida religiosa, a la vida y al ministerio matrimonial, al compromiso del testimonio cristiano en medio del mundo– es siempre un misterio.

Dios lleva la iniciativa. En el caso de Isaías, un joven de unos veinticinco años, de una familia noble de Jerusalén, es Dios quien le llama, y él responde “aquí estoy, mándame”. En el caso de los primeros apóstoles, sencillos pescadores de Galilea, es Cristo quien les interpela y, después de la pesca milagrosa, les encarga: “seréis pescadores de hombres”. Ser “pescadores de hombres” no tiene ningún sentido peyorativo, como si buscara un proselitismo a ultranza. Significa que Cristo quiere que sus seguidores, además de creer en él, se dediquen a evangelizar, a dar testimonio, a persuadir a cuantas más personas mejor de la buena noticia del amor y la salvación de Dios.

Por eso eligió a los doce. Por eso envió luego a los setenta. Por eso les encargó al final que fueran por todo el mundo evangelizando, bautizando y enseñando a vivir según su estilo.

También hoy, el Dios todo santo y todopoderoso es a la vez el Dios cercano, que quiere comunicar su vida a todos y para ello se sirve de colaboradores y sigue llamando a hombres y mujeres que contesten “aquí estoy, mándame” y se dispongan a trabajar como “pescadores de hombres”, o sea, como testigos de Cristo en medio de la sociedad, tratando de ganar a otros a la fe.

Tal vez esta llamada no revestirá la solemnidad que tuvo la de Isaías, en el marco de la liturgia del Templo y con una visión del Trono de Dios, sino que será sencilla, como la de los primeros apóstoles: una llamada desde su mismo trabajo diario a otro más amplio al que les invita Jesús. Pero siempre es una llamada, siempre supone una misión no fácil y siempre pide una respuesta generosa.

Aquí estoy: mándame

Es un misterio también el que muchos se sientan interpelados de esta manera por la llamada de Dios y se decidan a colaborar en la construcción de su Reino.

Isaías, confiado en la ayuda de Dios, acepta ser su portavoz en medio del pueblo: “aquí estoy, mándame”. Una respuesta parecida a la que otro joven, Samuel, había formulado antes: “habla, Señor, que tu siervo escucha”. Y la que también pronunció otro joven, esta vez del NT, María de Nazaret: “hágase en mí según tu Palabra”.

También Pablo nos da ejemplo de una respuesta valiente a Cristo, cuando, en el camino de Damasco, se dejó convencer por su luz y su palabra y contestó: “Señor, ¿qué queréis que haga?”. Y a fe que luego cumplió generosamente su vocación de apóstol de Cristo, a pesar de todas las dificultades que encontró en el camino.

Los primeros apóstoles nos dan hoy una hermosa lección de obediencia a la llamada vocacional. El sorprendente resultado de la pesca provoca en Pedro y también en sus compañeros: “sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, le siguieron”.

La respuesta de los llamados va acompañada de una experiencia de fe. Isaías queda estupefacto por la trascendencia de Dios y asustado de “haber visto al Señor”. Pablo, en el camino de Damasco, queda cegado por la luz del Resucitado. Los apóstoles quedan maravillados del milagro que acaba de hacer Jesús. La reacción de Pedro es de admiración y también de espanto: “apártate de mí, Señor, que soy un pecador”.

Como ellos, miles y miles de hombres y mujeres, también hoy, al oír la lla-

mada de Cristo, responden “aquí estoy, mándame”, y dedican sus mejores años y energías a la difusión del Evangelio, a dar testimonio de la verdad fundamental de nuestra fe: Cristo ha muerto por nosotros y ha resucitado y está vivo y está presente en nuestra vida. Eso no afecta sólo a los sacerdotes o a los religiosos: todo cristiano tiene una misión que cumplir, como testigo de Cristo, en su familia y en la sociedad. Un niño puede ayudar a sus compañeros, una joven o un joven pueden ejercitar una influencia constructiva entre sus amigos o en el lugar de estudio o trabajo, los padres para con los hijos y los hijos para con los padres, los que actúan en los medios de comunicación o en el campo sanitario o en la política: todos estamos vocacionados a ser personas auténticas, humana y cristianamente.

En el origen de nuestra vocación específica no hay, probablemente, ninguna visión mística o “pesca milagrosa” que nos haya asombrado y nos haya empujado a la decisión. Pero sí, de algún modo, ha habido un sentimiento de fe y admiración por Cristo, y la convicción de que vale la pena relativizar otras cosas y colaborar con él en la salvación del mundo.

La difícil vocación de los cristianos en este mundo

Pero seguro que alguna vez en nuestra vida necesitamos oír también nosotros las palabras de ánimo de Jesús a Pedro, al ver su cara de susto: “no temas”.

No es fácil seguir la llamada de Dios. Isaías se siente impuro y asustado. Pedro cae rostro en tierra pidiendo a Jesús que se aparte, porque él es un pecador. Ser enviado vocacionalmente a un mundo distraído o incluso hostil, a dar testimonio de valores que tal vez no apetecen a la mayoría, no tiene asegurado el éxito ni que nuestro esfuerzo nos vaya a “compensar” a corto plazo.

Probablemente habremos experimentado también nosotros el fracaso de algunas noches estériles en que “no hemos pescado nada”, alternando con días en que sí hemos sentido la presencia de Jesús que ha vuelto eficaz nuestro trabajo. Sin él, la esterilidad. Con él, la fecundidad sorprendente. “Sin mí, no podéis hacer nada”. Así vamos madurando, como aquellos primeros discípulos, en nuestro camino de fe, a través de los días buenos y de

los malos. Para que, por una parte, no caigamos en la tentación del miedo o la pereza. Y, por otra, no confiemos excesivamente en nuestros métodos, sino en la fuerza de Cristo.

Debemos seguir escuchando la invitación que hoy escuchamos a Cristo y que se ha hecho famosa en las consignas del papa Juan Pablo II para el tercer milenio: “rema mar adentro” (“duc in altum”). Si no hemos conseguido mucho, en nuestro apostolado “mar adentro”, ¿no será porque hemos confiado más en nosotros que en él? ¿porque hemos “echado las redes” en nombre propio y no en el de él?

La Eucaristía, motor de nuestra vida

Para que nuestra respuesta a la vocación de Dios y nuestra colaboración en su Reino sean realidad, tenemos la gran ayuda de la Eucaristía, en la que *nos sentimos apoyados por los otros creyentes que se reúnen en comunidad*, por la Palabra de Dios que nos guía y por la fuerza que nos da el Alimento eucarístico.

En la “teofanía” o experiencia mística que tiene Isaías, con una visión idealizada de la “liturgia” del cielo, los ángeles “gritaban diciendo: Santo, santo, santo, el Señor de los Ejércitos, la tierra está llena de su gloria”. Nosotros, en la Plegaria Eucarística, cantamos el mismo canto, alabamos a Dios, nos unimos con Cristo, y al final escuchamos muy atentos nuestro “envío misionero” a este mundo: “Podéis ir en paz”. Entonces empieza lo concreto de nuestra respuesta: nuestro estilo de vida, nuestra fe hecha esperanza y servicio fraterno, nuestro compromiso de trabajar como apóstoles de Cristo.

DOMINGO 6 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Dichosos vosotros... ay de vosotros...

Hoy escuchamos en Lucas una de las páginas más famosas de la predicación de Jesús: las bienaventuranzas. Aunque él, a diferencia de Mateo, mezcla otros tantos “ayes” o “malaventuranzas”, binomio que ya el profeta Jeremías, el “telonero” del evangelio de hoy, anticipa de alguna manera.

En la carta a los Corintios sigue la argumentación de Pablo sobre el tema de la resurrección de los muertos, sobre el que le habían consultado aquellos cristianos porque no acababan de entenderlo.

Jeremías 17, 5-8. *Maldito quien confía en el hombre;
bendito quien confía en el Señor*

Jeremías vivió un tiempo calamitoso de la historia de Judá, con el destierro definitivo a Babilonia. El profeta recibió de Dios el encargo de denunciar la pérdida de la fe, de la fidelidad a la Alianza, y también por las veleidades políticas y militares que llevaron al pueblo a la ruina.

En el pasaje de hoy formula una “maldición” y una “bendición”. Para él es “maldito” –podría traducirse “insensato”– el que confía en sus propias fuerzas y actúa según los criterios del mundo, “apartando su corazón del Señor”. Ese tal será estéril como un “cardo en la estepa”. Mientras que es

“bendito” –“sensato”– quien pone su confianza y sus criterios de conducta en el Señor: este sí será “un árbol plantado junto al agua, que no dejará de dar fruto”.

El *salmo* insiste en la misma doble dirección: “dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor”, el que “no sigue el consejo de los impíos, sino que su gozo es la ley del Señor... Será como árbol plantado al borde de la acequia... No así los impíos, no así: serán paja que arrebatara el viento”.

1 Corintios 15, 12.16-20. *Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido*

Para Pablo, si es cierta la resurrección de Jesús –cosa que vimos cómo afirmaba y confirmaba el domingo pasado– ¿cómo es que alguien se atreve a dudar que también resucitaremos nosotros?

Las dos cosas, para él, van íntimamente unidas. Por una parte, “si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado”. Y, por otra, “si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido”. Le viene espontánea la exclamación: “¡pero no! Cristo resucitó de entre los muertos: el primero de todos”. Por tanto, todos nosotros después de él.

Lucas 6, 17. 20-26. *Dichosos los pobres; ¡ay de vosotros, los ricos!*

Lo que en Mateo se llama “sermón de la montaña”, en Lucas se podría llamar “sermón de la llanura”, porque lo sitúa precisamente cuando Jesús baja de la montaña. Lo leeremos hoy y los dos próximos domingos.

Las bienaventuranzas de Lucas son parecidas, pero no idénticas, a las de Mateo. En Lucas son cuatro afirmaciones positivas: bienaventurados los pobres, los que tienen hambre, los que ahora lloran, y los que son odiados por este mundo. Y cuatro negativas: ¡ay los ricos, ay los que están saciados, ay los que ahora ríen, ay de los que este mundo alaba! El lenguaje es muy directo, interpelante (no habla en tercera persona, sino en segunda del plural).

Los primeros se pueden alegrar, porque su recompensa será grande en el cielo. Los segundos no van por el camino de la felicidad: al contrario.

– II –

¿Quiénes son los felices y bienaventurados?

En Mateo son ocho las bienaventuranzas. En Lucas, cuatro y, como hemos dicho, van acompañadas de otras cuatro “malaventuranzas” o “lamentaciones”.

Nos conviene saber a quiénes llama “felices” Cristo Jesús y de quiénes se lamenta, no vaya a ser que nos esforcemos en buscar felicidades inmediatas que no nos conducen a nada y olvidemos las que Dios valora. Jesús llama “felices y dichosos” a cuatro clases de personas: los pobres, los que pasan hambre, los que lloran y los que son perseguidos por causa de la fe. Y se lamenta y dedica su “ay” a otras cuatro clases de personas: los ricos, los que están saciados, los que ríen y los que son adulados por el mundo.

Se trata, por tanto, de cuatro antítesis. Como las que ponía Lucas en labios de la Virgen María en su canto del “Magnificat”: Dios derriba a los potentes y enaltece a los humildes, a los hambrientos los sacia y a los ricos los despidе vacíos. Es como el desarrollo de lo que había anunciado Jesús en su primera homilía de Nazaret: Dios le ha enviado a los pobres, los cautivos, los ciegos y los oprimidos.

Las bienaventuranzas de Dios no son como las del mundo

Nos resulta siempre sorprendente esta lista de bienaventuranzas. ¿Cómo se puede llamar dichosos a los que lloran o a los pobres o a los perseguidos? La enseñanza de Jesús es paradójica. No va según nuestros gustos y los criterios de este mundo. El mundo de hoy –y el de todos los tiempos– nos promete otra lista de felicidades que no coinciden precisamente con la de Jesús.

En nuestra sociedad se considera felices a los ricos y a los que tienen éxito y a los que gozan de salud y a los que son aplaudidos por todos. Pero Jesús piensa de otra manera. Esto nos recuerda que ser cristiano no es fácil, que no consiste sólo en estar bautizados o hacer unos rezos o llevar unos distintivos,

sino en creer a Jesús y fiarse de lo que nos enseña y en seguir sus criterios de vida, aunque nos parezcan paradójicos, seguros de que nos está señalando una felicidad más definitiva que las que nos ofrece este mundo.

Nos lo había dicho ya el profeta Jeremías. A la larga, es sabio y tendrá razón el que pone su confianza en Dios: ese es el que se puede considerar plantado a la vera del agua viva de Dios. Al contrario del que se fía de los hombres y vive según los criterios del mundo: ese no dará fruto alguno y no podrá llegar a la verdadera felicidad.

Es como en la parábola del pobre y del rico, que nos cuenta Jesús: ¿quién es feliz en definitiva, el pobre Lázaro a quien nadie hacía caso en este mundo, pero fue admitido a la fiesta eterna, o el rico Epulón, que tenía mucho éxito social, pero al final fue a parar al fuego y a la soledad del castigo?

¿En cuál de las dos listas estamos nosotros? ¿dónde buscamos la felicidad? Los pobres y sencillos, los que no están llenos de sí mismos, son los preferidos y los destinatarios de la gracia de Dios y los que mejor acogen el anuncio del Reino. Como fueron las personas sencillas –María y José, los pastores, los magos de Oriente, los ancianos Ana y Simeón– los primeros en reconocer al Mesías en aquel niño recostado entre pajas. Mientras que los ricos y los que se creen sabios ya lo saben todo y no necesitan de ningún Maestro ni de ningún Salvador.

Eso no significa que a Jesús le guste la pobreza y que la gente lllore y sea injustamente tratada, o que nosotros no tengamos que luchar contra la pobreza y el hambre y las injusticias y el dolor en este mundo. No son felices los pobres por ser pobres, o por pasar hambre o sufrir injusticias. La pobreza no es el ideal de la vida. Jesús, precisamente, multiplicó panes y convirtió el agua en vino y se dedicó a curar y a defender a los más marginados de la sociedad.

Lo que significan las bienaventuranzas es que no debemos poner nuestro corazón en los bienes materiales y en los éxitos sociales. Jesús llama felices a los que están vacíos de sí mismos y abiertos a Dios, y lamenta la suerte de los autosuficientes y satisfechos, porque se están engañando. Los pobres son felices porque Dios los tiene por preferidos, ese Dios que derriba a los potentados de su trono y ensalza a los humildes, que despide vacíos a los

que se creen ricos y llena de bienes a los pobres, como cantó María en su *Magnificat*. Son felices porque, a pesar de lo que tengan que sufrir, están abiertos a Dios y no pierden la paz ni el sentido de la vida, porque no han puesto su felicidad en las riquezas ni en el prestigio humano.

La perspectiva esperanzadora de nuestra resurrección

La página de Pablo no ha sido elegida en principio para formar unidad con la temática de las bienaventuranzas. Pero puede añadir un argumento más para que en nuestra vida no apreciemos sólo los bienes que nos apetece a corto plazo, sino que tengamos una perspectiva futura más sabia.

“¿Cómo es que dicen algunos que los muertos no resucitan?”. Se ve que en Grecia la mentalidad filosófica que han recibido no les permite entender que el cuerpo, al que de alguna manera desprecian y al que consideran como la cárcel del alma, pueda ser transformado para una vida eterna.

Nos puede parecer sorprendente que Pablo una los dos acontecimientos: si Cristo resucitó, también nosotros resucitaremos. Si nosotros no vamos a resucitar, es señal de que tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, no tiene sentido nuestra fe (en griego dice que es “una fe estúpida”) y somos los más desgraciados de este mundo (en griego, “dignos de lástima”). Si Cristo no resucitó, todavía no hemos sido reconciliados con Dios, todavía estamos en nuestro pecado.

Está íntimamente unida nuestra suerte con la de Cristo. Esto es lo que nos puede dar ánimos en nuestro seguimiento del evangelio de Cristo. Y, al revés, “si nuestra esperanza acaba con esta vida”, si la última palabra va a ser la muerte –la de Cristo y la nuestra– no vale la pena seguir por este camino. Será mejor que nos dediquemos a pasarla bien aquí abajo. Pero para Pablo esto es un absurdo.

Es buena sabiduría mirar a Cristo, en su misterio pascual, y mirar también a nuestro futuro, que de alguna manera empezó el día de nuestro Bautismo, incorporados como fuimos a Cristo, y terminará al final, compartiendo su destino ya en la vida definitiva. Esta mirada hacia nuestro futuro influirá en nuestro estilo de vida y nos hará buscar los valores que valgan al final, no los que nos halaguen durante el camino.

La Eucaristía que celebramos al menos cada domingo es la que nos va enseñando esta sabiduría y, a la vez, la que nos va dando fuerzas para el camino: “el que me come tiene vida eterna y yo le resucitaré el último día”. Comemos cada vez la semilla de la vida eterna, porque comemos al mismo Cristo, que está ya en la vida definitiva, que ES la vida definitiva.

DOMINGO 7 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

¿Podemos llegar a amar a los enemigos?

El “mandamiento” que Jesús da a sus discípulos sobre el amor a los enemigos es lo que más caracteriza la Palabra de Dios de este domingo. Consigna que está preparada en el AT por el acto de perdón de David a su enemigo Saúl.

Pablo, mientras tanto, en la carta a los Corintios, continúa su razonamiento sobre la resurrección de los muertos afirmando que el hombre terreno, a imagen del primer Adán, está destinado a ser el hombre celestial, conforme al nuevo Adán, Cristo Resucitado.

1 Samuel 26, 2.7-9.12-13.22-23. *El Señor te puso hoy en mis manos, pero yo no quise atentar contra ti*

El primer libro de Samuel cuenta la historia del pueblo de Israel en los comienzos de su monarquía, con Saúl.

Uno de los episodios de la persecución a que este rey, inestable de carácter y propenso a los celos, sometió al que consideraba su rival, David, es el del gesto de elegancia moral de este, al tener en sus manos al enemigo y no querer aprovechar la ocasión: “hoy Dios te puso en mis manos, pero yo no quise atentar contra el ungido del Señor”. Es la segunda vez que David perdona la vida a Saúl.

El *salmo responsorial* relaciona el hecho con el amor misericordioso de Dios, haciéndonos cantar el salmo 102, con la repetida “definición” de Dios: “el Señor es compasivo y misericordioso...él perdona todas tus culpas... lento a la ira y rico en clemencia...”.

1 Corintios 15, 45-49. *Somos imagen del hombre terreno, seremos también imagen del hombre celestial*

Le preocupa a Pablo convencer a los Corintios de la verdad de la resurrección final de las personas incluso en su corporeidad. Si el domingo pasado leíamos cómo la resurrección de Cristo garantiza la nuestra, porque ambas están íntimamente ligadas, hoy razona sobre la transformación que se va a dar en nuestra identidad.

De momento somos “hombres terrenos”, porque pertenecemos a la estirpe del primer Adán. Pero estamos llamados a ser “hombres espirituales o celestiales”, unidos y semejantes al “último Adán”, Cristo Jesús, el Resucitado.

Lucas 6,27-38. *Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo*

Después de las bienaventuranzas que leíamos el domingo pasado, Jesús propone su sorprendente doctrina del amor a los enemigos.

No se trata sólo de no vengarse, o incluso de perdonar y olvidar, sino algo más “heroico”: “amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian”. Las afirmaciones son progresivas y nos pueden parecer exageradas y paradójicas: “preséntale la otra mejilla... tratad a los demás como queréis que ellos os traten”.

El mejor modelo para esta conducta es Dios mismo: “sed compasivos como vuestro Padre es compasivo”.

– II –

Perdonar a los enemigos. Más aún, amarlos

Si las bienaventuranzas de Jesús, que oíamos el domingo pasado, eran sorprendentes, no lo son menos las exhortaciones que leemos hoy, sobre cómo tenemos que comportarnos con los enemigos. La enseñanza moral de Jesús es siempre el amor. Hoy es como si la cuarta bienaventuranza (“dichosos cuando os odien y os insulten”) la desarrollara aparte.

Pero es muy duro lo que nos pide. Si nos hubiera dicho que no devolvamos mal por mal, o que no nos vengamos, o que no recurramos a la violencia... Incluso si nos dijera que perdonáramos, como en el caso de David: pero nos dice que amemos a nuestros enemigos.

En la pintoresca escena que leemos entre David y Saúl –¿cómo consiguió que ninguno de los acompañantes de Saúl se despertara durante su incursión?– se ve la grandeza de corazón de David y su respeto por el ungido de Dios, la autoridad legítima del pueblo. A lo largo de su vida nos enteramos de otros aspectos no tan favorables y virtuosos de su personalidad. Pero aquí queda como ejemplo de perdón al enemigo.

La enseñanza de Jesús es todavía más exigente y está formulada con unas antítesis muy expresivas: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os injurian, al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra, al que te quite la capa, déjale también la túnica.

Si nos dejamos interpelar por esta doctrina, tenemos materia para examinar y para cambiar nuestra actuación. El odio y el rencor son malos consejeros. Tenemos que superar esos bloqueos que a veces se producen en nuestro corazón. La no-violencia es la única respuesta para romper la escalada de odio y represalias que nos tienta, tanto en el nivel de las relaciones políticas como en la vida eclesial y familiar.

Por si no queremos entenderlo del todo, sigue el Maestro con su pedagogía siempre concreta: si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis?; si

hacéis el bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis?; si prestáis sólo cuando esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis?

Todo esto no quiere decir que admitamos el mal o nos quedemos de brazos cruzados ante la injusticia que presenciamos. Lo que sí se nos pide es que luchemos contra el mal y a favor de la justicia y de la liberación total de las personas, pero sin odio, sin violencia.

Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo

Cuando nos invita a amar al hermano, Jesús, a veces, se nos pone él mismo como modelo: “amaos los unos a los otros como yo os he amado”. Ciertamente es un buen modelo, porque él se entregó hasta la muerte por los demás.

Hoy nos propone otro modelo igualmente admirable: “sed compasivos como vuestro Padre celestial es compasivo”. En otra ocasión nos dijo que así como Dios hace salir el sol y hace llover sobre justos y pecadores, así debemos actuar nosotros con un amor universal.

Vale la pena detenerse hoy en el salmo responsorial, porque en verdad es un retrato muy cálido de Dios, ya en el AT: “él perdona todas tus culpas... te colma de gracia y de ternura... el Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia... como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles”.

Cuando Jesús pone a su Padre como modelo de misericordia puede estar pensando en este salmo y en la parábola del hijo pródigo, en la que él retrata también a su Padre como el padre bondadoso que acoge y perdona.

Si nosotros decimos creer en ese Dios, y le llamamos confiadamente “Padre”, y le pedimos que nos perdone como nosotros perdonamos, habremos de imitar en nuestra vida su corazón misericordioso.

Tratad a los demás como queréis que ellos os traten

Pero además de ponernos ese modelo, que es un listón claramente alto, el de la imitación del Padre, Jesús termina sus recomendaciones con la que podemos llamar la “regla de oro” de nuestra conducta: “tratad a los demás

como queréis que ellos os traten”, la cual es también una medida comprometedora, porque nosotros sí queremos que nos traten bien, que nos perdonen y sepan disimular nuestros fallos. Si hiciéramos una lista de detalles y aspectos de cómo queremos que los demás nos traten a nosotros, sólo bastaría que sencillamente trasladáramos esa lista a nuestro trato con los demás.

Además, Jesús nos avisa que “la medida que uséis la usarán con vosotros”. Es el “peligro” que supone decir en el Padrenuestro: “perdónanos como nosotros perdonamos”.

Nos damos cuenta una vez más que ser cristiano, discípulo de Cristo, no es fácil. Que en esta escuela del Maestro que Dios nos ha enviado hay una asignatura que realmente hay que afirmar que es cuesta arriba. Porque a todos nos cuesta amar a los demás, sobre todo perdonar a los demás, y hacer el bien cuando recibimos mal. Esta página de Lucas es de esas que tienen el inconveniente de que se entienden demasiado. Lo que cuesta es cumplirlas, adecuar nuestro estilo de vida a esta enseñanza de Jesús, que, además, es lo que él cumplía el primero.

Cuando nos sentimos ofendidos, tenemos una doble opción: o adoptar una postura de venganza más o menos declarada, o bien perdonar, encajando con humildad lo que haya habido de ofensa.

La enseñanza de Jesús, y su propio ejemplo, que murió en la cruz perdonando a sus enemigos, nos hacen pensar y nos interpelan. Jesús nos propone en verdad una nueva manera de vida, distinta de la de los que no tienen fe, un estilo de actuación que va más allá de lo legal y de lo justo, y que se basa en el amor gratuito. Un estilo que ciertamente no es el que vige en este mundo.

¿Somos capaces de perdonar hasta setenta veces siete, como Jesús contestó en cierta ocasión a Pedro? Al mismo Pedro le tuvo que mandar que devolviera la espada a la vaina, porque no es con la violencia como se arreglan las cosas. ¿Somos personas que guardan su rencor durante días y años? ¿o somos de buen corazón, y procuramos que se enfríe nuestro disgusto rápidamente y deshacemos la espiral de la violencia? ¿somos capaces de saludar al que no nos saluda, de poner buena cara al que sabemos que habla mal de nosotros, de tener buen corazón con todos?

De terrenos pasaremos a ser espirituales y celestiales

En su argumentación sobre nuestra futura resurrección corporal, Pablo trata de explicar a los Corintios –en un capítulo largo, que nosotros escuchamos resumido– el modo de esta resurrección, que él ve como una transformación de un modo de ser a otro.

Para él es evidente que el modo de existir de nuestro cuerpo resucitado no será como el anterior. Una primera comparación que pone, y que no leemos hoy, es la de la semilla: la semilla que se siembra en la tierra luego se convertirá en una espiga de trigo o una planta, distintas, evidentemente, de lo que era la semilla, pero que brotan de la misma realidad. Así el cuerpo humano “se siembra corruptible pero resucita incorruptible”. Hay de por medio una transformación.

Antes ese cuerpo era “cuerpo animal” y ahora, “cuerpo espiritual”. Es la diferencia entre el primer Adán y el segundo y definitivo, Cristo. El primero era terreno, hecho de tierra. El segundo, celestial, un espíritu que da vida. Nosotros pasaremos de ser “imagen del hombre terreno” a ser “imagen del hombre celestial”.

Es un buen modelo de catequesis que, sin pretender resolver el misterio, lo quiere acercar a una relativa comprensión, que nos propone una perspectiva esperanzadora. Dios nos tiene destinados a la vida, como al mismo Cristo. No sabemos “cómo”. Eso lo dejamos en sus manos. Pero nos ayuda a entender algo del misterio la comparación de la semilla y la planta, del primer Adán y del segundo.

En nuestra resurrección seremos los mismos, pero transformados. Como Jesús, que en su Pascua no volvió a la existencia de antes, sino a una vida nueva y definitiva, en la que está para siempre. Como el niño que nace pasa del ambiente del seno materno a la vida fuera de este seno: es el mismo, pero ha llegado a la existencia para la que estaba destinado. Así nosotros, al morir, al atravesar como Cristo la puerta de la Pascua, pasaremos a una existencia nueva, transformada, definitiva, para la que estamos destinados. Como dice el prefacio de la misa de difuntos: “la vida de los que en tí creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo”.

La Eucaristía, escuela concreta de caridad fraterna

Una vez más, la Eucaristía que celebramos se nos presenta como resumen de los diversos aspectos que la Palabra de Dios nos ha ofrecido.

Es, por ejemplo, una escuela de caridad fraterna. No sólo escuchamos y rezamos y oímos la Palabra todos juntos, sino que antes de acercarnos a comulgar decimos a Dios que “perdonamos a los que nos ofenden”. Y nos damos la paz con los más cercanos, como representantes de todos los que vamos a tratar en la vida. Y vemos cómo parten el Pan eucarístico, como signo de que un solo Pan nos debería unir a los que participamos en él.

¿Se notará luego todo eso en nuestra vida, en el trato con las personas más afines y también con las más diferentes?

Además, la Eucaristía que comulgamos, el Cuerpo y Sangre de Cristo, nos dijo él que era como semilla de inmortalidad, que nos pone ya en el camino de la resurrección: “quien come mi Carne y bebe mi Sangre tiene la vida eterna: yo le resucitaré el último día”.

DOMINGO 8 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Los sabios del AT preparan al Maestro Jesús

Los libros sapienciales del AT recogen en sus páginas una sabiduría popular arraigada en Israel –y en los pueblos orientales, en general– durante siglos.

En forma de proverbios o de reflexiones sencillas, nos transmiten una sabiduría a la vez humana y religiosa: sus autores son sabios y creyentes. Con los años, estas obras sapienciales van madurando y, últimamente, ya cerca del NT, preparan muy bien la Sabiduría del auténtico Maestro enviado por Dios a la humanidad, Cristo Jesús.

Hoy, por ejemplo, a los sabios consejos de Jesús le preceden, en la 1ª lectura, los del autor del Eclesiástico, sencillos y a la vez muy humanos y profundos.

Sirácida (Eclesiástico) 27,4-7. *No alabes a nadie antes de que razone*

El libro del Sirácida (o Eclesiástico), el último libro sapiencial del AT, fue escrito unos doscientos años antes de Jesucristo por un judío piadoso hijo de Sira: de ahí Ben Sira o Ben Sirac, y el nombre del Sirácida para el libro.

El breve pasaje de hoy, con un lenguaje entre poético y popular, lleno de símiles, nos da una consigna de sabiduría humana que no tiene desperdicio.

Antes de entusiasrnos por nadie, hay que discernir los valores de esa persona. Como se discierne el grano en la criba, o la arcilla en el fuego, “el hombre se prueba en su razonar”. Como al árbol se le juzga por sus frutos, a la persona, por su manera de pensar. Por tanto “no alabes a nadie antes de que razone, porque esa es la prueba del hombre”.

El *salmo* también alaba al “justo”, comparándolo con una palmera o un cedro plantado en la casa del Señor, que “en la vejez seguirá dando fruto y estará lozano y frondoso”.

1 Corintios 15,54-58. *Nos da la victoria por Jesucristo*

Terminamos de leer hoy la selección de la carta a los Corintios, sobre el tema de la resurrección de los muertos. Para Pablo, la resurrección de nuestros cuerpos mortales es una convicción segura, basada en la certeza de la resurrección de Cristo. Si él resucitó, también nosotros. Entonces “esto corruptible se vestirá de incorrupción y esto mortal se vestirá de inmortalidad”.

Al final se verá el sentido de la vida y muerte de Cristo y también de toda la humanidad: “entonces se cumplirá la palabra escrita: la muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria?”. Pablo concluye su alegato a favor de nuestra resurrección con la exclamación: “¡Demos gracias a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!”.

Lucas 6, 39-45. *Lo que rebosa del corazón, lo habla la boca*

Son varias las enseñanzas de Jesús que Lucas resume en el llamado “sermón de la llanura”, algunas de ellas ya preparadas por la página sapiencial de la 1ª lectura, y también llenas de comparaciones populares: a) un ciego no puede guiar a otro ciego: los dos caerán en el hoyo, b) un discípulo no puede esperar mejor suerte que su maestro, c) un árbol se conoce por sus frutos: un árbol sano da frutos sanos, y un árbol dañado, frutos dañados; d) hemos de ser sinceros a la hora de juzgar a los demás: ¿por qué te fijas en la mota o pajita del ojo de tu hermano y no en la viga del tuyo?

El árbol y sus frutos, la persona y sus razonamientos

Es muy expresiva y fácil de aplicar a nuestra vida la metáfora del árbol y sus frutos, una comparación de las que Jesús, buen pedagogo, tomaba de la vida diaria para transmitir sus enseñanzas. Varias veces en su evangelio nos enseña a no seguir sólo las apariencias en nuestra valoración de las personas y de los acontecimientos.

Es de sabios tener capacidad para discernir. A veces nos guiamos por la impresión exterior y superficial que nos puede hacer una persona. Como podemos quedar prendados del color o de la forma de un árbol. Pero si somos sensatos, tendríamos que ver qué frutos da el árbol y qué valores profundos tiene una persona.

Nos lo ha dicho ya el sabio del AT cuando nos invita a esperar antes de juzgar a las personas: “no alabes a nadie antes de que razone”. Es fácil el brillo de un día. Dar frutos sazonados, y durante mucho tiempo, es la mejor prueba de que un árbol está bien arraigado en la casa de Dios. De que una persona es sensata y vale la pena contar con ella.

Nos lo ha expresado todavía mejor Jesús, el Maestro. Los árboles se conocen por sus frutos, no por su hermosura exterior. Las zarzas no dan higos. Así las personas: “el que es bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal”. Jesús valora lo interior, no lo exterior. El fondo del corazón: no lo que una persona dice, ni lo que aparenta, ni siquiera lo que hace, sino cómo tiene el corazón. “Lo que rebosa del corazón, lo habla la boca”. Cuando nuestras palabras son amargas, es que está rezumando amargura nuestro corazón. Cuando las palabras son amables, es que el corazón está lleno de bondad y eso es lo que aparece hacia fuera.

No son las apariencias lo importante, sino lo interior. Si queremos, por ejemplo, corregir un defecto en nosotros mismos, hemos de dar con la raíz del mismo: la raíz de nuestras enemistades u odios, la raíz de nuestro egoísmo... Lo bueno sale del corazón. Lo malo, también.

Si al final de cada jornada hiciéramos un poco de examen de conciencia, recordando las varias intervenciones que hemos tenido en el día, podríamos ejercitar este discernimiento sobre nosotros mismos, mirándonos sinceramente al espejo de Cristo Jesús. ¿Han sido sensatas y acogedoras nuestras palabras, nuestras actitudes para con las personas y nuestras reacciones ante los acontecimientos? ¿cómo tenemos el corazón: es estéril, malo, envidioso, mezquino? Entonces nuestras obras serán estériles y malignas. ¿Trabajamos por cultivar sentimientos internos de misericordia, de humildad, de paz? Entonces nuestras palabras y serán también benignas y edificantes. Lo que tenemos que chequear continuamente es nuestro corazón, que es la raíz de todas las nuestras actuaciones hacia fuera.

La paja en el ojo ajeno y la viga en el propio

También es de continua actualidad el aviso de Jesús sobre nuestra tendencia a juzgar estrictamente a los demás, mientras que nos perdonamos fácilmente a nosotros mismos.

¡Qué facilidad tenemos para ver los defectos de nuestros hermanos y para disimular los nuestros! A los demás les miramos con lupa. Nos damos cuenta en seguida de las “motas” o pajitas que tienen en el ojo. Y no somos capaces de mirarnos al espejo y constatar que nosotros tenemos los mismos defectos y aún mayores: unas auténticas “vigas” en nuestro ojo.

Eso se llama hipocresía, el defecto que Jesús denuncia tantas veces en los fariseos. También a nosotros nos podría tachar de lo mismo, porque es una actitud que adoptamos con facilidad: cuidamos nuestra “fachada”, la opinión que los otros puedan tener de nosotros, mientras que por nuestra parte somos inmisericordes con los demás. Como el ciego que quiere guiar a otro ciego, un hipócrita se puede considerar a sí mismo como dechado de perfección, cuando en el interior está vacío. Caerá y hará caer en el pozo a los que pretende guiar. Queremos hacer de maestros y dar consejos a los demás, cuando no somos capaces de ver el camino nosotros mismos.

Es una buena ocasión la de hoy para que seamos sinceros y hagamos un poco de autocrítica: ¿no tendemos a ignorar nuestros fallos mientras que nos mantenemos siempre alerta para descubrir los ajenos?

Siempre que nos acordamos de los defectos de los demás, deberíamos razonar así: “yo seguramente tengo fallos mayores y los demás no me los echan en cara continuamente, sino que disimulan: ¿por qué tengo yo tantas ganas de ser juez y fiscal de mis hermanos?”. Nos iría bien un espejo limpio para mirarnos la cara. Ese espejo es la Palabra de Dios, que nos va orientando día tras día y nos enseña cuáles son los caminos del Señor. Así podemos constatar que nuestros caminos no son siempre como los suyos y que debemos corregir la dirección.

Si ejercitamos esta autocrítica con nosotros mismos, seguro que nuestros juicios para con los demás serán bastante más provisionales y benignos.

DOMINGO 9 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

También a los extranjeros los quiere Dios

Después de los pasajes que hemos escuchado en domingos anteriores del “discurso de la llanura” de Jesús, Lucas nos cuenta dos de sus milagros: la curación del criado del centurión romano (hoy) y la resurrección del hijo de la viuda de Naím (el domingo que viene).

Se puede decir que hoy las tres lecturas coinciden en una dirección: la universalidad de la salvación. Salomón, con la apertura que quiere dar a su Templo, Jesús con su milagro a favor de un extranjero, y Pablo con su gran tesis de la admisión de los paganos, en la carta a los Gálatas, cuya lectura semicontinua empezamos hoy.

1 Reyes 8, 41-43. *Cuando venga un extranjero, escúchalo*

Salomón, al concluir la edificación del Templo de Jerusalén, en el discurso-oración que dirige a Dios, tiene una perspectiva muy abierta respecto a los que vengan a orar en este Templo, no sólo israelitas, sino también extranjeros: “cuando uno de un país extranjero venga a rezar en este templo, escúchale tú desde el cielo y haz lo que te pide el extranjero”.

El *salmo* es también ecuménico y universalista: “alabad al Señor todas las naciones”, y nos hace repetir como antífona el último encargo de

Jesús a los suyos antes de la Ascensión: “id al mundo entero y predicad el Evangelio”

Gálatas 1,1-2.6-10. *Si siguiera todavía agradando a los hombres, no sería siervo de Cristo*

Durante seis semanas leeremos pasajes de la carta de Pablo a los cristianos de Galacia, en la actual Turquía. Él había evangelizado en aquella región hacia el año 50, en su primer viaje, y escribe esta carta unos años más tarde, hacia el 57. Es una carta dura y polémica. Pablo está preocupado por la doctrina que propalan por allí algunos “judaizantes” que defienden la vuelta a la ley de Moisés también para los paganos que se conviertan.

Pablo entra en seguida en materia, quejándose de que los cristianos de Galacia abandonen la fe que él les enseñó y sigan “otro evangelio” distinto, si es que puede haber un evangelio distinto que salve. Porque el que ha predicado Pablo no viene de origen humano, sino de la doctrina proveniente del mismo Cristo.

Todavía no dice cuál es el motivo de la desviación, que aparecerá en páginas sucesivas: los que van defendiendo que a los paganos que se convierten, además de la fe en Cristo, hay que exigirles seguir la ley de Moisés. Para Pablo esa va a ser una cuestión de vida o muerte, de entender o no el misterio de la salvación en Cristo.

Lucas 7, 1-10. *Ni en Israel he encontrado tanta fe*

El episodio es importante, porque indica la actitud universal de Jesús y, por tanto, la actitud “católica”, abierta, que debe tener la comunidad cristiana, actitud que Lucas subraya mucho en el evangelio y en el libro de los Hechos.

Jesús cura al criado de un extranjero que, además, es un oficial, jefe de centuria del ejército romano de ocupación. Buena persona, que simpatiza con los judíos y les ha construido la sinagoga. Pero extranjero, cosa que para los judíos de su tiempo es un dato muy importante a tener en cuenta.

El militar romano aparece como hombre sensato. Su modo de razonar, desde la disciplina militar, tal vez no es el más cercano al estilo de Jesús, pero sirve para expresar la fe de aquel hombre en el poder curativo de Jesús. Jesús alaba esta fe: “os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe”.

– II –

La salvación es para todos, también para los paganos

Al narrar Lucas el episodio del centurión romano, agraciado por el milagro de Jesús, en cierto modo está adelantando lo que contará en el libro de los Hechos: la apertura de la Iglesia a los paganos.

Si al nacer Jesús en Belén ya pone en boca de los ángeles el canto de “paz a los hombres que ama el Señor”, y el anciano Simeón llama a Jesús “luz para iluminar a las naciones”, luego, a lo largo del evangelio, Lucas subraya los rasgos de la universalidad de la salvación: la atención de Jesús por los más marginados, su alabanza al leproso extranjero que supo agradecer su curación, o al samaritano (otro extranjero) que tuvo entrañas de misericordia con el malherido del camino.

Ahora Jesús cura al criado del centurión romano. Por más apreciado que fuera este buen hombre por sus paisanos judíos, no deja de ser un extranjero, perteneciente además a las “fuerzas de ocupación”. Sin embargo, Jesús escucha su petición y alaba su fe.

Dios escucha también a los extranjeros. Su salvación no tiene fronteras ni pide pasaporte ni papeles. Es lo que pedía Salomón a Dios al dedicar el Templo: que acogiera y escuchara no sólo a los judíos sino también a los extranjeros que acudieran a rezar en este Templo. Israel no va a tener el monopolio del favor de Dios. Puede haber forasteros de muy buena voluntad. Salomón muestra aquí un espíritu universal, que luego no imitarán muchos de su pueblo.

Una comunidad eclesial que se va abriendo al mundo

Cuando Lucas escribe el evangelio, la comunidad eclesial ya hacía tiempo que iba admitiendo a los paganos a la fe, por ejemplo en la persona de otro centurión romano, Cornelio, que se convirtió con toda su familia después de oír la catequesis de Pedro. La comunidad de Jerusalén, en aquella ocasión, sacó la conclusión de que “realmente Dios no hace distinción de personas”.

La tesis universalista de Pablo, que fue tratada después en el llamado “concilio de Jerusalén”, fue un tema importante para la primera comunidad. Exigir que los conversos del paganismo tuvieran que seguir también, además del evangelio de Jesús, la ley de Moisés, como defendían los “judaizantes” que querían convencer a los Gálatas, era retroceder, para Pablo, y negar prácticamente la validez de la salvación de Jesús.

El Espíritu fue guiando a aquella primera comunidad en su progresiva apertura a las naciones. Pero cambiar de mentalidad es siempre difícil, y aquellos primeros cristianos, por la formación religiosa que habían recibido, dieron pasos hacia delante y otros hacia atrás en su conducta al respecto.

¿Somos universales en nuestro corazón?

Pero somos nosotros, hoy, los que nos miramos a este espejo y nos examinamos respecto a nuestra mentalidad abierta o cerrada.

¿Sabemos reconocer los valores que tienen “los otros”, los que no son de nuestra cultura, raza, lengua, religión? ¿sabemos dialogar con ellos, ayudarles en lo que podemos? ¿reconocemos que la verdad y el bien no son exclusiva nuestra? Tendríamos que alegrarnos de que la salvación que Dios nos ofrece por medio de Cristo sea tan universal. No sólo a nosotros nos concede Dios su gracia. Dios es un Dios abierto, universal, que “hace salir el sol sobre justos y pecadores”.

La actitud de aquel centurión y la alabanza de Jesús son una lección para que revisemos nuestros archivos mentales, en los que a veces a una persona, por no ser de “los nuestros”, ya la hemos catalogado poco menos que de inútil o indeseable. Si fuéramos sinceros, a veces tendríamos que reconocer, viendo los valores de personas como esas, que “ni en Israel he encontrado tanta fe”.

La Iglesia, en el Vaticano II, se abrió más claramente al diálogo con todos: los otros cristianos, los creyentes no cristianos y también los no creyentes. ¿Hemos asimilado nosotros esta actitud universalista, sabiendo dar un voto de confianza a todos? ¿o estamos encerrados en alguna clase de racismo o nacionalismo, por razón de lengua, edad, sexo o religión? ¿somos como los fariseos, que se creían ellos justos y a los demás los miraban como pecadores? Muchas veces “los otros” nos dan lecciones en cuanto a apertura para con Dios y servicialidad con el prójimo.

No es que todo sea igual, y que tengamos que renunciar a nuestra identidad cristiana y católica. Al contrario: el mejor favor que ponemos hacer a todos es el testimonio coherente de nuestra fe. Pero siempre hay margen para el diálogo y para el respeto a los demás, sin estrechez de corazón: los religiosos y clérigos con los laicos; los mayores con los jóvenes y viceversa; los católicos con los que no lo son; los “practicantes” con los más alejados. ¿Quiénes somos nosotros para cerrarnos a los demás?

La Eucaristía, escuela de universalismo

En nuestra Eucaristía ejercitamos cada vez oficialmente un “ecumenismo” interesante y educador: a) formamos una asamblea comunitaria heterogénea, pero fraternal, con personas de cultura y edad distinta; b) en la oración universal elevamos a Dios nuestras súplicas, solidarizándonos con todo el mundo; c) en el gesto simbólico de paz que damos a los vecinos, expresamos nuestro compromiso de trabajar también por la convivencia pacífica fuera de la celebración; d) al participar de un único “pan partido” (y de un cáliz compartido) nos sentimos hermanos los unos de los otros, porque creemos y participamos en el mismo Cristo Jesús.

Hoy, además, haremos bien en recordar las palabras del centurión, que repetimos en cada Eucaristía cuando nos acercamos a comulgar, y que nos hacen bien, porque nos ayudan a expresar nuestra humildad ante el misterio: “Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero dí una sola palabra...”.

DOMINGO 10 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

El poder de Cristo también sobre la muerte

Después del milagro por el que Jesús curó al criado del centurión romano, que leíamos el domingo pasado, hoy hace otro más admirable aún, resucitando al hijo de la viuda de Naím. El tema está ya figurado en el episodio del profeta Elías, que resucita a otro niño, hijo también de una viuda.

Este puede ser el hilo conductor de la celebración: el poder de Cristo sobre la muerte. Aparte de la gran preocupación de Pablo, en su carta a los Gálatas, sobre la validez absoluta de la salvación por Cristo, sin necesidad de someter a nadie a la ley de Moisés.

1 Reyes 17, 17-24. *Mira, tu hijo está vivo*

Elías, el gran profeta, actuó en el tiempo calamitoso de los reyes que permitieron que se deteriorara el ambiente social y religioso del pueblo de Israel.

En la página que leemos hoy, Elías tiene ocasión de agradecer la amabilidad de la pobre viuda de Sarepta que le está acogiendo en su casa –el episodio anterior a la página de hoy es el de la orza de harina y la alcuza de aceite–, invocando a Dios y consiguiendo la curación o la resurrección del hijo.

La reacción de la buena mujer es explicable: “ahora reconozco que eres un hombre de Dios”. Con razón nombró Jesús, en su homilía de Nazaret, el mérito y la fe de esta buena mujer extranjera, por cierto, con una reacción contraria de sus paisanos, que se sintieron acusados de poca fe.

El *salmo* prolonga esta alabanza por las muchas veces que los fieles del Señor han experimentado su bondad: “te ensalzaré, Señor... sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa... cambiaste mi luto en danzas”. Tenemos razón también nosotros, sobre todo sabiendo que Cristo hace milagros aún mayores, de ir repitiendo con la antífona del salmo: “te ensalzaré, Señor, porque me has librado”.

Gálatas 1,11-19. *Reveló a su Hijo en mí, para que yo lo anunciara a los gentiles*

Para apoyar la tesis que va a desarrollar en su carta a los Gálatas –que basta la fe en Cristo y no hay que exigir además las “obras de la ley” de Moisés– Pablo afirma claramente “que el evangelio anunciado por él no es de origen humano, sino revelación de Jesucristo”. El misterioso encuentro con el Resucitado le ha hecho entender el misterio escondido durante siglos y ahora revelado: que también los paganos están llamados a la salvación.

Esta página autobiográfica del apóstol se explica porque los “judaizantes” atacaban la legitimidad del ministerio de ese Pablo que defendía posturas tan liberales y abiertas. A Pablo no le queda más remedio que defender la autenticidad de su vocación apostólica, explicando cómo pasó de ser acérrimo perseguidor de los cristianos y “partidario fanático de las tradiciones de mis antepasados” a la actual condición convicción de apóstol de Cristo, que es quien le “llamó desde el seno de su madre” y le encargó anunciar también a los gentiles la salvación en Cristo.

Se cuida también de recordar que confrontó su postura con la de Pedro y Santiago, en su visita a Jerusalén.

Lucas 7, 11-17. ¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!

Al llegar a Naím, Jesús y sus discípulos se encuentran con un cortejo muy nutrido de personas que acompañan en su dolor a la viuda que lleva a enterrar a su único hijo. Movido a compasión, y con la fuerza divina que emana de él, hace el milagro: “muchacho, a ti te lo digo, levántate”. El muerto “se incorporó y Jesús se lo entregó a su madre”.

También aquí la reacción de los presentes es explicable: “todos, sobrecogidos, daban gloria a Dios... Dios ha visitado a su pueblo”.

– II –

Jesús, el Resucitado, comunica Vida

El episodio de Naím nos lo cuenta sólo Lucas y presenta un paralelo sorprendente con el que leemos en la 1ª lectura, la resurrección obrada por la oración de Elías. Si el domingo pasado aparecía Jesús como liberador del mal y de la enfermedad, hoy aparece claramente, no sólo su misericordia, sino también su mensaje de vida y de victoria sobre la muerte.

Las dos mujeres tienen una actitud diferente ante la muerte de sus hijos. La de Sarepta, tal vez porque estaba sola, protesta contra Dios y contra su profeta. La de Naím, tal vez porque iba acompañada por un cortejo de paisanos que la apoyaban con su presencia, está callada y llora. La muerte nos impresiona a todos y podemos reaccionar ante ella de diversas maneras.

Es bueno que hoy, no precisamente en un ambiente de exequias, sino porque sale el tema en las lecturas dominicales, nos dejemos iluminar por la Palabra sobre el sentido cristiano que tiene el final de la vida. El evangelio de Jesús no niega la muerte. También él lloró la muerte de sus amigos y sintió pavor ante su propia muerte. Pero él le ha dado a esa misteriosa realidad un sentido y una respuesta desde el amor de Dios, aunque no lo sepamos comprender del todo.

No sabemos cómo será, pero lo que es seguro es que Dios nos tiene destinados a la vida, no a la muerte. Dios es Dios de amor y Dios de vida. Su respuesta a nuestra debilidad y nuestra caducidad es la vida eterna. Ese es nuestro futuro, aunque la muerte siga siendo un misterio y su seriedad no la podamos rehuir.

La Iglesia de Cristo sigue ofreciendo vida

Cristo comunica vida porque él mismo la recibe del Padre y también él vencerá a la muerte en su resurrección. Los cristianos no podemos mirar a la muerte –a la nuestra y a la de los seres queridos o de los que mueren en accidentes o en grandes cataclismos– como los que no tienen esperanza. No porque sepamos la “respuesta” a un enigma o a un misterio, sino porque la fe en el Resucitado, el vencedor de la muerte, nos proporciona una luz especial que nos hace, no tanto “entender” el misterio de la muerte, sino “vivirlo” desde la fe.

El Resucitado sigue también hoy aliviando a los que sufren y comunicando vida. Lo hace a través de su comunidad, la Iglesia, de un modo especial por medio de su Palabra poderosa y de sus sacramentos de gracia.

El sacramento de la Reconciliación, ¿no es la aplicación actual de las palabras de Jesús, “joven, a ti te lo digo, levántate”? La Unción de los enfermos ¿no es Cristo que se acerca al que sufre, por medio de su comunidad, que le acompaña y le da el alivio y la fuerza de su Espíritu?

Este es el lenguaje que ahora nos ofrece para nuestra oración y para nuestra comprensión teológica de la muerte el Ritual de las Exequias cristianas: “la Iglesia, en las exequias de sus hijos, celebra el misterio pascual, para que quienes por el Bautismo fueron incorporados al Cristo muerto y resucitado, pasen con él a la vida”, “que los cristianos recuperen el sentido pascual de la muerte y afirmen su fe y esperanza en la vida eterna y en la resurrección”, “la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma”, “él quiso entregar su vida para que todos tuviéramos vida eterna”...

Al verla el Señor, le dio lástima

En otro aspecto nos interpela también a los cristianos la escena de hoy. En ella aparece bien claro, como en tantas otras ocasiones en el evangelio, el buen corazón de Jesús, que se compadece de los que sufren y les alivia con sus palabras y sus gestos. Esta vez, resucitando al hijo de la viuda de Naím.

La buena mujer no le pide nada: la iniciativa es del mismo Jesús (el centurión sí había pedido a Jesús que le ayudara).

Jesús se ha acercado de veras a nuestro mundo y a nuestro dolor. Su palabra es a la vez humana (“no llores”) y divina (“joven, a ti te lo digo, levántate”). Y es palabra eficaz.

La escena de hoy nos invita a actuar con los demás como lo hizo Cristo. Cuando nos encontramos con personas que sufren, porque están solitarias, enfermas o de alguna manera muertas, y no han tenido suerte en la vida, ¿cuál es nuestra reacción? ¿la de los que pasaron de largo ante el que había sido víctima de los bandidos, o la del samaritano que le atendió? ¿acompañamos a los que sufren, solidarizándonos con ellos, formamos parte de su cortejo de dolor, como los paisanos de Naím, no tanto con discursos, sino con la cercanía y la oración? ¿somos capaces de adelantarnos a ayudar a los demás, sin esperar que nos lo pidan? ¿somos sensibles al dolor y a las lágrimas de los que sufren a nuestro lado?

No se nos pide hacer milagros. Pero a veces el mejor milagro es la presencia, la palabra amable, la mano tendida y una ayuda oportuna. Eso, para el dolor que pasa lejos de nosotros, y también para el que tenemos a la vista, porque pasa en nuestra propia familia o comunidad o sociedad.

La Eucaristía, sacramento de vida eterna

La Eucaristía, en la que recibimos el Cuerpo y Sangre de Cristo es garantía de resurrección, como él nos prometió: “el que me coma vivirá por mí, como yo vivo por el Padre”, “el que come mi Carne... vivirá por mí... yo le resucitaré el último día”.

Hoy podríamos invitar a la comunión con las expresivas palabras de Jesús: “Así dice el Señor: yo soy la resurrección y la vida: el que me come tendrá vida eterna. Dichosos los invitados...”.

DOMINGO 11 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Cristo nos ofrece una liberación integral

Lucas nos presenta a Cristo como liberador de la enfermedad (domingo 9: el criado del centurión) y de la muerte (domingo 10: el hijo de la viuda de Naím). Y hoy, como liberador del pecado, el mal que está en la raíz de todo. Es un aspecto que ya se anuncia en el AT, con el perdón que Dios concede a David.

Cristo es el Salvador en todas las dimensiones, corporales y espirituales. Lucas pone siempre énfasis en la misericordia y perdón por parte de Cristo, como signo del amor del Padre.

Pablo, en la carta a los Gálatas, sigue con su tesis de que la salvación nos viene de Dios por pura gracia, por la fe en Cristo, no por las obras que podamos realizar cumpliendo la ley.

2 Samuel 12, 7-10.13. *El Señor perdona ya tu pecado. No morirás*

David fue un gran rey y un hombre creyente. Pero también fue débil, y cometió un doble y grave pecado, al cometer adulterio con la mujer de Urías y mandar luego asesinar a este. El profeta Natán se lo echa en cara, de parte de Dios. “Mataste a Urías el hitita y te quedaste con su mujer”.

La reacción de David es sincera: “he pecado contra el Señor”. Lo que provoca el perdón de Dios: “pues el Señor perdona tu pecado. No morirás”.

El *salmo* lo han escogido entre los que ponen énfasis en el perdón de Dios, más que en el pecado del hombre: “dichoso el que está absuelto de su culpa... había pecado, lo reconocí, y tú perdonaste mi culpa y mi pecado... alegraos, justos, gozad con el Señor”.

Gálatas 2,16.19-21. *Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí*

“El hombre no se justifica por cumplir la ley (de Moisés), sino por creer en Cristo Jesús”. Esta es la convicción que Pablo quiere transmitir a todas las comunidades, fomentando la apertura de la Iglesia también a los paganos. Su visión teológica es muy atrevida: “si la justificación fuera efecto de la ley, la muerte de Cristo sería inútil”.

Esta convicción afecta de pleno a su propia persona: “vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”, “vivo de la fe en el Hijo de Dios”. En el fondo de esta confianza hay otra afirmación muy expresiva: “que me amó hasta entregarse por mí”.

En otros lugares del NT se afirma que Cristo se entregó “por los muchos”, o “por vosotros”, o “por nosotros”, o “por la vida del mundo”. Pablo, aquí, dice que “me amó hasta entregarse *por mí*”. Esa es la razón de su fe.

Lucas 7, 36 – 8,3. *Sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor*

Jesús permite que, durante una comida a la que le ha invitado un fariseo, una mujer pecadora se le acerque y le unja los pies con perfume y se los bese, con el “escándalo” de los presentes, que no quieren de ninguna manera aparecer cercanos o condescendientes con aquella mujer.

La respuesta de Jesús, con la comparación del prestamista que perdona a dos de sus deudores, es muy clara: a esta mujer “sus muchos pecados le son perdonados, porque tiene mucho amor”. A ella le dice: “tus pecados están perdonados... tu fe te ha salvado, vete en paz”.

Lucas es el evangelista en que tal vez aparece más clara la delicadeza con que Jesús trata y acoge a las mujeres. Cosa que adquiere su sentido al recordar cómo la mujer era poco considerada en la sociedad de su tiempo y, desde luego, no era admitida al grupo de discípulos de ningún maestro.

– II –

Todos necesitamos que nos perdonen

Por una parte, está nuestro pecado. Por otra, la misericordia y el perdón de Dios. Ninguna de las dos realidades es muy “popular”: no nos gusta hablar ni que nos hablen del pecado (¿tenemos todavía conciencia de pecado?), ni tampoco de la misericordia. Sin embargo, ambas son céntricas en la Buena Noticia tal como nos la transmite el evangelio, sobre todo el de Lucas.

Sería interesante volver a leer de cuando en cuando las hermosas páginas de la encíclica de Juan Pablo II *Dives in misericordia*: Dios, rico en misericordia; Cristo, rico en misericordia; la Iglesia –nosotros– ricos en misericordia...

Todos somos pecadores y necesitamos que Dios (y los que viven con nosotros) nos perdonen. No es bueno que perdamos la “conciencia de pecado”. Tenemos que saber reconocer humildemente que somos débiles y pecadores, que no cumplimos lo que Dios espera de nosotros, ni lo que esperan los demás que viven a nuestro alrededor. Fallamos a Dios y fallamos a nuestra familia y a nuestra comunidad.

La 1ª lectura describe bien el pecado: Dios ha sido magnánimo con David y su pueblo (te ungué, te libré, te entregué...). Mientras que David ha sido infiel (has despreciado la palabra del Señor, mataste, cometiste adulterio: has pecado contra el Señor).

Nosotros tal vez no cometemos adulterio ni matamos a nadie. Ni somos pecadores públicos como la mujer del evangelio. Pero sí, a veces, en niveles más domésticos, podemos aplastar de algún modo los derechos de los demás y tener un corazón enrevesado y no caminar por los caminos de la verdad o de la justicia o del autocontrol.

Por eso es bueno que hoy nos sintamos invitados a reaccionar como David, confiando en la misericordia de Dios, y a expresar, sobre todo en el sacramento de la Reconciliación, nuestra conversión a Dios, a pedirle perdón y a dejarnos comunicar, por el ministerio del sacerdote, el triunfo de Cristo sobre el pecado.

Un Dios que perdona, rico en misericordia

Si nuestro pecado existe, existe en mayor abundancia la misericordia de Dios.

La escena que nos cuenta Lucas es muy significativa. ¡Qué contraste entre el fariseo Simón, que ha invitado a Jesús a comer, y aquella mujer pecadora que nadie sabe cómo ha logrado entrar en la fiesta y colma a Jesús de signos de afecto! Desde luego, perdonar a una pecadora precisamente en casa de un fariseo que le ha invitado es un poco provocativo. No es raro que se escandalizasen los presentes, o porque Jesús no conocía qué clase de mujer era aquella, o porque no reaccionaba ante sus gestos, que podían resultar cuando menos un poco ambiguos.

Pero Jesús quería transmitir un mensaje básico en su predicación: la importancia del amor y del perdón. El argumento parece fluctuar en dos direcciones. Tanto se puede decir que se le perdona porque ha amado (“sus pecados están perdonados, porque tiene mucho amor”), como que ha amado porque se le ha perdonado (“amará más aquel a quien se le perdonó más”). Probablemente aquella mujer ya había experimentado antes el perdón de Jesús y por ello le manifestaba su gratitud de esa manera tan efusiva.

Cada uno de nosotros puede decir, con Pablo, aplicándose a sí mismo todo el acontecimiento de la Pascua de Cristo: “me amó y se entregó por mí”. ¡Qué bien describe la Plegaria Eucarística IV del Misal la historia del perdón de Dios: “y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no le abandonaste a la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos”!

¿Tenemos un corazón capaz de perdonar?

Pero hay también otro aspecto en que la escena de hoy nos puede hacer pensar. ¿Cómo tratamos nosotros a los que consideramos “pecadores”? ¿dándoles ánimos o hundiéndoles más?

Podemos actuar con corazón mezquino, como los fariseos que juzgan y condenan a todos, y como el hermano mayor del hijo pródigo que le recrimina de una manera intransigente lo que ha hecho, y como el fariseo Simón y los otros convidados de hoy, que no deben ser malas personas (han invitado a Jesús a comer), pero no saben ser benévolos y perdonar. O podemos portarnos como el padre del hijo pródigo, y sobre todo como el mismo Jesús, que perdona a la mujer adúltera que le presentan y a Zaqueo el publicano y tiene palabras de ánimo para esta mujer que ha entrado en la sala del banquete y le unge los pies.

¿Dónde quedamos retratados, en los fariseos o en Jesús? No se trata de que lo aprobemos todo. Como Jesús no aprobaba el pecado y el mal. Se trata de imitar su actitud de respeto y tolerancia. Con nuestra acogida humana, podemos ayudar a tantas personas –drogadictos, delincuentes, marginados, jóvenes descarriados– a rehabilitarse, haciéndoles fácil el camino de la vuelta o de la esperanza. Mientras que con nuestro rechazo justiciero les podemos quitar los pocos ánimos que tengan. ¿Se podrá decir que Dios perdona, pero nosotros no? Tenemos una capacidad innata para juzgar y condenar, y muy poca para perdonar.

Claro que, para ser benévolos en nuestros juicios sobre los demás, antes tendremos que ser conscientes de que Dios ha empleado misericordia con nosotros. Se nos ha perdonado mucho a nosotros y por tanto deberíamos ser más tolerantes con los demás, sin constituirnos en jueces prestos siempre a criticar y a condenar. Los que se saben perdonados son los más dispuestos a perdonar a los demás.

El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo

La Eucaristía nos va educando en nuestra conciencia de pecado y nuestra confianza en el perdón de Dios.

Cada celebración la empezamos con un acto penitencial, que quiere ser un ejercicio sencillo de humildad ante la santidad infinita de Dios, mientras que nosotros somos tan imperfectos y débiles.

En el Padrenuestro volvemos a pedir a Dios que perdone nuestras ofensas. ¿Podremos pedirle tranquilamente esto si no se cumple la segunda parte: “como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”?

Cuando nos invitan a comulgar, nos animan a acercarnos porque ese Cristo Jesús, que es nuestro Alimento, es “el que quita el pecado del mundo”.

La Eucaristía no es para perfectos. Es para los débiles y pecadores. Como el médico no es para los sanos. Ni el pan para los que ya están hartos.

DOMINGO 12 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

El camino de Jesús y el nuestro es difícil

A veces las lecturas bíblicas nos proponen mensajes suaves, consoladores, que iluminan nuestro camino y nos dan ánimos.

Hoy, Lucas –y la 1ª lectura– nos asegura que la misión que vino a cumplir Jesús suponía la cruz, y que también los que quieren seguirle deberán cargar con su propia cruz y así seguir a Cristo.

El pasaje de hoy termina las páginas que Lucas dedica al “ministerio de Jesús en Galilea”. El domingo que viene escucharemos la frase que supone un importante punto de flexión en el evangelio: Cristo decide “subir a Jerusalén”.

Zacarías 12,10-11; 13,1. *Mirarán al que atravesaron*

El profeta Zacarías actuó en el siglo VI antes de Cristo, pero, según los estudiosos, la página que leemos hoy seguramente pertenece a los capítulos que se añadieron al libro original más tarde, en el siglo IV.

Contiene palabras de aliento y salvación (“un espíritu de gracia y de clemencia”), apuntando a la salvación mesiánica. Pero a la vez, con unas palabras un tanto misteriosas, anuncia que esa salvación sucederá con una muerte,

“mirarán al que traspasaron”, y habrá llanto profundo, como cuando se pierde el hijo único.

Ha sido elegida claramente esta lectura para anticipar el anuncio que va a hacer Jesús de su muerte en el evangelio: “el que traspasaron” va a ser él, el Hijo único de Dios.

El *salmo*, con palabras realmente poéticas, canta la confianza en Dios: “tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti... tu gracia vale más que la vida... toda mi vida te bendeciré... mi alma está unida a ti y tu diestra me sostiene”. No es extraño que cantemos repetidas veces este salmo en las Laudes de los domingos y fiestas.

Gálatas 3, 26-29. *Los que habéis sido bautizados os habéis revestido de Cristo*

Sigue Pablo su razonamiento sobre la salvación que a todos nos consigue Cristo Jesús. Ahora ya no hay distinción entre “judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres”, porque a todos nos salva él, “todos sois uno en Cristo Jesús”, no sólo los israelitas según la carne, sino todos los creyentes, “sois descendientes de Abrahán y herederos de la promesa”.

Desde el día de nuestro Bautismo nos hemos “incorporado a Cristo” y nos “hemos revestido de Cristo”. No hemos de ceder a la tentación de volver a valores del AT que a Pablo le parecen ya caducados.

Lucas 9, 18-24. *Tú eres el Mesías de Dios. El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho*

Había diversas opiniones sobre la identidad de Jesús, según la “encuesta” que él mismo promueve entre sus apóstoles: algunos le toman como un Profeta o el mismo Bautista que han vuelto a la vida. Es un momento importante del evangelio: ¿quién es Jesús? ¿no habrá llegado ya la hora de proclamarlo como Mesías y liberador del poder de los romanos?

Ante la pregunta dirigida a ellos, Pedro, en nombre de los apóstoles, le reconoce como “el Mesías de Dios”. Pero a Jesús no le interesa, de momento, que esto se haga público, porque no ve los ánimos preparados.

Entonces hace dos afirmaciones que no gustan nada a los apóstoles: que él, el Mesías, va a ser entregado a la muerte y resucitará al tercer día, y además que “el que quiera seguirle” se tiene que “negar a sí mismo, cargar con su cruz cada día y así seguirle”.

– II –

Mirarán al que traspasaron

Hoy escuchamos el primer anuncio de la Pasión de Jesús: “el Hijo del Hombre debe padecer”. El plan salvador de Dios es un misterio de solidaridad profunda con el dolor y el mal del hombre.

Ya en la 1ª lectura se ha escogido un breve pasaje del profeta Zacarías en que se habla misteriosamente de una persona a la que “traspasaron” y a la que mirará el pueblo esperando la salvación. Sea quien sea esa persona aludida por el profeta, el evangelio la ha interpretado claramente de Cristo. Después de describir cómo el soldado atravesó el costado de Cristo con su lanza, Juan afirma: “todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura... Mirarán al que traspasaron”.

Jesús, después de la hermosa profesión de fe de Pedro, les anuncia, ante la sorpresa de todos, que “el Hijo del Hombre” –alusión a la figura que el profeta Daniel vio aparecer entre las nubes del cielo y a quien Dios concedió todo poder e imperio– va a tener que padecer y morir, aunque resucitará al tercer día.

Este tema no gustó a los apóstoles y tampoco es muy “popular” en el mundo de hoy, porque no acabamos de asimilar el sentido que pueda tener el dolor y la muerte en el plan salvador de Dios y en la vida cristiana. La salvación de la humanidad la ha decidido Dios por el camino del sufrimiento propio,

del mismo Dios, enviando a su Hijo como el Siervo que se entrega por los demás, solidarizándose con la humanidad pecadora. La salvación del mundo llegará por el camino de una experiencia profunda de dolor y sufrimiento. Es este un eco más de lo que todavía no hace mucho celebrábamos el Viernes Santo: allí sí que “miramos al que habían traspasado” y admiramos su entrega total.

Tome su cruz cada día y sígame

La respuesta a la pregunta de Jesús la dio, como siempre, Pedro: “tú eres el Mesías de Dios”, o sea, el Ungido, el que ha recibido el Espíritu de Dios para cumplir una misión. Hermosa profesión de fe la de Pedro. Pero él no acaba de entender después que ese Mesías pueda tener un plan salvador que incluye la renuncia y la muerte en cruz. Su idea de Mesías es más bien triunfalista y social.

Claro que nosotros sí “sabemos” quién es Jesús. No sólo creemos en él como el Hijo de Dios y el Salvador de la humanidad, sino que le estamos siguiendo con fidelidad en nuestro camino cristiano.

Pero tenemos que refrescar con frecuencia esta convicción, pensando si de veras nuestra vida está orientada según su mentalidad, si le aceptamos, no sólo en lo que tiene de maestro y médico milagroso, sino también como el Mesías que va a la cruz. Esto último es lo que más costaba entender a los apóstoles, empezando por Pedro, porque ellos tenían en su cabeza una figura de Mesías que no coincidía con la de Jesús.

¿Aceptamos a Jesús tal como aparece en el evangelio, o nos hemos hecho una imagen de él a nuestra medida? ¿le aceptamos “entero”, con la cruz incluida, o sin la cruz? El Jesús a quien recibimos en cada Eucaristía es el “Cuerpo entregado por... la Sangre derramada por...”, y eso significa que también tomamos en serio lo que él nos propone: “tome su cruz cada día y sígame”. La Buena Noticia no la inventamos nosotros. Nos viene de Cristo. Y es consoladora y exigente al mismo tiempo.

En la carta apostólica de Juan Pablo II *Salvifici Doloris* (“Sentido cristiano del sufrimiento humano”), de 1984, podemos leer unas reflexiones muy maduras

sobre lo que significa la cruz de Cristo (“Jesucristo, el sufrimiento vencido por el amor”) y la nuestra (“partícipes en los sufrimientos de Cristo”).

¿Aceptamos la cruz en nuestra vida? El anuncio de la cruz de Cristo va acompañado también con el de nuestra cruz de cada día, como discípulos del Señor. No hace falta que busquemos situaciones de dolor, casi deseando el martirio o el heroísmo. Pero sí debemos aceptar lo que nos toque sufrir en la vida, “la cruz de cada día”, a veces a causa de nuestra fe, que es exigente —debemos renunciar a según qué criterios de vida, debemos adoptar una actitud de entrega y servicialidad, incluso de sacrificio—, y otras sencillamente porque somos débiles, caducos, frágiles, y la vida nos proporciona muchos momentos de sufrimiento físico o psicológico.

El “revestirnos de Cristo” (Pablo) o el “mirar al Traspasado” (Zacarías) tienen en nuestra vida diaria unas traducciones no muy solemnes, tal vez, pero sí significativas, y que nos dan ocasión para mostrar la seriedad de nuestro seguimiento de Cristo. La cruz es algo más que un adorno en las paredes o colgando del cuello. La cruz de Cristo es seria, y nos invita a tomarla también nosotros en serio. Lo que no tendrá seguramente de dramatismo porque no llegaremos al martirio, lo tendremos de meritorio en la monotonía de la vida cotidiana como seguidores de Jesús, que muchas veces se encuentran con pequeñas o grandes cruces.

DOMINGO 13 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Empieza la subida a Jerusalén

Hoy leemos un pasaje importante en el evangelio. Dando inicio a una nueva y definitiva sección de su libro (capítulos 9 al 19), Lucas afirma que “Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén”. Durante diez capítulos el evangelista nos explicará cómo va Jesús caminando con los suyos hasta su hora decisiva de la muerte, e irá intercalando episodios y enseñanzas de Jesús.

Si el domingo pasado anunciaba su Pasión e invitaba a sus seguidores a cargar también ellos con su cruz de cada día, ahora se acerca la hora de la verdad y se encamina con decisión hacia Jerusalén, dando por terminada su predicación en tierras de Galilea. No nos interesa el aspecto geográfico del viaje, sino lo que va a suponer para Jesús y para nosotros esta “subida a Jerusalén” en cuanto estilo de vida y en cuanto destino final. En el caso de hoy, cómo entiende Jesús la respuesta a una vocación apostólica.

1 Reyes 19, 16b.19-21. *Eliseo se levantó y marchó tras Elías*

En el primer libro de los Reyes termina el “ciclo de Elías” y va a empezar el de Eliseo, su discípulo y sucesor. Estamos en el siglo IX antes de Cristo.

Es interesante ver con qué detalles simbólicos se cuenta la vocación de Eliseo: el manto de Elías que le cubre, el permiso para despedirse de sus

padres, el gesto de sacrificar su yunta de bueyes con los que trabajaba y la comida de despedida que ofreció a su gente, para seguir ya definitivamente a Elías. Desde ahora Eliseo luchará por hacer oír al pueblo la voz de Dios y recordarle su alianza, contra las tendencias paganizantes de su época.

El *salmo* canta la confianza del salmista en Dios en el momento de tomar decisiones importantes como la que ha tomado Eliseo y tantos otros que se sienten llamados por Dios: “me enseñarás el camino de la vida ... el Señor es el lote de mi heredad, mi suerte está en tu mano... protégeme, Dios mío, que me refugio en ti: tú eres mi bien”. La opción vocacional cambia nuestras vidas y necesita toda la ayuda divina.

Gálatas 5,1.13-18. *Vuestra vocación es la libertad*

Sigue el tema de la necesidad o no de imponer a los que vienen a la fe desde el paganismo las leyes del AT.

Para Pablo, volver a la ley de Moisés como obligatoria para los que se convierten a Cristo es deformar el evangelio que hemos recibido, volver a la esclavitud y perder la libertad que habíamos conseguido: “no os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud, vuestra vocación es la libertad”. Una libertad que no es libertinaje, sino basada en la exigencia del amor: “sed esclavos unos de otros por amor”.

Otra libertad que hemos de cuidar es la de las obras según el Espíritu, que es muy diferente que la de las obras según “los deseos de la carne”.

Lucas 9, 51-62. *Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén.*

Te seguiré adonde vayas

Al tomar Jesús “la decisión de ir a Jerusalén”, dejando Galilea y atravesando Samaría, iniciando así su significativo viaje hacia su hora final, el primer episodio que les sucede es que en una aldea de Samaría no les reciben, lo que provoca la ira de Santiago y Juan, que tiene que calmar Jesús.

También hay unos episodios de vocación: a uno de los que le piden seguirle, Jesús le avisa que no espere comodidades. A otros les dice que no se detengan

ni para enterrar a su padre ni para despedirse de su familia (al contrario de Eliseo, a quien sí permitió Elías despedirse de su padre): el seguimiento de Jesús tiene que ser radical, decidido.

Jesús nos avisa que nuestro camino, igual que el suyo, va a ser también de “subida a Jerusalén”. Con un destino final de vida, pero que incluye decisiones que a veces comportan la cruz.

– II –

Inicia la “subida” a la cruz con decisión

Jesús ha terminado su ministerio en Galilea y a partir de ahora todo va a ser “subida a Jerusalén”, o sea, hacia los acontecimientos pascuales, porque ha llegado la hora “de ser llevado al cielo”, la hora de la verdad.

Es admirable la lucidez y la decisión con la que Jesús recorre su camino mesiánico, sin dejarse desviar ni por las maquinaciones de sus enemigos ni por los malentendidos de sus seguidores ni por las tentaciones de la multitud que le quiere hacer rey porque multiplica panes y parece el salvador que les va a liberar políticamente. Jesús sabe bien la misión a la que ha sido enviado, y se dispone a seguirlo con generosidad, a pesar de que le llevará a la cruz. Él es quien nos da el mejor ejemplo de fidelidad a la vocación, superior a la de Eliseo y la de los apóstoles.

Esto nos interpela a cada uno de nosotros. ¿Somos conscientes de dónde venimos y a dónde vamos en nuestra vida? Nuestro seguimiento de Cristo, ¿es lúcido y decidido, a pesar de que ya nos avisó que habremos de tomar la cruz cada día e ir detrás de él? ¿o nos vamos dejando llevar por la corriente y la inercia de este mundo?

¿Hacer bajar fuego sobre los malos?

De paso, en su camino a Jerusalén, según el evangelista Lucas, Jesús va a ir adoctrinando a sus discípulos sobre cómo tiene que ser su seguimiento.

Ya en el primer episodio les tiene que reñir por su exagerado celo, por su reacción agresiva, violenta, un poco “fundamentalista”. Cuando atraviesan territorio samaritano, camino de Judea, y no les reciben bien en una aldea (los samaritanos no pueden ver a los judíos, sobre todo si van de camino al Templo de Jerusalén), dos apóstoles, Santiago y Juan, reaccionan drásticamente: ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo para que acabe con ellos? Es lo que había hecho el profeta Elías, en el AT, cuando provocó el milagro de hacer bajar fuego de lo alto sobre los sacrificios de los dioses falsos.

Jesús, una vez más, tiene que corregir estas reacciones espontáneas de los suyos: “Jesús se volvió y les regañó”. Desde luego, son lentos los apóstoles en captar el pensamiento de Jesús. Acaba de anunciarles su pasión y su decisión de dirigirse a Jerusalén, a consumir su entrega por todos, ¡y ellos hablan de exterminar a un pueblo que no les ha querido recibir!

¿Cómo reaccionamos nosotros cuando algo nos sale mal, cuando alguien no nos hace caso o nos lleva la contra o nos rechaza? ¿somos tan violentos como los “hijos del trueno”, Santiago y Juan, que nada menos que quieren que baje un rayo del cielo y fulmine a los que no les han querido dar hospedaje? ¿es la violencia nuestra respuesta al mal? En el caso de Samaría se unieron las motivaciones étnicas y las religiosas para la enemistad con los judíos: ¿nos dejamos llevar también nosotros por razones similares para desear rayos y fuego a alguien?

Jesús es mucho más tolerante. No quiere –según la parábola que él mismo les contó– arrancar ya la cizaña porque se haya atrevido a mezclarse con el trigo. El juicio lo deja para más tarde. No quiere, y tiene que corregir más tarde a Pedro, que se resuelvan las tensiones sacando la espada y cortando la oreja de uno de los que le vienen a prender.

De momento, en el caso del pueblo samaritano, “se marcharon a otra aldea”. Como hacía Pablo cuando le rechazaban en la sinagoga y se iba a los paganos, o cuando le perseguían y le hacían la vida imposible en una ciudad y se marchaba a otra.

¿Cuándo aprenderemos el estilo de Jesús, que “no ha venido a perder, sino a salvar”? ¿que no quiere apagar el pábilo vacilante, ni acabar de quebrar la caña cascada, sino perdonar y curar y rehabilitar?

Te seguiré donde vayas

Empezando por la historia de Eliseo, hoy está muy presente en las lecturas el tema de la vocación, la misión que a cada uno le encomienda Dios.

Eliseo tenía posesiones (estaba arando, con la ayuda de empleados, con doce yuntas de bueyes), pero decide dejarlo todo y seguir a Elías. El permiso que pide para despedir a sus padres no tiene como finalidad dar largas a su decisión, sino que servirá precisamente para mostrar su radicalidad, al quemar los aperos y ofrece la carne de sus bueyes en banquete de despedida a los suyos.

La historia de Eliseo la hemos escuchado para preparar los tres breves episodios de “vocación” que leemos en el evangelio, con situaciones diferentes por parte de los tres “aprendices de discípulos” y respuestas que parecen paradójicas por parte de Jesús.

A uno que le quería seguir, Jesús le advierte que no espere ventajas materiales: el Maestro no tiene ni dónde reclinar la cabeza. A otro no le acepta la excusa dilatoria de que tiene que enterrar a su padre: “deja que los muertos entierren a sus muertos”. Al que le pide permiso para despedirse de su familia le urge a que deje estar eso, porque sería como poner la mano en el arado y seguir mirando atrás.

Las respuestas de Jesús no deben tomarse al pie de la letra, sino como una manera expresiva de acentuar la radicalidad del seguimiento que él pide y la urgencia de la respuesta por parte de los llamados, porque hay mucho trabajo y no nos podemos entretener en cosas secundarias.

En el primer caso, se nos dice que no por ser buenos cristianos, o por seguir la vocación religiosa o ministerial, se nos prometen ventajas temporales. Jesús está siempre en camino, es peregrino, como Abrahán que salió de su tierra y peregrinó por tierras extrañas cumpliendo los planes de Dios, sin poseer como suyo ni un palmo de tierra. Jesús tiene menos que los pájaros y las zorras, que tienen su nido o su madriguera. Sus seguidores no pueden esperar privilegios ni que todo les salga bien en la vida. Si de verdad estamos dispuestos a “seguir a Jesús donde vaya”, avisados quedamos de que él no tiene, y por tanto no nos puede ofrecer, ni “donde reclinar la cabeza”.

Con la segunda respuesta, Jesús no desautoriza ciertamente la buena obra de enterrar a los muertos. Lo que nos dice es que no podemos dar largas a nuestro seguimiento y a nuestro trabajo por el Reino. El trabajo apremia. Sobre todo si la petición de enterrar al padre se interpreta, como hacen algunos estudiosos, como una promesa de seguirle una vez que hayan muerto los padres. El evangelio pone como modelos a los primeros apóstoles que, “dejándolo todo, le siguieron”.

Lo mismo nos enseña con lo de “no despedirse de la familia”. No está suprimiendo el cuarto mandamiento. Es cuestión de prioridades. El caso de Eliseo, en la primera lectura, ha sido distinto: el profeta Elías sí le permite despedirse de los suyos, cosa que Eliseo hace con una gran elegancia. Pero Jesús aquí es más radical: sus seguidores no tienen que mirar atrás. Incluso hay que saber renunciar a los lazos de la familia si lo pide la misión evangelizadora, como hacen tantos cristianos cuando se sienten llamados a la vocación religiosa o ministerial, y tantos misioneros, también laicos, que deciden trabajar por Cristo dejando todo lo demás.

Renunciar a lo secundario para conseguir lo principal

Se trata de que sigamos a Cristo y no nos dejemos distraer ni por los bienes materiales ni por la familia ni por los muertos. Siguiendo el ejemplo del mismo Jesús, que siguió su camino hasta la cruz con seriedad y sin dejarse distraer por nada en el camino. La fe y su testimonio son valores absolutos para Jesús. Todo lo demás es relativo. No se puede servir a dos señores. Pablo, a los Gálatas, les pone ante la disyuntiva, que todavía es actual ahora, de vivir según el Espíritu o según los criterios de este mundo, o sea, según “la carne”.

Todos tenemos en el mundo una misión a cumplir, sea en la vida matrimonial, en la educación de la juventud, en la atención a los ancianos y enfermos, en nuestro trabajo en medio del mundo, o sea en la vida religiosa o ministerial o en territorios de misiones.

Todos, seguramente, para ser fieles al evangelio de Cristo, tendremos que renunciar a algo o tendremos que “sacrificar” algo. Los apóstoles dejaron sus barcas y sus redes. Eliseo, sus bueyes y su familia. ¿Qué somos capaces

de sacrificar nosotros para ser fieles a nuestra vocación cristiana en medio de un mundo que tiene otro estilo de vida?

Haremos bien en creer lo que el salmo nos ha hecho decir: “el Señor es el lote de mi heredad... tengo siempre presente al Señor: con él a mi derecha no vacilaré... por eso se me alegra el corazón”. Esto no depende del entusiasmo de un momento –“te seguiré adonde vayas”–, sino en la fidelidad perseverante de cada día.

DOMINGO 14 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Consejos a los 72 aprendices de misionero

En el Tiempo Ordinario no nos fijamos tanto en unas fiestas o en un misterio determinado de la vida de Cristo, sino que vamos celebrando la sucesión de los domingos, nuestra Pascua semanal, el día del Señor, en el que la Eucaristía –con su reunión comunitaria, la proclamación de la Palabra y la Fracción del Pan– nos va alimentando en nuestro camino.

Hoy, por ejemplo, en el evangelio de Lucas, escuchamos cómo Jesús se quiso servir de la ayuda de los 72 discípulos a quienes envió a evangelizar a los pueblos.

A la vez, leemos ya el último pasaje de la carta de Pablo a los Gálatas. La Palabra de Dios es la mejor escuela de nuestra formación permanente, y la Eucaristía nuestro mejor alimento para el camino.

Isaías 66,10-14c. *Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz*

El “tercer Isaías” transmite palabras de ánimo. Invita a Jerusalén a alegrarse y saltar de gozo porque Dios tiene planes de paz: “yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz”. Así como un río en crecida, o un torrente caudaloso, inunda los campos y los fecunda, así Dios va a inundar de su paz a Jerusalén.

La afirmación siguiente es más llamativa: Dios se compara con una madre que acaricia y consuela a su hijo: “acariciarán a sus criaturas sobre sus rodillas... como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo”.

El *salmo* refleja el mismo tono de alegría entusiasta: “aclamad al Señor, tierra entera... venid a ver las obras de Dios, transformó el mar en tierra firme... alegrémonos con Dios, que con su poder gobierna eternamente”.

Gálatas 6, 14-18. *Yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús*

Terminamos hoy la lectura de la carta a los Gálatas. Pablo resume su tesis de que es en Cristo, y en Cristo crucificado, donde todos encontramos la salvación.

Él personalmente sólo sabe gloriarse en la cruz de Jesús, “en la que el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo”. Todos, judíos y paganos, “circuncisión o incircuncisión”, son criaturas nuevas, por Cristo.

Lucas 10,1-12.17-20. *Descansará sobre ellos vuestra paz*

Jesús envía, además de los apóstoles, a otros setenta y dos discípulos por los diversos pueblos a donde luego pasará él. Lo que tienen que hacer, después de desear la paz a todos, es transmitir este mensaje: “está cerca de vosotros el Reino de Dios”.

Eso sí, les avisa que irán “como corderos en medio de lobos” y que en algunos pueblos serán bien recibidos y en otros serán rechazados. También a estos, a los que se nieguen a recibirles, tienen que anunciarles: “de todos modos, sabed que está cerca el Reino de Dios”.

Se ve que la expedición misionera fue un éxito: “volvieron muy contentos”, porque “hasta los demonios se nos someten en tu nombre”. Jesús certifica su victoria sobre Satanás y el mal.

– II –

Dios necesita testigos y misioneros

Jesús se hace ayudar en su misión. No se conforma con los doce apóstoles. Ahora elige y envía a otros setenta y dos, de dos en dos, a prepararle el camino.

“¡Poneos en camino!”. Cristo sigue llamando también ahora a muchos cristianos, sucesores de aquellos 72 –sacerdotes, misioneros, religiosos, padres, educadores, cristianos comprometidos, testigos de Cristo en medio del mundo, laicos que participan en los varios consejos y equipos parroquiales– que intentamos colaborar en la evangelización de la sociedad, generación tras generación.

Todos los cristianos nos deberíamos sentir testigos y misioneros. De forma distinta a los doce y sus sucesores, es verdad, pero con una entrega generosa a la misión que tengamos encomendada. Hace dos mil años que esos 72, multiplicados por miles y miles, no han dejado de anunciar la salvación y el Reino. La comunidad cristiana, toda ella, se convierte en misionera, pueblo sacerdotal, mediadora entre Dios y el resto del mundo.

El estilo de los misioneros cristianos

Valen también para nosotros las consignas que Jesús dio a esos 72 discípulos para su misión evangelizadora. Son consignas que parecen como calcadas de las bienaventuranzas que leíamos hace pocos domingos: humildad, espíritu de pobreza, actitud de paz, aceptación de las persecuciones...

a) Ante todo, somos “enviados”. La iniciativa es de Cristo, y por eso nos dice que debemos orar para que Dios siga llamando y enviando, que siga suscitando vocaciones de cristianos que quieran colaborar en la evangelización de este mundo: la evangelización de niños, jóvenes y mayores, sanos y enfermos, de pueblos que nunca han oído hablar de Cristo y de los que pertenecen a países de vieja raigambre cristiana pero que necesitan siempre una nueva evangelización, porque nadie nace cristiano.

La mies es mucha. Los dispuestos a colaborar con Dios, pocos. Todos deberíamos preocuparnos por las vocaciones. Los campos de trigo necesitan braceros que trabajen en la siega. Los árboles frutales, gente que recoja la fruta. Ahora, con más urgencia que nunca, en un clima secularizado, los cristianos nos debemos sentir pregoneros del Señor y trabajadores en su campo, cada uno en su ambiente.

b) Jesús les recomendó que no llevaran demasiado “equipaje” para su misión, porque les estorbaría: “no llevéis talega ni alforja ni sandalias”. Los testigos de Jesús, sobre todo los misioneros, sacerdotes y religiosos, deberíamos llevar una vida sobria y mantenernos libres de intereses y posesiones, para poder estar más disponibles para la tarea fundamental. Este es el sentido de los votos de pobreza, de castidad y de obediencia de los religiosos. Los misioneros de Cristo deben sentirse peregrinos, no instalados cómodamente en posiciones conquistadas.

c) Hay otro aspecto del que también avisa Jesús: sus enviados han de estar dispuestos a que en algunos lugares les reciban bien, y en otros sean rechazados. No nos ha prometido que siempre seremos acogidos y que nos va a resultar fácil nuestro testimonio de vida cristiana.

A veces, como en el caso de los 72, nuestro trabajo se verá acompañado de un claro éxito y nos sentiremos satisfechos: “¡hasta los demonios se nos someten en tu nombre!”. Ojalá tengamos a alguien, como los 72 tuvieron en Jesús, con quien compartir nuestros interrogantes y dificultades, y también nuestras alegrías. Que sepamos “rezar” nuestra experiencia, tanto si es buena como mala. Que la convirtamos en alabanza y en súplica ante Dios, porque él sigue moviendo los corazones de muchos e iluminando a los de corazón sencillo, triunfando de los poderes del mal y abriendo las puertas del Reino a muchas personas.

Pero otras veces tendremos seguramente dificultades que nos vienen de fuera o de nosotros mismos. Pablo habla de que lleva en el cuerpo “las marcas de Jesús”, y que sólo sabe gloriarse “en la cruz de Jesucristo”.

d) Ir “como ovejas en medio de lobos” significa también que nuestros métodos no han de ser ni de violencia ni de imposición, sino de suavidad y persuasión. Si nos rechazan, no tendríamos que intentar tomarnos la justicia

por nuestra mano, condenando a derecha e izquierda. El domingo pasado algunos apóstoles querían hacer caer del cielo fuego y castigo sobre los que no les recibieron. Jesús les tuvo que corregir.

Anunciar la paz y el amor de Dios

Un contenido insistente de las lecturas de hoy es que los enviados de Dios, sus profetas y testigos, deben anunciar la alegría, la paz y el amor de Dios. Tanto cuando les reciben como cuando no, cuando se sienten satisfechos y tienen éxitos, y cuando todo les parece ir mal, los “misioneros” deben anunciar la Buena Noticia: “está cerca el Reino de Dios”. Si nos rechazan, tampoco tenemos que hundirnos. Más le rechazaron a Cristo Jesús.

Como Isaías, que escribió esta página en un período realmente calamitoso de la historia de su pueblo, nosotros nos alegramos de poder decir a todos, también a nuestro mundo preocupado por tantas malas noticias, que los planes de Dios son de perdón y de paz: “yo haré derivar hacia ella (Jerusalén) como un río, la paz”. El primer mensaje que Jesús encomendó que anunciaran los 72 era este: “¡paz a esta casa!”. Y el mejor deseo de Pablo es: “que la paz y la misericordia de Dios vengan sobre todos”.

Las imágenes son expresivas: la paz que Dios quiere para los suyos es como un río que inunda (supongamos que mansamente) los campos y llena de serenidad a todos. Pero hemos encontrado en el profeta otra imagen entrañable: el amor de Dios no sólo es comparable al de un padre, en clave de autoridad, poder y eficacia, sino también al amor de una madre, hecho de ternura y cercanía: “como un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo”.

El Catecismo comenta esta afirmación de Isaías que leemos hoy, haciéndose eco también de la tendencia que en los últimos años ha tomado fuerza respecto a la calidad “maternal” de Dios: “Esta ternura paternal de Dios puede ser expresada también mediante la imagen de la maternidad, que indica más expresivamente la inmanencia de Dios, la intimidad entre Dios y su criatura... Conviene recordar que Dios trasciende la distinción humana de los sexos. No es hombre ni mujer, es Dios. Trasciende también la paternidad y la maternidad humanas, aunque sea su origen y medida. Nadie es padre

como lo es Dios” (CCE 239). “Dios no es, en modo alguno, a imagen del hombre. No es ni hombre ni mujer: Dios es espíritu puro, en el cual no hay lugar para la diferencia de sexos. Pero las perfecciones del hombre y de la mujer reflejan algo de la infinita perfección de Dios: las de una madre (y cita nuestro pasaje de hoy) y las de un padre y esposo” (CCE 370).

A cada uno de nosotros nos sigue diciendo Jesús: id y anunciad el Reino de Dios, el amor de Dios; sin pereza, con sencillez, con ánimo gratuito y desinteresado, con serenidad en las dificultades, alegres por poder colaborar en la obra salvadora de Dios.

¿Se puede decir que los cristianos de hoy —por ejemplo los padres para con sus hijos— anunciamos paz y alegría? ¿contagiamos esperanza a nuestro alrededor? ¿se nos podría caracterizar como personas que dan testimonio, en su vida, de una fe alegre, positiva, que infunde paz? Un sacerdote que predica y confiesa, una catequista que transmite la fe, un maestro que enseña religión, ¿comunicamos ese mensaje de paz y de cercanía materna o paterna de Dios? ¿o tal vez damos una imagen de fe basada en el temor y nos dedicamos a anunciar calamidades? Allí donde vamos, ¿se puede decir que se oye lo de “paz a esta casa”?

Lo cual no significa que sólo anunciamos cosas buenas. Un profeta debe saber también “denunciar” y no callar ante las situaciones injustas o el deterioro de valores fundamentales. Pero, a la larga, el conjunto de nuestro testimonio debería ser positivo. La Buena Noticia, la paz de Dios, que es como el resumen de todos los valores de su Reino.

DOMINGO 15 DEL TIEMPO ORDINARIO

— I —

El domingo del buen samaritano

Si quisiéramos poner nombre a los domingos, este lo tendríamos que llamar “el domingo del buen samaritano”, porque es el mensaje que nos transmite su evangelio. El camino del cristiano —copia del de Jesús en su “subida” a Jerusalén— se describe hoy con una de las características del mensaje de Lucas: la misericordia.

También es característica de hoy que iniciamos la lectura de la carta a los Colosenses, que durará cuatro domingos seguidos.

Deuteronomio 30, 10-14. *El mandamiento está muy cerca de ti: cúmplelo*

El Deuteronomio es el último de los cinco libros del Pentateuco: su nombre significa “segunda ley” y es como el testamento de Moisés. Cuando están a punto de entrar en la tierra prometida, Moisés invita a su pueblo a cumplir la Alianza que habían pactado con Yahvé al comienzo de su travesía por el desierto.

El pasaje de hoy está elegido para explicar cómo la ley antigua, la que había promulgado Moisés, queda ahora, no suprimida, pero sí completada y perfeccionada por Jesús, como leemos en el evangelio.

Dios, a través de su siervo Moisés, había transmitido al pueblo unas normas

de vida, una “ley”, que aquí se afirma que está muy cercana a su vida y a su comprensión: “el mandamiento está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca”. Lo que hace falta es sólo una cosa: “¡cúmplo!”.

Colosenses 1,15-20. *Todo fue creado por él y para él*

Esta carta la escribió Pablo hacia el año 63, desde la cárcel de Roma, a los cristianos de Colosas, a unos doscientos kilómetros de Éfeso, en la actual Turquía, una comunidad que no había fundado él y que no conocía. Pero sabía que tenían problemas en la comprensión de Cristo, o sea, en la cristología, y a eso dedica su carta, una de las más densas. Se ve muy bien leyendo los “títulos” que el Leccionario antepone a los cuatro pasajes que iremos leyendo: el de hoy, “todo fue creado por él y para él”.

La página de hoy es un himno cristológico (que repetimos en Vísperas cada miércoles): a Jesús se le presenta como imagen de Dios, primogénito de toda la creación, todo ha sido creado por medio de él y para él, es cabeza del cuerpo que es la Iglesia, el primero en todo, en él está la plenitud de todo y por él se ha llevado a cabo la reconciliación entre Dios y la humanidad. Cristo, centro del cosmos y de la Iglesia y, por tanto, el que da sentido a toda nuestra vida humana y cristiana.

Lucas 10, 25-37. *¿Quién es mi prójimo?*

Jesús, en el diálogo con el letrado que le pregunta sobre el camino de la salvación –la pregunta principal que nos podemos hacer: ¿cómo salvarnos?–, lo primero que hace es alabar la ley antigua: “¿qué está escrito en la ley?... bien dicho: haz esto y tendrás la vida”. El pasaje de la ley que cita el letrado es bien central: “amarás al Señor tu Dios... y al prójimo como a ti mismo”.

Pero luego, ante la nueva pregunta del letrado, Jesús le propone la parábola del buen samaritano, que sólo Lucas nos transmite, y que muestra cómo la nueva ley, la de Jesús, es bastante más exigente que la antigua. El samaritano, precisamente un extranjero, sí sabe cuidar del malherido del camino. El consejo de Jesús es claro: “ante, haz tú lo mismo”.

– II –

¿Qué tengo que hacer para salvarme?

Moisés, en la 1ª lectura, asegura al pueblo que, para cumplir la voluntad de Dios y seguir su Alianza, no es nada complicado el camino: la ley de Dios la tenemos “muy cerca: en el corazón y en la boca”. A nosotros, cristianos, todavía se nos ha acercado más esta palabra viva de Dios en Cristo Jesús. En cada Eucaristía nos miramos a su espejo para ir copiando las actitudes de la vida de Cristo. Hoy, el amor al prójimo.

Tal vez a ellos, y a nosotros, nos hubiera gustado tener la excusa de que el plan de Dios es complicado o misterioso. Hubiéramos preferido que fuera “inalcanzable” o que tuviéramos que subir al cielo o surcar los mares para enterarnos de ese plan. Pero resulta que lo que Dios quiere de nosotros es muy sencillo. Lo que pasa es que hay que llevarlo a la práctica: “cúmplo”.

Por ejemplo, el resumen que el letrado interlocutor de Jesús hace de la ley es muy sencillo: “amarás al Señor tu Dios, y al prójimo como a ti mismo”. Tenía motivos para saber de memoria este resumen, porque los judíos piadosos recitan este pasaje cada día. De él se podía decir muy bien, con palabras de Moisés, que la ley “la tiene muy cerca de sí”. Lo que hace falta, y eso sí que no es fácil, ni para él ni para nosotros, es cumplirla: organizar toda nuestra vida desde el amor.

Estas expresiones –“amar a Dios... amar al prójimo como a ti mismo”– las tendríamos que “descongelar”, porque, de tanto repetirlas, parece como si perdieran fuerza y acabamos por no creernos lo que decimos. Jesús nos propone un programa totalmente positivo: ¡amar!

Jesús, el Buen Samaritano

Para Jesús esa ley de Moisés ya era buena: “bien dicho: haz esto y tendrás la vida”. Pero él la completa y la lleva a plenitud. La parábola del buen samaritano nos pone el listón bastante más alto.

Lo del buen samaritano, antes de ser una parábola, era una realidad en él.

Si Jesús pudo predicar la parábola y presentar un modelo tan elevado de amor fraterno es porque él mismo, en su vida, lo cumplía perfectamente. El auténtico buen samaritano es él, que atendía a todos, sobre todo a los pobres y marginados, tenía tiempo para todos, escuchaba, consolaba, curaba, perdonaba y nunca pasaba al lado de alguien a quien veía sufrir sin detenerse, y llegó hasta a renunciar a su propia vida para salvar a la humanidad.

¿En qué personaje nos vemos retratados nosotros?

La de hoy es una de esas páginas que tienen el inconveniente de que se entienden demasiado (¿era mejor en latín?) y que nos interpela vivamente a todos: incluido el clero, que no queda nada bien. A Jesús se le nota la tendencia a denunciar la poca coherencia en su vida de los “oficialmente buenos”.

¿En cuál de los personajes que pasan junto al herido nos vemos retratados cada uno de nosotros? ¿en los que pasan de largo, dando un rodeo, porque seguramente tienen cosas muy importantes que hacer? ¿o en el que se toma la molestia de gastar tiempo y dinero atendiendo a uno que ni siquiera conocía?

Es una llamada a unir el mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo (“el próximo”, el más cercano). El hermano, sobre todo ese que está sufriendo, víctima de tantas violencias, o de los fracasos de la vida, un anciano que se siente solo, un joven que no encuentra trabajo, un hijo o una hija en edad difícil o con problemas, un enfermo a quien nadie visita, un emigrante a quien nadie le ayuda a arreglar sus papeles... son un signo, un “sacramento” de Dios en nuestra vida.

Tal vez no nos piden dinero, sino atención, tiempo, una palabra amiga, una mano tendida. A veces saludar amablemente a un emigrante le resulta a este más importante que ayudarlo económicamente. ¿Les atendemos? ¿pasamos de largo? Claro que es más cómodo seguir nuestro camino y hacer como que no hemos visto nada, porque seguro que tenemos cosas importantes que atender. Pero resulta que, según Jesús, esa va a ser la “evaluación” o el examen que se nos hará al final: “me disteis de comer... me visitasteis...”.

El que queda bien, en la parábola inventada por Jesús, es precisamente un

samaritano: despreciado por los judíos, uno de los que el domingo pasado leíamos que no le quisieron recibir a él y a sus discípulos en su camino hacia Jerusalén (se ve que allí, como en todas partes, hay samaritanos buenos y otros no tan buenos).

El buen hombre se muestra muy concreto en su caridad: lo vio, le dio lástima, se acercó, le vendó, le montó en su cabalgadura, lo cuidó, pagó por él, prometió volver a visitarle... No hacen falta muchas explicaciones para entender la lección de Cristo. Tanto si se trata de la ayuda entre las naciones ricas y pobres, o entre patronos y obreros, o entre gentes de diferente raza, o entre nativos y emigrantes, o entre cristianos y creyentes de otras religiones.

Anda, haz tú lo mismo

La Palabra de Dios que escuchamos no debe quedar en teorías. La 1ª lectura terminaba: “el mandamiento está muy cerca de ti... cumplolelo”. La parábola de Jesús, igual: “anda y haz tú lo mismo”.

A lo largo de una jornada o de una semana tenemos muchas ocasiones para cumplir o dejar de cumplir esta invitación de Jesús a la caridad para con el prójimo malherido. Este amor concreto lo podemos ejercitar con los del Tercer Mundo, para con los que tenemos muchos cauces para ponernos en contacto; con los pobres que tenemos al lado, a los que podemos ayudar, por ejemplo a través de Cáritas; con los familiares en necesidad, porque no todos tienen la misma suerte en la vida; con los enfermos, discapacitados y ancianos que se encuentran solos; con los hijos que andan con problemas o porque han fracasado en la escuela o no encuentran trabajo o corren el peligro de caer en malas compañías; con los emigrantes...

En la Eucaristía, antes de ir comulgar con Cristo (unión “vertical”), somos invitados a darnos el gesto simbólico de la paz con los más cercanos (unión “horizontal”). Es un recordatorio sencillo pero comprometedor: no podemos ir a decir “amén” a Cristo si no estamos en una actitud interior de comunión con el hermano. Los vecinos a los que les damos la mano o el abrazo son los representantes de todos aquellos con los que entraremos en contacto en la vida. El gesto no es un signo de lo bien que van las cosas –¡ojalá!– sino de la fraternidad que queremos y nos comprometemos a construir.

DOMINGO 16 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Dos lecciones: hospitalidad y escucha de la Palabra

En el camino de Jesús –y nuestro– a Jerusalén, el domingo pasado nos transmitía Lucas la enseñanza sobre la caridad fraterna, con la parábola del samaritano. Hoy, la de la hospitalidad, personificada por las hermanas Marta y María en el evangelio y preparada ya por Abrahán, en el AT. La hospitalidad unida a la escucha de la Palabra, de la que nos da ejemplo una de las dos hermanas, María.

Pablo, en su carta a los Colosenses, insiste en uno de sus temas preferidos: que Cristo es salvador también para los paganos. Y que todos tienen que unirse a Cristo y madurar en él.

Génesis 18, 1-10a. Señor, no pases de largo junto a tu siervo

Para preparar el ejemplo de hospitalidad de las hermanas de Betania, se ha escogido la página del Génesis en que Abrahán la ofrece a aquellos tres misteriosos personajes, que a la vez aparecen como uno solo. Es la escena que inmortalizó Rublev con su icono trinitario, junto a la encina de Mambré. .

Abrahán tiene con ellos todos los cuidados que una hospitalidad oriental puede pensar: agua para los pies, descanso a la sombra, un pan recién ama-

sado, un buen plato de carne, leche cuajada... Los visitantes le agradecen la hospitalidad prometiendo al anciano matrimonio que van a tener un hijo.

El *salmo* retoma el concepto de “hospitalidad”, pensando más bien en la que nosotros podemos o no merecer en la casa de Dios: “Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?”. La respuesta la da el mismo salmista: el que practica la justicia, el que no calumnia, el que no hace mal a nadie, el que no practica la usura: “el que así obra nunca fallará”. Por tanto, será admitido a la casa de Dios.

Colosenses 1,24-28. El misterio escondido desde siglos, revelado ahora a su pueblo santo

En la carta a los Colosenses, que empezamos a leer el domingo pasado, Pablo se siente, una vez más, orgulloso de haber sido designado para desvelar el misterio escondido durante siglos, que todos, no sólo los judíos, son salvados por Cristo: “Dios ha querido dar a conocer este misterio para los gentiles: que Cristo es para vosotros la esperanza de la gloria”.

Pero anunciar esa Buena Noticia va unido a una identificación creciente de Pablo, o sea, de cada cristiano, con Jesús, hasta llegar a aceptar el dolor como parte del camino de Jesús: “completo en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia”. El dolor y las dificultades de su camino de apóstol los ve Pablo como parte del plan salvador de Dios, como lo fueron en el caso de Cristo. El apóstol se desea a sí mismo y desea para sus cristianos “que todos lleguen a la madurez en su vida de Cristo”.

Lucas 10, 38-42. Marta lo recibió en su casa. María ha escogido la parte mejor

En el camino a Jerusalén Jesús sabe tomarse un descanso y es capaz de gozar de la sana amistad y de la hospitalidad de esta familia de Betania, las hermanas Marta y María (esta vez no se nombra a su hermano Lázaro).

Las dos hermanas que hospedan a Jesús son de carácter distinto. Marta, buena ama de casa, es más activa, preocupada por ofrecer a su huésped una comida digna. María prefiere estar sentada a los pies del Señor, escu-

chando sus palabras. Marta se queja y Jesús le responde –seguro que con una sonrisa– advirtiéndole que no vale la pena que se preocupe tanto, y que María está actuando bien. Las dos cosas son buenas: atender materialmente al visitante y dedicarle atención y escucharle. Jesús aprovecha la ocasión para decir que esta escucha es más importante.

– II –

La hospitalidad

Abrahán que acoge a los tres viajeros y las dos hermanas que acogen a Jesús: las lecturas de hoy nos quieren transmitir una consigna muy sencilla, muy de cada día, pero de valor exquisito para nuestra vida humana y cristiana. ¿Tenemos un espíritu acogedor, hospitalario?

En un mundo tan inhóspito y que facilita tan poco la comunicación entre las personas, se nos invita a tener un corazón acogedor para con los demás, tanto si son conocidos como si no lo son: a los ancianos, a los enfermos, a los inmigrantes, a los turistas, a los que no nos caen particularmente simpáticos, a los familiares en necesidad. No se nos pedirá que cada vez les ofrezcamos ternero asado ni cuajada ni leche, como Abrahán, ni que revolbamos toda la despensa como Marta. Lo que se nos pide es saber salir de nosotros mismos, echar una mano para ayudar, hacer sitio a los demás en nuestra vida, interesarnos por ellos.

Es interesante la lista de actuaciones que enumera el salmo, que podrían también concretar qué significa el acoger a los demás en nuestra vida: practicar la justicia, no calumniar ni difamar, no hacer mal a nadie, no practicar la usura. A veces la hospitalidad se traduce también en formulaciones negativas: evitar estas actitudes –que, por desgracia, son muy actuales– es también tener corazón acogedor.

Se trata, además, de una hospitalidad desde la fe, y con recompensa de Dios: Abrahán de alguna manera “ve” a Dios mismo en los huéspedes, sean estos

hombres o ángeles, y recibe nada menos que la promesa de que por fin va a tener un hijo. Abrahán, el hombre de la fe en Dios, aparece también aquí –y en otras escenas de su vida– como el hombre de corazón bueno y acogedor para con los demás.

A María y Marta les vienen también toda clase de bendiciones al hospedar en su casa al Mesías: dentro de poco hará Jesús para con ellas un gesto milagroso, la resurrección de su hermano Lázaro.

Dios nos visita de modo misterioso a lo largo de nuestra vida. Ver en los demás a Dios, o a Cristo, es una clave cristiana de indudable valor. El encuentro con el hermano es un encuentro con Dios. Es como una “teofanía”: “el Señor se le apareció...”. Tal vez llevaremos una sorpresa cuando el Juez, Cristo Jesús, nos diga al final: “a mí me lo hicisteis”.

Escuchar con atención a Jesús que nos habla

Pero Lucas, al narrarnos la escena, además de esta lección de hospitalidad, que ya es muy interesante, pretende algo más. Es más bien a María, la que se sienta a sus pies a escucharle, a la que alaba Jesús, porque ha elegido “la mejor parte”.

Ciertamente tiene mérito la actitud de Marta, que quiere atender con toda clase de detalles a su huésped. Parece como si tuviera razón al quejarse de que su hermana no le ayuda. Jesús no desautoriza a Marta: ¿cómo puede hacerlo el que dirá de sí mismo que “ha venido, no a ser servido, sino a servir”? Pero Lucas subraya que hay otra actitud fundamental en el cristiano –él escribe para la generación siguiente, que ya no tendrá ocasión de hospedar físicamente a Jesús– y esta actitud es la de la escucha de la Palabra.

No hay que oponer a estas dos hermanas como símbolos de la “acción” y de la “contemplación”, o de la “vida activa” y la “vida contemplativa”. Entre otras cosas, porque es impensable que Cristo “desautorice” la acción: el domingo pasado era bien “activa” la postura alabada en el buen samaritano. Jesús, a veces, recomienda la acción, y otras la oración, y hoy la escucha de la Palabra.

Lo que se quiere resaltar aquí –y es una lección para todos nosotros– es la

prioridad de la escucha creyente en nuestro acercamiento a Jesús. Al Jesús histórico ya no tenemos ocasión de verlo ni oírlo. Pero queda su Palabra, que es siempre viva, y con ella es con quien nos confrontamos continuamente. María, que seguramente otros días también trabajaba, hoy prefiere hacerse “discípula” de la Palabra. Jesús la alaba, como en otra ocasión alabó más “a los que escuchan y cumplen la Palabra” que incluso a sus familiares según la carne: “mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen”.

Se trata de una postura de fe ante Cristo, el Maestro verdadero, que nos sale al encuentro en su Palabra viva, también a nosotros, por ejemplo en la escucha de las lecturas bíblicas en cada Eucaristía. Hay que compaginar las dos cosas: la acción caritativa y la oración contemplativa. La raíz profunda de esta unión de aspectos está en la escucha atenta de la Palabra.

Cada uno sabrá cuál de los dos aspectos le conviene reforzar en su vida: si la acción caritativa, porque tiende a refugiarse en la oración y luego no da golpe a la hora de ayudar a los demás, o bien la oración y la escucha de la Palabra, porque tiende a descuidarla, entregado a un excesivo activismo, que le impide tener unos momentos de silencio y distanciarse sabiamente de la acción.

Jesús, cuyo horario de trabajo y dedicación apostólica difícilmente igualaremos, buscaba momentos de oración personal –además de la comunitaria en el Templo o en la sinagoga– para orar a su Padre, para meditar, dejando por unas horas su dedicación explícita a los demás. Nuestro trabajo no puede ser bueno si no tiene raíces, si no estamos en contacto con Dios, si no se basa en la escucha de su Palabra. Jesús no desautoriza el amor de Marta, pero sí le da una lección de que no tiene que dejarse llevar por un excesivo ajetreo: debe encontrar tiempo para la escucha de la fe y de la oración.

En cada Eucaristía volvemos a la escuela de la Palabra

La primera parte de nuestra celebración eucarística tiene esta importante actitud: como María, la hermana de Marta, hacemos silencio y nos sentamos para escuchar lo que Dios nos quiere decir, tanto en las páginas del AT como en las del NT y sobre todo en el evangelio.

Eso es lo que después nos ayuda a que esta actitud de escucha siga también fuera de la Eucaristía: en la oración personal, en la lectura privada de la Escritura, en la interpretación desde la fe de los acontecimientos. Y, a la vez, esa escucha de la Palabra es la que nos empuja después a concretar en la vida esa mentalidad de Dios, de Cristo, copiando su estilo de vida. Hoy, por ejemplo, la hospitalidad. La oración y la escucha serena de la Palabra es la que luego nos mueve a la acción y a la servicialidad para con los demás.

DOMINGO 17 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

El camino de la oración

El camino de Jesús fue un camino de oración. Lucas es el evangelista que más veces hace alusión a Jesús orante, tanto en comunidad como en solitario, en momentos de alegría o de crisis.

Las lecturas de hoy nos recuerdan que también el nuestro debe ser camino de oración. El mismo Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, presenta muchas veces a la comunidad en oración, así como a cada uno de sus protagonistas. El domingo pasado, con la escena de Marta y María, nos recomendaba Jesús saber escuchar la Palabra. Hoy nos ayuda a entender la importancia de la oración en nuestra vida, enseñándonos el Padrenuestro y también indicándonos las cualidades que debe tener nuestra oración.

Otro tema que aparece, esta vez en la 2ª lectura, es el bautismo, sacramento por el que somos insertados en el misterio pascual de Cristo.

Génesis 18, 20-32. *No se enfade mi Señor, si sigo hablando*

Abrahán, el hombre de la fe, aparece hoy intercediendo, con una oración porfiada, a favor de los habitantes de Sodoma y Gomorra, a pesar de su gran pecado.

Es entrañable –y típico oriental– el “regateo” de Abrahán ante Dios: de cin-

cuenta justos va bajando hasta los diez, por debajo de los cuales no parece atreverse ya a motivar su oración de súplica.

El *salmo* parece comentar esta oración: “cuando te invoqué, Señor, me escuchaste”. El salmista tiene experiencia de cómo Dios siempre escucha la oración de sus fieles: “te doy gracias, Señor, de todo corazón... daré gracias por tu misericordia y tu lealtad... el Señor se fija en el humilde... cuando camino entre peligros me conservas la vida y tu derecha me salva”.

Colosenses 2, 12-14. *Os dio vida en Cristo, perdonándoos todos los pecados*

En su doctrina cristológica, Pablo recuerda a los cristianos de Colosas que “por el bautismo fuisteis sepultados con Cristo y habéis resucitado con él”. El día del Bautismo fue el gran acontecimiento sacramental en que fuimos “injetados” en el misterio pascual de Cristo, en su muerte y en su resurrección, obteniendo por él el perdón de nuestros pecados.

La comparación es hermosa: “borró el protocolo que nos condenaba con sus cláusulas”. O sea, la “factura” o “condena” que estaba escrita contra nosotros, ha quedado borrada, “la quitó de en medio clavándolo en la cruz”. Es como si en la cruz de Cristo colgara el papel en que constaba nuestra deuda y que ahora ha quedado condonada.

Lucas 11,1-13. *Pedid y se os dará*

Los discípulos piden al Maestro que les enseñe a rezar. Le han visto rezar y les ha hecho impresión.

El Maestro les enseña el Padrenuestro, en Lucas con una versión distinta a la que nos ha transmitido Mateo (en Lucas hay cinco peticiones y en Mateo, siete).

A continuación, les ofrece unas enseñanzas sobre cómo tiene que ser esta oración de los cristianos: perseverante, confiada. Las comparaciones son muy familiares: uno que se atreve a molestar a un amigo pidiéndole en préstamo tres panes, o el hijo que pide pan a su padre. Mucho más hemos

de confiar en que Dios nos escuchará y nos concederá lo que le pedimos: “pedid y se os dará”.

Pero para Lucas lo que concede el Padre, sea lo que sea lo que le hemos pedido, es que Dios “dará el Espíritu Santo a los que se lo piden”.

– II –

Orar con confianza de hijos

Orar significa abrirse a Dios. Nuestra vida no puede estar centrada en nosotros mismos o en las cosas de este mundo. Debemos contar también con Dios, escucharle, hacer un lugar para él en nuestro programa de vida y dirigirle nuestra oración con confianza de hijos. La oración es algo más que recitar unas fórmulas o poner en marcha un mecanismo “comercial” para obtener favores. Es una convicción interior de que Dios es nuestro Padre y que quiere nuestro bien más que nosotros mismos.

La primera lección del evangelio de hoy es la confianza que debemos tener en Dios. Si el amigo inoportuno consigue lo que necesita, si un hijo puede esperar que su padre le dé lo mejor, si Abrahán logra con su insistencia que Dios le escuche, ¡cuánto más nosotros, que por Cristo hemos sido admitidos como hijos en la familia de Dios, podemos dirigirnos con confianza a él como a nuestro Padre! El protagonista de la parábola no es “el que pide”, sino “el que da”, o sea, Dios. La frase más importante es: “¡cuánto más vuestro Padre celestial!”.

No sabemos de qué modo es eficaz nuestra oración. Pero lo es. A Abrahán, Dios le escucha y le acepta todas las “rebajas” que se atreve a pedirle. Jesús nos dice “pedid y se os dará”. Confiados en esta promesa de Jesús, podemos nosotros decir lo que hemos dicho en el salmo: “cuando te invoqué, Señor, me escuchaste”.

No se trata de recordarle a Dios algo que no sabe para inclinar su voluntad a nuestro favor. La oración es eficaz porque cuando “decimos” ante Dios

nuestra petición nos ponemos en sintonía con él, nos situamos en su “longitud de onda”, porque él quiere nuestro bien con mucha más profundidad de lo que nosotros podamos pensar. Es como cuando salimos de casa para que nos dé el sol: el sol ya estaba allí, y nosotros nos hemos puesto “al sol” y entonces es eficaz nuestro deseo.

Si nos sabemos hijos, ya desde nuestro bautismo, debemos actuar como hijos. Y, entre otras cosas, orar como hijos. Por eso la oración que nos ha enseñado Jesús empieza con las dos mejores palabras: “Padre nuestro...”.

Lucas añade un matiz especial. Jesús nos dice que el Padre nos dará su Espíritu Santo, su mejor Don, la plenitud de todo lo que le podemos pedir nosotros.

Orar es alabar y también pedir

La oración del cristiano es, ante todo, oración de bendición, de acción de gracias, de admiración. Como rezamos hoy con el salmo: “Te doy gracias, Señor, de todo corazón”. Lo hacemos en la Eucaristía y en tantos salmos de alabanza.

Pero también a veces nuestra oración a Dios es como la de Abrahán, que, a pesar de que conocía el gran pecado de aquella ciudad, pide a Dios por ella. Nosotros también intercedemos por los demás, haciéndonos solidarios de sus necesidades. No importa que luego Dios no pudiera encontrar esos “diez justos” que sugería Abrahán. Pero Dios le había escuchado.

Es bueno que pidamos por nuestra ciudad, por los enfermos, por los jóvenes, por los que sufren, por la paz del mundo. El mero hecho de rezar así expresa nuestra solidaridad y orienta nuestra vida en la dirección de esas peticiones, como hacemos en la Oración Universal de cada Misa.

Para nosotros, el verdadero y definitivo Mediador es Cristo Jesús. Como nos ha dicho Pablo, “Dios os dio vida en Cristo, perdonándoos todos los pecados”. Cristo no sólo ha intercedido con palabras, sino que ha pagado él mismo el rescate, haciendo suya y destruyendo en su cruz la “factura” que pesaba contra nosotros.

Otras veces, por fin, oramos por nosotros mismos, porque nos sentimos débiles y caducos.

Orar nos sitúa en nuestro lugar justo ante Dios y ante la vida. Orar nos hace un poco más humildes, nos recuerda que no nos salvamos a nosotros mismos, que no tenemos todas las claves de la felicidad ni de la sabiduría ni del bienestar del mundo.

El modelo de nuestra oración: el Padrenuestro

Nuestro mejor maestro de oración es Jesús. Es maestro porque primero nos dio ejemplo. Los discípulos le pidieron que les enseñara a rezar porque le vieron orando y les impresionó su actitud.

En el Padrenuestro Jesús nos enseña a orar pidiendo. En la primera parte nos invita a dirigir nuestra atención a Dios mismo, pidiendo que “sea santificado su nombre” y que “venga su Reino”. En la segunda, nos hace rezar por nosotros: pedimos “el pan de cada día” para nuestra subsistencia, el “perdón de nuestras faltas”, porque todos somos pecadores, y que nos libre de toda tentación, porque estamos empeñados en una lucha continua entre el bien y el mal, y sin la ayuda de Dios no podemos vencer.

Alguna vez es bueno que leamos meditativamente los números que el Catecismo de la Iglesia (año 1992) dedica, en su cuarta parte, a comentar espiritualmente las peticiones del Padrenuestro (CCE 2759-2865). Así nos será más fácil evitar la rutina al rezar tantas veces esta oración, aprendiendo a gustar mejor sus valores, porque el Catecismo presenta el Padrenuestro como “corazón de las sagradas Escrituras”, “la oración del Señor y oración de la Iglesia” y “resumen de todo el evangelio”.

En cada Eucaristía cumplimos esta consigna de la oración

En muchos momentos de nuestra vida cristiana oramos a Dios. La oración debería ser como el respiro de la fe y la consecuencia normal de nuestra relación filial para con Dios. Orar debería significar ir “dialogando” con Dios lo que nos va aconteciendo, nuestros planes, nuestros éxitos y fracasos.

Pero la Eucaristía es un momento privilegiado en que cumplimos las consignas que Jesús nos ha dado para la oración. a) En el acto penitencial o en las oraciones que el sacerdote dice en nuestro nombre, oramos por nosotros

mismos, pidiendo a Dios su perdón y su ayuda. b) Entonamos a Dios, por boca del sacerdote o todos juntos, oraciones e himnos de alabanza y gratitud a Dios, sobre todo en la Plegaria Eucarística. c) En la Oración Universal intercedemos por todo el mundo, siguiendo el ejemplo de Abrahán, ejercitando nuestro “sacerdocio bautismal” y pidiendo a Dios por la paz y por los problemas más urgentes de la Iglesia y de la humanidad, por los que sufren, por las vocaciones, por los jóvenes, los enfermos y los ancianos, los gobernantes. Orando por nuestros contemporáneos nos comprometemos a trabajar por un mundo mejor y ejercitamos nuestra solidaridad cristiana con todos. d) Y antes de acercarnos a comulgar, recitamos siempre la oración que nos enseñó el Señor, el Padrenuestro, sobre todo pidiéndole que nos dé el Pan de vida eterna, que nos perdone como nosotros perdonamos y así nos disponga a recibir más dignamente el Cuerpo y la Sangre del Señor.

Tendremos que pedir sinceramente a Jesús también nosotros: “Señor, enséñanos a rezar”. Además, del mismo modo que los apóstoles le pidieron a Jesús que les enseñara a orar porque le vieron orando, nosotros persuadiremos a otros más con el ejemplo que con amonestaciones. Dicen que los hijos no obedecen, sino que imitan. Si oramos como Jesús, contagiaremos también a otros nuestra actitud de oración.

DOMINGO 18 DEL TIEMPO ORDINARIO

— I —

Una lección incómoda: el desapego de las riquezas

Siguiendo las huellas de Jesús, que está subiendo a Jerusalén, con la vista puesta en la meta de la cruz y la Pascua, Lucas nos va indicando cómo debe ser nuestro camino cristiano. El domingo pasado hablaba de la oración. El próximo, de la vigilancia.

Hoy nos comunica el mensaje de Jesús sobre el desapego que hemos de tener de las riquezas: un tema muy querido por Lucas, este del afán inmoderado de dinero o los peligros de la riqueza. Lo escuchamos hoy, y puede parecer como un tema “aguafiestas” para los que se encuentran disfrutando de sus vacaciones.

La carta a los Colosenses, que termina hoy, nos presenta una página muy sustanciosa sobre la vida nueva que debemos llevar los que hemos resucitado con Cristo el día de nuestro Bautismo.

Qohelet (Eclesiástés) 1,2; 2, 21-23. *¿Qué saca el hombre de todos los trabajos?*

“Vanidad de vanidades y todo vanidad”. Es el famoso inicio de este libro sapiencial que tiene un tono bastante escéptico respecto al hombre y a la vida. Un inicio que ya resume el contenido de todo el libro. El Qohelet, que

significa el “predicador” (antes se conocía sobre todo como “Eclesiástés”), es un libro escrito en el siglo III antes de Cristo y que nos enseña a vivir según Dios.

Su autor relativiza los diversos afanes que solemos tener, también el excesivo trabajo: “¿qué saca el hombre de todos los trabajos que lo fatigan bajo el sol?”. Nada: sufrimientos y penas e insomnios de noche, pero “también esto es vanidad”. Tal vez el autor tiene ante sus ojos la ruina de sucesivos imperios: asirio, babilonio, persa, y esto le ha dado una visión más viva de la caducidad de todo lo humano.

El *salmo* nos ofrece la contrapartida: “Señor, tú has sido nuestro refugio”. Todo lo demás es caduco, pero Dios es eterno: “mil años en tu presencia son un ayer que pasó”. El hombre, por el contrario, es “como hierba que florece y se renueva por la mañana y por la tarde la siegan y se seca”.

Colosenses 3,1-5.9-11. *Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo*

Terminamos hoy la selección de pasajes de esta carta de Pablo a los cristianos de Colosas. La consigna parece paralela a algunas de las enseñanzas de las otras dos lecturas: “buscad los bienes de allá arriba... aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra”.

Si estamos incorporados al Resucitado, ya desde el Bautismo, se tiene que notar en nuestra vida: nuestro estilo de actuación se tiene que diferenciar del de los que no son cristianos. Tenemos que “despojarnos de la vieja condición humana, con sus obras, y revestirnos de la nueva condición”.

Lucas 12,13-21. *Lo que has acumulado, ¿de quién será?*

Muchas veces una pregunta de uno de sus oyentes le da la ocasión a Jesús para desarrollar su mentalidad y sus consejos. Esta vez es a raíz de uno que le pide que le ayude a resolver una cuestión de herencia.

Jesús nos avisa contra la excesiva ambición y deseo de tener: “guardaos de toda clase de codicia”, porque nuestra vida “no depende de nuestros bienes”. La parábola es muy expresiva: el campesino que sueña con una ampliación

de graneros porque la cosecha se presenta abundante. Es lo que a él parece producirle una gran felicidad. La voz de Dios le llama a una mejor sabiduría: “esta noche te van a exigir la vida, y lo que has acumulado, ¿de quién será?”. Parece un eco de la pregunta del Qohelet: ¿qué saca el hombre de todos sus trabajos? Jesús apostilla: lo que has acumulado, ¿de quién será?

– II –

Un poco de escepticismo nos va bien

El sabio del AT aparece bastante pesimista: “vanidad, todo es vanidad” o, como traducen ahora, “vaciedad, todo es vaciedad”. Nos enseña un sano escepticismo ante lo humano. La riqueza no nos lo da todo en la vida, ni es lo principal: la muerte lo relativiza todo. Es sabio reconocer los límites de lo humano y ver las cosas en el justo valor que tienen, transitorio y relativo. Incluso el trabajo, que parece un valor muy honrado, puede llegar a exagerarse y a hacernos perder la armonía y la paz. Tanto afán y tanta angustia no puede llevarnos a nada sólido.

Es bueno que el salmo nos recuerde que nuestra vida es como la hierba que está fresca por la mañana y por la tarde ya se seca, o que mil años en presencia de Dios son como un ayer que pasó.

Esta lección del AT es aún más realista cuando oímos la descripción que hace Jesús del rico que piensa en su cosecha y en sus planes de ampliación. Nos viene bien a todos un cierto toque de escepticismo, para que no corramos tan ansiosamente detrás de lo perecedero, descuidando lo principal. Si vamos por ese camino, las desilusiones van a ser mayúsculas. Mientras que reconocer la vanidad de las cosas humanas es la mejor disposición para dar importancia a las auténticamente importantes.

El salmo 89 tiene un versículo que gustaba al papa Juan XXIII, porque le parecía que ahí estaba el secreto para ver con sabiduría el discurrir de la historia, sin asustarse ni entusiasmarse demasiado: “enseñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato”.

No obsesionarse por los bienes materiales

Jesús es un buen pedagogo. El retrato que hace del rico insensato no pierde actualidad. Es conciso pero muy vivo. La lección, muy clara: nos invita al desapego del dinero, porque no es un valor absoluto ni humana ni cristianamente. Una de las idolatrías que sigue siendo más actual, en la sociedad y también entre los cristianos, es la del dinero.

Jesús no nos está invitando a despreciar los bienes de la tierra, pero sí a no dejarnos esclavizar por ellos. No quiere que estemos ociosos, sin hacer nada y abandonando el trabajo, pero sí que no demos valor prioritario a lo material, porque hay cosas más importantes, hasta humanamente. No condena a los ricos o las riquezas, pero sí nos dice que no caigamos en la idolatría, en la obsesión del dinero. La riqueza en sí no es buena ni mala: lo que puede ser malo es el uso que hacemos de ella y la actitud interior ante ella. Si Jesús llamó necio o insensato al rico, no es porque fuera rico, o porque hubiera trabajado por su bienestar y el de su familia, o porque hubiera amasado las riquezas injustamente, sino porque había programado su vida prescindiendo de Dios y olvidando también la ayuda a los demás. Lo que nos está diciendo Jesús es: “guardaos de toda clase de codicia”.

Es sabio distinguir los valores importantes y los que no lo son. El dinero tiene su función, pero por encima del dinero y del bienestar material está la amistad, la vida de familia, la cultura, el arte, la comunicación interpersonal, el sano disfrute de la vida, la ayuda solidaria a los demás. Hay que tener tiempo para sonreír, para jugar y “perder el tiempo” con los familiares y amigos.

Sobre todo, están los valores trascendentes, cara a Dios, “los bienes de arriba” de que habla Pablo, que ya son nuestros mejores valores desde hoy: la escucha de la Palabra, los sacramentos, el vivir en cristiano, la vida de la comunidad eclesial y nuestra colaboración a ella, el testimonio de nuestra fe para con los hijos y vecinos. Eso es lo que nos enriquece ante Dios.

Tendremos que tomar en serio las palabras de Pablo: “aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra... despojaos de la vieja condición humana y revestíos de la nueva condición”. Y, por si no se entiende bien qué es eso viejo de que tenemos que despojarnos, Pablo concreta: “dad muerte

a lo terreno que hay en vosotros: la fornicación, la impureza, la pasión, la codicia, y la avaricia, que es una idolatría”. No faltan en su lista la codicia y la avaricia: también en sus comunidades hay la tentación del excesivo apego al dinero.

Necio... el que no es rico ante Dios

Lo principal es ser rico ante Dios, y no ante los hombres. Ser ricos en buenas obras, y no en cuentas corrientes. Sería una pena que uno “amasara riquezas para sí”, las cosas que cree que le van a dar la felicidad, y no se preocupa de las más importantes “y no es rico ante Dios”. El mundo nos invita a una carrera desenfrenada por los bienes materiales, para tener más cosas que los demás y asegurar obsesivamente el futuro. Si nos descuidamos, nos convertimos en esclavos de la sociedad de consumo, que crea necesidades siempre nuevas para que gastemos más y más.

Pero lo que contará al final son las buenas obras que hayamos hecho, no el dinero que hemos logrado almacenar (que, además, irá a parar a manos de otros que no lo han ganado). Mereceríamos que Jesús también a nosotros nos llamara necios e insensatos, si desterramos a Dios de nuestra vida, si no nos preocupamos de los demás, si nos llenamos de nosotros mismos y ponemos nuestro futuro en las cosas de este mundo. Seríamos estúpidos, como el granjero del evangelio, porque almacenamos cosas caducas, que nos pueden ser quitadas hoy mismo y no nos van a aprovechar para nada.

Hacemos bien en trabajar y procurar un bienestar para nosotros y nuestra familia y ayudar a los jóvenes a asegurarse una carrera y unos estudios. Pero hay cosas importantes que no se contabilizan ni en el Banco ni en la hoja de calificaciones. A la hora de educar a nuestros jóvenes, deberíamos inculcarles el aprecio a los valores auténticos, tanto humanos como cristianos, relativizando los demás.

Si durante el verano o las vacaciones, por ejemplo, seguimos fieles a la Eucaristía dominical, con lo que representa de pertenencia a la comunidad eclesial y escucha de la Palabra y unión con Cristo, estamos dando pruebas de que, junto a valores humanos muy legítimos, no nos olvidamos de los valores cristianos, que son los que, a la larga, nos proporcionarán la verdadera felicidad.

DOMINGO 19 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

El cristiano debe vivir en vigilancia

Esta vez, el “camino” del cristiano, tal como nos lo describe san Lucas, es el de la vigilancia. Empieza nombrando de nuevo las riquezas, pero luego entra en lo que hoy puede ser el tema central de las lecturas: la vigilancia. Es una dimensión de la fe cristiana que parece más propia del Adviento, pero siempre resulta útil recordarnos la gran pregunta: ¿qué hacemos de nuestra vida? ¿cómo la administramos? ¿de dónde venimos y adónde vamos? ¿vivimos despiertos?

Hoy comenzamos –y durará cuatro domingos– una lectura selectiva de la carta a los Hebreos en sus últimos capítulos. La página de hoy nos pone delante modelos muy convincentes de fe del AT, de personas que supieron tener una actitud de fe en Dios y de esperanza de los tiempos definitivos.

Sabiduría 18,6-9. *Con una misma acción castigabas a los enemigos
y nos honrabas llamándonos a ti*

El ejemplo que nos prepara para escuchar el evangelio de la vigilancia lo tomamos del libro de la Sabiduría, el último del AT (unos 50 años antes de Cristo), escrito sobre todo para los creyente judíos de Egipto, que encontraban dificultades para conservar su identidad en medio de una sociedad pagana.

Dice su autor que el pueblo de Israel nos dio ejemplo de una esperanza activa y confiada en la promesa de Dios. La “noche de la liberación”, allá en Egipto, la noche de la primera Pascua, es un símbolo de la fe de ese pueblo en el Dios que con su brazo poderoso les iba a llevar a la libertad. Aun en medio de las tribulaciones de la esclavitud, ya estaban presintiendo la salvación “y empezaron a entonar los himnos tradicionales”. Aquella noche no durmieron, estuvieron en vela, esperando el “paso del Señor”.

El *salmo* señala cuál es el motivo de esta confianza: “dichoso el pueblo a quien Dios escogió como heredad”. No es de extrañar que prorrumpe en alabanzas: “aclamad, justos, al Señor... dichosa la nación cuyo Dios es el Señor... los que esperan en su misericordia... nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo”.

Hebreos 11,1-2.8-19. *Esperaba la ciudad cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios*

La carta a los Hebreos, que en sus primeros capítulos se centraba sobre todo en la superioridad de Cristo sobre todas las instituciones del AT, en el capítulo 11 presenta una lista de personas que nos han dado un ejemplo admirable de fe, y lo hace para animar en la perseverancia a sus lectores.

Hoy leemos lo que dice del testimonio que nos dan Abrahán y su mujer Sara, que abandonaron su tierra de origen y salieron “sin saber a dónde iban”. Vivieron como extranjeros y peregrinos, creyeron en el Dios que les prometía descendencia y la posesión de la tierra. El Catecismo dedica unos simpáticos números a estos creyentes del AT: CCE 145-147.

El mérito de estas personas, según el autor de la Carta, es que esperaban una patria mejor, no porque vieran claras las cosas, sino porque se las había prometido Dios. Abrahán estuvo dispuesto incluso a sacrificar a su propio hijo.

Lucas 12,32-48. *Estad preparados*

Jesús quiere que sus discípulos vivan vigilantes, que estén despiertos: “tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas”.

Las comparaciones son muy familiares y expresivas. Los criados deben estar preparados, porque el amo puede volver en cualquier momento de la fiesta de bodas a donde ha ido. El dueño de la casa debe estar despierto porque no sabe qué día y hora escogerá el ladrón para abrir un boquete.

A la pregunta de Pedro, Jesús especifica que esta actitud de vigilancia la deben tener de modo particular los que tienen una autoridad especial en la marcha de la casa: “al que mucho se le dio, mucho se le exigirá”.

– II –

Modelos de vigilancia ya en el AT

El primer modelo de personas vigilantes que nos presentan las lecturas es el de los judíos en la cena pascual. En la noche de su salida de Egipto comieron de pie, ceñido el cinturón, preparados para emprender la marcha, convencidos de que Dios iba a actuar a favor de ellos, liberándoles de la esclavitud. Además de confiar en Dios, “la promesa de la que se fiaban”, decidieron mantenerse fieles a la solidaridad entre ellos: “se imponían esta ley sagrada, que todos los santos serían solidarios en los peligros y en los bienes”. Buenas condiciones para ponerse en camino: confianza en Dios y solidaridad mutua.

También la 2ª lectura—aunque generalmente siga otro ritmo—parece coincidir hoy en esta actitud de peregrinación y esperanza. Para animar a sus lectores en la perseverancia de su fe, el autor de la Carta nos presenta sobre todo el ejemplo de Abrahán, el patriarca de todos los creyentes. Fe es “seguridad de lo que se espera y prueba de lo que no se ve”. No es, por tanto, evidencia. El que cree se fía de Dios, cree en él, le cree a él.

Abrahán creyó a Dios. Salió de su tierra, a una edad ya muy avanzada, vivió “como extranjero”, “habitando en tiendas”, estuvo dispuesto a sacrificar a su propio hijo. Como muchos otros personajes del AT, nos da ejemplo de una fe hecha de esperanza y vigilancia: vivieron “como huéspedes y peregrinos en la tierra”, “buscando una patria”. La fe es camino y búsqueda, provisionalidad y esperanza.

Si para ellos, en la penumbra del AT, valía eso, mucho más deberíamos confiar nosotros, que ya conocemos al Enviado de Dios que nos ha revelado el sentido de nuestro camino y de nuestra vida.

El ejemplo de estos creyentes del AT es estimulante para nosotros. ¿Estaríamos dispuestos a abandonar nuestra patria y nuestra situación social a los 75 años, sin saber a dónde nos lleva Dios? ¿seguiríamos creyendo en él si nos pidiera, como a Abrahán y a Sara, tener que vivir siempre en tierra extranjera, “en tiendas”, sin reposo, siempre esperando en las promesas y dispuestos a sacrificar a nuestro “Isaac preferido”?

La vigilancia de los cristianos

Jesús, de nuevo buen pedagogo, nos enseña con varias comparaciones cómo debe ser de despierta y vigilante nuestra fe. a) El mejor “banco” para guardar nuestras posesiones es el cielo, “donde no se acercan los ladrones ni roe la polilla”, porque “donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”. b) La actitud de los criados que aguardan la vuelta del amo, que se ha ido a una fiesta. Puede volver bien entrada la noche o de madrugada; si les encuentra bien preparados, cosa inaudita: “los hará sentar a la mesa y los irá sirviendo”. c) La del dueño de casa que no sabe cuándo pueden venir los ladrones. d) La del administrador que debe estar preparado a rendir cuentas de su gestión en cualquier momento.

Jesús nos invita a vivir “ceñida la cintura y encendidas las lámparas”, “como los que aguardan la vuelta del Señor”. Como los judíos en la cena pascual. Como las cinco muchachas prudentes que esperaban al novio con aceite en sus lámparas. Como los criados guardando en orden la casa.

Esto tanto puede referirse a la venida última, gloriosa, de Cristo, Juez de la historia, o a nuestra muerte, el momento decisivo para cada uno de nosotros y cuya fecha desconocemos. Pero también puede referirse a la vida de cada día, en que se suceden ocasiones de gracia que corremos el peligro de desaprovechar: la Palabra, los sacramentos, los acontecimientos, las personas. Si estamos despiertos, podremos aprovechar la presencia de Dios en todo esto; si estamos adormilados, ni nos daremos cuenta.

Una de las cosas que más embotan nuestro ánimo y nos impiden la vigilancia es el excesivo apego a las riquezas: “donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón”, y allí están nuestras preocupaciones.

Vivir despiertos, mirando al futuro

A todos nos resulta útil la llamada a la vigilancia. Los ejemplos de las tres lecturas –los israelitas en su Pascua, Abrahán en su peregrinación, los criados esperando la vuelta del amo y el amo vigilando su casa contra los ladrones– nos estimulan a vivir también nosotros despiertos.

Humanamente, pensamos en nuestro futuro y en el de nuestra familia, hacemos planes, calculamos y revisamos los presupuestos, nos apuntamos a las mejores compañías de seguros, nos proveemos de los mejores mecanismos antirrobo: pero ¿vivimos despiertos también en nuestra fe? ¿trabajamos por crecer en la vida cristiana, pensando en el futuro? ¿pensamos que también nos pueden robar esa fe, o que nos pedirán cuentas de ella? ¿nos preocupamos por dar a nuestros hijos o alumnos también los valores de la fe, que les puedan servir para toda la vida?

Vigilar significa no distraerse, no amodorrarse, no instalarse, satisfechos con lo ya conseguido. En medio de una sociedad que parece muy contenta con los valores que tiene, el cristiano vive en esperanza vigilante y activa hacia el futuro. No podemos permitir que se nos entumescan nuestros músculos, porque, como los atletas y los peregrinos, necesitamos tenerlos en plena forma para el camino.

Vigilar –tener las lámparas encendidas para el encuentro con el Señor– significa tener la mirada puesta en los “bienes de arriba”, no dejarse encandilar por los atractivos de este mundo, que es camino y no meta, y tener conciencia de que nuestro paso por él, aunque sea serio y nos comprometa al trabajo, no es lo definitivo en nuestra vida.

Vigilar es vivir despiertos. No con angustia, ni obsesionados por la cercanía del fin, pero sí con seriedad y una cierta tensión. Dando importancia a lo que la tiene. Como el estudiante que desde el comienzo del curso piensa en los exámenes finales. Como el labrador que siembra y está ya pensando

en la cosecha. Como el deportista que desde el primer esfuerzo sueña con llegar primero a la meta, o al menor, no fuera de control.

Una de las imágenes de la Iglesia que ahora más repetimos, sobre todo en los cantos, es la del Pueblo peregrino, Pueblo en marcha, Pueblo que camina. Ciertamente esto no supone desentenderse de lo de aquí abajo: debemos ser protagonistas, no sólo de la “espera” del Reino, sino de su construcción, ya ahora. Dios nos ha dado unos “talentos” que debemos “administrar” y hacer fructificar.

Para ese camino que es la vida cristiana, tenemos la Eucaristía como “viático,” o sea, como “alimento para el camino”. Que nos da fuerza para seguir adelante y para trabajar por el Reino. Mientras la celebramos, en el espacio que hay entre la venida primera del Señor y la última, repetimos con frecuencia nuestra mirada hacia el futuro: “mientras esperamos la gloriosa venida de N. S. Jesucristo”. La Eucaristía nos ayuda a tener bien firmes los pies en el suelo, con un compromiso y una misión en este mundo, pero con la mirada puesta en el final.

DOMINGO 20 DEL TIEMPO ORDINARIO

— I —

Unas lecturas desconcertantes

El camino del cristiano no es fácil. Si el domingo pasado nos invitaba Jesús a la vigilancia, hoy pone el acento en la fortaleza que necesitaremos para ser coherentes con nuestra decisión de seguirle a él en su camino.

Tanto el ejemplo del profeta Jeremías, signo de contradicción, como el aviso que Jesús nos hace sobre la división que él mismo va a provocar en nuestra vida, nos indican que la fe es exigente y que nos pone ante opciones que nos van a pedir mucha energía.

La lectura de Hebreos también nos invita a seguir nuestro camino, como una carrera en el estadio, con los ojos fijos en Cristo Jesús, que es quien lo ha recorrido modélicamente.

Jeremías 38,4-6.8-10. *Me engendraste hombre de pleitos para todo el país*

Jeremías es la figura impresionante de cómo un profeta puede provocar tantas contradicciones en la sociedad en la que Dios le manda hablar en su nombre.

En los años inmediatamente anteriores al definitivo destierro de Israel a Babilonia, fue cuando actuó Jeremías, durante los reinados de Joaquín y Sedecías (años 609-587 antes de Cristo). Cuando Dios le llamó al ministerio

profético, sacándole de la tranquilidad de su vida en un pueblo pequeño cercano a Jerusalén, no contaba todavía veinte años. Siendo él de carácter pacífico, tuvo que pronunciar palabras de denuncia sobre la corrupción y la pérdida de la fe en su tiempo, y también aconsejar a las autoridades que no pactaran con las fuerzas de Egipto, que no les iban a resolver ningún problema. El rey Sedecías era débil, y lo dejó a merced de otras autoridades, que le enterraron en un aljibe sin agua, un pozo lleno de fango.

El *salmo* parece como si fuera la oración del profeta dentro de ese pozo, pero con confianza en Dios: “Señor, date prisa en socorrerme”. El salmista confía en el Señor: “me levantó de la fosa fatal, de la charca fangosa... yo soy pobre y desgraciado, pero el Señor se cuida de mí”.

Hebreos 12,1-4. *Corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos*

Después de proponer, como leíamos el domingo pasado, a Abrahán y Sara como modelos de fe, la Carta a los Hebreos alude hoy a “una nube ingente de testigos” que nos miran, como en un estadio la multitud contempla la carrera de los atletas.

Su autor quiere que los cristianos corran así, animados por tantos testigos, hacia la meta. Los espectadores del estadio son los creyentes de todos los tiempos que han recorrido esa carrera y ahora nos animan a nosotros a perseverar y acabar el recorrido.

Pero, sobre todo, les pide que se fijen en el que corre delante de todos, Cristo Jesús, que superó todas las dificultades, incluso la muerte en cruz, y ahora triunfa junto al Padre.

Lucas 12,49-53. *No he venido a traer paz, sino división*

Jesús hace en el evangelio de hoy afirmaciones bastante sorprendentes: “he venido a prender fuego en el mundo... ¿pensáis que he venido a traer paz? No, sino división...”.

Y avisa que, por el hecho de seguir el camino de la fe, el camino de Cristo, incluso habrá divisiones en una misma familia, porque la fe exige opciones radicales.

– II –

La vida como lucha y como carrera atlética

En la 1ª lectura se nos presenta brevemente la figura de un profeta, Jeremías, al que Dios encargó que anunciara un futuro sombrío para su pueblo si no se convertía de sus maldades, y que aconsejara decisiones que no eran del agrado de las autoridades, sobre todo militares, de su tiempo. Por eso intentaron eliminarle, hacer callar su voz. La gente quiere oír palabras que les den la razón, no que denuncien sus infidelidades.

Jeremías hundido en el fango del pozo es un símbolo de lo que fue toda su vida. Pero él fue valiente hasta el final y siguió proclamando lo que a él le parecía la voluntad de Dios. Hubo momentos en que estuvo tentado de dimitir como profeta, pero no lo hizo.

También la carta a los Hebreos nos presenta la vida cristiana en su lado dinámico y batallador. Como una carrera, ante un estadio lleno de gente que nos contempla, nuestros antepasados en la fe (acababa de nombrar en el capítulo anterior una serie de personas creyentes del AT que nos dan ejemplo) y también los contemporáneos.

Si somos corredores y atletas en esta vida, ¿cómo corremos? ¿cómo recibimos y traspasamos el “testigo” de nuestra fe en esta carrera de relevos que es la vida de la comunidad cristiana? Ser buen deportista cuesta sacrificio: hay que renunciar a bastantes cosas para poder triunfar en la carrera. Ser buen cristiano cuesta sacrificio: a veces hay que hacer opciones que no nos vienen espontáneas ni cómodas.

La Carta nos pone delante, sobre todo, el ejemplo de Cristo Jesús: “fijos los ojos en Jesús, pionero de la fe (el que inició nuestra fe)”. Pionero significa el que va delante, el que nos ha dado ejemplo de decisión en su camino mesiánico, que incluía la cruz. También a él le resultó difícil cumplir su carrera, pero nos ofrece un óptimo ejemplo de fe en Dios, que le dio fuerza para seguir hasta el final: “corramos en la carrera que nos toca sin retirarnos... no os canséis, no perdáis el ánimo”.

Nos puede parecer que ya actuamos bien, y que lo que nos toca sufrir para ser buenos cristianos es algo muy meritorio. A cada uno le parece siempre que sus problemas son los únicos o los mayores. Y no es así: la Carta de hoy nos invita a comparar nuestro camino con el de Cristo, y nos hace ver que no tiene ni comparación: “no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado”.

No he venido a traer paz

Todavía es más sorprendente lo que nos dice Jesús en el evangelio, con imágenes muy expresivas.

Él no ha venido a traer “paz”, sino “guerra”. Como él luego diría: “mi paz os dejo, mi paz os doy”, habremos de pensar que esa paz suya debe ser distinta de la que ofrece el mundo. Nos dice también que ha venido a prender “fuego” en el mundo: quiere transformar, cambiar, purificar. Nos avisa que esto va a “dividir” a la humanidad: unos le van a seguir, y otros, no. Y eso dentro de una misma familia. Jeremías, en el AT, provocó la división, porque eran palabras exigentes las suyas. Cristo, que había venido a “reunir a los hijos de Dios dispersos”, se convirtió también –ya lo anunció el anciano Simeón a María y José en el Templo– en signo de contradicción.

Seguirle a él requiere una opción personal consciente y enérgica. Claro que Cristo quiere la paz. Ha venido a reconciliar al hombre con Dios y a los hombres entre sí y a cada hombre consigo mismo. Ha venido a reunir a los hijos de Dios dispersos, no a dividir. Llama bienaventurados a los que trabajan por la paz. Pero se ve que hay dos clases de paz y hay una que él no quiere: la paz perezosa, hecha de compromisos, la paz de los que se instalan cómodamente y no se deciden a seguir caminos exigentes.

Cuando habla de “prender fuego” no habla del fuego que devasta los bosques, sino del fuego de un amor decidido, de una entrega apasionada, como la de él. Es el fuego del Espíritu que dará a los suyos en Pentecostés y que bajó precisamente en forma de lenguas de fuego sobre la comunidad y la transformó completamente. Jeremías, en sus “confesiones”, dice que tuvo tentaciones de dimitir de su misión profética, pero que no podía: “había en

mi corazón algo así como fuego ardiente”, que era la Palabra de Dios, y por eso siguió fiel a la voz de Dios.

Si en nuestro seguimiento de Cristo sólo buscamos paz y consuelo para nuestros males, o la garantía de obtener unas gracias de Dios, no hemos entendido su intención más profunda. El evangelio, la fe, es algo revolucionario, hasta inquietante, que intenta transformar nuestras vidas.

Ser cristianos en el mundo de hoy

Ser fieles a Jesús muchas veces también a nosotros nos produce conflictos. El que se acerca mucho a Cristo se quema. No podemos contentarnos con las cosas dulces y consoladoras que leemos en el evangelio, olvidando las que nos enfrentan a opciones más conflictivas.

Estamos en medio de un mundo que tiene otra longitud de onda, que aprecia otros valores, que razona con una mentalidad que no es necesariamente la de Cristo, y muchas veces reacciona con indiferencia – cuando no con hostilidad, burla o incluso con una persecución más o menos solapada–, ante nuestra fe y nuestro testimonio del estilo de vida del evangelio.

La vivencia de la fe produce a veces divisiones en una misma familia o en un grupo. Ante Cristo uno no se puede quedar neutral e indiferente. Tener fe hoy y vivir de acuerdo con ella es una opción seria. No se puede compaginar alegremente el mensaje de Cristo con el de este mundo. No se puede “servir a dos señores”. Siempre resulta incómodo luchar contra el sentir ambiental, sobre todo si es más atrayente, al menos superficialmente, y menor exigente en sus demandas. Ser cristiano es optar por la mentalidad de Cristo, por la manera que tiene él de ver las personas y la historia. No se puede seguir adelante con medias tintas y con compromisos. En la moral, por ejemplo, el evangelio es mucho más exigente que las meras leyes civiles.

Si un atleta no sabe despojarse de lo que le estorba y renunciar a lo que le impide estar en forma para la carrera, ganará pocas medallas. El evangelio es un programa de vida para fuertes y valientes. No nos exigirá siempre heroísmo –aunque sigue habiendo mártires también en nuestro tiempo–, pero sí nos exige siempre coherencia en la vida de cada día, tanto en el terreno personal como en el familiar o sociopolítico.

Sería buscar una falsa paz el que lográramos demasiado fácilmente conjugar nuestra fe con las opciones de la moda y de la estadística, a base de camuflar las diferencias entre ambas o buscar un cristianismo “light”. La paz de Cristo, la verdadera, está hecha de fuego y de lucha. Claro que es más “pacífico” que los pastores de la comunidad cristiana, desde el Papa hasta el último diácono, no digan más que palabras de consuelo y halago: pero tienen que decir lo que ellos creen que es la verdad conforme al evangelio, y eso, muchas veces, suscita reacciones violentas de oposición, por ejemplo cuando meten el dedo en la llaga de la injusticia social o del permisivismo moral o la defensa de la vida.

De la paz de la Eucaristía a la lucha de la vida

¿Sigue encendido ese fuego del que habla Cristo en la comunidad cristiana? ¿sigue vivo el entusiasmo y la creatividad en la lucha contra el mal? ¿se nota en la Iglesia y en cada uno de nosotros ese fervor y esa dinámica y ese entusiasmo que Cristo vino a traer a la tierra? ¿o caemos a veces en la pereza, en el conformismo y en una falsa quietud?

Cada Eucaristía nos ayuda ciertamente a dejarnos envolver en la paz y el consuelo de Dios. Pero a la vez nos compromete a una vida según Cristo después de ese “podéis ir en paz”, que ciertamente no hay que entender como si nos dijeran: “aquí no ha pasado nada”. La palabra que hemos escuchado, y la participación en ese Cristo que se entrega por todos, interpelan nuestra conducta posterior y nos señalan caminos que a veces no son fáciles.

No digamos que es imposible. Con la ayuda de Dios lo podemos todo. Como nos dice la Carta a los Hebreos, nos ayudan también con su ejemplo multitud de testigos, antiguos y modernos –la Virgen y los Santos y tantas personas buenas que nos acompañan ahora–, que han recorrido con elegancia espiritual el mismo camino que nosotros. No tendríamos que exagerar el mérito de nuestro esfuerzo: ¿hemos llegado a derramar sangre en nuestra lucha por la fe? Jesús sí llegó, y tanto cristianos seguidores suyos tienen mucho más mérito que nosotros en su vida coherente de fe.

DOMINGO 21 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Sigue la subida a Jerusalén

Por si nos habíamos olvidado, Lucas nos recuerda que la escena que nos cuenta hoy sucedió cuando Jesús iba “de camino hacia Jerusalén”.

Si hace dos domingos se nos invitaba a la vigilancia, y el pasado a la coherencia en nuestro camino, hoy suena la pregunta que también puede preocupar al cristiano de hoy: ¿son muchos los que se salvan?

Isaías 66, 18-21. *De todos los países traerán a todos vuestros hermanos*

Como Jesús, en el evangelio, nos va a decir que vendrán a la mesa del Reino muchos que no pertenecen a la raza judía, procedentes de Oriente y de Occidente, aquí se ha elegido un pasaje profético que anuncia cómo Dios quiere una salvación universal.

Isaías (el “tercer Isaías”) asegura que el Señor vendrá “para reunir a las naciones de toda lengua... las costas lejanas que nunca oyeron mi fama ni vieron mi gloria”. De todos los países vendrán con ofrendas al “monte santo de Jerusalén”, y de entre ellos elegirá también Dios “sacerdotes y levitas”. Nadie quedará excluido del Templo.

En consecuencia, el *salmo*, que siempre ayuda a profundizar el mensaje de la 1ª lectura, es un salmo “misionero”: “alabad al Señor todas las naciones”,

color que queda fortalecido con la antífona que repite la comunidad, tomada de las últimas recomendaciones de Jesús a los suyos: “id al mundo entero y predicad el Evangelio”.

Hebreos 12,4-7.11-13. *El Señor reprende a los que ama*

La Carta a los Hebreos está escrita para animar en su fe a algunos cristianos que se encuentran desanimados por una serie de dificultades internas y externas.

Dios permite muchas cosas para “reprender a los que ama y castigar a sus hijos preferidos”. Estas dificultades las tenemos que tomar como “correcciones” que un padre permite para que sus hijos maduren mejor.

Por difícil que resultara ser cristianos en los tiempos de la Carta, y en los actuales, la recomendación es muy positiva: “fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes...”.

Lucas 13,22-30. *Vendrán de Oriente y Occidente y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios*

A veces Jesús toma pie para sus enseñanzas de alguna pregunta espontánea de un oyente. Como hoy. A la pregunta de si son muchos los que se salvan, la respuesta de Jesús no parece muy optimista: “esforzaos en entrar por la puerta estrecha... muchos intentarán entrar y no podrán”.

Los judíos se tenían como privilegiados, por pertenecer al pueblo elegido de Dios. Pero Jesús parece relativizar esta seguridad, porque si no viven conforme a esa pertenencia y esa Alianza, se exponen a oír una sentencia muy triste: “no sé quiénes sois”. Mientras que otros, que en principio no pertenecen a la raza de Abrahán, vendrán del Oriente y del Occidente y se sentarán en el Reino de Dios.

– II –

Dios quiere salvar a todos

La pregunta nos la podemos hacer también nosotros, porque es importante: ¿son muchos los que se salvan? ¿son pocos? ¿estará yo entre los que se salvan? ¿qué he de hacer para salvarme? O bien, otra pregunta que también se oye: ¿qué pasará en el más allá?

Tal vez el que hizo la pregunta a Jesús tenía la idea de que sólo se salvaban los judíos. Según la formación que hayamos recibido nosotros, tal vez pensemos que estamos seguros de la salvación por ser cristianos, o por ser “practicantes” o por haber cumplido unos rezos o unas prácticas de devoción.

La respuesta de Jesús es, por una parte, muy positiva: Dios quiere la salvación de todos. No sólo del pueblo de Israel, el pueblo elegido, sino de todos. Ya lo dice Isaías: desde costas lejanas y de países extranjeros vendrá gente a adorar al Dios verdadero. Todos están destinados a su Reino. En la Biblia aparece que el pueblo de Israel es el pueblo elegido, pero que a la vez tiene una vocación misionera, mediadora, para que todas las naciones conozcan y sigan a Dios.

El salmo también ha insistido en la misma clave: “aclamad al Señor todas las naciones”, “id al mundo entero y proclamad el evangelio”. Jesús, en el evangelio, anuncia que vendrán de los cuatro puntos cardinales a sentarse en la mesa del Reino de Dios.

Cuando el libro del Apocalipsis nos describe el cielo, nos habla de una muchedumbre inmensa de bienaventurados, de toda raza y lengua y condición, que cantan a gritos las alabanzas de Cristo y participan en su victoria. Ese es el plan de Dios: la salvación universal.

Hay que entrar por la puerta estrecha

Pero Jesús, a continuación, nos dice que hay que saber conjugar esa misericordia universal de Dios con la exigencia de la respuesta personal.

Jesús no quiere engañar a nadie. Lo que vale, cuesta. Dios quiere salvarnos, pero con la condición de que le demos una respuesta clara de fe y de vida auténtica. Debemos tomar también nosotros nuestra cruz y seguir las huellas de Cristo. Si el camino de Jesús fue difícil, no es raro que se nos anuncie que el de sus seguidores no puede ser cómodo.

Jesús no nos proporciona “recetas” fáciles para salvarse. Él habla de “puerta estrecha” y, a veces, de “puerta cerrada”. Jesús dijo un día que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que no un rico, lleno de sí mismo, entre en el Reino. En otra ocasión explicó cómo cinco de las muchachas llamadas al banquete de bodas, las necias, se quedaron fuera, porque la llegada del novio las sorprendió sin aceite para sus lámparas.

Nos gustaría que hubiera anunciado que todos se salvarán, que todos serán admitidos al banquete de bodas y encontrarán un puesto a su mesa. Pero nos habla del riesgo de quedarnos fuera. El cielo no es un coladero fácil. La misericordia infinita de Dios se conjuga con nuestra respuesta a su amor.

Es como si un maestro tuviera que asegurar a sus alumnos que todos aprobarán los exámenes. Esa sería la intención del profesor, promocionar a todos, pero de por medio está el esfuerzo de cada alumno por conseguir el aprobado. Como el trabajo de los atletas que compiten para poder llegar a la meta.

La respuesta de Jesús no nos resulta cómoda. El Reino, la salvación, no se gana fácilmente. Requiere esfuerzo. Supone una respuesta libre y personal al don de Dios.

¿Es garantía segura ser cristianos?

Todavía puede sorprender más el que Jesús les diga a los judíos que el pertenecer al pueblo elegido de Dios no les basta para salvarse: que podría darse, por desgracia, que ellos se queden fuera, mientras que otros, que vienen de países paganos, se les adelanten en el Reino. No basta con “ser hijos de Abrahán”. No basta que puedan decir que el Mesías ha surgido de entre ellos y que han “comido y bebido” con él.

A los cristianos también se nos puede aplicar el mismo aviso, que sigue siendo incómodo. No basta con pertenecer a la Iglesia y, además, a alguna

asociación o grupo piadoso. Depende de la respuesta vital de fe que demos cada uno a Dios. Si “salvarse” –entrar a la alegría perpetua de Dios en el cielo– dependiera sólo de estar o no bautizados, de llevar o no una medalla, de decir o no unas oraciones, sería fácil. El seguimiento de Jesús es exigente. No se salva quien dice “Señor, Señor”, sino quien hace la voluntad del Padre. No salva la “comuni3n de mesa”. Salva la “comuni3n de la vida” con Cristo Jesús.

Sería una pena que al final encontráramos la puerta cerrada, como unos ciclistas que llegan a la meta con el control cerrado. La pertenencia a la Iglesia y el acudir a la Eucaristía dominical nos ayudan mucho, pero no bastan por sí mismos ni son garantía segura de nuestro éxito final. Jesús nos invita hoy a que sigamos trabajando, a que nos mantengamos despiertos, para que nuestra vida sea conforme al estilo de su evangelio.

Entonces sí, confiamos escuchar, a la hora de nuestro encuentro con Dios, las palabras que él dirige a los que han sido fieles: “muy bien, siervo bueno y fiel... entra en el gozo de tu Señor”. La puerta es estrecha, pero, con la ayuda de Dios, “una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar”, como dice el Apocalipsis, han sabido entrar por ella.

Dios corrige a los que ama

Según la carta a los Hebreos, las pruebas que encontramos en la vida son correcciones por parte de Dios y tendríamos que aceptarlas como una muestra de su amor. Lo cual entra en la mejor pedagogía de un padre para con sus hijos. Nos ayudan a afianzarnos en nuestra fidelidad: “fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes”.

¿Hasta qué punto es firme nuestra fidelidad? A veces creemos ser los primeros que sufren en este mundo o los únicos o los que más esfuerzo están haciendo para mostrar su fe en Dios. Y puede resultarnos incomprensible que Dios “permita” tantos males en este mundo, sobre todo si nos afectan a nosotros.

Si aceptáramos las pruebas de la vida, no tanto como cosas que ha querido o permitido Dios –muchas veces la culpa la tenemos nosotros mismos, o los otros, o sencillamente la vida, que nos ofrece días soleados y días nublados–,

sino como circunstancias misteriosas de la vida de las que Dios nos ayudará a sacar bien, nos servirían para ir madurando.

En el AT, vemos cómo Dios corrige a su pueblo Israel y le hace madurar. También a nosotros las dificultades nos ayudan a dar temple a nuestra fe y a progresar en el camino del amor. El amor, como la amistad, no se sabe si es firme hasta que supera positivamente los obstáculos que encuentra en el camino.

Las pruebas nos hacen reconsiderar nuestra vida y nos ayudan a descubrir valores ocultos que una vida demasiado fácil o superficial no nos permite descubrir. La herida de Ignacio de Loyola en el sitio de Pamplona podía parecer una catástrofe para sus planes militares, pero fue la ocasión de un cambio decisivo para él y para la Iglesia: descubrió horizontes que de otra manera tal vez no hubiera sabido ni que existían. No es que Dios hubiera querido que existiera aquella guerra fratricida, ni que enviara aquella bala que hirió a Ignacio. Pero Dios le hizo aprovechar esa ocasión para su conversión total. Dios saca bien de todo. También del mal.

DOMINGO 22 DEL TIEMPO ORDINARIO

— I —

El que se humilla será enaltecido

En la serie de lecciones concretas que nos va dando el evangelio de Jesús, hoy nos llega una invitación a la humildad y también a una generosidad desinteresada.

Ambos mensajes son poco populares. Hablar de humildad no parece un tema muy moderno. Si se nos urgiera a ser eficaces o a trabajar con generosidad, nos parecería bien. Pero ¿ser humildes? Y además, ¿trabajar desinteresadamente?

Sirácida 3,17-18.20.28-29. *Hazte pequeño y alcanzarás el favor de Dios*

Entre las sabias enseñanzas de este libro de Ben Sira, el antes llamado Eclesiástico, escrito unos dos siglos antes de Cristo, resuenan hoy unas palabras invitando a la humildad: “en tus asuntos procede con humildad”. Las ventajas que el sabio destaca en este modo de conducta es que seremos simpáticos a los demás: “te querrán más que al hombre generoso”. Y además, también ante Dios quedaremos mejor: “alcanzarás el favor de Dios... porque revela sus secretos a los humildes”.

También nos dice que es sensato escuchar a los sabios, y no a los cínicos: “aprecia las sentencias de los sabios: el oído atento a la sabiduría se alegrará”.

Una vez más la 1ª lectura, y el salmo, nos predisponen a escuchar con mayor atención el mensaje del evangelio de Cristo Jesús.

El salmo insiste en esta preferencia de Dios a favor de los pobres y humildes: “Padre de huérfanos... Dios prepara casa a los desvalidos... tu rebaño habitó en la tierra que tu bondad, oh Dios, preparó para los pobres”. Esto es lo que llena de serenidad a los justos: “los justos se alegran, gozan en la presencia de Dios”.

Hebreos 12,18-19.22-24a. *Os habéis acercado al monte Sión, ciudad del Dios vivo*

Leemos hoy el último pasaje seleccionado para este año de la carta a los Hebreos. El autor sigue comentando cómo los elementos del culto que tenían los israelitas –el sacerdocio, los sacrificios, el templo–, elementos que parecía que sus lectores añoraban, ahora han quedado superados y perfeccionados por Cristo Jesús.

Esta vez la comparación se refiere al acontecimiento del Sinaí, el encuentro del pueblo con Yahvé, que fue espectacular, con fuego encendido, densos nubarrones, tormenta y una voz que asustaba. Mientras que ahora la Nueva Alianza, sellada por la mediación de Cristo Jesús, se describe como mucho más amable: la Jerusalén del cielo, más cercana, con la asamblea innumerable de ángeles y bienaventurados que está rindiendo culto lleno de alegría y entusiasmo a Dios, juez de todos, y a Jesús, el mediador de la nueva alianza.

Lucas 14,1.7-14. *Todo el que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido*

Jesús aprovecha que ha sido invitado a comer en casa de un fariseo importante para dar a los presentes una enseñanza sobre la humildad –“no te sientes en el puesto principal... vete a sentarte en el último puesto...”– y también otra de generosidad desinteresada: “no invites a los vecinos ricos... invita a pobres que no pueden pagar”.

No sabemos si se trata de una parábola o, sencillamente, de un hecho observado en la vida y comentado por Jesús. De todos modos, se puede decir

que dedica una enseñanza a los invitados, a quienes ve preocupados por los primeros puestos, y otra al anfitrión, que se muestra selectivo a la hora de cursar invitaciones a su comida.

– II –

Las ventajas de ser humildes

Esta lección de sencillez y de humildad nos viene bien a todos: a los niños, a los jóvenes, a los mayores. Jesús nos la presenta con su acostumbrada pedagogía y plasticidad, con ocasión de lo que ve en una comida a la que es invitado. Pero ya en la 1ª lectura el sabio nos recomendaba que seamos humildes en nuestra manera de actuar.

De las lecturas de hoy se pueden destacar tres direcciones en que la humildad nos resulta beneficiosa.

a) Al humilde lo quiere Dios: “hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor de Dios”, nos dice el sabio; y Jesús concreta: “todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”. Si por alguien tiene predilección Dios, y Cristo, es por los débiles, por los últimos, por los pequeños, los que no están pagados de sí mismos. También el salmo nos ha subrayado que Dios es “padre de huérfanos y protector de viudas” y que “ha preparado su casa a los desvalidos”.

b) Al que es discreto y modesto en sus pretensiones, al que es humilde y no está siempre hablando de sí mismo, alardeando de sus cualidades o riquezas, le quieren todos. Al orgulloso y engreído, o le desprecian o le tienen envidia. Por eso el consejo del sabio: “en tus asuntos procede con humildad y te querrán más que al hombre generoso”. Cuanto más grande es una persona en su interior, menos se hace valer y más sencilla es en el trato con los demás. Y esto hace que se le tenga más aprecio.

c) La humildad nos hace bien sobre todo a nosotros mismos. El ser humildes, o sea, modestos en la autoestima, afecta a la raíz de nuestro ser: nos hace

conocernos y aceptarnos mejor a nosotros mismos. El que es humilde, se ahorra muchos disgustos y goza de una mayor paz y armonía interior.

Mientras el orgullo nos impide abrirnos a Dios, abrirnos al prójimo, y nos hace abrirnos demasiado a nosotros mismos, la humildad corrige la triple deficiencia: nos abre a Dios, nos abre a los demás, y nos cierra en cierto sentido a nosotros mismos, relativizando nuestra autoestima.

Todos queremos los primeros puestos

Las ventajas, por tanto, de la humildad. La advertencia no nos resulta superflua, porque todos tenemos la tentación de aparecer, de buscar protagonismo, de ser y de tener más que los demás, de modo que los que nos rodean se sientan obligados a admirarnos y hasta a tenernos envidia.

Jesús vio cómo los invitados se apresuraban a elegir los mejores puestos. Se ve que lo de buscar los primeros puestos era un defecto característico de los fariseos del tiempo de Jesús. ¿Nos estaba viendo también a nosotros? ¿Somos de los que quieren “salir en la foto”, que nos vean en compañía de personas importantes, ser centro de la conversación? ¿Queremos superar a toda cosa a los demás familiares, a los compañeros de estudio o de trabajo, a los otros colaboradores de una comunidad cristiana, como los apóstoles de Jesús, que discutían sobre quién iba a ser el mayor entre ellos?

El aviso es para toda la Iglesia, para que no vaya buscando el poder ni el prestigio ni las alabanzas humanas. Y para cada cristiano, para que sepamos contener nuestro deseo innato de imponernos y de ser los protagonistas en todo. Jesús no nos enseña normas de urbanidad en la mesa, ni leyes de protocolo social, sino una actitud humana y cristiana que a él le parece básica: la modestia y la humildad de corazón, delante de Dios y de los demás. Una actitud bastante contraria a la que prevalece en este mundo, que parece una feria de vanidades. ¿A quién le gusta ocupar los últimos lugares? Pues Jesús nos invita a ocupar esos últimos lugares, y no como un truco para que luego nos inviten a subir, sino con sinceridad.

Cuando Jesús describió la oración del fariseo orgulloso y la del pecador humilde en el Templo, dijo a los presentes que el fariseo, tan lleno de sí

mismo, no salió de su oración justificado, mientras que el publicano que se reconocía pecador, sí salió perdonado.

El mejor ejemplo nos lo da el mismo Jesús, el Siervo, que no vino a ser servido sino a servir, y que en su cena de despedida se ciñó la toalla y lavó los pies a sus discípulos. Y también su Madre, María, que en el Magnificat alaba a Dios, reconociendo que es él quien lo ha hecho todo en ella, porque “ha mirado la humildad de su sierva” y “enaltece a los humildes”.

Haremos bien en examinarnos respecto a esta actitud: ¿qué pienso de mí? ¿hablo continuamente de mí? ¿cómo reacciono ante lo que considero ofensas o humillaciones?

Invita a los que no te pueden pagar

Junto a esta lección de humildad y modestia, Jesús añade otra de desinterés cuando invitamos o damos algo a los demás. Tampoco es muy del agrado del hombre de hoy este tema, porque la sociedad está fundada en el comercio del “do ut des”, “te doy para que luego tú me des”, a ser posible con intereses... A esta ley de la “reciprocidad” comercial, Jesús le contrapone la de la “generosidad gratuita”.

¿Hay alguien que dé gratuitamente? Pues eso es lo que Jesús invita a hacer. Esta vez, su punto de mira no es el invitado que busca puestos de honor, sino el dueño de la casa que invita. Le dice que no invite a los ricos que le podrán luego a su vez invitarle a él, sino a los que sabe que no le podrán corresponder, también en el círculo de los parientes y amigos.

No hace falta que necesariamente invitemos a comer a los pobres o a los sin techo o sin papeles, o a los familiares menos afortunados. Invitar a comer es un buen gesto. Pero hay otros que tal vez sean más necesarios: interesarnos por ellos, dirigirles la palabra, gastar tiempo con ellos. San Pablo nos transmitió una palabra de Jesús que no consta en el evangelio: “hay más alegría en dar que en recibir”. En dar gratuitamente.

¡Vaya dos lecciones, a cuál más “contra corriente”: ser humildes y dar gratuitamente, sin esperar recompensa! Hay que reconocer que es difícil asimilar esta bienaventuranza que nos dice hoy Jesús: “dichoso tú, porque

no te pueden pagar”. Ya nos pagará Dios. Pero en nuestra vida no solemos quedar muy satisfechos cuando a un favor nuestro nos responden: “¡que Dios te lo pague!”.

Nuestra Eucaristía y la asamblea litúrgica del cielo

La comparación que hace la carta a los Hebreos del encuentro del Sinaí y del que ahora nos asegura Cristo, parece resaltar que el del AT se realizó bajo el signo del miedo, mientras que la nueva relación nuestra con Dios, y la mirada esperanzada hacia la felicidad del cielo, está bajo el signo de la confianza filial.

La breve descripción que hace aquí la carta de la “asamblea litúrgica del cielo” –que desarrolla más el Apocalipsis y que comenta el Catecismo en sus números 1136-1139– nos ayuda a recordar que cuando nosotros celebramos la Eucaristía, no estamos solos, sino que nos unimos a los que en el cielo están ya celebrando la alabanza de Dios con fiesta y comunión.

Hay momentos en que expresamente afirmamos esta comunión. Por ejemplo, cuando como acto penitencial decimos el “Yo confieso”, porque además de los presentes (“y vosotros, hermanos”), invocamos a la Virgen María, a los ángeles y los santos en nuestro camino de conversión a Dios. Cuando vamos a entonar la alabanza del “Santo”, nos acordamos que lo hacemos en unión con los ángeles y los santos. Cuando despedimos a un difunto, invocamos para él la ayuda y la acogida de la Virgen, de los ángeles y de los santos.

Nuestra celebración y toda nuestra vida quedan gozosamente envueltas en esa admirable “comunión de los Santos” que existe entre la Iglesia de los bienaventurados y la Iglesia peregrina en esta tierra.

DOMINGO 23 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Saber renunciar... saber cargar con la cruz

Domingo tras domingo, en la escuela de Jesús, vamos escuchando sus consignas para nuestra vida de seguidores suyos. Son estampas concretas, sencillas, pero comprometedoras, que nos obligan a mirarnos al espejo del evangelio y a sacar consecuencias para nuestra vida.

Hoy Jesús nos invita a tomar en serio su seguimiento, sabiendo renunciar a otros valores para conseguir los fundamentales, que es en lo que consiste la verdadera sabiduría en esta vida.

En la 2ª lectura que, como siempre en estos domingos del Tiempo Ordinario, sigue su línea, independiente de la del evangelio, leemos hoy la breve carta de Pablo a Filemón, interesándose por un esclavo también cristiano, al que Pablo pide que Filemón le trate como a un hermano.

Sabiduría 9,13-18. *¿Quién comprende lo que Dios quiere?*

Para preparar la escucha del evangelio, en el que Jesús nos enseña la verdadera sabiduría, se ha elegido como 1ª lectura una página también sapiencial.

Para el autor del libro, sólo Dios nos concede la verdadera sabiduría, “enviando su Espíritu desde el cielo”. Porque nadie conoce los designios de Dios. Apenas conocemos las cosas terrenas, ¿quién puede sondear las del cielo? Sólo si se

apoyan en Dios podrán los rectos conocer los caminos que agradan a Dios: “y se salvarán con la sabiduría los que te agradan, Señor”.

Según el *salmo*, todo lo humano es caduco, “hierba que se renueva por la mañana y por la tarde la siegan y se seca”. Es Dios quien nos da solidez. Dios es el eterno, y por eso es el Sabio por excelencia: “mil años en tu presencia son un ayer que pasó”. Él es quien nos enseña “a calcular nuestros años para que adquiramos un corazón sensato”.

Filemón 9b-10. 12-17. *Recíbelo no como esclavo,
sino como hermano querido*

Leemos hoy la carta más breve de san Pablo, dirigida a un cristiano a quien se le ha escapado un esclavo. La esclavitud era normal en tiempos de Pablo, y él ciertamente no lo podía cambiar de raíz. Pero sí le da al cristiano Filemón las consignas básicas para remediar la situación dentro de lo posible y llegar en el futuro a la abolición de toda esclavitud.

Al esclavo de Filemón, Onésimo, que había huido –con el correspondiente disgusto del amo– lo había encontrado Pablo en la prisión, por una de esas casualidades de la vida, y le había convertido a la fe. Ahora, bautizado, lo devuelve Pablo a su dueño, pero rogándole que no lo trate ya como esclavo, sino como hermano en la fe.

Lucas 14, 25-33. *El que no renuncia a todos sus bienes,
no puede ser discípulo mío*

La enseñanza de Jesús que escuchamos hoy nos puede parecer bastante sorprendente y hasta radical.

Jesús les dice a sus seguidores que deben darle prioridad a él incluso por delante de la familia: “quien no pospone a su padre y a su madre... e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío”. Lo mismo sobre las pruebas de la vida: “quien no lleve su cruz detrás de mí no puede ser discípulo mío”.

En la vida humana hacemos cálculos antes de echar los cimientos de un edificio, no vaya a ser que lo tengamos que dejar a medias. Lo mismo antes

de declarar la guerra a un enemigo que tiene más fuerza que nosotros. Del mismo modo, dice Jesús, “el que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío”. Al principio del pasaje dice Lucas que “mucha gente acompañaba a Jesús”. Sería bueno saber si le seguían también después de esos consejos o si se asustaron.

– II –

Adquirir un corazón sabio, sensato

La sabiduría consiste en dar a cada cosa su importancia y poner los medios oportunos para conseguir los fines que nos proponemos.

La 1ª lectura ya nos avisaba que la verdadera sabiduría viene de Dios. Con nuestras solas fuerzas apenas vemos algo más allá de nuestras narices. Mientras que Dios nos enseña el sentido de la historia y de la vida: de dónde venimos, a dónde vamos, cómo podemos dar con el justo camino. El Espíritu que viene de Dios es el que nos ayuda entender en profundidad las cosas de la tierra y las del cielo.

Jesús, nuestro Maestro, con ejemplos concretos y sorprendentes, nos dice dónde está la clave de la sabiduría: el que quiere seguirle tendrá que renunciar a otras cosas, a la familia, a sí mismo, y aceptar la cruz. Ser discípulo de Jesús no va a ser fácil. Pero en ese riesgo y en esa aventura consiste el mejor negocio que podemos hacer en nuestra vida. Saber relativizar lo relativo y dar importancia a lo importante es buena sabiduría, la que nos va enseñando Jesús, en las lecturas de cada Eucaristía.

Es la sabiduría de la que habla también el salmo de hoy, que nos hace pedir a Dios: “enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato”. Nos vendría bien hoy, con el autor del libro de la Sabiduría, dirigir a Dios una “oración para alcanzar sabiduría”, sabiduría que es sentido común, sensatez y visión de fe.

Renunciar a lo secundario para conseguir lo principal

Para conseguir esta sabiduría, puede parecer hasta escandaloso lo que nos propone Jesús y casi no nos atreveríamos a predicarlo nosotros. ¿No será contraproducente presentar un seguimiento tan exigente? Eso ya pasaba en tiempos de Jesús. A veces, al oír sus exigencias, se le marchaba la gente asustada. Pero él no quería engañar a nadie (y menos mal que ahora han traducido mejor: “quien no pospone a su padre y a su madre”, en vez de lo que leíamos antes, “quien no odia a su padre y a su madre”). A él no parece importarle tanto el número de los discípulos, cuanto su actuación coherente.

Ciertamente Jesús no nos está invitando a odiar o a despreciar a la familia. Ni a suicidarnos, cuando dice que tenemos que renunciar incluso a nosotros mismos. Nos está diciendo que hay que saber distinguir entre los valores importantes, los “absolutos”, y los menos importantes, los “relativos”. Y obrar en consecuencia, sabiendo renunciar a los secundarios para conseguir los principales.

Como el que hace números y presupuestos a la hora de empezar la construcción de una casa. O cuenta bien las fuerzas de que dispone antes de declarar la guerra a un enemigo. O el estudiante que elige una carrera y sabe que, para conseguirla, renuncia a muchas cosas. O el atleta que, para ganar la medalla, deberá renunciar a según qué comidas y géneros de vida para estar en forma. O el que decide casarse y, con ello, normalmente, deberá separarse de su familia para formar una nueva.

Seguir a Cristo exige opciones valientes, personales. A veces supone tomar la cruz y renunciarse a sí mismo, o sea, a nuestras apetencias más instintivas o a las sugerencias de este mundo, que no nos llevan a ninguna parte. Seguir a Cristo no consiste en saber cosas o adherirse a unas verdades. Es aceptar su estilo de vida. No se trata de renunciar a cosas por masoquismo, sino por conseguir valores mayores.

¿Qué estamos dispuestos a hacer nosotros para salvarnos? ¿a qué estamos dispuestos a renunciar para acompañar a Jesús en su camino y compartir con él la alegría del triunfo final? ¿somos inteligentes y sensatos sólo en cuestiones económicas, o también en las religiosas? ¿sólo nos detenemos

a calcular y hacer presupuestos para lo que nos interesa materialmente, o también para las cosas del espíritu, que va a decidir nuestro futuro para siempre? ¿estamos haciendo bien los cálculos sobre lo que nos conviene para conseguir la vida eterna?

No podemos pretender un cristianismo a gusto de cada uno, “a la carta”. El plan de Cristo hay que aceptarlo entero. Con las renunciaciones que conlleve. Jesús nos avisa que seguirle comporta dificultad y que no podemos servir a dos señores.

Cada año, en la Vigilia Pascual, al renovar nuestras promesas bautismales, oímos y contestamos a la doble pregunta: “¿renuncias?... ¿crees?”.

¿Readmitimos al que nos ha ofendido?

La carta de Pablo a Filemón nos da también lecciones dignas de tener en cuenta en nuestra vida.

A Filemón se le había escapado Onésimo, con evidente enfado de su amo. Por esos imponderables de la vida, este esclavo, que debía ser una buena pieza, se encontró con Pablo en la prisión (¿de Éfeso? ¿de Roma?) y se convirtió al cristianismo. Pablo le llama “Onésimo, mi hijo, a quien he engendrado en la prisión”. Ahora intercede ante Filemón para que le perdone y le acepte de nuevo, no como esclavo, sino como hermano querido, ya que ahora los dos, amo y esclavo, son cristianos. Pablo apela al amor y la gratitud que Filemón siente por el apóstol.

El tema, para nosotros, no es tanto la esclavitud y su supresión. Aunque Pablo parece que implícitamente está pidiéndole a Filemón que conceda la libertad a Onésimo. Pero sobre todo le da unas consignas que, a su tiempo, harán evolucionar desde dentro la situación social y llegarán a suprimir la esclavitud.

A nosotros este pasaje nos interpela sobre el trato que damos a los demás, libres o esclavos, familiares o extraños, hombres o mujeres, niños o mayores. Cuando somos objeto de una injusticia o de una ofensa, ¿qué es lo primero que se nos ocurre esgrimir: nuestros derechos, los agravios que nos han hecho, la justicia? ¿o tenemos sentimientos de misericordia y tolerancia y

facilitamos la rehabilitación de las personas? Ya que nosotros hemos sido ampliamente perdonados por Dios tantas veces, ¿tenemos luego con los demás sólo exigencias e intransigencia, como aquel empleado de la parábola de Jesús, al que se le perdonó una suma enorme de dinero y luego no supo perdonar una pequeña cantidad a su compañero?

En cualquier grupo humano tenemos que acoger a los demás, porque somos hijos de Dios. Pero mucho más en torno a una comunidad cristiana. Nadie es dueño y nadie esclavo. Todos somos hermanos.

Cada vez que celebramos la Eucaristía, recibiendo al “Cristo que se entrega por nosotros”, deberíamos hacer el propósito de conceder alguna amnistía a nuestro alrededor, sabiendo olvidar agravios, “liberando” a alguien de nuestros juicios condenatorios, cerrando un ojo ante sus defectos, mostrándonos disponibles y serviciales. Y eso entre familiares y compañeros de trabajo, entre pastores y fieles. Todos somos hermanos en Cristo Jesús.

DOMINGO 24 DEL TIEMPO ORDINARIO

— I —

El mensaje gozoso del perdón

Hoy se da de nuevo una coincidencia de las tres lecturas en una dirección: el perdón de los pecados por la misericordia de Dios. Tanto Yahvé, que perdona a su pueblo por intercesión de Moisés, como Pablo, que se siente él personalmente objeto del perdón de Cristo, como las tres parábolas de Jesús en el evangelio —el reencuentro de la oveja perdida, de la moneda perdida, y del hijo perdido—, nos invitan hoy a considerar esa Buena Noticia del perdón y del amor de Dios.

Éxodo 32,7-11.13-14. *El Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado*

El libro del Éxodo nos cuenta cómo el pueblo de Israel, al pie del Sinaí, cometió el gravísimo pecado de la idolatría, con el becerro de oro que se fabricaron y en torno al cual cantaron y bailaron, adorándole como el “dios” que les había liberado de Egipto.

Entonces se establece un interesante diálogo entre Yahvé y Moisés. Dios manifiesta su voluntad de exterminar al pueblo, a quien llama, dirigiéndose a Moisés, “tu pueblo”, “el que tú sacaste de Egipto”, y se queja que hayan olvidado tan pronto sus obras milagrosas de liberación. A Moisés le promete que de él hará un nuevo gran pueblo.

Pero Moisés intercede por el pueblo, a quien llama, dirigiéndose a Dios, “tu pueblo”, “el que tú sacaste de Egipto”, apela a la amistad que Yahvé tuvo con los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob, y le recuerda las promesas que les había hecho y que ahora se verán frustradas si extermina al pueblo.

“Y el Señor se arrepintió de la amenaza”.

Como *salmo* cantamos hoy el salmo penitencial más famoso, el “Miserere”, que refleja muy bien la actitud de un pecador que vuelve a Dios, sea David o sea luego el hijo pródigo. “Oh Dios, crea en mí un corazón puro... un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias”. Precisamente la antífona nos hace anticipar la historia de este joven pecador que se arrepiente: “Me pondré en camino a donde está mi padre”.

1 Timoteo 1,12-17. *Cristo vino para salvar a los pecadores*

Durante siete domingos leeremos fragmentos de las cartas de Pablo a Timoteo, uno de sus discípulos predilectos –“verdadero hijo en la fe”–, a quien había colocado como responsable de la comunidad de Éfeso.

En el pasaje de hoy Pablo muestra, en una especie de confesión general, su gratitud a Cristo Jesús por haberle elegido precisamente a él, que había sido “un blasfemo, un perseguidor y un violento”, como pregonero de la Buena Noticia de Jesús al mundo.

Se siente perdonado, y por eso se abre totalmente al Señor y a la confesión de su pasado, añade una admirable profesión cristológica de su fe. Está lleno de alegría por haber sido salvado por Cristo, que así tuvo la ocasión de “mostrar toda su paciencia”, y establece el principio general: “Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”.

Lucas 15,1-32. *Habrán alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta*

Es un capítulo largo este que Lucas dedica a las tres parábolas del perdón de Dios: un capítulo del que se ha dicho con razón que es “el corazón del evangelio”.

Vale la pena leer hoy este capítulo en su integridad. Aunque la parábola del hijo pródigo la hayamos leído ya el IV domingo de Cuaresma, no resulta superfluo que volvamos a proclamarlo. Lucas es el único evangelista que la trae –con razón ha sido llamado “el secretario de la misericordia de Dios”– y ciertamente nos llena siempre de estímulo en nuestro camino cristiano.

La ocasión de las tres parábolas es que “se acercaban a Jesús los pecadores... y los fariseos y los letrados murmuraban diciendo: ese acoge a los pecadores y come con ellos”.

Las parábolas son transparentes: habrá más alegría en el cielo (en “los ángeles”) por un solo pecador que se convierta que la que puede sentir un pastor por la oveja recuperada, o una mujer por la moneda encontrada, o el padre por poder abrazar al hijo que vuelve a casa.

El protagonista auténtico es el padre. Aunque también es interesante la actitud del joven, que recapacita, se reconoce pecador y se pone en camino a su casa. Y la del hermano mayor, que retrata bien la actitud intransigente de los fariseos.

– II –

Todos somos pecadores

Es bueno que empecemos reconociendo que también nosotros necesitamos la misericordia y el perdón de Dios.

Todos somos pecadores. De alguna manera somos como el pueblo idólatra, que falta al primer y más importante mandamiento: “no tendrás otro dios más que a mí”. No se sabe si en aquella ocasión el pecado consistió en adorar a otros dioses, o que se atrevieron a representar a Yahvé en forma de becerro, en contra de lo que estaba severamente prohibido, precisamente para evitar el peligro de los ídolos: hacer imágenes de Dios.

¿Se puede decir también de nosotros que a veces actuamos con la ligereza del pueblo de Israel, volviendo la espalda a Dios? A los israelitas les gustaban más los dioses que habían abandonado en Egipto o los de los

pueblos que iban encontrando en el camino. Eran dioses más “permissivos”. ¿Nos gusta a nosotros hacernos dioses a nuestra medida para adorarlos?

Sin llegar a construir becerros de oro ni volver a la vida anterior de Pablo, que se confiesa “blasfemo y perseguidor” de Cristo antes de su conversión, pero todos somos un poco la oveja aventurera, la moneda que se pierde y el hijo que escapa de casa y dilapida los dones recibidos de una manera superficial y pecaminosa.

En diversa medida, podemos haber imitado al hijo pródigo, que se creyó que todo era fácil, buscó la libertad, lo cual es bueno, pero lo hizo por un camino equivocado. Podemos caer en la tentación de huir de los propios deberes. Y tal vez de alguna manera llegamos a perder la dignidad de personas o de hijos en la casa de Dios, aunque no tal vez hasta el extremo de sentir envidia de los cerdos, como el joven de la parábola.

Dios, rico en misericordia

Pero, a la vez que tomamos conciencia de esta situación deficitaria, nos alegramos de tener un Dios lleno de misericordia, que nos comprende y nos perdona cuando, como el hijo joven, nos ponemos en camino hacia él.

Las lecturas de hoy nos quieren convencer de que es posible la vuelta, la conversión, y que Dios nos espera. Nos lo presentan con un corazón lleno de amor, capaz de comprender y perdonar.

El Éxodo describe el pecado del pueblo elegido, pero sobre todo la actitud de Dios, que “se deja convencer” por la intercesión de Moisés, se “arrepiente de la amenaza” y perdona al pueblo. Así es Dios: lo suyo es perdonar.

Jesús, en las tres parábolas de hoy, nos ofrece un “retrato” de su Padre realmente consolador e interpelante. Le presenta como el pastor que recupera con gozo a la oveja, como la mujer que celebra con sus vecinas el hallazgo de la moneda, y como el padre que deja marchar al hijo a su aventura –respetando su libertad, aunque a él le duela– y luego le perdona y le hace fácil la vuelta. Dios nos conoce, espera que nuestras aventuras, si ha habido alguna, nos hayan servido de maduración. Respetando nuestra libertad.

Cree en las personas. Por eso nos espera. Como el padre de la parábola, quiere a sus dos hijos, y hace lo posible para que el hermano mayor acepte también la vuelta del más joven.

A veces uno piensa si este retrato que hace Jesús de su Padre es el que hemos enseñado a lo largo de la historia, o si no hemos fabricado un Dios más parecido al hijo mayor, acusador e intransigente...

¿Sabemos reconocer, agradecidos, como Pablo, que Dios ha tenido compasión de nosotros y derrochó su gracia ... para que en nosotros mostrara Cristo toda su paciencia? Una actitud de humildad agradecida nos conviene a todos.

Ese Dios misericordioso nos invita a la reconciliación, sobre todo en el sacramento de la Penitencia. Jesús nos dice algo que podría parecernos extraño: le damos una alegría a Dios con nuestra vuelta. En este período del año, en que –en ciertas latitudes geográficas– terminamos el verano y reemprendemos las actividades del curso, es buena ocasión para celebrar con sinceridad y gratitud esta reconciliación sacramental con Dios, renunciando a nuestros particulares “becerros de oro” o a las escapadas que puedan apetecernos, halagados por los incentivos de este mundo.

Nosotros, ¿ricos en misericordia?

Otra lección que recibimos hoy es la capacidad que deberíamos tener también nosotros de perdonar, igual que perdona Dios.

Moisés aparece como un hombre de gran corazón. Ante la queja de Dios sobre el pueblo, Moisés se muestra un eficaz mediador, “convenciendo” a Dios de que no castigue a ese pueblo rebelde, aunque se lo merecería. Moisés sabe tocar la fibra misericordiosa del corazón de Dios. Pero él también muestra esa misma grandeza de ánimo. Moisés no aprueba el pecado del pueblo. Pero quiere que sea perdonado.

La finalidad de las tres parábolas de Jesús, como nos ha dicho Lucas, es precisamente “enseñar” a los fariseos, que se creían justos y perfectos, a ser más misericordiosos en su corazón, y no escandalizarse porque Jesús sea demasiado misericordioso.

El pastor no abandona a la oveja, sino que toma la iniciativa, la busca y se alegra al encontrarla. La mujer no ceja hasta encontrar la moneda y comparte su alegría con las vecinas. El padre del hijo pródigo no le echa en cara su conducta: se adelanta a recibirle, le perdona y le organiza una fiesta: ya ve la seriedad de su buen propósito y que ya ha pagado suficientemente su culpa.

Nosotros tenemos muchas ocasiones, en la vida de familia y de comunidad, en las relaciones sociales y laborales, de imitar o no esta actitud de Dios. ¿En qué personajes de las lecturas de hoy quedamos retratados nosotros? ¿Tenemos un corazón magnánimo, fácil en perdonar? ¿somos capaces de interceder ante Dios por nuestros contemporáneos, como Moisés, o sólo sabemos criticarlos y quejarnos de lo mal que van las cosas? ¿actuamos como los fariseos, que se creen santos, y como el hermano mayor, que no acepta que se perdone tan fácilmente a su hermano?

Si el hijo pródigo, al volver a casa, se hubiera encontrado con nosotros, ¿hubiera terminado igual la historia? ¿somos capaces de hacer fácil la rehabilitación de los que han faltado, como hizo Jesús con Pedro después de su gran fallo?, ¿o estamos continuamente echando en cara los fallos a los demás? En el caso del hijo pródigo, ¿no hubiéramos clamado en seguida por la justicia y el castigo, en vez de por la fiesta? Menos mal que Dios es Dios, y es diferente de nosotros, y abre siempre la puerta a sus hijos arrepentidos.

La Eucaristía, la fiesta del perdón

Cuando acudimos a la Eucaristía se puede decir de nosotros, como de los fariseos y publicanos del evangelio de hoy, que “nos acercamos a Jesús a escucharlo”. Eso sí, a diferencia de los fariseos, empezamos la celebración entonando nuestro “mea culpa” y pidiendo “Señor, ten piedad”.

Luego nos preparamos a la comunión diciendo en el Padrenuestro: “perdónanos”, porque somos indignos de acudir a su mesa, y añadimos “como nosotros perdonamos”, porque no podemos acercarnos juntos a comulgar si no estamos en actitud de reconciliación. También nos

damos la paz con los más cercanos, como símbolo de que queremos estar reconciliados con todas las personas en la vida.

Son las dos lecciones de hoy, plásticamente traducidas en el momento culminante de la Eucaristía: nos alegramos del perdón de Dios y manifestamos nuestro propósito de imitar su corazón misericordioso, perdonando también nosotros a los demás.

Antes de comulgar, decimos todavía el “Señor, no soy digno”. Pero llenos de confianza por las palabras con las que el sacerdote presenta al Señor: “este es el que quita el pecado del mundo”.

DOMINGO 25 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

No podéis servir a Dios y al dinero

Hace dos domingos nos enseñaba Jesús a buscar la verdadera sabiduría: distinguir lo que es importante y lo que no lo es en nuestra vida, para renunciar, si es el caso, a las cosas secundarias y asegurarnos las que en verdad valen la pena.

Hoy, de nuevo, se nos pone en la misma perspectiva, esta vez con relación al dinero. Este es un tema siempre actual: ¿qué uso debemos hacer del dinero, para que no nos estorbe, sino al contrario nos favorezca en la consecución de lo principal? No debería molestarnos que en el evangelio se nos repitan varias veces los mismos avisos. Como no nos molesta que, viajando por la carretera, veamos un aviso de curva o de cruce peligroso, y al cabo de pocos kilómetros volvamos a encontrarnos con las mismas señales. El que Lucas nos repita la enseñanza de Jesús sobre las riquezas es que las considera uno de los mayores obstáculos para el seguimiento de Cristo.

Amós 8,4-7. *Contra los que compran por dinero al pobre*

Amós era un campesino, cultivador de higos en el pueblo de Técoa, cerca de Belén, a quien Dios llamó a que hablara en su nombre en el reino del Norte, en Samaría, en el siglo VIII antes de Cristo.

Como otros profetas del AT, tuvo que levantar valientemente su voz denunciando abusos contra los derechos humanos en la sociedad de su tiempo. Amós habla de los que “oprimen al pobre”, de los que están deseando que pase el día de fiesta para volver a vender y hacer trampas.

Las trampas y la corrupción de aquella época no son muy diferentes de las actuales: “disminuís la medida, aumentáis el precio, usáis balanzas con trampas, compráis por dinero al pobre”. Pero Dios considera como hechas a él mismo estas injusticias: “el Señor no olvidará jamás vuestras acciones”.

Esta preferencia de Dios para con los pobres es la que resalta también *el salmo responsorial*: “el Señor se eleva en su trono y se abaja para mirar al cielo y a la tierra... levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre”.

1 Timoteo 2,1-8. *Que se hagan oraciones por todos los hombres a Dios, que quiere que todos se salven*

Seguimos leyendo la carta de Pablo a su discípulo Timoteo, dándole consignas pastorales para la animación de la comunidad: es una de sus “cartas pastorales”.

Hoy describe lo que ahora llamamos “la oración universal” de la Misa: Pablo le dice que oren por todos los hombres, también por las autoridades, “para que podamos llevar una vida tranquila y apacible”.

El motivo de esta oración es que “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”, y que también “es uno el mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos”.

Lucas 16, 1-13. *No podéis servir a Dios y al dinero*

Escuchamos otra parábola de Jesús, después de las tres “de la misericordia” que escuchábamos el domingo pasado. La de hoy viene a ilustrar cómo debemos administrar los bienes materiales en nuestra vida para que no sean obstáculo a nuestro crecimiento en la fe.

El administrador infiel, a pesar de ser muy poco escrupuloso, tiene capacidad de hacer cálculos y ver qué le conviene para asegurarse el futuro: condona deudas y falsifica facturas a los clientes para que luego le apoyen al ser despedido por el amo. Es inteligente para sus propios intereses (no así para los de su amo).

Para Jesús hemos de ser personas “de fiar” en las cosas materiales, pero más en las espirituales, que son las que al fin son las que cuentan a la hora de presentarnos ante el Amo y Juez de nuestra vida. “No podéis servir a dos amos... no podéis servir a Dios y al dinero”.

– II –

El dinero, peligroso

Ya en tiempos de Amós la tentación que tenían los ricos era oprimir y abusar de los pobres, y el profeta les dirige unas palabras muy duras de parte de Dios.

Aunque no siempre el dinero es injusto, pero hay que reconocer que es peligroso, y que es muy actual lo que denuncia Amós: el dinero nos puede hacer crueles, opresores, tramposos, con las mismas trampas que se repiten en el comercio de hoy, abusando de los precios y falseando las medidas. Amós afirma que Dios toma postura por los indefensos y pobres, y tendrá en cuenta estas injusticias. A los “aprovechados” de entonces y a los de ahora les gustaría más que Dios no se metiese en estas cosas, y que tampoco tocasen este terreno las enseñanzas de los Papas y Episcopados o las homilias de la misa. Pero la Palabra de Dios viene como viene, y la justicia social es uno de los filones más fuertes a lo largo de toda la Biblia.

Cuando el Catecismo de la Iglesia trata del séptimo mandamiento y del respeto de los bienes ajenos, cita varias veces estos pasajes de Amós, y concreta varios modos actuales de “especulación” con los bienes ajenos,

la “corrupción”, el “fraude fiscal” etc. (cf., por ejemplo, CCE 2409 y 2449).

Cómo debemos usar el dinero

Es legítimo tener y buscar el dinero, porque lo necesitamos para nuestra vida, para el bienestar de nuestra familia y el progreso del mundo. También es necesario para la evangelización y la marcha de la comunidad cristiana. Pero todo depende de su uso.

Si nos dejamos esclavizar por él, caemos en la desautorización tan repetida de Jesús. El dinero no nos puede hacer olvidar que hay otros valores más importantes en la vida. Es un aviso para la desenfrenada carrera a que la sociedad de consumo nos empuja, para tener y gastar más y más. El negocio no es el ideal supremo. El dinero puede bloquear nuestra paz interior y nuestra apertura al prójimo y a Dios. La idolatría del dinero nos hace pecar contra el primer mandamiento, porque se convierte en “nuestro dios”, la cosa en la que más pensamos. Jesús nos avisa que no podemos servir a Dios y al dinero. Las riquezas pueden ser un peligro y una trampa, o bien un medio de ayudar a los demás y de ganarse el Reino.

Otra cosa que nos puede pasar es que olvidemos el destino más universal de los bienes de este mundo, y descuidemos el plan de Dios, constituyéndonos en injustos poseedores exclusivos y cerrándonos a las necesidades de los demás. El profeta Amós se indigna de esta falta de justicia y caridad para con los más débiles. En la parábola de hoy, Jesús no dice cuál es ese uso que hay que hacer del dinero: cómo se puede, “con el dinero injusto, ganarse amigos para cuando nos haga falta”. No nombra, por ejemplo, la caridad con los demás. Pero el domingo próximo sí nos lo dirá claramente, con la parábola del rico Epulón, que no se quiso enterar de la situación límite del pobre Lázaro.

Las riquezas no son nuestras. Nos han sido encomendadas para su administración. Son bienes “ajenos”, como dice Jesús de los bienes del administrador: “si habéis administrado mal el dinero... si no os habéis dignos de confianza en cosas ajenas”.

Todavía es peor si caemos en las injusticias y en la explotación del pobre. Hace bien Amós en recordarnos también a los cristianos de hoy que la fe pasa también por la caridad y por la justicia. No podemos hacer trampas al prójimo, porque Dios se identifica con el prójimo. Jesús nos dijo de una manera clara: cuando “no visitamos” al enfermo o al preso o no ayudamos al hambriento y al desnudo, lo dejamos de hacer con él.

Esto no se aplica sólo a los ricos multimillonarios que olvidan a los pobres o a los cínicos que se enriquecen a costa de toda clase de trampas y negocios ilícitos, ahora cada vez más sofisticados. También va para todos nosotros, porque todos podemos ser injustos con las personas con quienes convivimos.

Inteligentes también para las cosas del espíritu

Según qué uso hagamos de los bienes materiales de esta vida estamos mostrando nuestra sensatez o nuestra insensatez.

Jesús, con una parábola que nos puede parecer extraña –porque parece alabar a un estafador–, nos da una lección siempre actual. El amo de la parábola no alaba las injusticias del administrador: le despide por eso, por la doble contabilidad y las comisiones ilegales que prepara. Pero resalta su inteligencia para saber asegurarse el futuro. El administrador en cuestión era injusto y tramposo, pero espabilado. Es infiel, pero listo. Y Jesús quisiera que sus seguidores fueran, no infieles o tramposos, pero sí inteligentes y avisados para las cosas del espíritu. Le sabe mal poder constatar que “los hijos de este mundo son más astutos que los hijos de la luz”.

Seremos listos en el uso del dinero si no lo convertimos en fin. Es un medio y, como tal, es relativo, no absoluto. Si nos dejamos esclavizar por él, si caemos víctimas de su fascinación y “se nos pega fácilmente a los dedos”, llegando incluso a injusticias evidentes y a jugar con cartas marcadas, no hemos sabido o querido entender lo que es importante y lo que no lo es.

No debemos despreciar el dinero, pero sí relativizarlo. Los bienes de este mundo no son los últimos: en todo caso, son los penúltimos. Debemos saber usar de ellos de modo que consigamos lo principal, dándoles el

destino que Dios tiene sobre ellos, por ejemplo, con la justicia y la caridad fraterna concreta y generosa.

Tendríamos que ser sagaces para las cosas espirituales como lo somos seguramente para las económicas y materiales de nuestra vida. Con inteligente prudencia, hacemos cálculos y manejamos presupuestos, para nuestros negocios. ¿Somos igualmente avisados para saber jerarquizar los valores y asegurar también, y sobre todo, los de nuestro espíritu y los que nos van a llevar al negocio supremo, la salvación final?

La oración universal de la Misa

La recomendación de Pablo de que se rece –se entiende en la celebración comunitaria– por todos los hombres, por las autoridades, por la paz, la estamos cumpliendo oficialmente cuando en la Eucaristía recitamos la oración de los fieles u oración universal.

El motivo que él pone es doble: Dios quiere que todos se salven, y Cristo se ha entregado por todos. Por eso los cristianos tenemos que desear y pedir la salvación de todos y trabajar para conseguirla.

Eso sí, “alzando las manos limpias de ira y divisiones”, porque si estamos llenos de orgullo, o de odio, o de divisiones, mal podemos rezar por los demás. Rezar por todos supone un corazón abierto y universal.

Tenemos la tendencia a rezar por nosotros mismos. Es lo que nos sale más espontáneo, y además es legítimo. Pero hay momentos en que rezamos por los demás, por el mundo, por la Iglesia, por las grandes intenciones que preocupan a la humanidad o a nuestra comunidad. Es una actitud fundamental de la fe cristiana: somos católicos, universales también en nuestra oración.

En esta oración universal ejercitamos nuestro “sacerdocio bautismal”, o sea, nuestro carácter de “mediadores” entre Dios y la humanidad. En el Misal se afirma: “En la oración universal u oración de los fieles, el pueblo, ejercitando su sacerdocio bautismal, ofrece a Dios sus peticiones por la salvación de todos” (IGMR 69).

Nos hace bien pensar y rezar a Dios por los demás, y por la paz del mundo, y por los que sufren, y por las vocaciones. Luego trabajaremos por eso mismo, pero el haber rezado por esas intenciones por las que luego luchamos –la paz, el bienestar, la esperanza, la justicia– hace que nuestro trabajo quede iluminado desde la fe y al amor de Dios, y no sólo desde nuestro buen corazón o nuestro sentido de solidaridad humana, aunque ya sean buenas motivaciones. De alguna manera convertimos en oración la historia que estamos viviendo, con sus momentos gloriosos y sus deficiencias. “Decimos” ante Dios las urgencias de la humanidad y, al rezarlas, nos comprometemos en lo que mismo que pedimos.

DOMINGO 26 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

El rico Epulón y el pobre Lázaro

El camino de Jesús, que es el nuestro, se muestra domingo tras domingo como serio y que exige opciones valientes y claras.

De nuevo el evangelio nos indica cuál es la sabiduría verdadera: situarnos bien en la vida y reajustar la relación entre los medios y el fin, entre las riquezas y el destino de nuestra vida, de modo que aseguremos lo que más vale la pena, sin dejarnos entretener demasiado por las secundarias.

Amós 6,1a. 4-7. *Los disolutos encabezarán la cuerda de cautivos*

Volvemos a leer al mismo profeta que el domingo pasado, Amós, que sigue clamando contra los ricos que no entienden lo que es la justicia y la solidaridad. Se fían del Templo (unos del de Jerusalén, y otros de los que hay en Samaría), pero luego actúan sin coherencia con la fe que profesan.

El lujo de las clases dirigentes –en esta ocasión, del Reino del norte, o sea, Samaría– está descrito con detalles interesantes: lechos de marfil, comidas de carnes suculentas, vinos generosos, instrumentos musicales, perfumes. A todo esto lo llama Amós “la orgía de los disolutos”. Les echa en cara que descuidan a los pobres: “no os doléis de los desastres de José” (se entiende la tribu de José, o los descendientes de José: el pueblo judío), o sea, ni se

quieren dar cuenta de que otros, en la misma sociedad, están pasando por momentos de apuro.

El profeta, de parte de Dios, les anuncia el desastre que se acerca, en primer lugar para estos ricos despreocupados e insolidarios: “irán al destierro, a la cabeza de los cautivos”. En efecto, el Reino de Samaría fue al destierro el año 722 antes de Cristo (el del sur, bastante más tarde: el 587).

El *salmo* nos invita a dar gracias por el contraste, que no puede ser más absoluto: porque Dios “hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos... endereza a los que ya se doblan... sustenta al huérfano y a la viuda...”.

1 Timoteo 6, 11-16. *Guarda el mandamiento,
hasta la manifestación del Señor*

En su carta al discípulo Timoteo, Pablo le da una serie de recomendaciones para su vida de pastor, animador y modelo de la comunidad.

La vida de un cristiano, y con mayor razón la de un pastor, no es nada pacífica: tiene que practicar la justicia, el amor, la paciencia, tiene que combatir el combate de la fe y conquistar la vida eterna. Todo esto con la mirada puesta en “la venida de Nuestro Señor Jesucristo”, al final de los tiempos.

Lucas 16, 19-31. *Recibiste bienes y Lázaro males; por eso él
encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces*

De nuevo Lucas nos transmite la mentalidad de Cristo Jesús respecto a las riquezas. Es por demás plástica la parábola del rico que cada día banqueteaba (de ahí el nombre popular de “Epulón”, el que hace frecuentes banquetes o épulas) y ni se enteraba –no quería enterarse– de la existencia del pobre Lázaro a la puerta de su casa, el prototipo de la miseria humana.

Pero el panorama cambia radicalmente. El destino final de cada uno pone las cosas en su sitio, y Jesús inventa un diálogo muy vivo entre el rico condenado y Abrahán, junto al que está ya gozando Lázaro.

– II –

El mal uso de las riquezas

La parábola de hoy no nos invita tanto a reflexionar en el infierno, o en la credibilidad o no de las apariciones, sino sobre qué uso tenemos que hacer de las riquezas. Es evidente el peligro que apunta Jesús: quedarnos en los medios y no alcanzar el fin, dejarnos deshumanizar por las riquezas, sin hacer lugar en nuestra vida a la solidaridad con los más necesitados. Ser cristiano afecta, no sólo a la oración, sino también a nuestra actuación económica y a nuestra justicia o injusticia social.

Amós pone en evidencia la necesidad de los ricos que no hacen buen uso de sus bienes. Más que necesidad habría que hablar de cinismo, porque así los describe el profeta: viven en la opulencia, ignorando sin ningún remordimiento de conciencia la necesidad que pasan muchos a su alrededor. Ya en su tiempo se ve que había esas escandalosas desigualdades sociales. Él describe sin piedad la despreocupada actitud de los que comen y beben al son de instrumentos musicales y se ungen con buenos perfumes y se acuestan en camas lujosas, sin darse cuenta de que otros pasan necesidad: “no os doléis de los desastres de José”. La voz del profeta es tajante: “¡se acabó la orgía: irán al destierro a la cabeza de los cautivos!”.

¿Qué diferencia del modo de actuar que tiene Dios, según el salmo: un Dios que hace justicia y da pan a los hambrientos y liberta a los cautivos! El salmo está muy bien elegido como contraste con la actitud de los ricos del AT y del rico de la parábola de Jesús.

Jesús, en el evangelio, describe con trazos todavía más vivos la reversión de situaciones que se va a dar y que supondrá el estrepitoso fracaso de algunos que están llenos de sí mismos y se despreocupan de los pobres y necesitados. El rico parece absolutamente feliz: se viste de lino y púrpura y se puede permitir banquetes diarios. Del pobre no se preocupa nadie y no tiene ni para comer. Pero al final se aplican las medidas de Dios, no las de los hombres. Al rico no le servirán para nada sus riquezas, que no ha podido llevarse a la otra vida. Se da cuenta –tarde– de que se ha afanado en

vano. El pobre, que se ve que había puesto su confianza en Dios, no había perdido lo más profundo, la dignidad humana, y ahora es premiado con una felicidad plena. Y entre ambos hay ahora “un abismo inmenso”.

En qué pone su confianza un hombre sensato

No se dice en ningún momento que los ricos de los que hablan Amós o Jesús hayan conseguido sus riquezas injustamente, ni que hayan robado. Aunque siempre cabe la pregunta de si uno puede llegar a amasar tales fortunas sin pisotear a alguien. Pero aquí no se les desautoriza por el mero hecho de ser ricos. Sino porque están tan llenos de sus riquezas, o sea, de sí mismos, que no piensan ni en Dios ni en los demás.

Jesús llama necias a estas personas porque no han puesto su confianza en algo sólido, sino en bienes efímeros que, a la hora de la verdad, no les servirán de pasaporte a la vida. El rico parecía tenerlo todo, pero llega a la presencia de Dios con las manos vacías, como un pobre de solemnidad en lo que más cuenta.

El aviso nos viene bien a todos. No hace falta que estemos llevando una vida disoluta a base de banquetes diarios, para sentirnos interpelados por las palabras de Amós o de Cristo. Pero podemos tener, en nuestro nivel, los mismos defectos: ¿tenemos la conciencia de que nuestros bienes, no sólo económicos sino también culturales y religiosos, los tenemos que compartir con los demás? ¿estamos cerrados en nuestro egoísmo, olvidando a los demás, sobre todo a los pobres, que nos resultan “incómodos”? ¿estamos apegados a las cosas materiales, embotados por lo secundario y descuidando lo principal? ¿nos extraña que Jesús dijera que es tan difícil que se salve un rico lleno de sus cosas como que un camello pase por el ojo de una aguja?

También cuentan los pecados de omisión

Cuando en nuestro acto penitencial utilizamos la antigua fórmula del “yo confieso”, hay un momento en que nos acusamos de que “he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y *omisión*”.

A los ricos que aparecen hoy en las lecturas se les achaca, sobre todo, su falta de solidaridad. No es que el rico de la parábola haya hecho ningún mal a Lázaro o que lo haya mandado expulsar o pegar. Lo que pasa es que no se ha querido enterar de que existía, y ha seguido haciendo un uso totalmente egoísta de sus bienes.

Esto no sólo pasa en la relación entre naciones ricas y pobres, con sus insoportables y crecientes diferencias, que muchas veces son de una injusticia que clama al cielo. También sucede entre familias, entre comunidades eclesiales y entre personas concretas: todos estamos tentados de ignorar la finalidad de los bienes de este mundo y la necesidad que otros padecen tal vez muy cerca de nosotros. Los “ricos” sólo tienen un “remedio”, la conversión y la reparación de sus injusticias u olvidos. Como veremos en el caso de Zaqueo.

Es una llamada a saber usar los bienes de este mundo, a compartir con los demás lo que tenemos. Lo cual deben hacer no sólo los ricos, sino también los pobres (que, muchas veces, lo hacen con mayor generosidad). Todos tenemos algo que compartir. Siempre tenemos al lado personas que tienen menos que nosotros: en el terreno económico o en el afectivo, cultural, religioso.

También cuentan, a la hora de evaluar nuestra vida, los “pecados de omisión”. Seremos juzgados por lo que hemos hecho: “tuve hambre y me disteis de comer”. Pero también por lo que hemos dejado de hacer: “estuve enfermo y no me visitasteis”. No vale decir: “yo no mato, yo no robo”. ¡Sólo faltaría eso! Pero el mismo Jesús nos ha dicho que se nos juzgará no sólo sobre el bien y el mal que hayamos hecho, sino también por el bien que no hemos hecho. Porque resulta que a nuestro lado había familiares y conocidos y desconocidos que necesitaban nuestra mano tendida, y no nos hemos querido enterar.

¿O nos puede pasar también a nosotros lo que Jesús describía de los hermanos del rico de la parábola? No hacían caso ni de Moisés ni de los profetas, que conocían bien, porque los escuchaban en la sinagoga. Pero seguían igual. A los que están esclavizados por la avaricia y se han instalado en un cómodo egoísmo, no les hará cambiar ni la aparición de un muerto.

DOMINGO 27 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Hemos hecho lo que teníamos que hacer

No son siempre muy populares las enseñanzas que nos va transmitiendo Jesús, según el evangelio de Lucas. Si los domingos anteriores eran mensajes tan difíciles como el uso de las riquezas, hoy nos habla de otras actitudes como la fe, la paciencia, la humildad, la sencillez y la confianza en Dios, que tampoco están precisamente en el primer puesto de las preferencias del hombre de hoy.

Habacuc 1,2-3; 2, 2-4. *El justo vivirá por su fe*

Habacuc es un profeta muy poco conocido. Pero sus palabras están llenas de consuelo y de interesante reflexión sobre la historia.

En la página de hoy se atreve a protestar ante Dios: “¿hasta cuándo clamaré, Señor, sin que me escuches?”. Está cansado de tantas violencias y desgracias y catástrofes y guerras (estamos en el comienzo del imperio de los babilonios, que va a ser el terror de los israelitas). ¿Cómo puede ser que Dios lo consienta?

La respuesta de Dios le invita a la confianza: “la visión espera su momento... no fallará, porque ha de llegar sin retrasarse”. El justo “vivirá por su fe”. El justo se fía de Dios y le es fiel en su vida, aunque no entienda muchas cosas.

El *salmo* ha tomado partido por esta confianza, y ya ve la ayuda de Dios muy presente en la vida de su pueblo: “venid, aclamemos al Señor... porque él es nuestro Dios y nosotros su pueblo...”.

2 Timoteo 1,6-8. 13-14. *No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor*

A partir de hoy, las páginas que Pablo dirige a Timoteo las leemos de su segunda carta, que le escribió, a modo de testamento espiritual, desde la cárcel.

El responsable de una comunidad tiene una misión nada fácil: Pablo la llama “los duros trabajos del evangelio”, e invita a Timoteo: “no tengas miedo de dar la cara por Nuestro Señor”. Para eso es preciso que “avive el fuego de la gracia de Dios que recibió cuando le impuso Pablo las manos” en la “ordenación”. Nuestro espíritu no debe ser “un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio”. Son cualidades muy necesarias en un pastor, y también en un cristiano que quiere ser fiel a su identidad en medio del mundo.

Lucas 17, 5-10. *¡Si tuvierais fe...!*

También aquí la enseñanza de Jesús toma pie de una intervención de sus discípulos: “aumentanos la fe”. La respuesta de Jesús contiene varias consignas.

Ante todo, les asegura que si tuvieran fe “como un granito de mostaza”, harían milagros. Sigue recomendándoles un estilo de actuación, que daría otro sentido a su fe y a su fidelidad: no tienen que trabajar por el pago inmediato. El ejemplo que pone Jesús es el del labrador o pastor que ha trabajado todo el día, pero no espera precisamente que sea el amo quien le sirva la cena. Ellos, y nosotros, tendríamos que saber decir: “somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer”. O sea, debemos trabajar gratuitamente, no por el premio que Dios nos vaya a dar (que, seguramente, no será pequeño).

– II –

También los cristianos nos cansamos de tantas malas noticias

Tenía razón Habacuc al escandalizarse por el mal que veía en el mundo y la aparente pasividad de Dios. En la historia sólo veía violencias y catástrofes: habían escapado del imperio de los asirios, pero habían caído en el de los babilonios, que amenazaba ser peor.

La pregunta sigue oyéndose con frecuencia, y seguro que a nosotros mismos también se nos ha venido a la mente: ¿por qué permite Dios todo esto? Las desgracias y las malas noticias se acumulan, unas veces por culpa humana, otras, por imprevistos de la naturaleza. ¿Qué hace Dios para que no exista tanto mal? ¿no se acuerda de su pueblo, de sus fieles creyentes? ¿“hasta cuándo clamaré, Señor, sin que me escuches”? ¿por qué los malos, los despreocupados, siguen campando a sus anchas, como en tiempos de Habacuc, y a los inocentes les toca sufrir?

Dios, que siempre ha estado a favor de los débiles, se muestra a menudo como ausente. Nos puede desconcertar su respuesta al profeta, porque parece recomendarle sólo paciencia: “la visión espera su momento: si tarda, espera, porque ha de llegar”.

Lo que pasa es que Dios no dice cuándo. Como respeta la libertad de las personas –de las buenas y de las menos buenas– el justo tendrá que respetar los ritmos de la historia y los planes de salvación de Dios, aunque no los entienda del todo. Al profeta no se le da la respuesta completa, pero se le pide una actitud de confianza y de fe: “el justo vive de la fe”.

Como dice la Virgen en su *Magnificat*, creemos que Dios derriba a los poderosos, despide vacíos a los ricos, a los humildes los enaltece y a los hambrientos los llena de bienes. No sabemos cómo ni cuándo, pero la cizaña algún día será separada del trigo.

Lo cual no significa que no tengamos que luchar contra el mal y hacer lo posible por mejorar este mundo. La respuesta de hoy no se puede considerar completa: en otras ocasiones, por los profetas, Dios urge a una acción en

contra de la injusticia. Pero confiando en él, no en nuestras fuerzas. No con la violencia, sino con el esfuerzo y el trabajo. Esa es la característica del creyente: “el justo vivirá por su fe”. Mientras que “el injusto tiene el alma hinchada”, porque no cuenta con Dios en su vida.

Hacer el bien gratuitamente

La misma confianza en los planes y en los ritmos de Dios nos pide Jesús en el evangelio: no debemos pedirle cuentas o exigirle derechos, sino seguir nuestro camino con humildad y con confianza de hijos.

El pasaje de hoy es desconcertante. Parece como si Jesús defendiera una actitud tiránica del amo con su empleado. Cuando este vuelve del trabajo del campo, todavía le exige que le prepare y le sirva la cena. Jesús no está hablando de las relaciones laborales ni alabando al que explota al trabajador. Lo que le interesa subrayar es la actitud de sus discípulos ante Dios, que no tiene que ser como la de los fariseos, autosuficientes, que se presentan ante Dios como exigiendo el premio. Sino la humildad de los que, después de haber trabajado, no se dan importancia y son capaces de decir: “somos unos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer”.

Eso, tanto en relación a Dios como en nuestro trabajo comunitario, eclesial o familiar. La tendencia espontánea es pasar factura por todo lo que hacemos. Jesús, por el contrario, nos dice que no nos presentemos ante Dios ni ante los demás exhibiendo una lista de derechos y méritos, sino con humildad y sencillez. ¿Llevan acaso los padres contabilidad de los servicios que realizan en la familia? ¿o el amigo de sus favores a un amigo? Los cristianos hacemos el bien gratuitamente, con amor de hijos y hermanos: “hemos hecho lo que teníamos que hacer”. La salvación no la conquistamos nosotros a base de méritos. La salvación siempre es gratuita, es don de Dios.

Tenemos que hacer el bien sin ir pregonando a todos nuestros méritos. Entre otras cosas, porque también los otros trabajan. Y además, si hemos recibido gratuitamente dones de Dios, es justo que demos gratis, sin quejarnos demasiado si nadie nos alaba ni nos aplaude. Dios seguro que sí nos está aplaudiendo, si hemos dado con amor. En otra parábola, Jesús

afirmó que el amo, al volver de viaje y encontrar a sus empleados bien ordenados, les servirá él mismo la cena.

Auméntanos la fe

Jesús nos invita a purificar las intenciones y las motivaciones de nuestro trabajo. Lo cual nos va muy bien al iniciar una nueva etapa de nuestras actividades escolares o comunitarias. Al menos en algunas épocas de nuestra vida, a todos nos cuesta creer. No tenemos la misma fe de Abrahán, que obedeció y se puso en camino sin saber a dónde le llevaba Dios. Ni la de María, que aceptó el plan de Dios en su vida, aunque luego el anciano Simeón le avisó que una espada le iba a atravesar el alma. Tal vez merecemos también nosotros la queja de Jesús: “hombres de poca fe, ¿por qué dudáis?”.

Tendremos que pedir a Dios, con voz bastante fuerte: “¡Señor, auméntanos la fe!”. Como lo hicieron los apóstoles a Jesús, después de haber escuchado –un poco asustados– lo que en domingos pasados hemos escuchado que les decía sobre las exigencias que comporta el seguimiento de Jesús y lo de la puerta estrecha para salvarse.

Ser cristiano supone opciones nada fáciles. Sin fe, nos cansaremos pronto de seguir este camino. Sin fe, no veremos que las riquezas no son lo más importante, o que hay que saber renunciar a cosas secundarias para asegurar las principales, o que nuestra vida de entrega a Dios y al prójimo debe ser gratuita y desinteresada. Necesitamos de fe para seguir amando, para seguir trabajando, para seguir viviendo en cristiano. “Señor, auméntanos la fe”.

Al profeta Habacuc, en su desánimo, Dios le invita a la fe: “si tarda, espera, porque ha de llegar”, porque “el justo vivirá de su fe”.

A Timoteo le recomienda Pablo, el viejo luchador, ahora en la cárcel, que no tenga miedo, que se deje llenar de un “espíritu de energía, amor y buen juicio”, que le hará falta para seguir trabajando en “los duros trabajos del evangelio”, pero no por sí mismo, sino “según las fuerzas que Dios te dé”, por “la gracia de Dios que recibió” Timoteo en su ordenación, con la imposición de las manos de Pablo.

Seguramente todos nosotros hemos experimentado las mismas dificultades: vivir como buenas personas, y además en cristiano, no resulta fácil. Pueden presentarse obstáculos desde fuera o fatiga y desánimo desde dentro. Vemos cómo algunos –o nosotros mismos– titubean en su fe, o caen en el desaliento, llegando a dudar de principios que creíamos intocables. Por eso es bueno que nos demos por interpelados por las palabras de Pablo: “no tengas miedo a dar la cara por nuestro Señor...toma parte en los duros trabajos del Evangelio”.

Jesús nos avisó más de una vez que no íbamos a encontrar demasiadas facilidades en nuestro camino. Pero el mejor ejemplo de valentía y perseverancia en el camino es el del mismo Jesús, que ante Pilato dio testimonio valiente: “yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad”. Y fue coherente hasta la muerte en esta fidelidad a su misión.

También nos hizo la gran promesa: “y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

DOMINGO 28 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

A la escuela de nuestra formación permanente

Las lecturas bíblicas que escuchamos cada domingo son una buena escuela para que vayamos discerniendo y motivando nuestras opciones de fe, o juzgando algunas actitudes en las que nos podemos quedar peligrosamente instalados y que no son según la mentalidad de Cristo. La Palabra de Dios a veces nos anima, a veces nos corrige, a veces se puede decir que, como el árbitro de fútbol, nos enseña “tarjeta amarilla” avisándonos de nuestros fallos. A veces merecemos que nos saque la “tarjeta roja” porque nuestra conducta se aparta demasiado claramente de la de Cristo.

El domingo pasado, por ejemplo, nos enseñaba Jesús una actitud muy fina: no llevar contabilidad de nuestros méritos –“hemos hecho lo que teníamos que hacer”–, y seguir trabajando con humildad y confianza. Hoy nos da otra lección parecida: saber ser agradecidos ante Dios.

2 Reyes 5, 14-17. Volvió Naamán a Eliseo y alabó al Señor

En el “ciclo de Eliseo”, serie de episodios que sucedieron en tiempos de este profeta, sucesor de Elías, leemos hoy una simpática página. Un general extranjero, Naamán, que estaba leproso, obedece, aunque en principio le parece totalmente sin sentido, la orden del profeta, se baña siete veces en el Jordán y queda totalmente curado de su enfermedad.

Lo que motiva la elección de este pasaje no es su simbolismo bautismal –que también existe–, sino la gratitud que expresa efusivamente el general curado hacia el Dios de Eliseo, prometiendo que en adelante sólo ofrecerá sacrificios a este Dios, que debe ser el verdadero.

El *salmo* se hace eco de esta alegría y gratitud porque la salvación de Dios llega también a los extranjeros: “el Señor revela a las naciones su justicia... los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios”.

2 Timoteo 2,8-13. Si perseveramos, reinaremos con Cristo

Pablo incluye en este pasaje de su carta a Timoteo un himno que debió ser conocido y cantado en la primera comunidad: “acuérdate de Jesucristo resucitado de entre los muertos... Si con él morimos, viviremos con él... si perseveramos, reinaremos con él”. Son verbos griegos que seguramente tuvo que inventar él: “con-morir, con-resucitar, con-vivir” (y en otro lugar, “con-sentarse” a la derecha de Dios).

Pablo reconoce que este Cristo Jesús, muerto y resucitado, ha sido el que ha dado sentido a su vida: “por él sufro hasta llevar cadenas”. También está orgulloso porque a él le podrán detener, pero a la Palabra de Dios nadie puede ponerle cadenas.

La hermosa página de Pablo a Timoteo (que bien podríamos cantar hoy, con la música de Deiss: “Acuérdate de Jesucristo”) nos centra en la verdad que también a nosotros nos orienta en nuestra vida de fe. Cristo muerto y resucitado es el punto básico de referencia para nuestra vida.

Lucas 17, 11-19. ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?

Lucas, que nos recuerda una vez más que “Jesús iba camino de Jerusalén”, nos cuenta el episodio de los diez leprosos curados por Jesús.

De los diez sólo uno vuelve a dar gracias. Los demás, llenos de alegría, ni se acuerdan de quién les ha curado. Esto ya sería significativo. Pero lo

más interesante es que el único que vuelve a dar gracias es un extranjero, un samaritano. Una vez más, Jesús pone en evidencia que tal vez los que peor responden a los dones de Dios son precisamente los que pertenecen al pueblo elegido.

– II –

El amor de Dios es universal: ¿y el nuestro?

Una primera lección que nos dan las lecturas de hoy es que el corazón de Dios es universal y que él quiere la salvación de todos. A ese amor universal de Dios tenemos que corresponder con nuestra gratitud personal. Las dos vertientes están relacionadas. Si sabemos que Dios ama a todos, nos sentiremos agradecidos, y aprenderemos también a tener nosotros un corazón más acogedor y universal con los demás.

El profeta cura a un extranjero, el general Naamán. Este extranjero reacciona con actos de fe y gratitud realmente meritorios: “reconozco que no hay Dios en toda la tierra más que el de Israel”. El salmo comenta esta bondad universal de Dios que, aunque es fiel en primer lugar a su alianza con el pueblo de Israel, extiende su amor a todos: “revela a las naciones su justicia... los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios”.

Jesús cura al grupo de leprosos, sin mirar mucho su procedencia o si eran del pueblo judío o extranjeros. Una vez más aparece Jesús atendiendo a propios y extraños con la misma misericordia y entrega: como cuando curó al criado del centurión romano o dedicó una de sus últimas palabras al ladrón que moría junto a él. Jesús ha venido a salvar a todos, como signo viviente del amor universal de Dios.

¿Somos nosotros universales, abiertos de corazón, dispuestos a ayudar a los forasteros o a los que no coinciden con nuestros gustos? Dios ofrece su salvación a todos, sin mirarles el color de la piel. Jesús cura a todos, sin dar

importancia a que alguno sea forastero. ¿Y nosotros? ¿acogemos así, por ejemplo, a los emigrantes, sin tener en su contra el color o la religión o la falta de papeles?

Además, esas personas “de fuera” nos pueden dar lecciones en algunas cualidades humanas y cristianas. Como el general sirio que formula un admirable acto de fe, o como el samaritano que vuelve humildemente a dar gracias a Jesús, o como aquel centurión romano cuya fe alabó sinceramente Jesús. Así también ahora pueden dar lecciones, por ejemplo de buen corazón, los laicos a los sacerdotes y religiosos, los jóvenes a los mayores, los de poca formación religiosa a los sabios, los forasteros a los nativos. Eso nos tendría que invitar a que seamos más fáciles en darles un voto de confianza a todos.

Los otros nueve ¿dónde están?

Lo que nos cuenta el evangelio va en la misma dirección. Jesús cura a varios leprosos (de nuevo la terrible enfermedad de la lepra, parecida al “sida” actual en sus consecuencias sociales). Entre ellos hay al menos un extranjero.

Pero de los diez curados sólo uno, y extranjero, vuelve a dar gracias a Jesús. La breve oración de los leprosos había sido modélica: “Jesús, maestro, ten compasión de nosotros”. Pero luego, nueve de ellos no regresan. No saben valorar el detalle exquisito que suponía que alguien atendiera a unos leprosos, en contra de las costumbres de la época. El único que demuestra esa calidad humana tan fina de la gratitud es un extranjero. La queja de Jesús es explicable: “los otros nueve, ¿dónde están? ¿no ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?”.

Jesús pone varias veces en evidencia la pobreza espiritual de los miembros del pueblo elegido, de “los hijos de casa”, que no demuestran ni fe ni gratitud. A Naamán lo cita en otra ocasión Jesús como modelo de un extranjero que sabe reconocer el don de Dios. Como también denuncia que muchos “justos” (los “oficialmente buenos”, los fariseos, las clases dirigentes) no se convierten, mientras que los “pecadores” sí aceptan la fe, como la mujer adúltera o Zaqueo o el centurión romano, o el publicano

que oraba humildemente en el Templo, o el buen samaritano que atiende al desvalido en el camino...

¿Somos agradecidos?

La pregunta que nos podemos hacer todos, como en un “chequeo de nuestro corazón”, es si sabemos ser agradecidos, tanto para con Dios como para los que nos rodean, a los que también debemos muchos detalles y delicadezas. Hay personas que nunca dan gracias por nada y a nadie. Como la mayoría de aquellos leprosos, a los que Jesús les había hecho un favor inmenso: no sólo curarles de su enfermedad, sino facilitarles la inserción en una sociedad que hasta entonces les había rechazado rotundamente.

No se trata sólo de dar las gracias por un favor (“es de bien nacidos, ser agradecidos”). Jesús nos pide una actitud más profunda. Un creyente se tiene que situar ante Dios, no esgrimiendo derechos, sino con humilde gratitud, sabiendo admirar los detalles del amor con que Dios nos rodea.

Si no somos capaces de descubrir como regalos de Dios la vida, la salud, las cualidades que tenemos, la compañía de las personas, los bienes de este mundo, los medios de salvación que tenemos en la Iglesia –la fe, la Palabra de Dios, el perdón sacramental, la Eucaristía, el ejemplo y la ayuda de la Virgen y los santos– nos parecemos a aquellos leprosos que tenían muy espontánea la oración de petición, pero no tanto la de acción de gracias.

Si nos fijamos un poco a nuestro alrededor, tal vez nos daremos cuenta de que algunas personas sencillas, o tal vez alejadas de la Iglesia, o marginadas por la sociedad por uno u otro motivo, nos ganan en elegancia espiritual, ante Dios y ante los demás. No sabrán tanto como nosotros de religión, pero tal vez son más humildes, más solidarias, más honradas, y se les ocurre más el dar gracias a Dios.

Estas actitudes tan válidas humana y cristianamente, como hoy la de ser agradecidos, se suelen ejercitar paralelamente tanto en relación a Dios como en relación a los demás que conviven con nosotros. El que sabe decir “gracias” a Dios, sabe decir “gracias” a los que le rodean. Y viceversa: a algunos no les sale espontáneo dar gracias ni en una ni en otra dirección.

Estaría bien que nos examináramos sobre nuestra capacidad de gratitud ante Dios. Nos viene espontáneo orar pidiendo a Dios. Como los leprosos, también nosotros le decimos desde el corazón: “Señor, ten piedad”. Pero ¿sabemos orar dando gracias? ¿nos sale de dentro la alabanza a Dios reconociendo los repetidos signos de su amor? ¿sólo sabemos pedir, o también admirar y agradecer?

Eucaristía significa “acción de gracias”

Todas estas enseñanzas de Jesús parece como si se reflejaran plásticamente en nuestra celebración eucarística. Por ejemplo, cuando antes de ir a comulgar hacemos el gesto de la paz, gesto simbólico y comprometedor de que queremos aceptar a todos en nuestro deseo de paz, a los que conocemos y a los que no, a los que son de nuestro gusto y a los que no.

Pero, sobre todo, respecto a la acción de gracias, la expresamos de una manera más oficial y abundante en esta celebración. Además de cantar, por ejemplo, el himno del *Gloria* alabando a Dios, tenemos la oración central de la Misa, que el sacerdote proclama en nombre de todos y apoyado por todos: la Plegaria Eucarística, la Plegaria de acción de gracias, en la que intercalamos la aclamación del “Santo”.

Sintonizar con esta Plegaria nos ayuda a ir impregnándonos de la gratitud que nos enseña Jesús para toda la jornada y toda la semana. De tal manera que nos pudiera salir del corazón, y más espontáneamente, el canto de acción de gracias que también Lucas pone en labios de la Madre del Señor, el *Magnificat*: “proclama mi alma la grandeza del Señor”.

DOMINGO 29 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Orar sin desanimarse

Lucas es también el evangelista de la oración. Es el que más veces nos presenta a Jesús orando y enseñando cómo debemos orar. El domingo pasado nos invitaba a dar gracias. Hoy nos propone la parábola de la viuda insistente, para enseñarnos la perseverancia en la oración.

Para ambientarnos, sería bueno leer algunos números del Catecismo de la Iglesia sobre la oración, sobre todo CCE 2734-2745.

Éxodo 17, 8-13. *Mientras Moisés tenía en alto la mano, vencía Israel*

Para disponer nuestros ánimos a la lección que Jesús nos dará sobre la oración, escuchamos ante todo un pasaje del libro del Éxodo sobre la eficacia de la oración de Moisés por su pueblo.

En una de las muchas batallas o escaramuzas que libraron contra los pueblos vecinos, en su larga marcha por el desierto, esta vez contra los amalecitas, mientras Josué dirigía el ejército, Moisés se puso en lo alto de una colina a rezar a Dios, y “mientras Moisés tenía en alto la mano, vencía Israel”.

Refleja muy bien esta situación el *salmo responsorial*: “levanto mis ojos a los montes, ¿de dónde me vendrá el auxilio? El auxilio me viene del Señor,

que hizo el cielo y la tierra. El Señor te guarda de todo mal, él guarda tu alma”.

2 Timoteo 3,14 – 4,2. *El hombre de Dios estará perfectamente equipado para toda obra buena*

Pablo escribe a su discípulo Timoteo y le recomienda encarecidamente que profundice en la Escritura y se mantenga fiel a ella, porque en ella está la verdadera sabiduría: “ella puede darte la sabiduría que conduce a la salvación”. La Palabra de Dios que escuchamos es útil para todo: con ella “el hombre de Dios estará perfectamente equipado para toda obra buena”.

Sólo así, profundizando en la Palabra, puede luego el pastor dedicarse a exhortar a los demás “con toda comprensión y pedagogía”.

Lucas 18,1-8. *Dios hará justicia a sus elegidos que le gritan*

La finalidad de la parábola de la viuda insistente la expresa Lucas así: “para explicar a los discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse”.

A la pobre viuda le habían hecho una injusticia. El juez al que ella iba a quejarse y pedir justicia no le hacía mucho caso, pero al fin, decidió tomar en serio su demanda, por su insistencia, “le haré justicia, no vaya a acabar pegándome en la cara”.

La conclusión que Jesús saca de esta pequeña parábola es: “pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?”.

– II –

La Palabra de Dios, escuela de sabiduría

A Timoteo, que había sido su compañero en varios viajes, le recuerda Pablo en su carta las penalidades que ambos han pasado. Le recuerda sobre

todo cómo Timoteo conoce la Sagrada Escritura desde joven, para urgirle a que, basado en ese conocimiento, ejerza mejor su ministerio al frente de la comunidad de Éfeso.

Es la Palabra de Dios la que nos ilumina y nos da fuerzas, tanto para enseñar como para corregir y educar. La Palabra de Dios hace que “el hombre de Dios esté perfectamente equipado para toda obra buena”. Jesús dijo que el que construye sobre la Palabra de Dios es el que construye sobre roca firme, con garantías de estabilidad del edificio.

La Palabra de Dios nos da la verdadera sabiduría. Seamos pastores o simples fieles, todos hemos experimentado alguna vez las dificultades de la vida para vivir como cristianos en medio de este mundo. Para no perder los ánimos y ser perseverantes en nuestro camino, Pablo nos recomienda que nos aferremos a esa Palabra de Dios.

La escuchamos cada vez que celebramos la Eucaristía, además de la lectura que podamos hacer por nuestra cuenta o en grupos de oración o de “lectio divina”. Es esa Palabra la que nos va señalando el camino y la que nos da fuerzas para seguirlo.

Pero la Palabra, además de asimilarla nosotros, debemos también transmitirla a los demás. Los sacerdotes, los educadores, los padres cristianos, los catequistas, los misioneros, todos somos llamados a evangelizar, a difundir esa Palabra. Pablo dice a Timoteo y a todos nosotros: “proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, reprocha, exhorta con toda comprensión y pedagogía”.

Pero sólo el que está lleno de la Palabra puede transmitirla a los demás. Sólo la nube que viene cargada de agua puede regar con su lluvia los campos.

La eficacia de la oración

Las lecturas de hoy nos ofrecen también una invitación a la oración, unida a la garantía de que será eficaz.

El ejemplo de Moisés es muy expresivo. En la batalla contra los enemigos, Moisés ora a Dios pidiéndole su ayuda. Mientras él mantiene los brazos

elevados al cielo, los israelitas llevan las de ganar. Si él afloja en su oración, sucede al revés. No es un gesto mágico. Es el símbolo de que la historia de este pueblo no se puede entender sin la ayuda de Dios.

A nosotros no nos resulta espontánea esta convicción. El hombre de hoy aprecia la eficacia, los medios técnicos, el ingenio y el trabajo humano, y no parece necesitar de Dios para ir construyendo su mundo. Pero Jesús nos asegura que el que no edifica sobre la roca de Dios, está edificando en falso: “sin mí, no podéis hacer nada”. No escarmentamos de tantos fracasos de instituciones y proyectos que se han ido construyendo sin la base necesaria y se han hundido. Tal vez seguimos creyendo que somos nosotros los importantes: que es nuestra técnica y nuestro trabajo los que van a traer la salvación a este mundo.

No parece hacernos mucho efecto lo que hemos ido diciendo en el salmo: “¿de dónde me vendrá el auxilio? El auxilio me viene del Señor”. Orar es reconocer la grandeza de Dios y nuestra debilidad, y orientar la vida y el trabajo según él. La oración nos ayuda a mantener ante Dios y ante los demás una postura de humildad y confianza, y no de autosuficiencia. Y eso sin cansarnos, aunque nos parezca que Dios no nos escucha, respetando sus tiempos y ritmos.

Jesús nos enseña la importancia de la oración. En su parábola, el juez no tiene más remedio que conceder a la buena mujer la justicia que reivindica. No se trata de comparar a Dios con aquel juez, que Jesús describe como corrupto e impío, sino nuestra conducta con la de la viuda, con una oración perseverante. A veces nuestra oración la quisiéramos expresar “a gritos, día y noche”, como dice Jesús, porque en nuestras vidas también hay momentos de turbulencia y de dolor intenso.

Orar pidiendo a Dios no significa tratar de convencerle a él, sino entrar en comunión con él. Dios quiere nuestro bien y el del mundo más que nosotros mismos. Eso sí, lo quiere, seguramente, con mayor profundidad. La oración nos ayuda a sintonizar con la longitud de onda de él y, desde ese mismo momento, ya es eficaz.

Nuestra oración no es la primera palabra, que espera respuesta de Dios. Es ya respuesta, porque Dios ya ha dicho su Palabra. Es como la mujer

samaritana que fue al pozo a por agua, y se encontró con Jesús, el que es el Agua verdadera que apaga toda sed. Nuestro acercamiento a Jesús es eficaz porque Jesús “ya está allí”. Nuestra oración es eficaz porque Dios ya está deseando nuestro bien. Como dice el Catecismo de la Iglesia, comentando la escena de la mujer samaritana junto al pozo: “Cristo va al encuentro de todo ser humano, es el primero en buscarnos y el que nos pide de beber. Jesús tiene sed. La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de él” (CCE 1560).

No es una invitación a la pereza

Orar pidiendo algo a Dios no significa dejarlo todo en sus manos. Moisés, aunque hoy aparezca orando con los brazos elevados, no es ciertamente una persona sospechosa de pereza e inhibición. Fue el gran líder y activo conductor del pueblo: pero daba a la oración una importancia decisiva. Tampoco Jesús nos invita a la pereza: en otra ocasión nos dirá, con la parábola de los talentos, cómo hemos de trabajar para hacer fructificar los dones de Dios para bien de todos.

Lo que hoy nos quiere recordar Jesús es que la actitud de un cristiano debe ser claramente de apertura a Dios, y no de confianza en sus propias fuerzas. Cuando en la Oración Universal de la misa pedimos por la paz, o por la justicia, no le estamos diciendo a Dios algo que no sabe o que tiene que arreglar él, pidiéndole que haga el milagro de la paz o de la justicia o que dé de comer a los que pasan hambre. Expresamos en su presencia estas urgencias de la humanidad y con ello nos comprometemos a trabajar nosotros mismos en lo que le pedimos a Dios, la paz y la justicia, empezando por nuestro entorno más cercano: si yo trabajo para que haya paz y justicia cuatro metros a mi alrededor, ya estoy contribuyendo a esa paz mundial por la que ruego.

Si rezamos, por ejemplo, por las intenciones de los misioneros o por la prosperidad de los países del Tercer Mundo, seguramente unimos a la oración algún gesto de ayuda concreta y efectiva, económica o personal. La comunidad cristiana, ante la enorme tarea que hay que realizar en este

mundo, ante todo, reza por esas intenciones, pero luego recibe el encargo de evangelizar este mundo y de colaborar en su construcción. Oración y trabajo. La oración está ya impregnada de compromiso, y así el trabajo estará impregnado de oración, o sea, de la visión desde Dios.

¿Tenemos esta fe?

Jesús acaba su parábola con una pregunta desconcertante: “cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?”. Tal como va nuestra vida de fe, en un mundo cada vez más encerrado en su propia visión de las cosas, hay exigencias del evangelio que sin fe y oración difícilmente seremos capaces de asumir. Tenemos que purificar nuestras intenciones y crecer en una actitud de humilde confianza, la actitud de los que saben “orar su vida” ante Dios.

La Eucaristía dominical –o la diaria– nos ayuda muy eficazmente en dar a nuestra vida y a nuestro trabajo esta orientación desde Dios.

DOMINGO 30 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

El fariseo y el publicano rezando ante Dios

Hoy terminamos la lectura de las cartas de Pablo a Timoteo. Y, además, con una página vibrante, que es como la despedida y el testamento de Pablo, ante la inminencia del final.

Jesús, en su camino hacia Jerusalén, nos da otra enseñanza sobre la oración: esta vez sobre la actitud humilde que hemos de tener ante Dios. La parábola del fariseo y del publicano, ambos orando en el Templo, es diáfana, y a todos nos conviene reflexionarla y examinarnos a su luz. No afecta sólo al modo de rezar, sino al modo de vivir la religiosidad en general.

Sirácida (Eclesiástico) 35,15b-17.20-22a. *Los gritos del pobre atraviesan las nubes*

El libro sapiencial del Eclesiástico, o Sirácida, nos da hoy una enseñanza sobre las preferencias de Dios.

Si por alguien tiene Dios predilección es por los pobres y humildes: “escucha las súplicas del oprimido... sus penas consiguen su favor y su grito alcanza las nubes... los gritos del pobre atraviesan las nubes y no descansan hasta alcanzar a Dios”. Es un mensaje que nos prepara a escuchar la parábola de Jesús sobre el pecador humilde que es escuchado por Dios.

El *salmo* insiste: “si el afligido invoca al Señor, él lo escucha”. Es un salmo dirigido sobre todo a animar a los humildes. “El Señor está cerca de los atribulados”. Si la lectura sapiencial hablaba de “gritos” de los pobres y humillados, el salmo también se hace eco de los mismos: “cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias”.

2 Timoteo 4, 6-8. 16-18. *Ahora me aguarda la corona merecida*

Ante la inminencia del final –“estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente”–, Pablo mira hacia atrás y se siente contento de cómo ha podido colaborar con Dios en su carrera de apóstol.

Con razón puede resumir su vida diciendo: “he combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe”. Ahora confía en que Dios le concederá el premio: “me aguarda la corona merecida”. Todo esto, no por méritos propios, sino por la ayuda de Dios: “el Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje”.

Pablo expresa su confianza también por el futuro que le espera: Dios no le abandonará, como no le ha abandonado a lo largo de su azarosa vida de apóstol.

Lucas 18, 9-14. *El publicano bajó a su casa justificado; el fariseo, no*

Lucas nos dice a quién va dirigida la “parábola” (o mejor, el “relato ejemplar”) de hoy sobre la oración: “dijo Jesús esta parábola por algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás”.

No les gustaría nada a sus oyentes fariseos el retrato que hace Jesús de los dos orantes que acuden al Templo: el publicano que es escuchado por Dios, y el fariseo, tan lleno de sí mismo, que baja como había entrado. Porque “el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido”.

Dios escucha a los humildes

Ya el sabio del AT decía que Dios tiene cierta parcialidad a favor de los pobres y humildes: “escucha las súplicas del oprimido”. Y el salmo lo repetía: “si el afligido invoca al Señor, él lo escucha... el Señor está cerca de los atribulados”. Jesús lo reafirma: “el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido”.

Nuestra postura ante Dios no puede ser de orgullo y autosuficiencia, sino de humilde sencillez. Hace dos domingos nos decía Jesús que no “pasemos factura” por lo que hemos conseguido: “hemos hecho lo que teníamos que hacer”. El domingo pasado nos invitaba a saber ser agradecidos, reconociendo lo que Dios hace por nosotros. Hoy nos disuade de adoptar una actitud de soberbia y engreimiento, en nuestra oración y en nuestra vida.

A veces, esta oración humilde de los “atribulados” se convierte en grito. Todos tenemos la experiencia de que hay días en que nos sale espontánea la oración de gratitud y alegría, de alabanza y euforia, y que hay otros en que nos saldría más a gusto un grito de angustia o incluso de protesta ante Dios. Es como cuando Jesús, en la cruz, gritó: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

Las lecturas de hoy nos quieren infundir confianza, sobre todo, para esos días aciagos. Decía el Sirácida que “los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan”. El salmo también nos asegura: “cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias”. Jesús nos dice que el humilde publicano “bajó a su casa justificado”.

¿Dónde estamos retratados: en el fariseo o en el publicano?

La parábola de hoy expresa claramente la postura de dos personas y dos estilos de oración (y de actitud vital). Jesús no compara un pecador con un justo, sino un pecador humilde con un justo satisfecho de sí mismo y que mira por encima del hombro a los otros.

El fariseo es buena persona, cumple como el primero, no roba ni mata, ayuda cuando toca y paga lo que hay que pagar. Pero no ama. Está lleno de su propia santidad. Se le nota cuando está ante Dios y cuando se relaciona con su prójimo. Es justo, pero con poca fe y humildad dentro. Está orgulloso de sus virtudes, y da gracias a Dios por lo bueno que es... él, el fariseo. No tiene nada por lo que pedir perdón. Al revés: enumera con gusto la lista de sus virtudes y sus méritos. Jesús dice que este no sale del templo perdonado.

Mientras que el publicano, que es pecador, se presenta humildemente como tal ante el Señor. Es pecador, pero tiene mucha fe. Este sí sale salvado del Templo.

¿En cuál de los dos personajes nos sentimos reflejados: en el que está contento y seguro de sí mismo y desprecia a los demás, o en el pecador que invoca el perdón de Dios? Si somos como el fariseo, no le dejamos actuar a Dios en nuestra vida: ya actuamos nosotros. Si fuéramos conscientes de las veces que Dios nos perdona, tendríamos una actitud distinta para con los demás, no estaríamos tan pagados de nuestros méritos, y nuestra oración (y nuestra vida) sería más cristiana.

El publicano, por su parte, tal vez no era muy dado a rezar, pero el día que se decidió a ir al Templo, oró de una manera que Cristo le alabó. Jesús no nos está invitando a ser pecadores, sino a ser humildes, y no presentarnos ante Dios (e ir por la vida ante los demás) pregonando nuestras virtudes y nuestras buenas obras. Los que son ricos no piden nada. Los que se creen sabios, no preguntan nada. Los que se saben perfectos, no tienen que pedir perdón por nada. A ver si pronto o tarde se cumplirá también en nosotros lo de que “el que se enaltece será humillado”.

La Virgen María, en su *Magnificat*, se presenta no como el centro de todo, sino como el objeto de la misericordia de Dios: “ha hecho en mí cosas grandes... ha mirado la humildad de su sierva”. También ella formula casi igual que luego su Hijo las preferencias de Dios: “derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes”.

Pablo, ¿orguloso de sí mismo?

Parecería, al leer la página de hoy en la carta a Timoteo, que el apóstol Pablo es consciente de sus propios méritos, y así chocaría con lo que escuchamos en el evangelio.

En efecto, Pablo puede resumir su vida, sin falsa modestia, diciendo que ha combatido bien el combate de la fe y que ahora le “aguarda la corona merecida”. Los que leemos, sobre todo en los Hechos de los Apóstoles, su dinámica vida de apóstol, sabemos que no es ninguna exageración hacer un resumen así de todas sus aventuras y sus sufrimientos por Cristo.

Pero ciertamente no cae en el defecto del fariseo que se vanagloriaba ante Dios en su oración. Ante todo, Pablo reconoce que ese premio que Dios prepara no es para él: “y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida”. Sobre todo, reconoce que “el Señor me ayudó y me dio fuerzas... él me libró de la boca del león”. También para el futuro, “el Señor seguirá librándome de todo mal. A él la gloria por los siglos de los siglos”.

No es autosuficiencia, sino gratitud ante lo que Dios le ha permitido hacer para bien de las comunidades cristianas y para la evangelización del mundo.

Empezamos cada Eucaristía con un acto de humildad

En cada Eucaristía, normalmente, empezamos la celebración con el acto penitencial: “Yo confieso... Señor, ten piedad... Cristo, ten piedad”. Nos sentimos pobres en presencia del Dios que es rico en todo. Ignorantes en la presencia del Maestro. Pecadores, comparados con el Todo Santo. Por eso expresamos con sencillez de hijos nuestra súplica y nuestra confianza. Para que, ya desde el inicio, nuestra celebración no esté centrada en nuestros méritos, ni tampoco en nuestros fallos, sino en la bondad de Dios.

También cuando decimos la oración del “Yo confieso”, imitamos al publicano a quien alabó Jesús. Dándonos golpes de pecho expresamos,

ante Dios y “ante vosotros, hermanos”, que somos pecadores: “por mi culpa...”. No está mal que, de cuando en cuando, nos peguemos golpes de pecho reconociéndonos débiles y pecadores.

Entonces mereceremos la alabanza de Jesús y será escuchada nuestra oración. Si en la presencia de Dios somos capaces de decir “por mi culpa”, seguro que no seremos luego altaneros e intolerantes con los demás. El que dice “lo siento” ante Dios, lo sabe decir también ante el prójimo.

DOMINGO 31 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

La conversión y el perdón de Zaqueo

Durante tres domingos leemos la segunda carta de Pablo a los Tesalonicenses. La elección se debe a que ilumina la visión cristiana de los últimos tiempos, y estamos precisamente al final del año cristiano. Es una perspectiva, la escatológica, que está muy presente en estas últimas semanas del año.

Pero, sobre todo, el evangelio, con la escena de Zaqueo, y la página sapiencial del AT, nos ponen delante un mensaje consolador y estimulante: el perdón de Dios. Ambas lecturas –junto con el salmo– nos animan a todos, que somos pecadores y necesitamos de esta misericordia de Dios, a confiar en él.

Sabiduría 11, 23 – 12,2. *Te compadeces, Señor, de todos, porque amas a todos los seres*

El libro de la Sabiduría, uno de los últimos del AT, nos ofrece una reflexión sobre la grandeza de Dios: “el mundo entero es ante ti como un grano de arena en la balanza”. Y a la vez su misericordia: “te compadeces de todos... y no odias nada de lo que has hecho”.

Su autor resalta que Dios perdona: “a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amigo de la vida”. A los que hace falta corregirles, lo hace con

tolerancia y amor: “corrige poco a poco a los que caen; a los que pecan les recuerdas su pecado, para que se conviertan y crean en ti”.

El *salmo responsorial* apoya la misma comprensión de Dios, repitiendo la “definición” de él que aparece en varios salmos: “el Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad... el Señor sostiene a los que van a caer, endereza a los que ya se doblan”.

2 Tesalonicenses 1, 11 – 2,2. *Que Jesús sea glorificado en vosotros y vosotros en él*

Tesalónica es una ciudad de Grecia, y Pablo escribe dos cartas a su comunidad cristiana. La segunda, que es la que leeremos durante tres domingos, está llena de recomendaciones para que los de Tesalónica se mantengan firmes y dignos de su vocación en el camino de la fe.

Pablo nombra la última venida de Cristo y nuestro encuentro con él. Pero a la vez dice que no es inminente, y que nadie se debe alarmar por supuestas revelaciones sobre el final del mundo, “como si afirmáramos que el día del Señor está encima”.

Lucas 19,1-10. *El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido*

Esta vez no es una parábola, sino un hecho que sucedió al llegar Jesús a la ciudad de Jericó, ciudad comercial y rica, muy apta para que los recaudadores de impuestos “prosperen”.

Zaqueo, “jefe de publicanos y rico”, se siente movido primero por la curiosidad. Pero luego, la cercanía de Jesús, que se ha autoinvitado a comer en su casa, le toca el corazón y se convierte, sacando unas conclusiones muy concretas para reparar las injusticias que había cometido.

El comentario, gozoso, de Jesús es: “hoy ha sido la salvación de esta casa: también este es hijo de Abrahán”. Es una ocasión más en las que Jesús, de palabra y de hecho, nos ofrece el retrato de un Dios que perdona. Él mismo, Jesús, “ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”.

Dios es misericordioso y perdona fácilmente

Es un mensaje que se nos anuncia repetidamente en la Biblia, empezando ya por el AT: nuestro Dios es un Dios misericordioso, un Dios que perdona.

El autor del libro de la Sabiduría, aun reconociendo el poder y la grandeza de Dios como creador, subraya más su paternidad: Dios se compadece de todos, ama a todos y a todo, no odia a nadie –¡no odia nada de lo que ha hecho!–, perdona, es amigo de la vida, cuando hace falta corrige y reprende, pero siempre está dispuesto a perdonar. En verdad es una página llena de positiva esperanza, que vale la pena proclamar gozosamente.

Todavía es más expresivo el *salmo*, que podríamos meditar hoy, incluso personalmente, después de la comunión, porque nos asegura –a los contemporáneos del salmista y a nosotros, los del siglo XXI– que Dios es clemente, misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad... fiel... bondadoso. Por si alguien se creía que en el AT sólo se hablaba de la justicia de Dios, y había que esperar al NT para oír hablar de su misericordia paterna, aquí tenemos páginas que niegan esa simplificación.

He venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido

Claro que este mensaje lo tenemos más claro en la persona y en las enseñanzas de Jesús.

Lucas, el evangelista de la misericordia y del perdón, es el único que nos cuenta esta escena de la conversión de Zaqueo. Como publicano –recaudador de impuestos para la potencia ocupante, los romanos– Zaqueo era despreciado, seguramente tachado de traidor y colaboracionista de las tropas ocupantes, y sus negocios debieron ser un tanto dudosos. Él mismo lo reconoce y promete restituir lo que hubiera “desviado”: “si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más”. Jesús, que se había hecho invitar a su casa, tomando la iniciativa, consigue lo que quería, lo que había venido a hacer a este mundo: “buscar y salvar lo que estaba perdido”. Los

fariseos excomulgan a Zaqueo. Jesús va a comer con él y le da un voto de confianza, aún a sabiendas de que va a ser mal interpretado, y ya está notando de que le acusan de que va a comer en casa de un pecador (¿no puede ir un médico a casa del enfermo?): pero consigue devolver la paz a una persona ciertamente complicada.

Las lecturas de hoy nos obligan a confrontar nuestras vidas con este retrato de Dios que nos ofrecen los pasajes del AT y el evangelio. Ante todo, porque también nosotros le damos ocasión a Dios para ejercitar esta misericordia: todos necesitamos su perdón, en varios momentos de nuestra vida. No debemos perder la confianza, si creemos todo eso que han dicho las lecturas sobre cómo es nuestro Dios.

Pero también nos interpelan estas lecturas sobre nuestra actitud con respecto a los demás. ¿Somos personas de buen corazón, misericordiosos, fáciles al perdón? ¿o, por el contrario, somos fáciles en la condena, como los fariseos que murmuraban porque Jesús “ha entrado en casa de un pecador”?

Deberíamos ser capaces de dar un voto de confianza a las personas, por pecadoras que nos parezcan, de hacerles fácil la rehabilitación a las personas que han dado algún mal paso en su vida, sabiendo descubrir que, por debajo de una posible mala fama, a veces tienen valores interesantes. Pueden ser “pequeños de estatura”, como Zaqueo (y seguramente en más de un sentido), pero en su interior –¿quién lo diría?– hay el deseo de “ver a Jesús”, y pueden llegar a ser auténticos “hijos de Abrahán”.

¿Sabemos escuchar a los demás, interesarnos por sus preocupaciones y proyectos? ¿somos acogedores, no sólo de los amigos, sino también de los que vemos que necesitan ayuda? ¿nos alegramos de la vuelta de los alejados? ¿somos de los que celebran la vuelta del hijo pródigo sin poner demasiada mala cara? ¿o nos encastillamos en la justicia, como el hermano mayor o como los fariseos, siempre intransigentes con las faltas de los demás? Si Jesús, nuestro Maestro, vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido, ¿quién somos nosotros para desesperar de nadie y actuar como intolerantes fiscales y jueces?

“Hoy voy a comer en tu casa”

Podríamos decir que cada Eucaristía nos ayuda a vivir las dos direcciones de esta parábola. Jesús no se invita a nuestra casa, sino que nos invita a la suya. Nuestra Eucaristía es algo más que recibir, como Zaqueo, la visita del Señor. Es ser invitados por él a entrar en comunión con él mismo, que se ha querido convertir en nuestro alimento de vida. Cada vez sucede lo que sucedió en casa del publicano: “hoy ha sido la salvación de esta casa”.

Pero, a la vez, la Eucaristía es una escuela práctica en la que aprendemos a ser abiertos de corazón para con los demás. Imitando a ese Dios que quiere la salvación de todos, que no odia a nadie, que “es amigo de la vida”, y a ese Jesús que se alegra del cambio de vida de Zaqueo, nosotros, en nuestra celebración, al rezar y cantar juntos y, sobre todo, al participar juntos del Cuerpo y Sangre de Cristo, sea cual sea nuestra raza, formación, edad y condición social, aprendemos a ser más comprensivos con los demás y a perdonar, si es el caso, lo que haya que perdonar.

DOMINGO 32 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

El final del Año Cristiano recuerda el final de la historia

Jesús ya ha llegado a Jerusalén, después del largo “camino de subida” que Lucas nos ha ayudado a seguir detalladamente. Las cosas se precipitan: las escenas suceden ahora ya en el Templo y en la ciudad de Jerusalén.

En estos últimos domingos del año cristiano, la temática de las lecturas apunta a la escatología, hacia el final de los tiempos. Empezando, hoy, por la fe en la resurrección de los muertos. El mes de noviembre está impregnado por este mensaje, que también cuenta con la celebración de la fiesta de todos los Santos y la de los fieles Difuntos.

2 Macabeos 7,1-2. 9-14. *El rey del universo nos resucitará para una vida eterna*

La historia de la persecución en tiempo de los Macabeos nos prepara para la escucha del evangelio. Sucede en el siglo II antes de Cristo, en la persecución de Antíoco IV que, con una mezcla de halagos y amenazas, intenta seducir a los israelitas y conducirles a la religión oficial pagana, olvidando la Alianza. Llega a profanar el Templo –lo dedicó a “Zeus Olímpico”– y obliga a los judíos a aceptar las costumbres helénicas.

Es edificante la fortaleza de aquella madre y de sus siete hijos que resisten

a todas las tentaciones y halagos y no quieren de ningún modo abandonar su fe y pasar al paganismo, con sus creencias y costumbres. Lo de comer o no la carne prohibida era sólo un detalle: se trataba de algo más profundo, de mantenerse fieles al conjunto de la fe en Dios.

Pero la lección que hoy se resalta en este episodio está sobre todo en la fe que muestran todos sus protagonistas en la resurrección y en la otra vida, que va a ser también el tema del evangelio.

Las palabras del *salmo* son palabras de un creyente que está sufriendo por su fe, pero que espera en la ayuda de Dios: “presta oído a mi súplica... yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío”, para terminar con lo que se ha convertido también en antífona repetida, como expresión de la fe en la otra vida: “y al despertar me saciaré de tu semblante”.

2 Tesalonicenses 2,15 – 3,5. *El Señor os dé fuerza para toda clase de palabras y de obras buenas*

Pablo quiere que sus cristianos de Tesalónica, en Grecia, tengan, por una parte, consuelo en sus dificultades –“un consuelo permanente”–, porque ya se están esforzando en ser fieles a su fe: “ya cumplís y seguiréis cumpliendo todo lo que os hemos enseñado”.

Pero, a la vez, les desea que Jesús les conceda fuerzas para lo que les espera: “para toda clase de palabras y obras buenas... el Señor os dará fuerzas y os librará del malo... para que améis a Dios y esperéis en Cristo”. Lo que ya se ha conseguido es pasado, pero hay que mirar al futuro: “para que la Palabra de Dios siga el avance glorioso que comenzó entre nosotros”.

Lucas 20, 27-38. *No es un Dios de muertos, sino de vivos*

Los saduceos, pertenecientes a las clases altas de la sociedad, no creían en la otra vida ni en la resurrección. Son ellos quienes hacen a Jesús una pregunta-trampa manifiestamente exagerada –de ahí viene la expresión “trampa saducea”–, sobre los siete hermanos que se casan sucesivamente con la misma mujer a medida que va muriendo el anterior sin dejar

descendencia. Esto es lo que mandaba la “ley del levirato”. La pregunta es: cuando llegue la resurrección ¿de cuál de ellos será ella la mujer?

La respuesta de Jesús, sorteando hábilmente la ridícula pregunta, afirma, ante todo, la fe en la vida futura y la resurrección. Además les recuerda que en la otra vida, como no pueden morir, ya no se casarán, o sea, el matrimonio no tendrá ya sentido para la procreación, porque todos “son hijos de Dios y participan en la resurrección”. Dios es un Dios de vivos: para él todos están vivos.

– II –

Nuestro destino es la vida

En el AT –de hecho, en uno de sus últimos libros, el de los Macabeos– hemos escuchado un hermoso ejemplo de fe en la vida futura.

Cuando están a punto de morir, los varios personajes de la historia –hoy no la leemos entera– van diciendo palabras muy significativas. Insisten en su fe convencida en la vida futura, en la resurrección que esperan: “el rey del universo nos resucitará para una vida eterna”, “espero recobrarlas del mismo Dios”, “Dios mismo nos resucitará: tú, en cambio, no resucitarás para la vida”... De esa convicción es de donde sacan fuerzas para su fidelidad.

Es la misma actitud que el salmo nos invitaba a asumir: “al despertar, me saciaré de tu semblante, Señor”. Al final de la vida, al “despertar” a la realidad última, nos espera el rostro amable del Padre y sus brazos abiertos, si le hemos sido fieles.

Pero es Jesús, en el evangelio, el que nos presenta la fe en el más allá con mayor precisión. La pregunta sobre los siete hermanos que se casan con la misma mujer no es importante. La respuesta de Jesús, sí. Les dice, ante todo, que existe la resurrección, cosa que negaban los saduceos: les asegura que los que “han sido juzgados dignos de la vida futura, son hijos

de Dios y participan en la resurrección, porque Dios es Dios de vivos” y nos tiene destinados, no a la muerte, sino a la vida.

Lo que nos dice Jesús es que nuestro destino es la vida, no la muerte. Un destino de hijos, llamados a vivir de la misma vida de Dios y para siempre, en la fiesta plena de la comunión con él. Nosotros sabemos que, después de la resurrección de Cristo, los que nos incorporamos a él tendremos su mismo destino de resurrección.

Eso es lo que nos asegura Jesús: la resurrección y la vida en Dios para los fieles. Otra cosa es querer explicar el modo como sucederá este misterio. Él dice que la vida futura será diferente de la actual: en ella el matrimonio no tendrá como finalidad la procreación, porque allí la humanidad no necesita renovarse, porque todo es vida y no hay muerte: “ya no pueden morir, son como ángeles”. No explica cómo es la otra vida. Eso sí, será muy distinta de la actual: resucitar no significará volver a la vida de antes, sino entrar en una nueva realidad.

Mirar hacia adelante

No somos muy dados a mirar al futuro, preocupados como estamos por el presente y sus problemas. Según en qué círculos, hablar de “la otra vida” produce reacciones parecidas a las de los saduceos: se intenta olvidar o ridiculizar esa perspectiva.

Sin embargo, es de sabios recordar en todo momento de dónde venimos y a dónde vamos. La Palabra de Dios nos invita hoy a tener despierta esta mirada profética hacia el final del viaje, que, pronto o tarde, llegará para cada uno. Este mundo no es nuestra meta. Como no lo es el seno materno para el que ha sido concebido, porque está destinado a abandonar esa etapa transitoria de su existencia. Nosotros también estamos destinados a la plenitud de la vida en Dios, aunque no sepamos cómo.

En medio de una sociedad “secularizada” —o sea, encerrada más bien en las cosas de “este siglo” y no del “siglo futuro”— que parece a veces bloqueada en la perspectiva terrena de acá abajo, hoy se nos urge a que sepamos alzar la mirada y recordemos cuál es la meta de nuestro camino. La fe en la vida

a la que Dios nos destina es la que ha dado luz y fuerza a tantos millones de personas a lo largo de la historia, y la que también a nosotros nos ayuda en nuestra vida de fidelidad humana y cristiana, abiertos al Absoluto de Dios, que es el destino de nuestra historia personal y comunitaria.

Como Pablo a los de Tesalónica, también a nosotros nos tiene que dar Cristo Jesús fuerza para seguir madurando en nuestro camino, porque nunca podemos sentirnos satisfechos de lo ya alcanzado.

El “más allá” sigue siendo también para nosotros un misterio. No pretendemos imaginar cómo es y cómo sucederán las cosas. Pero creemos a Cristo Jesús, el Maestro, que nos asegura que los que se incorporan a él, vivirán para siempre.

Nuestra Eucaristía nos hace mirar hacia adelante

Cuando Jesús anunció la Eucaristía, nos dijo que este sacramento iba a ser una garantía y un anticipo de la vida definitiva: “si uno come de este pan, vivirá para siempre, yo le resucitaré el último día... el que me come, vivirá por mí, como yo vivo por el Padre”.

A favor de los difuntos pedimos en la Plegaria Eucarística lo mismo que expresaba el salmo de hoy: “al despertar, me saciaré de tu semblante”. Por los difuntos pedimos: “admítelos a contemplar la luz de tu rostro”.

Vamos bien encaminados, si somos fieles a la convocatoria eucarística dominical, con lo que significa también de fe y de comunión y de estilo de vida: Jesús mismo, Palabra y Alimento, nos va dando fuerzas y nos prepara para el encuentro definitivo con él, o sea, con la vida plena.

DOMINGO 33 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

El final no vendrá en seguida

Estamos terminando el año litúrgico, y no es extraño que los textos de la misa de hoy den a nuestra oración un tono escatológico, o sea, que nos hagan mirar al futuro de la humanidad y nuestro. Como ya venía sucediendo en los domingos anteriores y como lo seguirá siendo en los sucesivos, también en el Adviento.

A esta mirada hacia el futuro nos invitan, no sólo el evangelio y la 1ª lectura, sino también esta vez la 2ª lectura, de Pablo. Ahora bien, los “últimos tiempos” ya los estamos anticipando siempre en la participación de los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y con la construcción de un mundo más humano y cristiano.

Malaquías 4, 1-2a. *Os iluminará un sol de justicia*

Hoy leemos una página del profeta Malaquías: no su famoso anuncio de la Eucaristía, cuando prometía que “desde el levante hasta el poniente se ofrece a mi nombre un sacrificio y una oblación pura”, sino un pasaje que anuncia “el día del Señor”.

“Mirad que llega el día”, clama el profeta. Es el día mesiánico en que Dios quemará a los malvados como paja, mientras que a los que honran

su nombre los iluminará un sol de justicia. Esto lo anuncia Malaquías para animar a los judíos que, ya de vuelta del destierro, están desilusionados por los pocos resultados de su reconstrucción.

También el *salmo* anuncia que “el Señor llega para regir la tierra con justicia”, y se alegra de ello: “con clarines y al son de trompetas aclamado al Rey y Señor... regirá el orbe con justicia y los pueblos con rectitud”.

2 Tesalonicenses 3,7-12. *El que no trabaja, que no coma*

Terminamos hoy la lectura de la segunda carta a los Tesalonicenses. Y lo hacemos con una descalificación de los que no quieren trabajar.

Se ve que una de las dificultades de la comunidad cristiana de Tesalónica, en Grecia, era que a algunos les daba por no trabajar, con la excusa de que era inminente la venida gloriosa del Señor como Juez de la historia: “algunos viven sin trabajar, muy ocupados en no hacer nada”.

Pablo les dice que ese argumento es falso y que “el que no trabaja, que no coma”. Se atreve a ponerse a sí mismo como ejemplo: en todas las comunidades donde predicaba se ganaba la vida con su propio trabajo, aunque tuviera derecho a que la comunidad asumiera sus gastos.

Lucas 21,5-19. *Con vuestra perseverancia, salvaréis vuestras almas*

Ante la visión del maravilloso espectáculo de Jerusalén y su Templo, Jesús dice a los suyos unas palabras muy serias sobre el futuro de esta ciudad: “llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra”. Es una página que está incluida en el llamado “discurso escatológico” de Jesús, en Lc 21.

Pero a continuación les habla de otros acontecimientos futuros, precedidos por gente que intentará engañarles diciendo “yo soy” o “el momento está cerca”; también de guerras, terremotos, epidemias, hambre, espantos y signos en el cielo, y de persecuciones a los creyentes, llevándoles a los tribunales y a la cárcel e incluso a la muerte.

Ni sus oyentes ni tampoco nosotros sabemos distinguir muy exactamente los dos niveles en los que habla Jesús: el fin de Jerusalén y el final de

los tiempos. Lo que él sí nos dice es que no es inminente: “eso tiene que ocurrir primero, pero el final no vendrá en seguida”.

– II –

¿Día de fuego o día luz y salvación?

Esta mirada hacia los últimos tiempos nos llena de pensamientos serios, pero no necesariamente de angustia.

El profeta Malaquías quería animar, de parte de Dios, a unos judíos que se sentían defraudados, a la vuelta del destierro, porque no conseguían tan fácilmente como habían esperado la reconstrucción de su sociedad. Les invita a mirar hacia delante, hacia “el día del Señor”. Ese día, en el horizonte futuro mesiánico, será, por una parte, “ardiente como un horno”, porque los malvados serán quemados como la paja; y, por otra, un día de luz y de liberación para los “que honran el nombre de Dios”. Ese día se verá el destino de unos y otros y se pondrá de manifiesto la justicia de Dios.

Es bueno mirar hacia delante. Contribuye a animarnos en el trabajo o en la lucha, nos recuerda que hay caminos que llevan al éxito y a la felicidad verdadera, y otros que parecen fáciles, pero no llevan más que al fracaso absoluto y a la muerte. El profeta nos viene a decir que el día final será de esterilidad para los que no han trabajado el campo, y de cosecha gozosa para los que han sudado durante la temporada; de sobresalientes y matrículas para los estudiantes buenos, y de suspensos para los malos; de descalificación para los deportistas perezosos y de triunfos para los diligentes.

El salmo nos ha dado una interpretación muy positiva de ese “día del Señor”: “el Señor llega para regir la tierra con justicia”. Nosotros no sabemos hacer justicia, pero Dios, sí. Esta convicción es la que ilumina de esperanza nuestro camino.

¿Miedo o serenidad?

Lucas mezcla aquí dos planos: el anuncio de la caída de Jerusalén a manos de los romanos, cosa que sucedería muy pronto (el año 70), con los ejércitos de Vespasiano, que “no dejaron piedra sobre piedra”, y la visión enigmática del final de los tiempos, que “no vendrá en seguida”. No es fácil distinguir los dos estratos. El lenguaje que utiliza Jesús es el típico de esta clase de anuncios proféticos: guerras, revoluciones, espantos en el cielo...

Pero Jesús no quiere infundirnos miedo, sino una esperanza serena. Nos pone sobre aviso de falsas alarmas y, sobre todo, nos invita a ver en este anuncio un mensaje de salvación: “no tengáis pánico... ni un cabello de vuestra cabeza perecerá: con perseverancia salvaréis vuestras almas”.

A los que caminamos por este mundo en medio de sustos y de fatigas, nos interesa mucho saber que nuestro destino, como incorporados a Cristo Jesús, es un destino de victoria y felicidad. Las penalidades que tengamos que padecer no tienen que desesperarnos: “así tendréis ocasión de dar testimonio”.

Vivir el “hoy” sin dejar de mirar al “mañana”

El final de los tiempos no es inminente. Pero sí es serio, y nos orienta a una vida comprometida, vida de peregrinos que avanzan hacia una meta y no se quedan distraídos por el camino.

Esta mirada hacia el futuro no pretende aguararnos la fiesta de la vida, sino ayudarnos a ser sabios. La vida actual hay que vivirla en plenitud, sí, pero responsablemente, siguiendo el camino que nos señala Dios y sin dejarnos engañar por presuntos mesías que nos ofrecen recetas salvadoras más apetitosas. Jesús ya nos advierte que encontraremos en nuestro camino persecuciones y dificultades, si queremos en verdad serle fieles y dar testimonio de él. Cuando Lucas escribía esto, ya la comunidad cristiana tenía experiencia de cárceles, envidias, odios y muertes. Jesús nos dice que sólo “con nuestra perseverancia” salvaremos nuestras vidas.

Pablo desautoriza a los que no quieren trabajar alegando que el fin del mundo está cerca. La vigilancia ante la vuelta de Dios no consiste en desanimarse o en huir hacia la pereza, sino en tomar una actitud positiva, constructora de esos cielos nuevos y tierra nueva que están en los planes de Dios. Mirar al mañana no es olvidarse del hoy, sino tener luz y fuerza para vivirlo con mayor compromiso y espera activa.

Siempre hay gente –y no precisamente porque crean inminente el fin del mundo– que se inhiben del trabajo y viven a costa de los demás. Con la consecuencia de que, al no tener trabajo, se meten en todo y siembran desorden en la comunidad, porque no hay nada como el ocio para tener tiempo para la murmuración y trastornarlo todo.

La llamada de Pablo sigue válida: “el que no trabaja, que no coma”. Es una invitación al trabajo común. En el aspecto humano, contribuyendo al mantenimiento de la familia o de la comunidad, y también en cuanto a la tarea evangelizadora en este mundo. El trabajo, y si es con sacrificio, mejor, es lo que nos produce la mejor satisfacción y felicidad.

Hasta que venga

Cada vez que celebramos la Eucaristía recordamos el pasado – “proclamáis la muerte del Señor”–, pero con una mirada profética al futuro: “hasta que venga”. La Eucaristía nos hace vivir una cierta tensión entre el pasado y el futuro, concentrados ambos en el presente.

En una de las aclamaciones que más veces repetimos se condensa esta situación: “anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección: ven, Señor Jesús”. Se nos hacen también familiares otras expresiones de esta mirada al mañana: “mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Señor Jesucristo”.

Nuestro destino está en el futuro y se llama Dios. Pero el futuro ya está en el hoy de cada día. La Eucaristía es nuestro alimento para este camino y la garantía de la vida eterna: “quien come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna: yo le resucitaré el último día”.

DOMINGO 34. JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

– I –

Una fiesta que mira al futuro

Estamos terminando el año litúrgico. El domingo que viene, con el Adviento, iniciaremos de nuevo ese proceso celebrativo que nos hace participar un año más de la gracia de la salvación.

Esta fiesta tan significativa con la que concluimos el Año, antes se celebraba el último domingo de octubre, desde el año 1925 en que la instituyó el papa Pío XI. Pero en la reforma de Pablo VI, el 1969, se trasladó, de muy buen acuerdo, al último domingo del año cristiano, el domingo 34 del Tiempo Ordinario.

Nuestra mirada a Jesús como Rey del Universo, ahora con un tono claramente escatológico, mirando al futuro de la historia, debe guiarse sobre todo por los textos de lecturas, oraciones y cantos, ayudando a todos a entrar en el gozoso y esperanzador misterio de esta fiesta, que nos invita a ver nuestra historia como un proceso del Reino que todavía no se manifiesta, pero que se está gestando y madurando hasta el final de los tiempos.

Terminamos hoy, además, la lectura que hemos hecho a lo largo de todo el año del evangelio de Lucas.

2 Samuel 5, 1-3. Ungieron a David como rey de Israel

La historia de Israel tiene algunos reyes –no muchos– que se pueden considerar como figuras del que iba a ser Rey del Universo en los planes de Dios. Por eso hoy leemos el nombramiento de David como rey.

Los representantes de las tribus de Israel, el Reino del Norte –los del sur, Judá, ya le habían reconocido como sucesor de Saúl– van a rendirle pleitesía y le ungen como rey también de Israel, apoyándose en la voluntad de Dios, que había dicho: “tú serás el pastor de mi pueblo Israel, tú serás el jefe de Israel”. Así David unió en un mismo Reino las tribus del Norte y las del Sur, siendo así rey de toda la Palestina de la época. Esta unión de los dos Reinos duró poco, porque después del reinado de su hijo Salomón, se volverían a dividir.

Como el centro tanto político como religioso de este reino ahora unido era Jerusalén –todavía sin el Templo– el *salmo* nos hace cantar: “qué alegría cuando me dijeron, vamos a la casa del Señor”. Es un salmo que canta las alabanzas de Jerusalén, “ciudad bien compacta... en ella están los tribunales de justicia...”.

Colosenses 1, 12-20. Nos ha trasladado al reino de su Hijo querido

Pablo es el mejor “teólogo” de la realeza de Cristo Jesús, en su carta a los de Colosas.

En este “himno cristológico” –que en Vísperas repetimos cada miércoles– se alegra Pablo de que Dios nos ha trasladado al “reino de su Hijo querido”, y describe una magnífica lista de títulos de Jesús: imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura, porque todo fue creado por él y para él, anterior a todo y punto de consistencia de todo el cosmos, cabeza de su cuerpo que es la Iglesia, el primogénito de entre los muertos, el primero en todo...

En él reside toda la plenitud y, además, en él se ha realizado la reconciliación universal, por la sangre de su cruz. ¿Podemos pensar en un himno más apropiado a la fiesta de hoy?

Lucas 23, 35-43. Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino

Cada año, las lecturas de esta fiesta son diferentes. En este ciclo C, tomamos de Lucas, que ha sido nuestro “evangelista del año”, una escena paradójica de la pasión de Jesús, cuando él está ya clavado en la cruz y algunos de los presentes –las autoridades y los guardias– se burlan de él: “si eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo”.

Es expresivo el diálogo entre los dos ladrones que están crucificados junto a él: uno apostrofándole y otro defendiéndole. Este último escucha a continuación las mejores palabras que puede uno escuchar en el momento de morir: “te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso”.

– II –

De David rey a Cristo Rey

En la 1ª lectura se nos presenta a David, reconocido y ungido como rey de todas las tribus, las de Judá y las de Israel, sucediendo así al problemático primer rey, Saúl, y dando inicio al reinado más recordado de la historia del pueblo elegido, cuya capital muy pronto establecería en Jerusalén.

David aparece hoy, por tanto, como figura del futuro Mesías. Si ya de él se puede decir: “tú serás el pastor de mi pueblo Israel”, nosotros sabemos que esta realeza se cumple de un modo mucho más pleno y profundo en Cristo Jesús. Nos lo ha explicado con entusiasmo san Pablo, en el himno cristológico de la carta a los de Colosas: imagen de Dios, primogénito de todo el cosmos, cabeza de la Iglesia, el que tiene la plenitud de la vida.

Nosotros nos alegramos de esta primacía de Cristo, porque nos toca de cerca: sabemos que Dios “nos ha trasladado al reino de su Hijo querido” y nos hace compartir con él las riquezas de su luz y de su libertad.

Mi reino no es de este mundo

La paradoja de un Rey clavado en la cruz nos recuerda lo que Jesús había dicho a Pilato: “mi reino no es de este mundo”. Su reinado es, en verdad, especial.

Él tuvo que ir corrigiendo la idea de realeza y mesianismo que tenían sus discípulos. Cuando le quisieron nombrar rey, después de la multiplicación de los panes, se escapó. Él no había venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida por todos. Ahora está, por tanto, en la plenitud de su realeza porque está en la plenitud de su entrega. Ya toda su vida había sido entrega generosa. De él dijo Pedro que “pasó haciendo el bien”: consolando, perdonando, curando, atendiendo, comunicando esperanza, dando testimonio de la verdad.

Esa es su realeza. No entendió su Reino como privilegio, no buscó poder político, ni prestigio social, ni fuerza militar, ni riquezas. Sus “credenciales” las proclamamos en el prefacio: “un reino eterno y universal, el reino de la verdad y la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz”. Nuestro Rey está clavado en la cruz, mostrándonos que sólo el amor y la entrega solidaria pueden salvar al mundo.

Sus seguidores –la comunidad eclesial y cada uno de nosotros– tendremos que aprender esta lección. Nuestra actitud no deberá ser de dominio, sino de servicio, no de prestigio político o económico, sino de diálogo humilde y comunicador de esperanza. Evangelizamos más a este mundo con nuestra entrega generosa que con nuestros discursos o en la ostentación de nuestras instituciones. En nosotros también debe cumplir lo de que “servir es reinar”.

El buen ladrón, un buen maestro

Ante ese Rey que muere en la cruz, las reacciones de la gente son diversas: unos le miran desde lejos, otros han escapado por miedo, otros se burlan de él.

Pero hay una persona que cree en él: el buen ladrón. No sabrá de teologías, pero intuye que ese que muere a su lado es alguien especial: “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”. Ha creído en Jesús como Rey, a pesar de que le está viendo desangrarse en un momento de

mínima credibilidad, ajusticiado en la cruz. Allí mismo está también la Madre, María, y unos pocos discípulos. Pero lo sorprendente es que el ladrón exprese así su fe, por lo que escucha de labios de Jesús lo que todos quisiéramos escuchar un día: “hoy estarás conmigo en el paraíso”.

El ladrón nos enseña a mirar hacia ese Cristo con ojos profundos, inspirados por el Espíritu de Dios. Con la convicción de que ese Cristo Jesús nos está abriendo el camino del Reino y todos los que nos incorporemos a él estamos llamados a su mismo destino de vida y realeza. El primer Adán vio cómo se le cerraban las puertas del paraíso. El nuevo Adán, que está a punto de entrar en su nueva existencia pascual, abre las puertas del Paraíso al buen ladrón.

Dichosos los invitados al banquete de bodas del Reino

En el Padrenuestro pedimos siempre: “venga a nosotros tu reino”. Hoy lo podemos rezar o cantar con mayor confianza. Porque creemos en Cristo, intentamos seguir su camino, superando a veces tentaciones de desánimo, seguros de que él quiere construir unos cielos nuevos y una tierra nueva, un Reino que –vale la pena repetir su descripción del prefacio– es un reino de verdad y de vida, de santidad y gracia, de justicia, amor y paz. Ese es el futuro de nuestro camino por este mundo.

Y el alimento es la Eucaristía, el mismo Cristo, el Resucitado, que se nos da como fuerza para que sigamos su camino con perseverancia y alegría.

Cuando el sacerdote nos invita a acercarnos a la comunión, dice unas palabras que, en su versión latina, apuntan claramente, no sólo al Reino que Cristo nos ha preparado, sino a un banquete festivo, “dichosos los invitados a la cena de bodas del Cordero”, de Cristo (“ad coenam Agni vocati sunt”). No se trata sólo de que estamos invitados a “esta mesa” de la Eucaristía, que ya es mucho, sino a lo que esta mesa prefigura: la mesa del banquete celestial, la mesa festiva de bodas, ya en el Reino definitivo.

Con razón pedimos a Dios en la poscomunión de hoy, después de recibir el alimento de la inmortalidad: “te pedimos, Señor, que quienes nos gloriamos de obedecer los mandatos de Cristo, Rey del Universo, podamos vivir eternamente con él en el reino del cielo”.

SANTÍSIMA TRINIDAD

Domingo siguiente a Pentecostés

– I –

Nuestra fe y nuestra vida son “trinitarias”

La fiesta de hoy no sería de por sí necesaria en el transcurso del año cristiano, porque en toda oración comunitaria y en toda fiesta nos dirigimos y celebramos a Dios Trino.

Pero no resulta superfluo el que este domingo lo dediquemos a glorificar explícitamente a ese Dios que es Padre, Hijo y Espíritu, que son los que dan pleno sentido a nuestra existencia cristiana. Y eso, precisamente, cuando terminamos la Pascua, en la que ese Dios Trino, con un evidente protagonismo diferenciado, nos ha querido comunicar con mayor densidad su vida divina.

En los tres ciclos las lecturas de este día son diferentes, y nos presentan un retrato vivo del Dios Trino, no a partir de definiciones filosófico-teológicas, sino de sus actuaciones tal como se nos describen en la Biblia. Este año, ciclo C, sus rasgos característicos son la creación inicial del cosmos, la gracia que nos ha comunicado en Cristo y en el Espíritu, y la admirable comunión que existe entre las divinas Personas.

No es indiferente la imagen que tenemos de Dios. De ella depende en gran parte nuestra relación con él: de criaturas, de esclavos o de hijos.

Proverbios 8, 22-31. *Antes de comenzar la tierra, la sabiduría fue engendrada*

En el libro de los Proverbios, el sabio reflexiona sobre la creación cósmica y afirma que la Sabiduría, personificada, ya existía antes que comenzara la creación de este mundo, “en un tiempo remotísimo”, “antes de comenzar la tierra”, antes de que se hubieran formado los montes y los abismos, los cielos y los mares: “allí estaba yo... yo estaba junto a él, yo era su encanto cotidiano... gozaba con los hijos de los hombres”.

El *salmo* expresa muy bien la admiración por la obra creadora de Dios: “qué admirable es tu nombre en toda la tierra”. En verdad nos sentimos admirados “cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos...”. Y sin embargo, el admirable creador del cosmos ha puesto sus ojos en el hombre, al cual ha hecho “poco inferior a los ángeles” y “todo lo sometiste bajo sus pies”.

Romanos 5, 1-5. *A Dios, por medio de Cristo, en el amor derramado con el Espíritu*

Si la obra de la creación es admirable, más lo es la obra de la salvación.

Pablo entona un canto de alabanza a Dios, nombrando a sus tres Personas. Por obra de Cristo, ahora estamos reconciliados con Dios Padre y “nos gloriamos apoyados en la esperanza de la gloria de ser hijos de Dios”. Incluso en las tribulaciones, eso es lo que nos da esperanza y fuerza, “porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado”.

Juan 16, 12-15 *Todo lo que tiene el Padre es mío. El Espíritu tomará de lo mío y os lo anunciará*

En la Última Cena, Jesús promete a sus discípulos que les enviará al Espíritu Santo.

Lo hace con unas afirmaciones que destacan expresivamente la unión y el protagonismo de las tres divinas Personas: “cuando venga el Espíritu de la

verdad, os guiará hasta la verdad plena”, “él me glorificará, porque recibirá de mí lo que os irá comunicando”, “todo lo que tiene el Padre es mío: por eso os he dicho que tomará (el Espíritu) de lo mío y os lo comunicará”.

– II –

El cosmos, primera revelación de Dios

La 1ª lectura nos presenta a la Sabiduría de Dios, presente desde el principio en la creación (¿hace miles de millones de años?). Un Dios que ha creado este nuestro mundo “con sabiduría y amor”, como dice la Plegaria Eucarística IV del Misal. La lectura nos describe poéticamente, incluso “lúdicamente”, la evolución por la que se fue configurando este mundo en que habitamos y que tanto nos gusta. Habla del comienzo de la tierra, de los manantiales de agua, de cómo se fueron formando los montes y brotando la hierba sobre la tierra, y de cómo “colocó” Dios la bóveda de los cielos y puso límites al mar. La Sabiduría, en primera persona, dice que “yo estaba junto a él, yo era su encanto cotidiano, todo el tiempo jugaba en su presencia”.

Con razón el salmo nos ha hecho repetir: “¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!”. Dios se nos da a conocer ya en lo creado. Sobre todo en la obra maestra de la creación: el hombre, al que hizo “poco inferior a los ángeles” y todo lo sometió bajo sus pies.

Cada día, pero sobre todo el día del domingo –el “primer día de la semana”, porque conmemora también el “inicio” de la obra creadora de Dios– deberíamos saber apreciar y alabar la maravilla de la creación, tanto del macrocosmos como del microcosmos, a cuál más admirables. Es bueno que en las Laudes del domingo vayamos cantando salmos e himnos que alaban a Dios por su obra creadora: “criaturas todas del Señor, bendecid al Señor...”.

Así nos convertimos como en “portavoces” de la creación en nuestra

alabanza a Dios: como decimos en la Plegaria Eucarística IV, “nosotros, llenos de alegría y, por nuestra voz, las demás criaturas, aclamamos tu nombre cantando”. A lo que sigue la aclamación del “Santo”: “Santo es el Señor, Dios del universo... llenos están los cielos y la tierra de tu gloria”.

El papa Juan Pablo II, en su documento sobre el domingo, *Dies Domini*, de 1998, dedica el primer capítulo a la valoración del domingo como día de la creación.

Los ecologistas tienen toda la razón de defender la bondad y la hermosura de la naturaleza contra las apetencias muchas veces mal encaminadas de los humanos. La “antífona” que se repite en el relato poético y religioso del Génesis, después de cada “día” de la creación, es “y vio Dios lo que había hecho y era bueno”. Excepto el día en que creó al hombre y a la mujer, porque entonces su exclamación es: “y vio que era muy bueno”.

La admirable comunión de las tres Personas

Pero si la creación es admirable, como revelación de quién es Dios, mucho más lo es la obra de la salvación que se ha cumplido en Cristo Jesús. En él se nos ha revelado todo el amor del Padre. En Cristo y en su Espíritu tenemos la paz, la reconciliación, el acceso al Padre y la esperanza que da sentido a nuestra vida, a pesar de las tribulaciones que puedan salirnos al paso, como nos ha dicho Pablo.

El evangelio nos hace subir todavía a una comprensión más profunda. Nos habla de la admirable intercomunidad que existe entre las tres Personas. El Padre nos ha enviado a Cristo, que está íntimamente unido a él: “todo lo que tiene el Padre es mío”, y los dos nos envían al Espíritu para que nos lleve a la plenitud de la verdad.

Puede parecer una visión demasiado elevada para los cristianos que caminamos por este mundo lleno de preocupaciones y límites. Pero ese es nuestro Dios, según las lecturas bíblicas de hoy.

En las últimas décadas se ha dado en la Iglesia una interesante acentuación de este carácter “trinitario” de nuestra vida personal y eclesial. El Catecismo de la Iglesia Católica, del año 1992, nos sitúa continuamente,

sobre todo cuando habla de nuestra celebración litúrgica, en una relación explícita con el Dios Trino, dando, sobre todo, un énfasis al Espíritu que no habían destacado otros documentos anteriores, por ejemplo el Vaticano II. Cuando Juan Pablo II nos convocó para el Jubileo del año 2000, lo fuimos preparando con un año “dedicado” a cada una de las Personas de la Trinidad, para concluir con el año jubilar centrado en toda la Trinidad.

Un Dios cercano

Nuestro Dios no es un Ser perfectísimo y lejano, omnipotente y frío, retratado en un problema “aritmético” de personas y naturalezas. Dios es admirable en sí mismo y en la obra de la creación y, a la vez, cercano a la historia de cada uno de nosotros.

Es un Dios que es Padre, que se ha querido acercar a nosotros y ha entrado en nuestra historia, que nos conoce y nos ama. Un Dios que es Hijo, que se ha hecho Hermano nuestro, ha querido recorrer nuestro camino y se ha entregado por nuestra salvación. Un Dios que es Espíritu y nos quiere llenar en todo momento de su fuerza y su vida.

Un Dios cálido. El Dios bíblico. La Escritura se preocupa más de decirnos cómo actúa ese Dios que cómo podemos entender el misterio de su unidad y su trinidad. Es el Dios viviente y cercano. Pablo nos dice que “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado”.

¿Podemos pensar en motivos más convincentes de esperanza, de confianza y paz interior, sea cual sea nuestra historia? Para Pablo, lo nuestro es “la esperanza de la gloria de los hijos de Dios”.

Nuestra vida, “trinitaria” de principio a fin

Hoy no es un día para intentar explicar el “misterio de la Trinidad”, sino de recordar cómo ha actuado y sigue actuando Dios en bien nuestro, y cómo toda nuestra vida está marcada y orientada por su amor:

* ya en el Bautismo fuimos signados y bautizados “en el nombre del Padre

y del Hijo y del Espíritu Santo”, envueltos, por tanto, ya desde el principio, en su amor;

* en la celebración de la Eucaristía, al principio nos santiguamos en su nombre, el presidente nos saluda en su nombre, y el final nos bendice también en el nombre de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo;

* durante la misa cantamos el Gloria, o recitamos el Credo, siempre centrados en la actuación de las tres divinas Personas; y el sacerdote, en nombre de la comunidad, siempre dirige la oración al Padre, por medio de Cristo y en el Espíritu;

* en la “doxología” o alabanza final de la Plegaria Eucarística, dice solemnemente cuál es la dirección de toda nuestra alabanza: “por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria...”;

* ¿cuántas veces, durante nuestra vida, nos santiguamos a nosotros mismos en el nombre del Dios Trino, recordando nuestra pertenencia a él?;

* ¿cuántas veces rezamos esa breve y densa oración que es el “Gloria al Padre”, como resumen de nuestras mejores actitudes de fe?

Realmente se puede decir que todos “somos trinitarios”. Que estamos invadidos del amor y la cercanía y la vida de ese Dios Trino. Y eso es lo que puede darnos fuerzas para seguir con confianza el camino de Jesús en nuestra vida.

SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

Domingo siguiente a la Trinidad

– I –

Una fiesta muy popular

La fiesta del Corpus –que ahora se llama mejor “del Cuerpo y Sangre de Cristo”– ha arraigado hondamente en el pueblo cristiano, desde que nació en el siglo XIII.

Es una celebración que nos hace centrar nuestra atención agradecida en la Eucaristía como sacramento en el que Cristo Jesús ha pensado dárse nos como alimento para el camino, haciéndonos comulgar con su propia Persona, con su Cuerpo y Sangre, bajo la forma del pan y del vino.

Hoy no nos fijamos tanto en la celebración de la Eucaristía, aunque la organicemos con particular festividad, sino en su prolongación, en la presencia permanente en medio de nosotros del Señor Eucarístico, como alimento disponible para los enfermos y como signo sacramental continuado de su presencia en nuestras vidas.

Génesis 14, 18-20. *Melquisedec ofreció pan y vino*

Leemos un breve episodio de la vida de Abrahán. A la vuelta de una escaramuza en la que tuvo que luchar contra unos enemigos y los venció,

le sale al encuentro el rey de Salem (Jerusalén), Melquisedec, que era también sacerdote de Dios.

Este misterioso personaje le ofrece pan y vino, y transmite a Abrahán, de parte de Dios, su bendición.

El *salmo* recoge, sobre todo, la alusión a Melquisedec, que se ha convertido en figura de otro Sacerdote que también será “especial”, Cristo Jesús. Nosotros aplicamos a Cristo esta antifona: “tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec”, o sea, no fue sacerdote por pertenecer a una tribu determinada, sino por motivos especiales, como Melquisedec.

1 Corintios 11, 23-26. *Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor*

Pablo nos acerca más explícitamente al motivo de la fiesta de hoy: la Eucaristía. El Señor Jesús “tomó pan, y dijo: esto es mi Cuerpo, el por vosotros. Y lo mismo con el cáliz: este cáliz es la nueva alianza en mi sangre”.

Tanto al hablar del Pan como del Cáliz, añade el encargo: “haced esto en memoria mía”. Que es lo que la Iglesia está haciendo hace dos mil años.

Lucas 9, 11b-17. *Comieron todos y se saciaron*

Como quiera que el relato de la institución de la Eucaristía, en la Última Cena, ya lo hemos escuchado de labios de Pablo, en el evangelio de Lucas se ha preferido recordar la escena de la multiplicación de los panes, que era como una promesa y figura de lo que iba a ser la Eucaristía para la comunidad cristiana.

“Dadles vosotros de comer”. Parece una provocación, porque era mucha la gente y estaban en despoblado: “¡no tenemos más que cinco panes y dos peces!”. Entonces él, “tomando los cinco panes y los dos peces, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los dio”.

Este milagro, narrado nada menos que seis veces entre los cuatro evangelios, era visto en la primera comunidad como el anuncio más explícito del sacramento de la Eucaristía.

Cristo, nuestro alimento de vida eterna

Melquisedec, en el misterioso episodio del Génesis, ofreció pan y vino a Abrahán, que volvía de una batalla. El NT le considera como figura profética de Jesús. Lo recordamos en la Plegaria Eucarística I (el “canon romano”): “mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala, como aceptaste la oblación pura de tu sumo sacerdote Melquisedec”.

En el evangelio leemos que a una multitud cansada y hambrienta Jesús le ofrece alimento, multiplicando los pocos panes y peces de que disponen. Este hecho lo cuenta Lucas con una terminología claramente “eucarística” –aunque todavía no se trata del sacramento cristiano, que no empezaría hasta después de Pentecostés–, para que sus lectores supieran reconocer el alimento que Jesús, ahora Resucitado, les está ofreciendo en su camino.

Pablo, en la carta a los Corintios, escrita antes que los evangelios –por tanto, es el primero que nos narra la institución de la Eucaristía– nos cuenta cómo Cristo nos encargó que celebráramos, como memorial suyo, este sacramento tan sencillo y tan profundo: ese pan partido y ese vino repartido entre la comunidad, que son el Cuerpo y Sangre de Cristo.

Abrahán vendría cansado de su expedición. La multitud estaba cansada y hambrienta en su seguimiento de Jesús. Nosotros, con frecuencia, también experimentamos el cansancio y el polvo del camino y nos podemos sentir exhaustos por las dificultades de la vida. Ahí tenemos, unos y otros, el alimento que Dios ha preparado para nosotros y que no se nos hubiera ocurrido a nosotros: nada menos que el Cuerpo y la Sangre de Cristo mismo, el Señor Resucitado, como alimento y “viático” para el camino.

En este admirable sacramento, Jesús ha querido ser para su comunidad, hasta el final de los siglos, el Maestro que transmite la Palabra viva de Dios. Pero además ha querido ser su alimento que nos da fuerzas y nos transmite vida: “quien come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en mí y yo en él... vivirá de mí como yo vivo del Padre”.

La celebración y la prolongación de la Eucaristía

La Eucaristía tiene dos dimensiones: su celebración, la misa, en torno al altar, y su prolongación, con la reserva del Pan eucarístico en el sagrario y la consiguiente veneración que le dedica la comunidad cristiana.

La finalidad principal de la Eucaristía es su celebración y que los fieles comulguen con el Cuerpo y Sangre de Cristo. Pero desde que la comunidad cristiana empezó a guardar el Pan eucarístico, sobre todo para los enfermos y el caso del viático –cosa que data ya de los primeros siglos– fue haciéndose cada vez más coherente y connatural que se rodeara el lugar de la reserva (ahora, el sagrario) de signos de fe y adoración hacia el Señor.

El Concilio Vaticano II impulsó una reforma de la “celebración” de la Eucaristía. En los años siguientes, con la introducción de las lenguas vivas, la mayor riqueza de lecturas bíblicas en los varios Leccionarios, la distribución más expresiva de los varios ministerios, la recuperación de la concelebración, de la Oración Universal, de la comunión bajo las dos especies, etc., ciertamente se ha conseguido esta finalidad: ahora se “celebra” mejor que antes la Eucaristía.

Pero tal vez, y esto no lo había querido el Concilio, se perdió o disminuyó en algunos lugares la sensibilidad que teníamos por el culto a la presencia eucarística de Cristo también fuera de la celebración.

Documentos posteriores como la instrucción *Eucharisticum Mysterium*, de 1967, y, sobre todo, el *Ritual del Culto a la Eucaristía*, de 1973, nos han dado motivaciones y orientaciones prácticas muy buenas para recuperar, allí donde hiciera falta, también este aspecto más contemplativo y adorante de la Eucaristía, que prolonga la celebración y a la vez la prepara y la hace posible con mayor profundidad.

Mejorar la celebración. Mejorar el culto

La fiesta de hoy nos invita a hacer un esfuerzo por mejorar nuestra Eucaristía en sus dos vertientes, que son dos aspectos del mismo misterio.

Ante todo, mejorar la misma *celebración de la Misa*, como signo de

nuestro aprecio del sacramento que nos dejó el Señor. Hoy, de un modo particular, cuidamos la procesión de dones en el ofertorio y, sobre todo, participamos de la comunión bajo las dos especies, utilizando los modos más convenientes. Es también un día muy apropiado para llevar de un modo más significativo la comunión a los enfermos que la hayan pedido.

Pero mejorar nuestra celebración eucarística es un empeño de todo el año, para que toda la comunidad pueda sintonizar y participar en profundidad de lo que significa la Eucaristía en la Palabra y el Sacramento.

También es conveniente que reflexionemos si prestamos suficiente atención al *culto eucarístico fuera de la celebración*. Hoy, seguramente, haremos algún acto especial de adoración, prolongando la Eucaristía con una procesión más o menos solemne, o bien con unos momentos de meditación y alabanza antes de la despedida.

Este culto –respeto y adoración expresiva– deberíamos cuidarlo siempre: la dignidad del sagrario, la lámpara encendida, la genuflexión cuando al principio y al final de la celebración pasamos ante él, los momentos personales de oración o “visita” ante el Señor en la Eucaristía, la organización de la “bendición con el Santísimo” con una “exposición” más o menos prolongada y solemne para la adoración comunitaria.

A todos nos convienen esos momentos, personales o comunitarios, de una oración más pausada, meditativa y serena ante el sagrario, en que, por una parte, prolongamos la Eucaristía, y por otra preparamos la siguiente, intentando aprender las lecciones que nos da ese Cristo que ha querido hacerse Eucaristía para nosotros. Podemos organizar algunas veces –por ejemplo en torno a esta fiesta del Corpus– una “exposición” con la bendición del Santísimo, o unas jornadas más prolongadas de exposición y adoración.

En el *Ritual del Culto a la Eucaristía*, que es el documento eclesial que motiva y regula la adoración al Señor Eucarístico, hay toda una serie de consignas y motivaciones muy educativas para nuestra relación con el Señor Eucarístico fuera de la Misa, y también sobre la oportunidad o no de las procesiones por las calles de una población.

Nos dan ejemplo tantos y tantos fieles que pertenecen a la “Adoración

Nocturna”, o los que toman parte voluntariamente, por turnos, en la Adoración Perpetua en algún Santuario. Así como parroquias o casas religiosas que organizan periódicamente –a diario o los domingos– unas horas de adoración al Cristo eucarístico.

No sólo la celebración eucarística, sino también los momentos de adoración ante el sagrario o ante el Santísimo expuesto nos ayudan a dar a toda nuestra vida el tono de comunión con Cristo, motor de nuestra actuación como discípulos suyos en medio de este mundo.

LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

15 de agosto

– I –

Una fiesta que alegra nuestro verano

La fiesta de hoy es una de las más populares y consoladoras de las que la Iglesia dedica a la Virgen María, que aparece además como modelo de lo que es y espera ser la Iglesia.

Es una fiesta que, en nuestro hemisferio, alegra el verano y constituye en muchas poblaciones la “fiesta mayor”, dándoles la ocasión de una entrañable fiesta humana y cristiana.

La solemnidad de la Asunción tiene también una misa vespertina de vigilia, pero aquí consideramos sólo la misa del día con sus textos de oración y de lectura bíblica, que nos parecen más apropiados.

Apocalipsis 11,19a; 12,1-6a. 10ab. *Una mujer vestida de sol,
la luna por pedestal*

En la batalla entablada entre el bien y el mal, tal como la cuenta con su lenguaje simbólico el Apocalipsis, hoy leemos la aparición de “una figura portentosa en el cielo: una mujer vestida del sol... encinta, le llegó la hora y gritaba entre los espasmos del parto”.

Contra ella surge “un enorme dragón rojo... enfrente de la mujer que iba a dar a luz”. Pero la victoria es de Dios: “dio a luz un varón y lo llevaron

junto al trono de Dios, y se oyó una gran voz: ya llega la victoria y el reino de nuestro Dios y el mando de su Mesías”.

El *salmo* resalta también la figura de una mujer, presente en el triunfo de Dios: “de pie a tu derecha está la reina, enojada con oro”. A esta mujer “la traen entre alegría y algazara” al palacio del Rey.

1 Corintios 15,20-26. *Primero Cristo, como primicia;
después todos los que son de Cristo*

En el capítulo que dedica al tema de la resurrección de los muertos, Pablo transmite a los cristianos de Corinto su convicción de que nuestra resurrección es lógica consecuencia de la de Cristo.

“Cristo ha resucitado como primicia de todos los que han muerto”, como el segundo y definitivo Adán, y como del primero nos vino la muerte, del segundo esperamos todos vida. Después de Cristo, que es la primicia, resucitarán los cristianos, y esto será un proceso continuado, hasta que Cristo “devuelva a Dios Padre su reino, una vez aniquilado todo principado, poder y fuerza”. Porque “Dios ha sometido todo bajo sus pies”.

Pablo no habla de la Virgen María como partícipe de esa resurrección a la vida. Pero en la fiesta de hoy lo que celebramos es precisamente que ella fue la primera después de su Hijo en conocer esta victoria total contra la muerte, también corporalmente.

Lucas 1, 39-56. *El Poderoso ha hecho obras grandes por mí;
enaltece a los humildes*

El *Magnificat*, el himno de alabanza a Dios que Lucas pone en labios de María de Nazaret, es un canto “pascual” que agradece a Dios porque sabe enaltecer a los humildes. Como ha resucitado a Cristo Jesús de entre los muertos, así Dios protege al pueblo elegido y, también, ha hecho maravillas en la Madre del Mesías.

Después de oír la alabanza de su prima Isabel: “dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá”, María prorrumpe en

el cántico que tantas veces proclama la comunidad cristiana ya durante dos mil años. Ella sí que puede decir: “ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo”, porque “ha mirado la humillación de su esclava” (sería mejor traducir, como hace la versión catalana, “la pequeñez de su sierva”).

María alaba a Dios por el estilo con que lleva la historia: “derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes”.

– II –

Victoria en tres tiempos

La fiesta de hoy se puede decir que tiene tres niveles.

a) Es la *victoria de Cristo Jesús*: el Señor Resucitado, tal como nos lo presenta Pablo, es el punto culminante del plan salvador de Dios. Él es la “primicia”, el que triunfa plenamente de la muerte y del mal, pasando a la nueva existencia, el segundo y definitivo Adán que corrige el fallo del primero.

b) Es la *victoria de la Virgen María*, que, como primera seguidora de Jesús y la primera salvada por su Pascua, participa ya de la victoria de su Hijo, elevada también ella a la gloria definitiva en cuerpo y alma: “has elevado en cuerpo y alma a los cielos a la inmaculada Virgen María” (oración colecta).

El motivo de este privilegio lo formula bien el prefacio de hoy: “Con razón no quisiste, Señor, que conociera la corrupción del sepulcro la mujer que, por obra del Espíritu, concibió en su seno al autor de la vida, Jesucristo”. Ella, que supo abrirse totalmente a Dios, que le alabó con su *Magnificat* y le fue radicalmente dócil en su vida (“hágase en mí según tu Palabra”), es ahora glorificada y asociada a la victoria de su Hijo. En verdad “ha hecho obras grandes” en ella el Señor.

c) Pero es también *nuestra victoria*, porque el triunfo de Cristo y de su Madre se proyecta a la Iglesia y a toda la humanidad. En María se condensa nuestro destino. Al igual que su “sí” fue como representante del nuestro, también el “sí” de Dios a ella, glorificándola, es un “sí” a todos nosotros: señala el destino que él nos prepara.

La comunidad eclesial es una comunidad en marcha, en lucha constante contra el mal y contra todos los “dragones” que la quieren hacer callar y eliminar. La Mujer del Apocalipsis, la Iglesia misma, y dentro de ella de modo eminente la Virgen María, nos garantiza nuestra victoria final. La Virgen es “figura y primicia de la Iglesia, que un día será glorificada: ella es consuelo y esperanza de tu pueblo, todavía peregrino en la tierra” (prefacio). Por eso, además de ser fiesta de la Virgen, es también nuestra fiesta.

Un sí a la esperanza

La fiesta de hoy, con sus cantos, oraciones y lecturas, quiere contagiarnos esperanza y optimismo. La imagen de “comunidad en marcha y en lucha” que nos da el Apocalipsis de fines del primer siglo sigue siendo actual también en nuestros tiempos, y también en la historia personal de cada cristiano. No nos resulta fácil el camino de la fidelidad a Dios.

La Asunción es un grito de fe en que es posible la salvación y la felicidad: que va en serio el programa liberador de Dios. Es una respuesta a los pesimistas, que todo lo ven negro. Es una respuesta al hombre materialista, que no ve más que los factores económicos o sensuales: algo está presente en nuestro mundo que trasciende nuestras fuerzas y que lleva más allá. Es la prueba de que el destino del hombre no es la muerte, sino la vida. Además, que es toda la persona humana, corporeidad y espíritu, la que está destinada a la vida total, subrayando también la dignidad y el futuro de nuestro cuerpo.

En María ya ha sucedido. En nosotros no sabemos cómo y cuándo sucederá. Pero tenemos plena confianza en Dios: lo que ha hecho en ella quiere hacerlo también en nosotros. La historia “tiene final feliz”. En la

oración colecta pedimos a Dios que “aspirando siempre a las realidades divinas lleguemos a participar con ella de su misma gloria en el cielo”. María está presente en nuestro camino, como lo estuvo en el de su Hijo. Con su ejemplo, con su intercesión y auxilio materno.

Cada Eucaristía nos acerca a nuestra ascensión

Cada vez que participamos en la Eucaristía, dirigimos a Dios nuestro canto de alabanza, inspirado en el *Magnificat* de María. La Plegaria Eucaristía que el presidente proclama en nombre de todos es un canto que alaba a Dios por la historia de amor y salvación que va realizando en nuestro mundo. El *Magnificat* de María se ha convertido en el canto gozoso de liberación de tantas personas y pueblos que sufren en nuestro mundo, por motivos políticos o económicos. Los que se sienten oprimidos elevan, con María, su canto al Dios que derriba a los poderosos y que enaltece a los humildes.

En la Eucaristía recibimos como alimento el Cuerpo y la Sangre del Señor Resucitado, que nos aseguró: “quien come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna y yo le resucitaré el último día”. La Eucaristía es como la semilla y la garantía de la vida inmortal para los seguidores de Jesús. Por tanto, de alguna manera, también nosotros estamos recorriendo el camino hacia la glorificación definitiva, como la que ya ha conseguido María, la Madre.

Cada Eucaristía nos sitúa en la línea y la esperanza de la Ascensión. Si la celebramos bien, vamos por buen camino.

FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS

1 de noviembre

— I —

Los Santos, nuestros hermanos e intercesores

Hoy las tres lecturas se refieren a la fiesta que celebramos: el misterio de esa multitud innumerable de personas que ya gozan de Dios y siguen en comunión con nosotros.

Es una fiesta que nos transmite alegría y optimismo. No es nada extraño que haya calado muy hondo en la sensibilidad del pueblo de Dios, junto con el recuerdo de los difuntos el día siguiente. ¡Qué hermoso es el canto de entrada clásico en este día: el “Gaudeamus”: “alegrémonos todos en el Señor, al celebrar este día de fiesta en honor de todos los Santos”.

Como ambientación espiritual estaría bien que leyéramos las páginas que dedica el Catecismo al artículo del Credo: “Creo en la comunión de los Santos”: CCE 946-962.

Apocalipsis 7, 2-4. 9-14. *Apareció en la visión una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua*

En las visiones del Apocalipsis aparece hoy una muy dinámica: el panorama de una gran asamblea, “una muchedumbre inmensa de toda nación, raza y lengua”, los bienaventurados, que están en el cielo “de pie delante del trono

(de Dios Padre) y del Cordero (Cristo) vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos”, y cantan con voz potente las alabanzas de Dios. El número 144.000 es evidentemente simbólico. Es el resultado de esta multiplicación: 12 por 12 por 1000, la plenitud de las doce tribus de Israel. Además de ese número, se habla de una multitud innumerable.

Esta multitud de creyentes que ya participan de la salvación tienen una historia: “son los que vienen de la gran tribulación”. En el cielo se unen a los ángeles y los “ancianos” y los “cuatro vivientes”, y todos adoran a Dios y le entonan himnos de alabanza.

El *salmo* se fija en los que ya gozan de la victoria, pero señalando cuál ha sido su camino para llegar a esta alegría: “estos son los que buscan al Señor”. Porque “quién puede subir al monte del Señor... el hombre de manos inocentes y puro corazón”.

1 Juan 3,1-3. *Veremos a Dios tal cual es*

La idea que más veces repiten las cartas de Juan, que somos hijos de Dios y objetos de su amor de Padre, se une hoy a la de nuestro destino en la salvación definitiva.

La realidad de ahora ya es gozosa, pero todavía tiene que llegar lo mejor: “ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos”. Cuando llegue el final, “cuando se manifieste”, “seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es”.

Mateo 5,1-12a. *Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo*

El evangelio elegido para esta fiesta es el de las bienaventuranzas, porque se consideran el mejor camino para llegar a esa felicidad definitiva del cielo, el camino que han seguido los Santos de todos los tiempos.

Dando inicio al sermón de la montaña, Jesús proclama unas sorprendentes bienaventuranzas: llama felices a los pobres, a los que sufren, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los

limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los que son perseguidos por su fe.

En realidad hay una novena bienaventuranza, esta vez en segunda persona: “dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan...”, mientras que las ocho anteriores están en tercera: “dichosos los pobres porque de ellos es el Reino de los Cielos”.

– II –

Son hermanos nuestros

Las innumerables personas que ya gozan de la plenitud de vida en el cielo son nuestros hermanos. De la mayoría no conocemos los nombres. Algunos, pocos en comparación con la muchedumbre de los bienaventurados, han sido canonizados o beatificados, reconocidos por la Iglesia en su “Martirologio” y propuestos como modelos de vida cristiana. De ellos, a algunos, también muy pocos en comparación con los varios miles del Martirologio, se les rinde culto oficial en la Iglesia universal o en las particulares: son los que aparecen en el Calendario litúrgico.

Hoy celebramos a todos, no sólo a los que constan en las listas oficiales, sino a los que están en la lista de Dios, que son muchísimos más. Nuestra contabilidad no tiene ni punto de comparación con la de Dios. El prefacio de hoy afirma que son “nuestros hermanos”, “los mejores hijos de la Iglesia” y que “en ellos encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad”.

Son personas como nosotros. Han tenido los mismos oficios y las mismas dificultades y tentaciones, pero han seguido a Cristo, viviendo su evangelio, y ahora gozan de la plenitud de la vida en Dios. Entre ellos, están la Virgen María y Santos más importantes y conocidos, los patronos de la diócesis o de la ciudad o de la parroquia, los fundadores de comunidades religiosas, los que aparecen en las cristaleras o en los varios laterales de nuestras iglesias. Otros, la mayoría, nos son desconocidos, pero han tenido el

mérito de una fe sufrida, humilde, y que ahora gozan de Dios. Entre ellos, seguramente, familiares y conocidos nuestros.

El mejor éxito de Cristo

Estos Santos se puede decir que son el mejor éxito de Cristo Jesús. Son miles y millones de personas que le han seguido fieles a lo largo de los siglos y han dado testimonio de él con su vida.

El canto de júbilo de los salvados es también el nuestro: “la victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero, Cristo Jesús”. Por su número y porque han demostrado que es posible vivir según el evangelio de Jesús, los Santos son dignos de que celebremos su fiesta, y que se convierta su fiesta en alabanza de Cristo, porque ellos son el mejor fruto de su Pascua.

La visión optimista del Apocalipsis, con las multitudes que describe, de toda raza y condición, unidas a los miles y miles de ángeles, nos llena de orgullo y de estímulo. Ha habido muchísimas personas buenas que han tomado en serio su fe y su vida cristiana. Ellas representan para Cristo su mejor victoria y, para nosotros, un estímulo y una garantía de que sí es posible cumplir el estilo de vida de Jesús.

Los Santos no han sido ángeles o héroes de otro planeta: son personas que han vivido en este nuestro mundo, en tiempos tan difíciles o más que los nuestros (“vienen de la gran tribulación”). Poco ayudados generalmente, como nosotros, por el ambiente. Pero han amado. Se han esforzado. Han realizado en sus vidas el proyecto de vida de Cristo, sus bienaventuranzas.

Un regalo del Espíritu

En un mundo en que no abundan ni las noticias positivas ni los modelos de vida coherente, vale la pena subrayar lo que representan los Santos: un regalo de Dios a la humanidad, el mejor don del Espíritu a su Iglesia. Es bueno que hayan aparecido y sigan apareciendo carismas, instituciones y

movimientos: pero sobre todo podemos alegrarnos de que el Espíritu Santo nos regale personas santas, que son la mejor gloria de la familia cristiana y hasta de la humanidad. Hayan sido o no importantes, hayan dejado o no grandes obras escritas o fundado familias religiosas, o hayan vivido sencillamente, desconocidas de todos menos de Dios, dando un ejemplo de entereza y generosidad.

Estas personas son las que nos devuelven la fe en el género humano. Muchos van obteniendo premios y medallas por sus éxitos deportivos o artísticos o culturales. Y es muy bueno que así sea, porque vale la pena premiar a los que enriquecen de alguna manera a la humanidad. Pero hoy podríamos pensar que los que merecen más premios y homenajes son estas personas, famosas o desconocidas, que han cumplido su carrera recibiendo los aplausos de Dios y ennobleciendo a la humanidad entera.

El que últimamente se hay realizando tantas beatificaciones y canonizaciones, sobre todo por parte del papa Juan Pablo II, tiene, según él mismo, esta finalidad: que puedan alegrarse todos, en la Iglesia universal o en las Iglesias locales, de que el Espíritu sigue enriqueciendo a su comunidad del don de la santidad, y así pueden mirarlos como modelos e intercesores más cercanos.

Nos señalan el camino

Papas y niños, mártires y religiosos, fundadores y laicos, reyes y sencillas madres de familia, misioneros y personas que han pasado años en su lecho de enfermedad, doctores de la Iglesia y humildes legos de un monasterio desconocido: los Santos nos están demostrando que es posible cumplir el evangelio y programar la vida según Dios. No son teorías, son modelos vivientes y cercanos.

No hace falta que todos hagan milagros. Que dejen escritas obras admirables. Muchos se han santificado en la vida normal de cada día. Y ahora experimentan en plenitud la felicidad que Cristo prometió a los que le son fieles.

Sobre todo nos han enseñado que las bienaventuranzas de Cristo siguen

teniendo todo su valor. Es el camino que ellos han intentado seguir: la humildad, la pobreza, la apertura a Dios, la búsqueda de la verdad y de la justicia, la pureza de corazón, la actitud de misericordia, el trabajo por la paz, la entereza ante las tentaciones y las dificultades...

Ese camino nos lleva a la felicidad y a la vida: “cuando se manifieste seremos semejantes a él, porque le veremos tal es”. Vale la pena que nos dejemos animar, en la fiesta de hoy, por el ejemplo de todos estos Santos. Que le demos gracias a Dios porque también en nuestro tiempo sigue regalando esta clase de personas que nos devuelven la confianza en la humanidad y en la Iglesia.

Sintiéndonos ayudados por esta multitud de Santos, podemos dar gracias a Dios, en el prefacio: “nos concedes celebrar la gloria de tu ciudad santa, la Jerusalén celeste, que es nuestra madre, donde eternamente te alaba la asamblea festiva de todos los Santos. Hacia ella, aunque peregrinos en país extraño, nos encaminamos alegres, guiados por la fe y gozosos por la gloria de los mejores hijos de la Iglesia: en ellos encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad”.

La comunión de los Santos

Estamos celebrando la fiesta de nuestros hermanos, en un día muy especial. Pero es que a lo largo de nuestra vida les tenemos muy presentes (como a los difuntos, a los que mañana recordaremos de modo especial, pero a los que no olvidamos en otros muchos momentos de nuestra vida).

Una de las verdades más consoladoras de nuestra fe es la “comunión de los Santos”, o sea, la unión misteriosa que existe entre ellos y nosotros, entre la Iglesia de los bienaventurados del cielo y la Iglesia peregrina en la tierra.

En cada Eucaristía les recordamos, deseando seguir su mismo camino aquí abajo y compartir después la herencia definitiva con ellos. Cuando decimos el “yo confieso” les invocamos para que intercedan por nosotros: “por eso ruego a la Virgen, a los ángeles y a los santos...”. Cuando encomendamos a Dios a los difuntos, pedimos a Dios que salgan a su encuentro los ángeles y los Santos.

Sobre todo en la Plegaria Eucarística nos sentimos unidos a los Santos que han recorrido ya el camino y participan de la Pascua definitiva de Cristo, y siguen perteneciendo a nuestra familia y son nuestro mejor modelo, nuestros más válidos “intercesores” ante Dios: “veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María... y la de todos los santos: por sus méritos y oraciones concédenos en todo tu protección” (Plegaria I), “y así con María y los apóstoles... merezcamos por tu Hijo Jesucristo compartir la vida eterna” (Plegaria II), “y un día reúnenos cerca de ti con María la Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra, para celebrar en tu reino la gran fiesta del cielo” (Plegaria I niños).